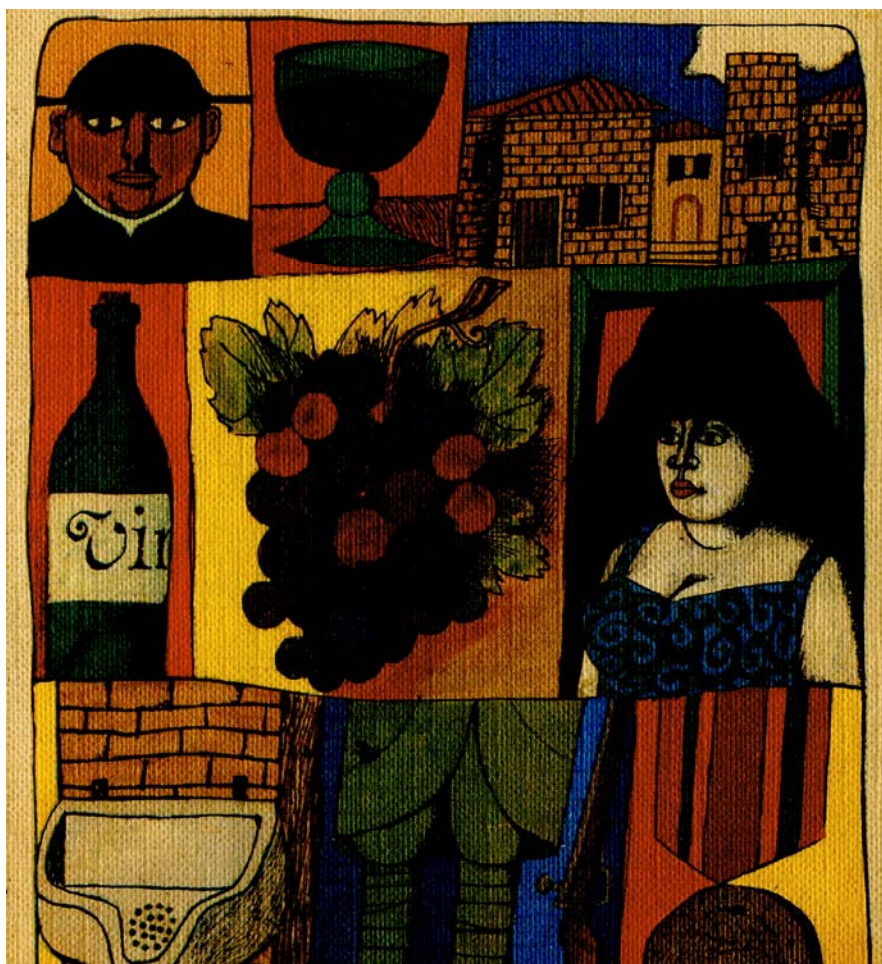


CLOCHEMERLE GABRIEL CHEVALIER



Digitalización realizada (by Topo) a partir de la siguiente edición :

© Plaza & Janes, SA. 1964
Depósito legal B. 29429-66
Compuesto en Diethelm 10
impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa
Molíns de Rey Barcelona
Printed in Spain

Título del original francés: *Clocheimerle*
Traducción, Salvador Marsal

INDICE

<u>Capítulo primero</u>	<u>Un gran proyecto</u>
<u>Capítulo segundo</u>	<u>Clochemerle-en-Beaujolais</u>
<u>Capítulo tercero</u>	<u>Algunos clochemerlinos importantes</u>
<u>Capítulo cuarto</u>	<u>Algunos clochemerlinos importantes (Cont.)</u>
<u>Capítulo quinto</u>	<u>Inauguración triunfal</u>
<u>Capítulo sexto</u>	<u>Las alucinaciones de Justine Putet</u>
<u>Capítulo séptimo</u>	<u>Clochemerle toma partido</u>
<u>Capítulo octavo</u>	<u>Llegada de Claudius Brodequin</u>
<u>Capítulo noveno</u>	<u>La fiesta de san Roque</u>
<u>Capítulo diez</u>	<u>Estalla el escándalo</u>
<u>Capítulo once</u>	<u>Primeras consecuencias</u>
<u>Capítulo doce</u>	<u>Intervención de la baronesa</u>
<u>Capítulo trece</u>	<u>Intermedios</u>
<u>Capítulo catorce</u>	<u>Un viento de locura</u>
<u>Capítulo quince</u>	<u>Un viento de locura (continuación)</u>
<u>Capítulo dieciséis</u>	<u>Se imponen medidas</u>
<u>Capítulo diecisiete</u>	<u>Poder central y jerarquías</u>
<u>Capítulo dieciocho</u>	<u>El drama</u>
<u>Capítulo diecinueve</u>	<u>A pequeñas causas, grandes efectos</u>
<u>Capítulo veinte</u>	<u>El tiempo ha hecho su obra</u>

En que se dice tanto como en un prefacio, pero con menos molestia para los lectores

Difficile est non satiram scribere.
Juvenal

A mi juicio, la más disparatada fantasía que pueda alentar en la imaginación humana está enraizada en la vida cotidiana. De ahí que nuestra razón no inventa nada.

El modo de hablar que prefiero es el hablar llano y sencillo, de los labios al papel.
Montaigne

Es natural que trate de entretener a mis semejantes, pero también yo debo solazarme de vez en cuando.

Diderot

—¿Quién te ha dado una filosofía tan alegre?

—El hábito del infortunio.

Beaumarchais

Me gustaría llevar un disfraz y me encantaría cambiar de nombre.

Stendhal

Capítulo primero

Un gran proyecto

Eran las cinco de la tarde de un día del mes de octubre de 1922. En el centro de la plaza Mayor de Clochemerle-en-Beaujolais, sobre la que esparcían su sombra copudos castaños, se elevaba un frondoso tilo que, al decir de la gente, fue plantado en 1518 para celebrar la llegada de Ana de Beaujeu a aquellos parajes. Dos hombres se paseaban juntos de un extremo a otro de la plaza con el andar cansino propio de los campesinos que parecen disponer de tiempo sobrado para todo. Cambiaban palabras tan sentenciosas que sólo las emitían después de previos y prolongados silencios, a razón de una frase cada veinte pasos. Con frecuencia, la frase se resumía en una sola palabra o en una exclamación. Sin embargo, para ambos interlocutores, que se conocían desde hacía muchos años, perseguían objetivos comunes y fijaban los jalones de una ambición largamente meditada, aquellas exclamaciones cobraban matices de expresión de una singular elocuencia. A la sazón, las preocupaciones de los dos hombres eran de orden político y, como tales, sujetas a controversia, lo que prestaba a su conversación un carácter de gravedad y prudencia.

Uno de los dos hombres, que había franqueado ya la cincuentena, alto, de tez encarnada y cabello rubio, era el tipo ejemplar de los descendientes de los burgundios que en pasados tiempos poblaron las márgenes del Ródano. Animaban su rostro, cuya epidermis aparecía agrietada por la acción del viento y del sol, unos ojuelos de color gris claro, rodeados de pequeñas arrugas, guiñaba constantemente, lo que le daba un aire de malicia, unas veces dura y otras cordial. Sin embargo, la boca, que habría podido proporcionar sobre su carácter indicaciones que la mirada se negaba a revelar, era apenas visible bajo los caídos mostachos a través de cuyas cerdas se introducía el mango de una negra y corta pipa, que más servía para mascar que para fumar y que olía a una mezcla de aguardiente y de tabaco. Aunque enjuto y anguloso, el hombre parecía fuerte. Las piernas eran largas y rectas. Quizás el vientre se notaba un poco abultado, pero esto era debido, no a un principio de obesidad, sino a la falta de ejercicio. A pesar de un cierto descuido en el vestir, los zapatos lustrosos y de buena calidad, la tela del traje y el cuello duro que llevaba en día laborable daban a entender que se trataba de un hombre prestigioso y acaudalado. Sus ademanes y su voz denotaban un aire de autoridad.

Se llamaba Barthélemy Piéchut. Alcalde del pueblo de Clochemerle, era el mayor propietario viticultor de la localidad y eran suyos los viñedos de más alta graduación. Era, además, presidente del sindicato agrícola y consejero del Departamento, lo que hacía de él uno de los más influyentes personajes en varias leguas a la redonda, tanto en Salles, como en Odenas, Arbussonnas, Vaux y Perréon. Incluso se le atribuían ambiciones políticas de mayor alcance, pero Piéchut sonreía socarronamente cuando le hablaban de ello. Era, claro está, objeto de envidias, pero lo cierto es que todo el mundo se sentía halagado por su poderío. Llevaba echado hacia atrás, calado hasta la nuca, el sombrero flexible negro, con alas galoneadas, tan del gusto de los campesinos. Aquel día, tal vez para concentrarse mejor en sus pensamientos, sostenía sobre el pecho la chaqueta vuelta al revés y agachaba un poco la cabeza, actitud que solía adoptar cuando se trataba de asuntos importantes y que sus subordinados remedaban.

"Algo se trae entre manos", decían.

Su interlocutor era, por el contrario, un hombre esmirriado, de una edad difícil de precisar, con una perilla que ocultaba un desagradable defecto del maxilar junto al mentón, y que llevaba, como estaba de moda hace muchos años, montados sobre un prominente cartílago que servía de armazón a dos conductos sonoros que matizaban con consonancias nasales cuanto decía, unos lentes de enmohecido hierro, sostenidos por una cadenilla que a su vez tenía su punto de apoyo en la

oreja. Detrás de los cristales, reveladores de una acentuada miopía, las pupilas mostraban el reflejo glauco que descubre a los espíritus quiméricos, empeñados en llevar a la práctica un ideal irrealizable. Cubría su cabeza en forma de melón un sombrero de paja de los llamados *panamá*, que, debido a la acción del sol en verano y a los meses transcurridos en invierno en un armario, había adquirido el color de las mazorcas que ponen a secar en Bresse bajo los pórticos de las granjas y crujía como aquéllas. Sus zapatos con corchetes de cobre, respecto a cuya conservación el remendón había extremado su ingenio de una manera harto visible, estaban dando las últimas boqueadas, pues era muy poco probable que con una nueva compostura se lograra salvar el empeine definitivamente desahuciado. Con gran parsimonia, el hombre chupaba un cigarrillo en que había más cantidad de papel que tabaco.

Este segundo personaje se llamaba Ernest Tafardel, maestro de escuela, secretario del Ayuntamiento y, en consecuencia, lugarteniente de Barthélemy Piéchut, confidente suyo en determinados momentos y en cierta medida, pues el alcalde no solía mostrarse muy comunicativo, sobre todo cuando los asuntos estaban aún pendientes de resolución, y, finalmente, su consejero siempre que se trataba de ciertos documentos administrativos que exigían fórmulas complicadas.

Respecto a los pequeños pormenores de la vida material, Ernest Tafardel manifestaba el noble desinterés de los verdaderos intelectuales: "Una inteligencia despierta —decía— puede prescindir de unos zapatos lustrosos." Con esta metáfora quería expresar que la fastuosidad o la mediocridad del indumento nada añaden ni restan a la inteligencia de un hombre. Con ello daba asimismo a entender que en Clochemerle existía al menos un hombre inteligente, capaz de grandes empresas —vegetando desgraciadamente en una misión subalterna—, en quien podía reconocerse al profesor por sus zapatos deslucidos. La vanidad de Ernest Tafardel consistía en creerse un pensador profundo, algo así como un filósofo campesino, ascético e incomprensido.

Todo cuanto el profesor decía cobraba un matiz pedagógico y sentencioso, subrayado con frecuencia por el ademán que la imaginación popular atribuía antaño a los componentes del cuerpo de enseñanza: el índice vertical sobresaliendo del puño cerrado y colocado a la altura del rostro. Cuando Ernest Tafardel hacía una afirmación apoyaba el índice en su nariz con tanta fuerza que le ladeaba la punta. No es de extrañar, pues, que al cabo de veinte años de ejercer una profesión que exige constantemente el asentimiento tuviera la punta de su nariz ladeada hacia la izquierda. Por último, y a fin de que la descripción de este personaje sea lo más completa posible, debemos añadir que las hermosas máximas del profesor se malograban a causa de la fetidez de su aliento, por cuyo motivo la gente de Clochemerle desconfiaba de la sabiduría que Ernest Tafardel se empeñaba en insuflar a sus oyentes desde demasiado cerca. Como él era la única persona del pueblo que no se daba cuenta de su defecto, atribuía a la ignorancia y al ruin materialismo de los clochemerlinos la prisa que tenían en apartarse de él y sobre todo en poner punto final a una conversación confidencial o una discusión apasionada. Todo el mundo procuraba eludir su presencia, y cuando esto no era posible le daban la razón en todo sin expresar ninguna opinión contra sus argumentos. "Me desprecian", pensaba Tafardel. El convencimiento de que era objeto de la animadversión general se debía, pues, a un equívoco. Ello le hacía sufrir. De índole expansiva y ciertamente instruido, le hubiera gustado hacer gala de su erudición. Del aislamiento en que se encontraba sacó la conclusión de que aquella raza de fuertes viñadores había sido embrutecida por quince siglos de opresión religiosa y feudal. Y se vengaba sintiendo por el cura Ponosse un odio, platónico y meramente doctrinario, que todos los habitantes de Clochemerle conocían.

Discípulo de Epicteto y de Jean-Jacques Rousseau, el maestro se creía un hombre virtuoso, pues empleaba sus ratos de ocio en leer los documentos municipales y en escribir unas notas que enviaba a *El despertar vinícola*, de Belleville-sur-Saône. Viudo desde hacía muchos años, llevaba una vida de castidad. Procedente de un

departamento austero, el Lozère, Tafardel no había podido acostumbrarse a las bromas subidas de tono de los impenitentes bebedores de vino. "Esos bárbaros — pensaba— se burlan en mis barbas de la ciencia y el progreso."

Cabe decir que manifestaba un gran respeto y devoción a Barthélemy Piéchut, que le había atestado siempre simpatía y confianza. Pero el alcalde era un hombre habilidoso que sabía sacar provecho de todo y de todos. Cuando asuntos importantes requerían la opinión o el asenso del maestro se lo llevaba consigo a dar un paseo: de esta manera tenía a su interlocutor de perfil. Debe añadirse que la distancia que separa a un maestro de un acaudalado propietario implicaba entre ellos un foso de deferencia que ponía al alcalde a cubierto de las emanaciones que Tafardel prodigaba cuando hablaba cara a cara con el vulgo. En suma, Piéchut, como político experimentado y ducho, utilizaba en provecho propio la virulencia verbal de su secretario. Si deseaba obtener, para un asunto difícil, la aquiescencia de ciertos consejeros municipales de la oposición, el notario Girodot, o los viticultores Lamolire y Manigant, pretextaba una indisposición y les enviaba a domicilio a Tafardel con sus legajos y su apestosa elocuencia. Y para cerrar la boca al profesor, los ediles daban su conformidad. El desgraciado Tafardel se figuraba estar en posesión de unas dotes dialécticas poco comunes. Esta convicción le consolaba de sus sinsabores en la sociedad de Clochemerle, que atribuía a la envidia que la superioridad suscita siempre en las gentes mediocres. Enorgulleciase de cuantas misiones llevaba a cabo. Barthélemy Piéchut sonreía socarronamente y se pasaba la mano por el rollizo y rubicundo cogote, además revelador de que se sumía en profundas reflexiones o le embargaba una gran alegría. Y decía al maestro:

—¡Qué buen diplomático hubiera sido usted, Tafardel! En cuanto abre la boca, ya estamos de acuerdo.

—Esas son las ventajas de la instrucción, señor alcalde —respondía Tafardel—. Existe un modo de exponer las cosas que escapa a la percepción de los ignorantes, pero que acaba siempre por persuadir.

En el momento en que empieza esta historia, Barthélemy Piéchut pronunciaba estas palabras:

—Tenemos que encontrar algo, Tafardel, que demuestre la superioridad de un municipio como el nuestro.

—De acuerdo, señor Piéchut, pero me permito observarle que contamos ya con un monumento a los caídos.

—A no tardar, todos los pueblos lo tendrán, sean cuales fueren los ediles que lo administren. Esto no tiene importancia. Debemos encontrar algo más original, y, sobre todo, acorde con el programa del partido. ¿No es ésta su opinión?

—¡Claro, señor Piéchut! ¡No faltaba más! Hay que hacer llegar el progreso al campo, combatir sin descanso al oscurantismo. Y esta tarea la hemos de asumir nosotros, los hombres de izquierda.

Alcalde y secretario guardaron silencio, y después de atravesar la plaza, setenta metros de un extremo a otro, se detuvieron al final de la misma, en una especie de terraza que discurría sobre un valle, seguido por otros valles formados por los declives de las pequeñas montañas que se suceden cada vez más bajas hasta confundirse con la llanura del Saona que, azulada y relumbrante, se divisaba en la lejanía. El calor del mes de octubre daba más fuerza al olor del vino nuevo que se esparcía por los campos.

—¿Se le ha ocurrido alguna idea, Tafardel? —preguntó el alcalde.

—¿Una idea, señor Piéchut? Una idea...

Reanudaron su paseo. El profesor movía la cabeza. Estaba sumido en profundas meditaciones. Quitóse el sombrero que de puro viejo se había encogido y le apretaba las sienes. No cabía duda que aquella presión constituía un obstáculo para el funcionamiento de su cerebro. Luego, con ceremonioso ademán, volvió a cubrirse la cabeza.

—Sí, una idea, Tafardel. ¿Acaso tiene alguna? —dijo el alcalde al cabo de un rato.

—Es decir, señor Piéchut... El otro día se me ocurrió algo que me propuse someter a su consideración. El cementerio es propiedad del municipio, ¿verdad? Al fin y al cabo es un edificio público...

—Claro, Tafardel.

—Siendo así, ¿por qué razón es la única propiedad del municipio de Clochemerle que no ostenta la divisa republicana: *Liberté, Egalité, Fraternité*? ¿No debe achacarse esta omisión a una negligencia que hace el juego a los reaccionarios y al cura? ¿Acaso la República consiente en dejar cesar su intervención en el umbral del eterno reposo? ¿No es eso reconocer que los muertos escapan a la jurisdicción de los partidos de izquierda? La fuerza de los curas, señor Piéchut, consiste en apropiarse de los muertos. Sería conveniente demostrar que también nosotros tenemos derechos sobre ellos.

Hubo un grave silencio, consagrado al examen de esta sugestión. Luego, con un mesurado desparpajo, el alcalde respondió:

—¿Quiere usted saber mi opinión, Tafardel? Los muertos son los muertos.

Dejémoslos tranquilos.

—No se trata de molestarlos, sino de protegerlos contra la reacción. Porque, a fin de cuentas, la separación de la Iglesia y del Estado...

—¡No siga, por Dios! Créame usted, Tafardel; no nos metamos en camisa de once varas. Lo que usted sugiere no interesa a nadie, y, además, causaría mal efecto. No podemos impedir que el cura vaya al cementerio, ¿verdad? Ni tampoco que lo visite con más frecuencia que los demás. En este caso, todas las inscripciones con que pudiéramos adornar los muros... Y por otra parte, están los muertos, Tafardel. Esto pertenece al pasado. Hemos de situarnos cara al futuro. Lo que yo le pido es una idea para el día de mañana.

—Siendo así, señor Piéchut, insisto una vez más en mi proposición de instituir una biblioteca municipal. Con un lote escogido de libros podríamos iluminar el espíritu de nuestros conciudadanos y asestar un golpe mortal al fanatismo que todavía subsiste.

—No perdamos el tiempo con este asunto de la biblioteca. Le he dicho una y mil veces que los clochemerlinos no leerán libros. Les basta y les sobra con el periódico. ¿Acaso se figura usted que yo leo mucho? Ese proyecto de la biblioteca nos acarrearía muchos quebraderos de cabeza y el resultado sería muy poco brillante. Necesitamos algo que produzca un gran efecto, algo que corresponda a una época de progreso como la actual... ¿No se le ocurre nada?

—Reflexionaré sobre ello, señor alcalde... ¿Sería indiscreto preguntarle si usted... ?

—Sí, Tafardel, he pensado que... Hace mucho tiempo que tengo una idea metida en la mollera.

—¡Magnífico! —exclamó el profesor.

Pero no formuló ninguna pregunta, porque el hacerlo haría perder las ganas de hablar a cualquier clochemerlino. Ni siquiera manifestó Tafardel el menor síntoma de curiosidad. Limitóse a expresar su aprobación.

—Ya que tiene usted una idea, ¿para qué devanarse los sesos?

Barthélemy Piéchut hizo alto en el centro de la plaza, junto al tilo, y echó una ojeada hacia la calle Mayor para asegurarse de que no venía nadie en dirección a ellos. Luego se puso la mano en la nuca y levantó el ala posterior del sombrero hasta que la delantera le tapó casi los ojos. Permaneció unos momentos inmóvil acariciándose el cogote. Y por último se decidió:

—Quiero hacerle partícipe de mi idea, Tafardel... Tengo el propósito de levantar un edificio a expensas de los fondos del municipio.

—¿Con el dinero del Ayuntamiento? —exclamó el profesor, sorprendido, porque sabía muy bien la impopularidad que entraña meter mano en los bolsillos de los ciudadanos que pagan los impuestos.

Sin embargo, no preguntó qué clase de edificio se proponía construir el alcalde ni qué cantidad sería necesaria para ello. Sabía que el alcalde era un hombre de buen sentido, hábil y prudente.

—Lo dicho, un edificio —completó con entusiasmo el alcalde—. Un edificio que será de gran utilidad, tanto para la higiene como para las buenas costumbres... Vamos a ver si es usted un poco sagaz, Tafardel. Adivine...

Describiendo un arco con las dos manos, Ernest Tafardel dio a entender que el campo de las suposiciones era inmenso y que sería un desatino exponer cualesquiera conjeturas. Luego, Piéchut dio otro golpecito al ala posterior de su sombrero hasta el punto que la parte superior de su rostro quedó envuelta en la sombra, guiñó los ojos, un poco más el derecho que el izquierdo para juzgar acerca de la impresión que la idea que iba a exponer le causaría a su interlocutor, y descubrió la incógnita:

—Quiero hacer construir un urinario, Tafardel.

—¿Un urinario? —exclamó sobrecogido el maestro, alarmado ante la importancia del proyecto.

El alcalde se equivocó sobre el alcance de la exclamación de Tafardel.

—En fin, un meadero.

—Sí, sí. Lo había comprendido, señor Piéchut.

—¿Y qué opina usted?

Así, de improviso, cuando se recaba una opinión sobre una cuestión de tanta trascendencia, no se tiene generalmente formado un criterio. Tanto más en Clochemerle, donde el apresuramiento al formular una opinión resta a ésta todo su valor. Por lo tanto, para alcanzar sus ideas, Tafardel desarzonó de un papirotazo sus lentes de su narizota y los impregnó con su aliento de un vaho fétido para suministrarles, frotándolos después con su pañuelo, una nueva transparencia. Después de haberse asegurado que no quedaba en los cristales ningún vestigio de polvo, se los colocó de nuevo con la solemnidad que exigía el alcance excepcional de la entrevista. A Piéchut le complacían sobremanera tales precauciones, porque le daban a entender que sus confidencias calaban hondo en el ánimo de su interlocutor.

Al amparo de su huesuda mano, moteada de manchas de tinta, Tafardel expectoró dos o tres *iejem!*

—¡No cabe duda que es una idea, señor alcalde! —dijo—. Una idea auténticamente republicana. Y en todos los casos, de acuerdo con la ortodoxia del partido. Una medida que alcanza los más altos límites de la igualdad, y, además, higiénica, como muy justamente afirmaba usted. ¡Cuando uno piensa que durante el reinado de Luis XIV, los grandes señores meaban en las escaleras de palacio...! ¡Al fin y al cabo, era una cosa natural en tiempos de la realeza! Mas, para el bienestar y el progreso de los pueblos, un urinario es algo muy distinto de una procesión del cura Ponosse.

—Y en cuanto a Girodot, Lamolire, Maniguant y todos los de su pandilla —inquirió el alcalde—. ¿cree usted que los meteremos en cintura?

Tafardel dejó oír un breve sonido metálico, parecido al chirriar de una sierra. Era su modo de reír, manifestación raramente expresada por aquel hombre triste y solitario cuya alegría se había enmohecido debido a que sólo hacía uso de ella en las grandes ocasiones, cuando se trataba de servir a la buena causa: los triunfos conseguidos sobre el desolador oscurantismo que se cierne todavía sobre el campo francés. Aunque, dicho sea de paso, estas victorias son escasas.

—No cabe duda, señor Piéchut, que su proyecto los desprestigiará enormemente ante la opinión pública.

—¿Y Saint-Choul? ¿Y la baronesa de Courtebiche?

—Podría ser su muerte civil. Constituirá una magnífica victoria democrática, una nueva afirmación de los principios inmortales. ¿Ha hablado de ello al Comité?

—Aún no... Hay rencillas en el Comité... Cuento un poco con su elocuencia, Tafardel, para que el asunto salga adelante. ¡Es usted muy hábil para cerrar el pico a los quisquillosos!

—Cuente usted conmigo, señor alcalde.

—Entonces, ni una palabra más. Fijaremos el día. Por el momento, *motus*. Creo que, por una vez, vamos a divertirnos.

—Esta es mi opinión, señor alcalde.

Visiblemente regocijado, el alcalde hacía girar el sombrero sobre su cabeza. No sintiéndose aún suficientemente halagado, y con el fin de que le regalaran aún más los oídos, dirigía al profesor continuos "¿Eh?" y "¡Diga, diga!", con su cazurrería de lugareño, sin dejar un momento de rascarse el cogote, sede de sus grandes y originales ideas.

Y Tafardel no escatimaba los elogios.

Era un hermoso atardecer de otoño. Una inmensa serenidad descendía del cielo. Los últimos pájaros rasgaban el aire con sus trinos estridentes. El azul pálido iba tornándose lentamente en el color rosáceo anunciador de los magníficos crepúsculos. El sol iba ocultándose detrás de las montañas del Azergues, iluminando tan sólo algunas crestas que emergían aún de un mar de dulzura campestre y de algunos puntos de la confusa llanura del Saona donde los últimos rayos formaban lagunas de luz. La cosecha había sido óptima y el vino prometía ser excelente. En aquel rincón del Beaujolais no faltaban, pues, motivos de regocijo. Clochemerle bullía en ruidos de pipas y toneles trasvasados. Mientras los castaños se estremecían al soplo de la brisa nordeste, tufaradas frescas, un poco agrias, procedentes de las bodegas, saturaban el aire tibio de la plaza. Veíanse por doquier las salpicaduras de los racimos prensados y alambiques destilando ya el aguardiente.

Junto a la terraza, los dos hombres contemplaban aquel apaciguador ocaso. Aquella apoteosis otoñal les parecía un feliz presagio. De pronto, Tafardel, no sin cierto énfasis, preguntó:

—A propósito, señor alcalde, ¿ha pensado usted en el emplazamiento de nuestro modesto edículo? El alcalde esbozó una sonrisa de inteligencia en la que participaron todas las arrugas de su rostro peligrosamente jovial. En aquella sonrisa, uno hubiera podido admirar una ilustración de la famosa máxima política: *gobernar es prever*. También hubiera podido leerse la satisfacción que experimentaba Barthélemy Piéchut de sentirse poderoso, envidiado, temido, propietario de grandes bienes inmuebles expuestos a la acción benéfica del sol y de bodegas que encerraban los mejores vinos que producen los ribazos, entre las gargantas del Oeste y las avanzadas de Brouilly. Con esa sonrisa, consecuencia de fructíferas realidades, tenía a su merced al febril Tafardel, un desgraciado que no poseía un pedazo de tierra de labor ni un acre de viñedo, manifestándose, empero, con la piedad que los hombres de acción sienten hacia los escritoruelos y los necios que sólo piensan en estúpidas pampiroladas. Afortunadamente para Tafardel, su virtuoso fervor y su fe ciega en las misiones emancipadoras, le ponían a salvo de los zarpazos de la ironía. Nada hería tanto su amor propio como la inexplicable abdicación de un interlocutor ante la avalancha de sus corrosivos aforismos. Así que la presencia del alcalde inundaba su corazón de un sentimiento humano, alimentando el fuego sagrado de su propia estimación.

En aquel momento, esperaba la respuesta de quien los clochemerlinos decían:

"Cuando Piéchut suelta la lengua, algo hay en puertas." Y, en efecto, la soltó:

—Vamos a ver el sitio, Tafardel —dijo simplemente, dirigiéndose hacia la calle Mayor.

Palabras sublimes. Palabras del hombre que todo lo ha dispuesto de antemano.

Palabras que pueden parangonarse a las de Napoleón atravesando los campos de Austerlitz: "Aquí libraré una batalla."

Capítulo segundo

Clochemerle-en-Beaujolais

Suponemos al lector menos impaciente que Tafardel para conocer el sitio donde Barthélemy Piéchut se propone instalar una porción de sobria arquitectura que recordará el fausto romano, que este alcalde tiene la pretensión de renovar. (El se figura probablemente que los urinarios datan de la Revolución.) Dejemos, pues, a los dos hombres dirigirse lentamente hacia el emplazamiento de la vespasiana destinada quizá más a confundir a la señora baronesa Alphonsine de Courtebiche, al cura Ponosse, al notario Girodot y los secuaces de la reacción, que a procurar un notorio alivio a los viriles habitantes de Clochemerle. De todos modos, como el alcalde y el maestro andan pasito a paso, no tardaremos en darles alcance. Por lo tanto, vamos a ocuparnos primero del Beaujolais.

Al oeste de la carretera nacional número 6, que va de Lyon a París, se extiende, entre Anse y las proximidades de Mâcon, en una extensión de unos cuarenta y cinco kilómetros, una región que comparte con la Borgoña, el Bordelais, el Anjou, las Côtes du Rhône, etc., el honor de producir los más afamados vinos de Francia. Los nombres de Brouilly, Morgon, Fleurie, Juliéna, Moulin à Vent, etc., han hecho célebre al Beaujolais. Sin embargo, al lado de esos nombres aureolados por la fama, existen otros, menos fastuosos, que se asemejan a ellos por el caudal de sus virtudes. Y en primera línea de esos nombres, que un injusto destino no ha propagado a los cuatro vientos, figura el de Clochemerle-en-Beaujolais.

De paso, expliquemos el origen del nombre de Clochemerle. En el siglo XII, cuando aún no se cultivaba la vid, esta región, sujeta a la dominación de los señores de Beaujeu, estaba poblada de bosques. En el sitio que hoy ocupa Clochemerle se alzaba una abadía, lo que, dicho sea entre paréntesis, nos da la seguridad de que el emplazamiento no podía ser mejor escogido. La iglesia de la abadía, de la que restan hoy día, mezcladas entre los cuerpos de edificios levantados posteriormente, un frontispicio, una encantadora torrecilla, algunas cimbras romanas y unos muros muy gruesos, estaba rodeada de altos y corpulentos árboles en los cuales solían posarse los mirlos. Cuando sonaba la campana, los mirlos echaban a volar. Los lugareños de entonces decían "la campana de los mirlos". Y el nombre quedó. Emprendemos aquí una labor propia de un historiador referente a los acontecimientos que causaron una gran sensación en el transcurso del año 1923, de los cuales habló extensamente la prensa de la época, bajo este título adoptado por la casi totalidad de los periódicos: *Los escándalos de Clochemerle*. Es conveniente abordar esta tarea con la seriedad y la circunspección propias del caso. Sólo así podremos deducir las enseñanzas pertinentes de una serie de hechos que han permanecido oscuros y a punto de caer en el olvido. Si no hubiera existido en Clochemerle-en-Beaujolais un alcalde ambicioso y una árida señorita llamada Justine Putet, agriada por la soledad del celibato, al acecho siempre del mejor paso de sus contemporáneos, no se hubieran producido, sin duda, en esta agradable población, ni sacrilegios ni efusiones de sangre, sin contar con numerosas repercusiones secundarias que, a pesar de no haber sido de dominio público, han trastornado la vida de ciertas personas que parecían estar al abrigo de los azares de la suerte.

De ahí deducirá el lector que si bien los acontecimientos que vamos a relatar tuvieron su origen en hechos aparentemente insignificantes, no por ello dejaron de adquirir un alcance considerable. Intervino la pasión, con la violencia con que a veces se manifiesta en los pueblos, donde, largo tiempo adormecida por falta de alimento, se manifiesta de pronto con un ímpetu feroz que impele a los hombres a cometer actos de desenfreno totalmente desproporcionados con las causas que han servido de pretexto. Y precisamente porque estas causas podrían parecer irrisorias, vistas las consecuencias que se han derivado de ellas, es conveniente señalar las

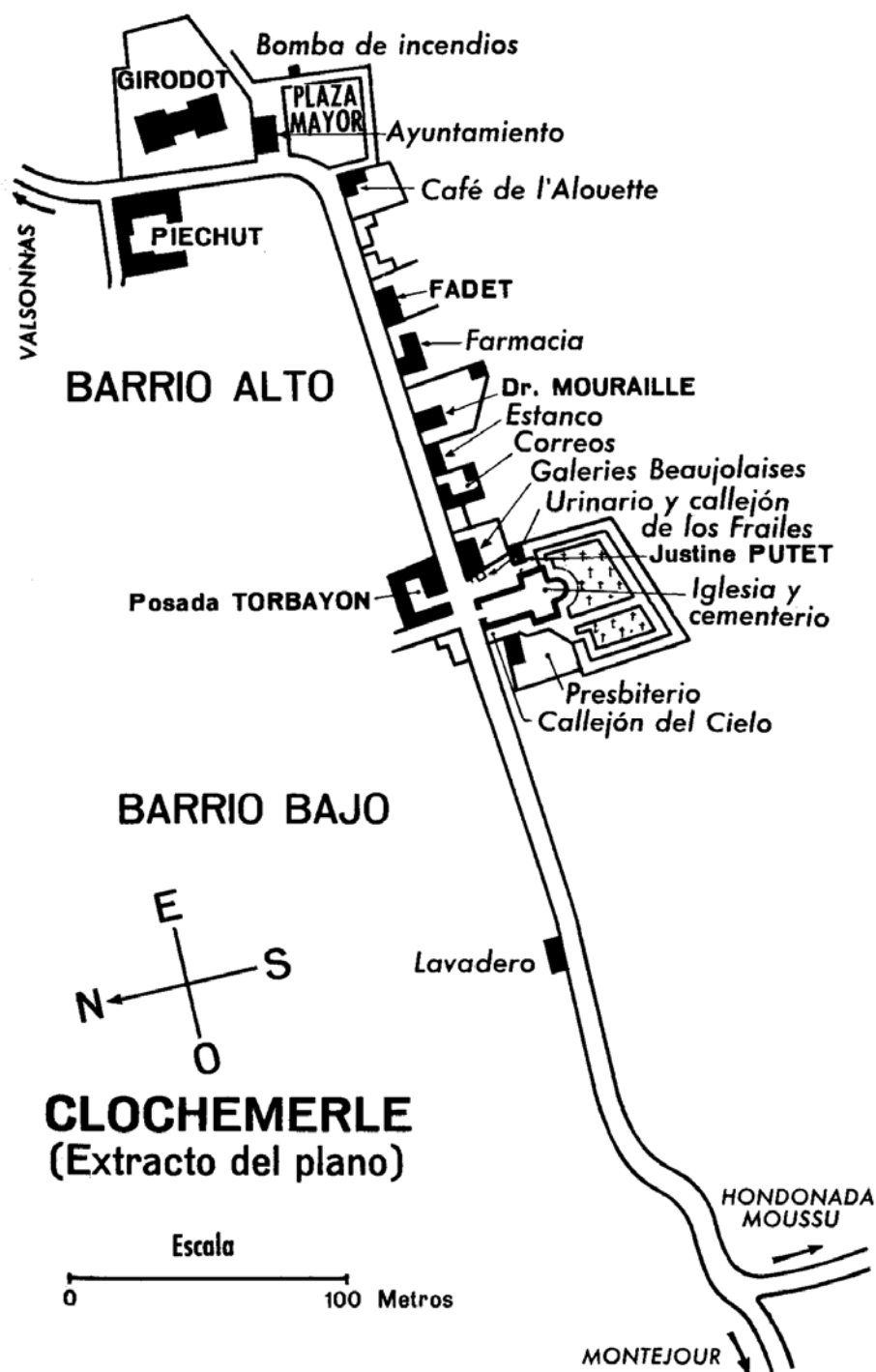
características de esta región del Beaujolais, donde se originaron los disturbios cuyo origen puede calificarse de bufo, pero que, no obstante, llegaron casi a imprimir un nuevo rumbo a los destinos del país. Una cosa es cierta. Como región y como comarca productora de vinos, el Beaujolais es poco conocido por los gastrónomos y los turistas. Como tierras de viñedo, se la considera a veces como un apéndice de la Borgoña, simplemente como la cola de un cometa. Lejos del Ródano, son muchos los que creen que un Morgon no es más que una grosera imitación de un Corton. Craso e imperdonable error, cometido por personas que beben sin discernimiento alguno, influidos por el prestigio de una etiqueta o por las dudosas afirmaciones de un *maître* de hotel. Bajo los usurpados blasones de las cápsulas, son pocos los bebedores que saben distinguir lo auténtico de lo falso. En realidad, el vino de Beaujolais tiene sus virtudes particulares, un "bouquet" que no puede confundirse con otro.

Debido a la situación de esos viñedos, los turistas no suelen frecuentar esas tierras. Mientras la Borgoña, entre Beaune y Dijon, extiende sus ribazos a una y otra parte de la misma carretera nacional número 6 que flanquea el Beaujolais, esta última región abarca una serie de montañas que se elevan al margen de los grandes itinerarios; completamente tapizadas de viñedos, a una altura que varía entre doscientos y quinientos metros, y cuyas cimas más altas, que la protegen de los vientos del Oeste, llegan a los mil metros. Al abrigo de estas sucesivas mamparas de alturas, las aglomeraciones "beaujolaises", azotadas por un aire salubre, se yerguen en un aislamiento que recuerdan la época feudal. Pero el turista sigue ciegamente el valle del Saona, por cierto muy risueño, sin sospechar siquiera que a pocos kilómetros de distancia se halla uno de los más pintorescos y soleados rincones de Francia. La falta de información le hace perder una de las mejores ocasiones que puede encontrar para su asombro y admiración. El Beaujolais sigue siendo una región reservada a los escasos entusiastas que van allí en busca de paz y sosiego y de la variedad de sus perspectivas inmensas, mientras los automovilistas domingueros revientan sus cilindros con una marcha endiablada que los conduce a los mismos lugares atestados.

Si entre los lectores se encuentran algunos turistas a quienes les guste hacer descubrimientos nos permitiremos darles un consejo. A unos tres kilómetros al norte de Villefranche-sur-Saône, hallarán a su izquierda un pequeño ramal, generalmente desdeñado por los automovilistas, que conduce a la carretera de segundo orden número 15 bis. Les aconsejamos que sigan esta ruta y enfilen luego la carretera número 20. Esta segunda vía los conducirá a un valle umbroso, fresco y al abrigo de los vientos, exornado de viejas mansiones al estilo de las casas señoriales campesinas cuyas ventanas se abren a frondosas explanadas y cuyas terrazas parecen hechas a propósito para extasiarse en la contemplación de las alboradas y de los ocasos. La carretera va subiendo casi imperceptiblemente, para trepar luego a través de una teoría de amplias revueltas. Poco a poco van sucediéndose virajes y valles, uno va dando más vueltas y encaramándose hacia lo alto, y pasa de una planicie a otra moteadas de silenciosos pueblecitos, surgiendo de vez en cuando, en la lejanía, la oscura pantalla de los bosques a través de los cuales serpentean los agrestes senderos. Cada altura alcanzada es una conquista sobre un horizonte limitado a lo lejos por los Alpes y el Jura. Unos kilómetros más y finalmente, al doblar el último recodo, aparece ante nuestra vista el valle que buscábamos, y en él, situada a media altura de la otra pendiente, a unos cuatrocientos metros de altitud, una gran aglomeración. Hemos llegado a Clochemerle-en-Beaujolais, presidida por su campanario románico, testimonio de otra época, que lleva sobre sí el peso de nueve siglos.

Es de suma importancia, para comprender bien los acontecimientos que vamos a relatar, darse cuenta de la disposición de los lugares. Si la configuración de

Clochemerle hubiera sido distinta, los hechos que vamos a narrar no se habrían, probablemente, producido. Interesa, pues, dar al lector una idea clara de la topografía de Clochemerle, y para ello ningún medio mejor que ofrecer a su examen un extracto sumario del plano catastral acompañándolo con algunas explicaciones.



Construido de Oeste a Este a ambos lados de una empinada carretera que enlaza el flanco de la colina en la que está situado, el pueblo de Clochemerle ha sufrido, a través de los siglos, varias modificaciones. Comenzó a tomar cuerpo en la parte

inferior de la cuesta, la mejor protegida de los azotes de las borrascas, en una época en que los medios de defensa contra las inclemencias del tiempo eran muy rudimentarios. Su punto más elevado lo constituía entonces la iglesia y algunas viejas murallas sobre cuyos basamentos se edificaron las casas colindantes. La expresión del viejo burgo, consecuencia del desarrollo del cultivo de la vid, se hizo, pues, poco a poco, en dirección Este, pero con cierto temor, procurando que las nuevas edificaciones no estuvieran alejadas unas de otras, porque los hombres de aquel tiempo no se atrevían a mantenerse apartados de una comunidad que les era constantemente necesaria. De ahí que las parcelas se toquen unas a las otras y que lo que antes eran las afueras del pueblo sean hoy el centro.

El resultado de estas modificaciones fue trasladar hacia el Este todo el espacio disponible hasta el gran recodo de la carretera, en el punto donde la colina forma una especie de espolón. En el saliente de este espolón se proyectó, en 1878, la plaza Mayor de Clochemerle, al borde de la cual se construyó, en 1892, la nueva Casa Consistorial, que sirve al mismo tiempo de escuela. Estas explicaciones permiten comprender por qué el edificio concebido por Barthélemy Piéchut no hubiera prestado grandes servicios en la plaza Mayor, al extremo de un pueblo que se extiende a lo largo de una vía única de unos cuatrocientos metros de longitud. Para que el urinario fuera de utilidad general había que situarlo en un lugar de fácil acceso, sin dar ventajas a un sector de Clochemerle en detrimento del otro. La mejor solución hubiera sido, indiscutiblemente, construir tres urinarios equidistantes, uno para el barrio alto, otro para el barrio bajo y el tercero para el centro. Así lo pensó en principio el alcalde, pero, para empezar, era ésta una empresa demasiado atrevida. Actuando de una manera prudente, se apuntaría un éxito. En cambio, si diera muestras de una amplitud de miras, acarrearía sobre sí una gran impopularidad, pues sus enemigos le acusarían de malversar los fondos municipales. Un pueblo como Clochemerle, que no había tenido urinario durante más de mil años, no tenía necesidad de disponer de tres de la noche a la mañana, sobre todo teniéndolos que pagar con su dinero. Y con mayor razón cuanto el uso del urinario exigiría una previa educación de los clochemerlinos o quizás una disposición municipal. Hombres que habían meado, de padre a hijo, al pie de las paredes o donde les viniera en gana, de acuerdo con sus necesidades, con la pródiga generosidad renal que proporciona el vino de Clochemerle, que aseguran ser de efectos saludables para el riñón, no se mostrarían, ciertamente, dispuestos a expansionarse en un lugar determinado, desprovisto de los modestos atractivos que deparan las fantasías de un chorro bien dirigido a la caza de un pulgón, bombeando una hierba, ahogando hormigas o acorralando una araña en la tela que ha tejido. En el campo, donde las distracciones escasean, hay que tener en cuenta los más ínfimos placeres. Y sobre todo, no echar en saco roto el viril privilegio de mear de pie, de una manera ostensible y desenvuelta, lo que contribuye al prestigio de uno cerca de las mujeres, respecto a las cuales conviene a veces hacer hincapié sobre su inferioridad para darles a entender así que deben refrenar su lengua y moderar el tono de su voz.

Barthélemy Piéchut no ignoraba todo esto, por lo que, concediendo una gran importancia al lugar de emplazamiento, no lo determinó hasta después de profundas reflexiones. Es preciso subrayar que la elección del sitio se hacía muy difícil por la falta de calles laterales, habida cuenta de que la grande arteria de Clochemerle estaba bordeada de fachadas, almacenes, frontispicios y verjas, límites de la propiedad privada respecto a los cuales el municipio no tenía ningún derecho.

Volvamos ahora a nuestros dos hombres. Dejando la plaza, han enfilado la calle Mayor hasta llegar al centro del pueblo señalado por la iglesia, donde nunca entra Tafdard y raras veces Barthélemy Piéchut. El primero se abstiene por convicción fanática. El segundo transige por tolerancia política, pues no quiere que su actitud envuelva una censura respecto a una parte de sus administrados. De todos modos, la esposa del alcalde va regularmente a la iglesia, y su hija Francine, a la que se quiere dar una educación esmerada, termina sus estudios con las religiosas de

Mâcon. Esta especie de compromisos son corrientes en Clochemerle, donde el sectarismo, humanizado por el buen humor que instila el vino del Beaujolais, no es ciertamente intratable. Los clochemerlinos se hacen cargo de que un hombre influyente como Barthélemy Piéchut debe asegurarse la cooperación de las personas inteligentes, sean del campo que sean, sin dejar por ello de manifestar una hostilidad de principio a los curas, punto importante de su propaganda. Barthélemy Piéchut se detuvo solemnemente delante de la iglesia, aunque adoptando una actitud que permitiera suponer a los curiosos que estuvieran al acecho que el detenerse allí no era con ninguna intención formal. Y con un movimiento de cabeza, sin señalarlo con el dedo, indicó el emplazamiento.

— Lo instalaremos aquí — dijo.

— ¿Aquí? — preguntó en voz baja Tafardel, sorprendido — . ¿El urinario aquí?

— ¡Pues claro! — exclamó el alcalde — . ¿Dónde podría estar mejor?

— Tiene usted razón, señor Piéchut. En ninguna parte como aquí. Pero, tan cerca de la iglesia... ¿No cree usted que el cura...?

— ¡Tafardel! ¿Es usted ahora quien tiene miedo del cura?

— ¡Oh, no, señor Piéchut! ¡Miedo, no! Nosotros hemos suprimido la horca y hemos cortado las uñas a esos señores de sotana. Era una simple observación. Hay que desconfiar de esas gentes, siempre dispuestas a entorpecer la marcha del progreso

...

El alcalde titubeó, mas no expresó con claridad su pensamiento. Y adoptando una actitud jovial, dijo:

— En fin, Tafardel. ¿Ha pensado usted en un sitio mejor? Dígalo.

— Mejor sitio que éste no lo hay, señor Piéchut.

— Entonces... ¿Acaso el bienestar tiene que estar supeditado a comadreo de sacristán? Usted, Tafardel, que es hombre justo e instruido, determinará sobre el caso.

A base de estas pequeñas adulaciones se obtenía del maestro una lealtad a toda prueba. Y Piéchut lo sabía, porque sobresalía como ninguno en el arte de sacarle a uno cuanto pudiera dar de sí.

— Si éste es su deseo, señor alcalde — dijo Tafardel en tono solemne —, tomaré a mi cargo la defensa del proyecto ante el Comité. Es más, le suplico que deje este asunto en mis manos.

El alcalde, ladino, se hizo rogar. Tenía el talento, propio de los campesinos, de no conceder nada con facilidad y de ultimar los negocios más fructíferos con un aire de profundo abatimiento. Así que, confiado en que Tafardel apechugaba con una misión difícil, quería dar la impresión de que le arrancaban un favor. Cuanto más ganancioso salía, más compungido se mostraba. Expresaba su contento con los tintes más negros de la desesperación. Cuando un asunto se presentaba excelente, Piéchut, renunciando al orgullo de pasar por astuto, decía modestamente: "Ha sido un buen negocio, aunque yo no haya hecho nada para..." Sacaba de ello una ventaja, que solía expresar con esta moraleja: "Un negocio planteado honradamente, sin ambicionar grandes beneficios, es natural que le deje a uno satisfecho." Este sistema le había granjeado una reputación de hombre probo e íntegro, de buen consejero. Cuando sus convecinos se encontraban en algún apuro acudían a él y le confiaban sus problemas domésticos o de intereses. Con semejante documentación, Piéchut estaba en condiciones de maniobrar certeramente a casi todos sus administradores. Se comprende perfectamente, pues, que disponer a su antojo de Tafardel, era un juego de niños.

Tafardel esperaba en vano, desde hacía muchos años, las palmas académicas, cuya concesión le habría dado en Clochemerle una aureola de prestigio. Como esta recompensa no llegaba, el profesor se figuraba que personajes de influencia le tenían ojeriza. En realidad, nadie se había fijado en Tafardel, por lo que todo debía achacarse al olvido. En aquella región, la visita de los inspectores se hacía muy de tarde en tarde, y, por otra parte, la figura de Tafardel no era propia, ciertamente, para una distinción honorífica. Impresión injusta, hay que decirlo, porque, en el aspecto profesional, Tafardel era de una buena fe incontestable. Verdad es que

enseñaba mal, que era latoso y cargante, pero se entregaba a sus deberes con esmero y convicción, sin ahorrarse trabajo... Desgraciadamente, aderezaba sus lecciones con solemnes tostones cívicos que, mezclándose con los temas de estudio, atiborraban el cerebro de los chiquillos.

El alcalde gozaba de la suficiente influencia para lograr que concedieran al profesor la condecoración que tanto anhelaba. Aparte de sus títulos profesionales, Tafardel tenía a su favor probados merecimientos políticos en razón de su lealtad al partido, que Piéchut justipreciaba el primero más que nadie. Pero el alcalde no tenía ninguna prisa porque opinaba que si Tafardel tenía la convicción de que era objeto de persecuciones, esto le inducía a prestar mejores servicios. Su argumentación, era acertada porque el profesor era uno de esos hombres a quienes la virtuosa indignación les es necesaria. Recompensado demasiado pronto, quizá la satisfacción hubiera embotado sus sentidos y la vanidad hubiese suplantado la agitación que le alentaba para el combate en el sentido que más pudiera aprovechar el alcalde. Sin embargo, aunque Piéchut creía llegado ya el momento de premiar a Tafardel, de acuerdo con su filosofía de aldeano, quería que el secretario le prestara un último e importante servicio, a propósito del urinario. Aunque los clochemerlinos se tomaran a chacota el maestro, nadie le regateaba el crédito que lleva aparejado consigo el ejercicio de la enseñanza. Así, pues, en determinados casos, su influencia podía ser sumamente valiosa.

Al ver a su confidente elevarse al grado de entusiasmo que el asunto requería, Piéchut dijo finalmente:

—¿De verdad le agradaría plantear el asunto al Comité?

—Si quisiera usted encargarme de ello, señor alcalde, lo estimaría una prueba de confianza. Está en juego la reputación del partido. Sabré hablar a esos señores.

—¿Se siente usted con ánimos, Tafardel? No será fácil. Hay que desconfiar de Laroudelle.

—Es un ignorante —repuso Tafardel en tono despectivo—. No le temo.

—Bueno... Puesto que insiste...

El alcalde cogió al maestro por el revés de la solapa de la americana, en el sitio del ojal.

—Tenga en cuenta, Tafardel, que el triunfo será doble. Esta vez, usted las tendrá...

—¡Oh, señor alcalde! —respondió el profesor, rebotando satisfacción—. No se trata de eso, puede usted creerlo...

—Las tendrá usted. Se lo aseguro. Le doy mi palabra, señor profesor.

—Y yo le doy la mía, señor alcalde, de que se hará lo imposible.

—¡Bravo, Tafardel! La palabra de Piéchut vale tanto como la vendimia en la bodega. El maestro cogió la mano del alcalde, pero tuvo que retirarla precipitadamente para enjugar sus lentes que a causa de la emoción se habían empañado.

—Y ahora —dijo Barthélemy Piéchut—, vamos a catar el vino nuevo en casa de Torbayon.

Arthur Torbayon, además de posadero y propietario de una agencia de transportes, era el marido de Adela, una mujer de muy buen ver.

Demos algunas explicaciones nuevas, sumamente necesarias, que harán comprender por qué Tafardel se mostró perplejo cuando el alcalde le indicó el emplazamiento que había escogido. Para ello, precisa volver a mirar el plano. En él se ve que la iglesia de Clochemerle está encajada entre dos callejones sin salida, que se denominan, conforme se entra en ellos, a la derecha el "callejón del Cielo" y a la izquierda el "callejón de los Frailes". Esta última denominación se remonta sin duda a los tiempos de la abadía y se supone que los frailes entraban por allí para dirigirse a los oficios religiosos.

El callejón del Cielo, sobre el que da el presbiterio del cura Ponosse, termina en la entrada del cementerio, situado detrás de la iglesia, en la vertiente de la colina, bello emplazamiento soleado donde los muertos están tranquilos.

Delimitado por la iglesia por un lado, y por el otro por un largo paredón en el que la abertura de una puertecita da acceso a la parte trasera de las "Galeries

Beaujolaíses", uno de los principales establecimientos de Clochemerle, el callejón de los Frailes es un fondo de saco cerrado por los restos de un viejo caserón casi completamente derruido, una de las últimas construcciones del medievo que, en parte, aún se mantenía en pie. En la plaza baja de la casita contigua a la iglesia, había un anexo de la sacristía donde el cura Ponosse enseñaba el catecismo y donde solían reunirse las hijas de María. En el primer piso, compuesto de dos pequeñas habitaciones, vivía la señorita Justine Putet, una soltera cuarentona considerada la más celosa feligresa de Clochemerle. La proximidad del santuario favorecía sus largas estancias ante el altar, pues no quería dejar a otra persona el cuidado de que no faltaran nunca flores frescas al pie de las sagradas imágenes, lo que le aseguraba un derecho de fiscalización sobre las idas y venidas de los fieles que tomaban el callejón de los Frailes para dirigirse al confesonario, y las actividades del cura Ponosse, que acudía a la sacristía varias veces al día. Esta vigilancia del movimiento de la iglesia daba mucho que hacer a la piadosa Justina, que censuraba acerbamente las costumbres del lugar.

Precisamente, en la entrada del callejón de los Frailes se proponía Barthélemy Piéchut hacer construir su urinario. De ahí el asombro de Tafardel, en razón de la proximidad de la iglesia. Esta proximidad no la hubiera buscado adrede el alcalde de haber podido contar en el centro con otra plaza disponible. Pero no había ninguna y, a decir verdad, Piéchut no se lo tomó muy a pecho. No le disgustaba que su iniciativa adquiriera un cierto carácter de desafío. He aquí por qué. Desde hacía unos meses, un envidioso, Jules Laroudelle, que trabajaba en la sombra por insinuaciones hipócritas, dirigía contra él, en el seno del Comité, una activa campaña acusándole de peligrosas complacencias con respecto al cura. Como para confirmar esta acusación de Laroudelle, el cura Ponosse, inspirado por la baronesa de Courtebiche, la verdadera dirigente de la parroquia, había pronunciado unas palabras imprudentes. Había declarado públicamente que el alcalde era "un hombre excelente", en modo alguno contrario a los intereses de la Iglesia a pesar de su ideología política y que, a fin de cuentas, era un hombre de quien se podía obtener todo cuanto se quisiera. Nada tenía que objetar Piéchut a que se pensara así en el castillo, en la casa rectoral y en el arzobispado. El alcalde no menospreciaba ningún poder. Estimaba que todos contribuían a su encumbramiento que pacientemente preparaba. Pero esta aprobación estúpidamente otorgada por el cura era un arma en manos de sus enemigos, y el bilioso Laroudelle la utilizaba ante el Comité y los consejeros municipales de la oposición. El alcalde había tratado secretamente de imbécil al cura Ponosse por haberle creado complicaciones electorales y se había jurado a sí mismo arremeter contra él de una manera ostensible. Y concibió, a este propósito, el proyecto del urinario. Sopesó el pro y el contra y acabó por convencerse de que era una idea magnífica, de esa clase de ideas que a él le gustaban, provechosa para dos fines, sin demasiado compromiso. Situado junto a la iglesia, el urinario disgustaría al cura, y por esta razón no habría dificultad en ser aceptado por la mayoría de los concejales que cerrarían los ojos al examinar los gastos. Así, después de dar vueltas al proyecto durante seis meses, Piéchut llegó a la conclusión de que la instalación de aquel edificio higiénico en el centro de Clochemerle constituiría un sólido jalón en el camino de sus grandes designios. Y confió el proyecto a Tafardel, otro imbécil que él oponía a Ponosse. El, encerrado en el Ayuntamiento, dirigiría la maniobra sin dar la cara, lo mismo que haría, en el campo contrario, desde los salones de su castillo, la baronesa de Courtebiche.

La conversación que acabamos de transcribir es la primera manifestación de un maquiavelismo lugareño que no ha dejado nada al azar y que actúa por vía indirecta.

No tardarán en aparecer numerosos clochemerlinos, nuevas opiniones saldrán a luz y otras rivalidades harán acto de presencia. Pero desde este momento, con el callejón de los Frailes sometido a la estrecha vigilancia de Justine Putet, continuamente al acecho detrás de la cortina descorrida de su ventana, con el

urinario cuya construcción va a iniciarse próximamente, con la redoblada actividad de Tafardel impaciente por ver florecer el ojal de su americana, con la ambición a largo plazo de Barthélemy Piéchut, la torpeza apostólica del cura Ponosse y la altanera influencia de la baronesa Alphonsine de Courtebiche (personajes cuyas actividades tendrán grandes alcances), tenemos los principales elementos de una agitación que va a surgir de un modo extraño para llegar de pronto al grado de "escándalos de Clochemerle" y cuyo desenlace será francamente dramático. Antes de pasar al relato de estos graves incidentes, creemos oportuno prolongarlo con un paseo por el Clochemerle de 1922, paseo que dará ocasión al lector de trabar conocimiento con algunos clochemerlinos notables que desempeñarán un papel evidente o disimulado en la continuación de esta historia. Los personajes que vamos a presentar son todos dignos de mención, no tanto por el cometido que tienen asignado como por su carácter y modo de conducirse.

Capítulo tercero

Algunos clochemerlinos importantes

Una observación. Al decir de algunos historiadores de costumbres, los primeros apellidos, aparecidos en Francia hacia el siglo XI, tuvieron su origen en una particularidad física o moral del individuo y con mayor frecuencia se inspiraron en su profesión. Esta teoría parece confirmarse por los apellidos que encontramos en Clochemerle. En 1922, el panadero se llamaba Farinard; el sastre, Futaine; el carnicero, Frissure; el salchichero, Lardon; el carrocer, Bafére; el carpintero, Billebois, y el tonelero, Boitavin. Estos apellidos atestiguan asimismo la fuerza de la tradición en Clochemerle, y que además las profesiones se han transmitido de padres a hijos, en las mismas familias, desde hace unos siglos. Una perseverancia tan señalada demuestra una gran dosis de terquedad, una propensión tenaz en practicar el bien o el mal hasta las últimas consecuencias.

Segunda observación. Casi todos los clochemerlinos pudientes viven agrupados en la parte alta del pueblo, encima de la iglesia. "Es de la parte baja", se dice en Clochemerle para calificar a las personas de condición modesta. "Clochemerlino de abajo", o simplemente "de abajo" es una especie de insulto. En efecto, es en la parte alta del pueblo donde viven Barthélemy Piéchut, el notario Girodot, el farmacéutico Poilphard, el doctor Mouraille, etc. Por poco que se reflexione sobre ello, la cosa se explica. En Clochemerle ha ocurrido, ni más ni menos, lo que en las grandes aglomeraciones urbanas en vías de crecimiento. Los más audaces, los de espíritu conquistador, se han asentado en los espacios nuevos, donde el sitio no estaba al alcance del más osado, mientras que los pusilánimes, condenados al estancamiento, continuaban amontonándose alrededor de las instalaciones del pasado, sin hacer el menor esfuerzo para ensanchar sus límites. En consecuencia, la parte alta del pueblo, entre la iglesia y el recodo de la carretera, es el barrio de los fuertes y de los poderosos.

Tercera observación. A excepción de los comerciantes, los artesanos, los funcionarios, la gendarmería mandada por el brigada Cudoine y una treintena de haraganes que se emplean en bajos menesteres, todos los habitantes del pueblo son viñadores, los más de ellos propietarios o descendientes de antiguos propietarios que cultivan la vid por cuenta de la baronesa de Courtebiche, del notario Girodot o de algunos forasteros o castellanos propietarios de tierras en los alrededores de Clochemerle. De ahí que los clochemerlinos sean orgullosos, incrédulos y amantes de la independencia.

Antes de abandonar la iglesia, digamos unas palabras acerca del cura Ponosse, provocador en cierta medida de los disturbios de Clochemerle. A decir verdad, sin haberlo querido, pues ese cura, tranquilo y sosegado, que ejerce su sacerdocio a la edad en que más le valiera la jubilación, es el primero en rehuir las luchas que sólo dejan en el alma un poso de amargura, sin contribuir, justo es decirlo, a la gloria de Dios.

Cuando el cura Ponosse se instaló, hace una treintena de años, en el pueblo de Clochemerle, había ya "debutado" como vicario en una ingrata parroquia del departamento de Ardeche. Su permanencia en aquella parroquia, apenas lo había desbastado. Seguía siendo un lugareño y no había podido zafarse de la torpeza del seminarista al enfrentarse con las vergonzosas desazones de la pubertad. Las confesiones de las mujeres de Clochemerle, lugar donde los hombres son particularmente activos, le aportaron revelaciones que le pusieron en más de un aprieto. Como en estas materias su experiencia personal era casi inexistente, las respuestas a las torpes preguntas que formulaba le iniciaron en las falsedades de la carne. La horrible luz que estas conversaciones encendieron en su alma le amargaron la soledad en que vivía, poblada siempre de lúbricas e infernales imágenes. De naturaleza sanguínea, Agustín Ponosse no se sentía en modo alguno

inclinado al misticismo, tema, por lo general, de las almas atormentadas que suelen albergarse en cuerpos enfermizos. Por el contrario, Ponosse poseía un organismo de una perfecta regularidad, comía con buen apetito y las exigencias de su naturaleza las ocultaba públicamente la sotana, aunque no por ello impedía que, de vez en cuando, se manifestaran.

Afortunadamente, cuando, con todo el ardor de la juventud, llegó a Clochemerle para ocupar el sitio de un sacerdote que murió a los cuarenta y dos años, víctima de una gripe complicada con pulmonía, Agustín Ponosse encontró en el presbiterio a Honorine, el prototipo del ama del cura. Esta derramaba copiosas lágrimas en recuerdo del difunto, prueba de una respetable y piadosa fidelidad. Sin embargo, el aspecto vigoroso y lleno de bondad del nuevo cura pareció consolarla rápidamente. Honorine era una mujer de treinta y dos años para la cual la buena administración de un lugar sacerdotal no tenía secretos, una experimentada ama de casa que examinó severamente los andrajos de su nuevo patrón y le reprochó el desaliño de su indumentaria.

—¡Desgraciado! —exclamó—. ¡Qué mal cuidado está usted!

Le aconsejó para el verano el uso de calzoncillos cortos y unas bragas de alpaca que evitan la transpiración excesiva debajo de la sotana, le obligó a que se comprara ropa de franela y le instruyó sobre el modo de ir cómodamente vestido y ligero de ropa mientras estuviera en casa.

Al cura Ponosse le sentó como un bálsamo la consoladora dulzura de aquella vigilancia y dio gracias al Cielo por ello. Con todo, se sentía triste, atormentado por alucinaciones que le robaban el descanso y contra las cuales luchaba, congestionado, como san Antonio en el desierto.

Cada edad tiene sus exigencias y sus goces. Desde hacía diez años, Ponosse limitaba los suyos al tabaco en pipa, y, sobre todo, al excelente vino de Clochemerle, del que había aprendido a hacer uso sabiamente, ciencia que le recompensó poco a poco de su celo apostólico. Expliquémonos.

Cuando, treinta años antes, llegó a Clochemerle, el joven sacerdote Agustín Ponosse encontró la iglesia frecuentada aún por las mujeres, pero abandonada, salvo raras excepciones, por los hombres. Inflamado de ardor juvenil, afanoso de complacer al arzobispo, el nuevo cura, creyendo obrar mejor que el anterior, eterna presunción de la juventud, se propuso acrecentar el número de fieles masculinos y dedicarse a la conversión de las almas. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no conseguiría ningún ascendiente sobre los hombres mientras no se le conociera como buen catador de vino. El vino era, en Clochemerle, el único tema de conversación y se medía el grado de inteligencia de las personas según la finura de su paladar. Quien, después de tres tragos paseados varias veces en torno a las encías, no sabe decir: "Broilly, Fleurie, Morgon o Juliénas", es para aquellos fervientes viticultores un perfecto imbécil.

Agustín Ponosse era un profano. Durante toda su vida no había bebido más que las horrendas mixturas del seminario, o, en Ardèche, unos vasos de aguapié que no se prestaban a ningún análisis. Los primeros días, la suavidad del vino de Beaujolais lo dejó abrumado.

El sentimiento del deber sostuvo a Ponosse. Pensando sólo en su sagrado ministerio, se prometió a sí mismo dejar a un lado la continencia y asombrar con sus hazañas a los clochemerlinos. Animado por un celo evangélico, comenzó a frecuentar la posada Torbayon, a trincar con unos y con otros y a responder a una chanza con otra chanza, a pesar de que algunas, de tono subido, se referían a la vida privada de los sacerdotes. Con todo, Ponosse nunca se tomaba esto en serio, y los parroquianos de Torbayon llenaban sin parar su vaso, pues se habían jurado emborracharle algún día. Pero el ángel de la guarda de Ponosse velaba para hacerle conservar en el fondo del cerebro una decente lucidez, a fin de que su comportamiento fuera en todo momento compatible con la dignidad eclesiástica. Honorine ayudaba en su tarea a este ángel tutelar. Cuando la ausencia de Ponosse se prolongaba demasiado, ella salía del presbiterio situado en frente de la posada,

cruzaba la calle y en el umbral del establecimiento aparecía una figura severa, comparable al remordimiento.

—Señor cura —decía—, en la iglesia preguntan por usted. Venga usted en seguida. Ponosse apuraba su vaso de un trago y se levantaba inmediatamente. Cediéndole el paso, Honorine cerraba luego la puerta, no sin dirigir una mirada terrible a los holgazanes y a los "bebe sin sed" que pervertían a su amo, abusando de su credulidad y de sus buenos sentimientos.

Ese sistema no llevó al redil ninguna oveja descarriada, pero Ponosse adquirió una verdadera competencia en materia de vinos y en consecuencia se granjeó el afecto de los viñadores de Clochemerle, que lo conceptuaban un hombre modesto, que no les atiborraba la cabeza con sermones y que, además, estaba siempre dispuesto a beber un vaso con ellos. En quince años, la nariz de Ponosse floreció magníficamente y llegó a ser una enorme nariz "beaujolaise", cuyo color iba del violeta al púrpura. Aquella nariz inspiraba confianza en toda la comarca.

Nadie puede ser competente en una materia si no tiene afición por ella y la afición trae aparejada la necesidad. Y esto fue lo que le ocurrió a Ponosse. Su consumo cotidiano se elevaba a dos litros de vino, de los que no habría podido prescindir sin grandes sufrimientos. Esta cantidad no le enturbiaba el cerebro, pero lo mantenía en un estado de beatitud un poco artificial que se le hizo progresivamente necesario para soportar los deberes de su ministerio, agravados por las desazones domésticas a causa de Honorine.

A medida que iba envejeciendo, el ama cambió mucho. Cosa curiosa: cuando Ponosse se encerró en una rigurosa reserva, el comportamiento de Honorine no fue tan atento y respetuoso como antes y en pocos días su antigua devoción se esfumó por completo. Sustituyó las oraciones por el rapé que, al parecer, le procuraba goces superiores. Más adelante, metiendo mano en las reservas de viejas botellas acumuladas en la bodega, inestimable riqueza procedente de los dones de las personas piadosas, se puso a beber con tal falta de discernimiento que a veces se daba de narices en la fregadera. Su carácter se agrió, descuidó el servicio y empezó a debilitársele la vista. En la soledad de la cocina, donde Ponosse ya no se atrevía a entrar, fraguaba extrañas maquinaciones y se expresaba en tono amenazador. Las sotanas estaban llenas de manchas, la ropa sin botones y los alzacuellos mal planchados. Ponosse vivía desasosegado. Si en otro tiempo Honorine le había procurado momentos agradables y prestado estimables servicios, le ocasionaba, en su vejez, no pocas molestias. Así se comprende que el preciso aroma de un buen vino fuera más que nunca un consuelo indispensable para el cura de Clochemerle.

Otra clase de consuelos le fue proporcionada por la baronesa de Courtebiche, cuando, en 1917, se instaló definitivamente en Clochemerle. Dos veces al mes, por lo menos, comía en el castillo, invitado por la baronesa. Se le trataba con las atenciones que merecía, no tanto él, personalmente, como los "principios" de los cuales era el rústico representante. ("Un poco «torpe», decía de él la baronesa.) Pero Ponosse no se daba cuenta del matiz, y las atenciones, un poco burdas, que le dispensaban, por el prurito principesco de tratar a las personas de acuerdo con su categoría social, despertaban en él emocionados sentimientos de gratitud. Las estancias en casa de la baronesa, cuando en su edad madura ya no podía esperar nuevos placeres, le revelaron lo que podía ser una comida verdaderamente exquisita servida por camareros adiestrados y con una ostentación de servilletas, cristalería y vajilla de plata adornada con escudos de armas cuyo uso le embarazaba y le encantaba al mismo tiempo.

Así, a los cincuenta y cinco años, conoció Ponosse las pompas del orden social que había servido oscuramente enseñando la cristiana virtud de la resignación, tan favorable al florecimiento de las grandes fortunas. Y admiraba ingenuamente la bondad de aquel orden que, funcionando bajo la fiscalización de la Providencia, permitía honrar magníficamente a un pobre cura aldeano que predicaba la virtud a la medida de sus débiles fuerzas.

El caso es que desde que frecuentaba la casa de la baronesa, el cura Ponosse se había formado del cielo una imagen más sublime. Se lo figuraba decorado y amueblado hasta el infinito como el interior del castillo de Courtebiche, la más deslumbrante morada que conociera. Los goces de la eternidad eran allí los mismos, pero justo es decir que gran parte de su calidad incomparable la debía a la belleza del marco, a la distinción del ambiente y a la numerosa, angelical y silenciosa servidumbre. En cuanto a los anfitriones y a los invitados no eran, ciertamente, de baja estirpe, sino marqueses, princesas, de una gracia sutil, que sabían dar libre curso a las exquisiteces de una conversación espiritual salpicada de incursiones voluptuosas que aplicaban seráficamente a las personas de los bienaventurados, sin que a éstos se les arrebolasen las mejillas ni tuvieran que reprimir su satisfacción. Poder explayarse a sus anchas... Coartado por los escrúpulos y los encantos chabacanos de Honorine, que olía más a lejía que a perfumes de tocador, Ponosse había ignorado hasta entonces en este mundo los deleites de aquella plenitud.

Así era, moral y físicamente, el cura Ponosse en 1922. Debemos añadir que el peso de los años lo había encorvado. Su talla, que había alcanzado un metro sesenta y ocho cuando se presentó al servicio militar, había quedado reducida a un metro sesenta y dos. Pero el diámetro de su cintura se había triplicado. Su salud era bastante buena, excepto frecuentes ahogos, hemorragias por la nariz, ataques de reuma en invierno y agudas molestias, todo el año, en la región hepática. El buen hombre soportaba animosamente estas miserias, que ofrecía a Dios como expiación, y envejecía en paz al amparo de una reputación sin mácula, nunca empañada por el escándalo.

Prosigamos ahora nuestro paseo como si, al salir de la iglesia, torciéramos a la derecha. El primer edificio que encontramos, en la esquina del callejón de los Frailes, es el de las "Galleries Beaujolaises", el establecimiento más importante de Clochemerle, el más acreditado y concurrido. En él se encuentran las últimas novedades, tejidos, sombreros, confección, mercería y calcetería, ultramarinos de las mejores marcas, licores de calidad, juguetes y utensilios para la limpieza. Previo encargo, sirven también cualquier artículo que no suele encontrarse en las tiendas locales. La prosperidad y el atractivo de tan magnífico establecimiento se debía a la sazón a una sola persona.

En el umbral de las "Galleries Beaujolaises", emergiendo del fuego, peinada con rayos de luz hurtados a los astros, podía admirarse a Judith Toumignon, con sus llameantes vellones. El vulgo la denominaba rubia por un afán estúpido de simplificar las cosas, y pelirroja por despecho. Hay que saber distinguir. Existen rubias deslucidas y rubias de color de ladrillo, de un rubio desagradable, opaco, que parecen impregnadas de un sudor acre. Por el contrario, el cabello de Judith Toumignon era de un rojizo color aurífero, del tono de las ciruelas expuestas largo tiempo al sol. En una palabra, era una mujer con miel en las axilas, de un color rubio en el deslumbrante apogeo, una alucinante apoteosis de los tonos más brillantes, exactamente el rubio que se ha convenido en llamar veneciano. El resplandeciente turbante con que se adornaba la cabeza y que descendía sobre la nuca, como en un desmayo sugeridor de infinitas dulzuras, atraía todas las miradas, que quedaban prendidas en ella, corriéndola desde los pies a la cabeza. En cualquier parte de su cuerpo en que se detuvieran, los hombres encontraban motivo para un incomparable deleite, que saboreaban secretamente sin lograr siempre disimular los efluvios a sus mujeres a quienes un íntimo presentimiento les señalaba la ultrajante usurpadora.

Al margen de la escala social, de la educación, de la fortuna y de toda suerte de contingencias, la naturaleza se complace a veces en crear maravillas. Y esta creación de su soberana fantasía toma cuerpo donde a ella se le antoja: una vez es una pastora, otra vez una trapecionista, y por esa especie de retos, presta un nuevo impulso a las gravitaciones sociales y prepara nuevas cópulas, nuevos injertos, nuevas componendas entre el deseo y la concupiscencia. Judith Toumignon era una

de esas maravillas cuya perfección raras veces se produce. El destino, malicioso, la había situado en el centro del pueblo en funciones de comerciante pronta a mostrarse amable con todo el mundo. Sin embargo, esto no era más que mera apariencia, pues su principal papel, oculto pero profundamente humano, era el de incitadora a los transportes amorosos. Aunque, por su cuenta, no se mantuviera inactiva y no gastara muchos remilgos, su participación en el volumen de efusiones clochemerlinas es escasa en comparación con la misión alegórica y sugestiva que asumía en toda la comarca. Aquella mujer radiante y ardorosa era al mismo tiempo antorcha, vestal opulenta y predicadora ejemplar, encargada por una divinidad pagana de mantener encendida en Clochemerle la llama genésica.

Acerca de Judith Toumignon puede hablarse francamente como de una obra maestra. Bajo la turbadora cabellera, el rostro, un poco ancho aunque bien delineado, de poderosas mandíbulas, dientes irreprochables de persona que come con buen apetito y labios carnosos constantemente humedecidos por la lengua, aparecía animado por unos ojos negros que, por contraste, acusaban aún más su resplandor. Séanos permitido entrar en detalles acerca de aquel cuerpo, tal vez demasiado apetitoso. Las curvas habían sido calculadas de acuerdo con una infalible circunvalación visual. En él, parecían haber colaborado Fídias, Rafael y Rubens. Los volúmenes habían sido modelados con una maestría tan perfecta que no sólo no presentaban ningún signo de insuficiencia, sino que, hábilmente moldeados en la plenitud del conjunto, ofrecían al deseo evidentes puntos de apoyo. Los senos formaban dos promontorios adorables y por doquier había montículos, trampolines, atractivos estuarios, hoyuelos seductores, montes y suaves calveros, donde los peregrinos se hubieran detenido a orar o a apagar sus ardores en los refrigerantes manantiales. Pero el paso por aquellos campos ubérrimos estaba prohibido para quien no estuviera provisto de un salvoconducto de difícil obtención. Con la mirada podía uno recorrerlos, sorprender a veces alguna porción umbrosa, deleitarse en la contemplación de alguna prominencia, pero no estaba permitido aventurarse por ellos físicamente. En cuanto a la piel, era de una sedosa y lechosa blancura cuya sola contemplación hacía enronquecer a los hombres de Clochemerle incitándoles de paso a cometer actos insensatos.

Empeñadas en encontrarle imperfecciones o defectos, las mujeres se rompían uñas y dientes contra aquella perfecta coraza de belleza, bajo cuya protección, Judith Toumignon sabía ser indulgente. Generosas sonrisas florecían en sus hermosos labios, que penetraban como puñales en la carne escasamente disputada de las envidiosas.

Las mujeres de Clochemerle, por lo menos las que podían vanagloriarse de reunir las condiciones necesarias para una competición amorosa, odiaban secretamente a Judith Toumignon. Odio injusto e ingrato, pues no había una de esas mujeres despechadas que no le fuera deudora, con el favor de una oscuridad propicia a las sustituciones, de homenajes desviados de su destino ideal que se esforzaban en conseguirlo por medios de fortuna.

Las "Galleries Beaujolaises" estaban de tal modo situadas en el centro del pueblo que los moradores de Clochemerle pasaban por delante del establecimiento casi todos los días, y casi todos los días, sin recatarse o a hurtadillas, cínicamente o hipócritamente, según su temperamento, su reputación o el cargo que ejercían, contemplaban a la Olímpica. Estimulados por aquellas formas incitantes, en cuanto llegaban a sus casas se sentían más animosos para consumir el insípido condumio de los actos legítimos. En la vieja olla del puchero casero, la imagen de Judith era pimienta y especias exóticas. En el cielo nocturno de Clochemerle su irradiación era una refulgente constelación de Venus, una orientadora estrella polar para los desdichados perdidos en regiones desiertas con una mujer hosca y fría por única compañía y para los mozos atosigados por la sed en medio de las sofocantes soledades de la timidez. Desde el ángelus de la tarde al ángelus de la mañana, todo Clochemerle descansaba, soñaba y trabajaba bajo el signo de Judith, sonriente diosa de las cópulas satisfechas y de los deberes recompensados, y dispensadora de remuneradoras ilusiones a los hombres de buena voluntad que se esforzaban con

buen ánimo. Gracias al virtuoso poder de aquella sacerdotisa milagrosa, ningún clochemerlino se entregaba al sueño con las manos vacías. La radiante Judith enfervorizaba incluso a los aquietados ancianos. No ocultándoles ninguna de las opulencias de su cuerpo, Ruth generosamente inclinada sobre aquellos viejos Booz, friolentos, desdentados y temblorosos, aún obtenía de ellos débiles estremecimientos que los regocijaban un poco antes de sumirse en el frío de la tumba.

¿Puede describirse mejor la hermosa comerciante en la época de su máximo esplendor e influencia? Léase lo que nos ha contado de ella el guardabosque Cyprien Beausoleil que, por escrúpulos profesionales, según asegura, ha mostrado siempre un especial interés por las mujeres de Clochemerle.

—Mientras las mujeres se mantienen tranquilas, todo marcha bien. Pero para que se mantengan tranquilas, los hombres no deben mostrarse holgazanes. La gente afirma que, en este sentido, Beausoleil fue un trabajador caritativo, compasivo y fraternal, siempre dispuesto a echar una mano a los amedrentados clochemerlinos cuyas mujeres se manifestaban demasiado arrogantes y chillonas. De todos modos, el guardabosque guardaba el secreto de los pequeños favores que prestaba a sus amigos. He aquí con qué sencillez se expresa:

—Esa Judith Toumignon, señor, cuando reía, dejaba ver todo el interior de su boca, húmedo de saliva, con los dientes perfectamente alineados, y, en medio, su hermosa lengua, ancha y sosegada, que parecía una golosina. Con su sonrisa dulce y mojada, a veces semejaba un bostezo, Judith, señor, le hacía a uno pensar en muchas cosas. Pero la sonrisa no era todo. Había algo más que prometía... Yo diría, señor, que esa condenada criatura ha puesto enfermos a todos los hombres de Clochemerle.

—¿Enfermos, señor Beausoleil?

—Sí, señor, le repito que se les ha trastornado la mollera. Enfermos se han puesto a fuerza de retener la mano que porfiaba en posarse en determinados parajes, como no he visto semejantes en ninguna otra mujer, y que Judith parecía poner al alcance de uno. ¡Cuántas veces, señor, le he dicho desde el fondo de mí mismo que no era más que una zorra! Después de haberla visto y de pensar demasiado en ella, me vengaba de mis torturas y la insultaba, aunque, debo decirlo, en términos cariñosos. Porque después de verla, era casi imposible ahuyentarla del pensamiento. Y le hervía a uno la sangre al contemplar todo el muestrario que exhibía, como quien no se da cuenta, pero, ¡ay!, insinuando las morbideces de sus opulentas caderas bajo el ceñido vestido y provocando con sus senos descarados, aprovechándose de que el idiota de Toumignon estaba cerca de ella y que, ¡claro!, no podía uno cortejarla, la maldita bribona. Y cuando Judith pasaba dejando husmear sus provisiones de hermosas carnes, blancas y suaves, sin que uno pudiera arrimarse a ellas, ¡voto a cien mil diablos!, se sentía uno como sino hubiera comido en diez días... Finalmente, resolví no acercarme más por su casa. Ver a aquella mujer me producía calambres. Y la cabeza se me iba, como cuando cogí una insolación. Fue el año anterior a la guerra, un año caluroso por demás. Hay que decir que aquel amago de insolación se debió en gran parte a que llevaba puesto el quepis, que impide que el aire circule por la cabeza. En los días en que el calor aprieta, como suele ocurrir en los años de sequía, si tiene uno que exponerse al sol no debe beber vino que pase de diez grados. Y aquel día, en casa de Lamolire, bebí un mosto que debía de tener entre los trece y los catorce, dos viejas botellas que sacó de su bodega para obsequiarme por un servicio que le había prestado. Como uno es guardabosque, tiene ocasión de hacer favores, lo que le da a uno categoría y la posibilidad de estar a buenas con todo el mundo o de fastidiar a quien sea, de acuerdo con las conveniencias de uno, según sea en un sentido o en otro, y si le interesa a uno que las cosas sean de un modo o de otro...

Pero ya es tiempo de que volvamos a Judith Toumignon, emperatriz de Clochemerle, a quien todos los hombres rendían tributo de admiración y deseo, y

blanco, para todas las mujeres, de un odio contenido, alimentado cada día por el ansia de que úlceras y erupciones malignas arruinaran aquel cuerpo insolente.

De todas las difamadoras de Judith Toumignon la más encarnizada era su vecina inmediata Justine Putet, coronela de las virtuosas mujeres de Clochemerle, que podía desde su ventana vigilar la parte trasera de las "Galleries Beaujolaises". De todas las malquerencias que la comerciante tenía que sufrir, la de la solterona era la más constante y la más eficaz, porque sacaba esforzados ánimos de la piedad y también, sin duda, de una virginidad irremediable con la que contribuía a la mayor gloria de la Iglesia. Atrincherada en la ciudadela de su inexpugnable virtud, Justine Putet censuraba acerbamente las costumbres del lugar y, en particular, las de Judith Toumignon, cuya popularidad, argentino timbre de voz y frescas risotadas constituían para ella una cotidiana y desgarradora afrenta. La hermosa comerciante era feliz y lo dejaba ver, cosa difícil de perdonar.

El título de poseedor oficial de la espléndida Judith pertenecía a François Toumignon, el marido. Pero su poseedor activo y correspondido con la misma moneda era Hippolyte Foncimagne, oficial del juzgado, muchacho apuesto, moreno, de cabellos abundantes y ligeramente ondulados, que llevaba aún entre semana, puños en la camisa y corbatas originales, por lo menos en Clochemerle, y que, siendo soltero, vivía a pensión en la fonda Torbayon. Es hora ya de decir cómo incurrió Judith Toumignon en aquellos amores culpables que le proporcionaban, dicho sea de paso, intensos y frecuentes goces, eminentemente favorables a su tez y a su humor. De ello se beneficiaba el ciego François Toumignon, a cuyo deshonor debía la envidiable paz de que gozaba en el hogar. En el desbarajuste de las relaciones humanas, esas conexiones inmorales son, ¡ay!, demasiado frecuentes. De origen humilde, Judith comenzó muy joven a ganarse el sustento. Avispada y bien parecida, ello le fue fácil. A los dieciséis años salió de Clochemerle para Villefranche, donde vivió con una tía suya, y fue sucesivamente camarera de café o de hotel y vendedora en diferentes establecimientos. Por doquier dejó huellas profundas y por doquier su paso provocó graves trastornos, hasta el punto que la mayoría de sus patronos le ofrecieron abandonar su negocio y su mujer y partir con ella llevándose cuanto dinero tuvieran en el Banco. Judith rechazó orgullosa los ofrecimientos de aquellos hombres importantes, pero lamentablemente barrigudos. Ella anhelaba el amor en su estado de pureza, bajo los rasgos de un garboso muchacho y al margen de las contingencias del dinero, con las que físicamente se resistía a confundirlo. Esos escrúpulos le dictaron el camino a seguir. Ambicionaba, ante todo, ser amada, muy amada, pero de una manera que no fuese ni paternal ni excesivamente sentimental. Ardían en ella imperiosas necesidades y, más que la fortuna, prefería el olvido total de sus abandonos sinceros. Todos los días de su vida le depararon agradables satisfacciones que culminaron, por otra parte, en abrumadores pesares. En aquel momento contaba en su haber con algunos amantes y varios caprichos.

En 1913, a los veintidós años, en el apogeo de sus progresos físicos, regresó a su pueblo, donde sorbió los sesos a todos los habitantes del lugar. Un clochemerlino se emanó perdidamente de ella: François Toumignon, el hijo de las "Galleries Beaujolaises", heredero indiscutible de un bien cimentado establecimiento y en vísperas de casarse con otra hermosa muchacha, Adèle Machicourt. La abandonó para cortejar y suplicar a Judith, y ésta, aún bajo los efectos de un reciente desengaño, animada quizá por la idea de arrebatarse aquel joven a una rival, o impulsada por el deseo de instalarse definitivamente, dio su asentimiento. Esta afrenta, Adèle Machicourt, que se convirtió diez meses más tarde en Adèle Torbayon, no se la perdonaría nunca. No porque la desairada echara de menos a su primer novio, pues Arthur Torbayon era a todas luces mejor parecido que François Toumignon, pero la ofensa inferida, además de ser de esa clase de ofensas que una mujer no olvida, constituía un sabroso tema para ocupar los ocios de una vida pueblerina. La proximidad de la fonda y de las "Galleries Beaujolaises", situadas en la misma calle, una enfrente de la otra, alentaba aquel resentimiento. Varias veces

al día, desde la puerta de sus casas respectivas, las dos mujeres se examinaban mutuamente, inspeccionando una la belleza de la otra, con la esperanza de descubrir alguna grieta o resquebrajadura. El rencor de Adèle provocaba el desprecio de Judith. Las dos adoptaban, al verse, un aspecto de inefable dicha, muy halagador para los maridos. Rivalizaban, en suma, en felicidades secretas. El mismo año de la boda de Judith y Toumignon falleció la madre del marido y Judith se encontró dueña absoluta de las "Galeries Beaujolaises". Dotada de un innato sentido comercial, Judith dio un gran auge al establecimiento. Podía dedicar al negocio gran parte de su tiempo, porque François Toumignon apenas le daba qué hacer. En todas las cosas había demostrado tener muy pocos alcances. El desdichado, además de torpe, tenía una prontitud de pájaro, verdaderamente decepcionante. Judith adquirió la costumbre de ir una vez por semana para asuntos de la tienda, según decía, a Villefranche o a Lyon. La guerra acabó de anular a Toumignon y, además, hizo de él un borracho.

A fines de 1919, Hippolyte Foncimagne apareció en Clochemerle. Sentó sus reales en la posada e inició la búsqueda de un suplemento de indispensables comodidades que la estrecha vigilancia de Arthur Torbayon le impedía encontrar en su patrona, lo que hubiera simplificado las cosas. Comenzó a frecuentar las "Galeries Beaujolaises" donde efectuaba pequeñas compras cuya repetición les hacía tomar un matiz madrigalesco. Procediendo por unidades, se proveyó de dieciocho botones mecánicos, objetos de los cuales los solteros hacen gran uso por no tener quien cuide de ellos, lo que impelía a las personas caritativas a decir: "Lo que a usted le hace falta es una mujer", y a los muchachos avisados a contestar en tono apasionado: "Una mujer como usted..." Los ojos del apuesto escribano tenían una dulce languidez oriental y produjeron a Judith una profunda impresión y le devolvieron sus ímpetus juveniles, enriquecidos con la experiencia que sólo puede dar la madurez.

Pronto se observó que el jueves, día en que Judith tomaba el autobús para Villefranche, Foncimagne partía invariablemente con su moto y pasaba el día fuera del pueblo. Se advirtió también que a la hermosa comerciante le gustaba practicar el deporte del ciclismo. Por higiene, se decía, pero este afán higiénico la impelía siempre hacia la carretera que conduce directamente al bosque de Fond-Moussu, refugio de los enamorados de Clochemerle. Justine Putet reveló que mientras Toumignon se hallaba en la taberna, Foncimagne se adentraba, de noche, en el callejón de los Frailes hasta la puerta que daba acceso al patio de las "Galeries Beaujolaises". Por último, otras personas afirmaron haber encontrado al escribano y a la comerciante en una calle de Lyon en la que abundan los hoteles. Y a partir de aquel momento nadie puso en duda la desgracia de Toumignon.

Tres años después, en el otoño de 1922, el interés que había provocado aquel descarado manejo se había ya esfumado por completo. Durante mucho tiempo la opinión pública había esperado un escándalo, quizás un drama, pero luego, al darse cuenta de que los culpables se movían a sus anchas y hacían caso omiso de la situación ilegal en que se encontraban, se desinteresó de ellos por completo. En toda la comarca, Toumignon era el único que no se había enterado de nada. Había intimado con Foncimagne, lo invitaba constantemente a ir a su casa y se mostraba orgulloso de ser el marido de Judith. Las cosas llegaron a tal extremo que ésta juzgó necesario dar a entender que Foncimagne frecuentaba demasiado la casa y que ello daría motivo a que la gente murmurase.

—¿Murmurar de quién? ¿Murmurar de qué? —preguntó Toumignon.

—De Foncimagne y de mí... La gente es mala. Estoy segura que Putet debe de andar por ahí diciendo que nos acostamos juntos...

Toumignon estalló en una risotada. Tenía la impresión de conocer a su Judith mejor que nadie, y si una mujer había que se mostrara remisa para el amor, esa mujer era la suya. Siempre había dicho, y no ciertamente ahora, que la fastidiaba meterse en la cama... Toumignon la emprendió, iracundo, contra los malignos murmuradores.

—Si alguien te dice alguna cosa que no sea católica, no tienes más que enviármelo. ¿Me oyes? Y te aseguro que sabrá cómo me llamo.

Como el azar hace bien las cosas, en aquel momento entró Foncimagne.

Toumignon lo acogió gozoso.

—Voy a contarle una cosa, señor Hippolyte —dijo—. Parece que usted y Judith se acuestan juntos.

—Que yo... —balbució el escribiente.

—¡Vamos, François, no digas tonterías! —exclamó apresuradamente Judith enrojando asimismo como bajo los efectos de un sentimiento de pudor y deseosa de aclarar aquel *quid pro quo*.

—¡Deja que lo diga, por Dios! —insistió Toumignon—. No son frecuentes las ocasiones de reír en este pueblo de imbéciles, Parece que la gente dice que se entiende usted con Judith... ¿No le hace a usted reír?

—¡Cállate, François! —repitió la adúltera.

Pero Toumignon estaba ya lanzado y no se anduvo por las ramas.

—¿A usted qué le parece, señor Hippolyte? ¿Verdad que Judith es una mujer apetitosa? Pues bien, yo le digo que no es una mujer, sino un témpano de hielo. Si usted lograra deshelarla, le pagaría bien el servicio prestado. No tenga usted reparos. Por de pronto, le dejo con ella. Tengo que ir a casa de Piéchut. Aproveche la ocasión, señor Hippolyte. A ver si es usted más listo que yo.

Y antes de cerrar la puerta recomendó una vez más:

—Si alguien te ofende, Judith, me lo envías en seguida... ¿Has comprendido? Nunca el apuesto escribano había sido tan ardorosamente amado por la hermosa comerciante. Y este arreglo bajo el signo de la confianza, hizo perdurable la felicidad de tres seres.

Capítulo cuarto

Algunos clochemerlinos importantes

(Continuación)

A unos treinta metros de las "Galeries Beaujolaises" se encuentra la oficina de Correos, regentada por la señorita Voujon, y diez metros más allá, el estanco de la señora Fouache. Ya tendremos ocasión de volver a hablar de esta mujer.

Cerca del estanco, la casa del doctor Mouraille destacaba con su gran placa de cobre y la puerta metálica de un garaje en la planta baja, todavía único en Clochemerle.

El doctor Mouraille era un hombre como la mayor parte de los mortales. A los cincuenta y tres años era robusto, de tez encarnada, chillón, librepensador y, según decían los enfermos, un bruto. Ejercía la medicina con un fatalismo que dejaba a la naturaleza la iniciativa y el desenlace de las enfermedades. Decidióse a adoptar este método después de quince años de experiencias y estadísticas. Médico joven, el doctor Mouraille cometió, respecto a la salud del cuerpo, el mismo error que cometiera de joven el cura Ponosse en lo concerniente a la salvación de las almas: un exceso de celo. El doctor Mouraille combatió las enfermedades a base de diagnósticos atrevidos, producto de su imaginación, y de violentas contraofensivas terapéuticas. Este sistema le deparó un veintitrés por ciento de defunciones en los casos graves, porcentaje que se redujo rápidamente al nueve por ciento cuando optó por someterse a los dictados de la medicina oficial, como generalmente hacían sus colegas de las regiones vecinas. El doctor Mouraille, conceptuado como buen bebedor, era considerado un técnico, rara distinción en Clochemerle en lo referente a los aperitivos, costumbre que adquirió en la época de sus estudios, que habían sido bastante prolongados y consagrados por partes iguales a las cervecerías, a las carreras de caballos, a las mesas de póquer, a las casas de mala nota, a las excursiones al campo y a la Facultad. De todos modos, los clochemerlinos sentían un gran respeto por su médico porque pensaban que un día u otro caerían en sus manos, con lo que tendría ocasión de vengarse de un agravio recibido con un tajo equivocado del bisturí en un absceso o una extracción hecha de mala gana. En efecto, el doctor entraba a saco en las mandíbulas de Clochemerle, es decir, que practicaba las extracciones utilizando un instrumental rudimentario y terrorífico que manejaba, sin soltar prenda, con una energía indomable. Conceptuaba el empaste como cosa de charlatanes y la anestesia como una complicación inútil. Opinaba que el dolor es por sí mismo su antídoto y que la sorpresa constituye por sí un excelente auxiliar. Llevando a la práctica sus observaciones, empleaba una técnica operatoria rápida y generalmente eficaz. Sin previo aviso, asestaba un formidable puñetazo en las mejillas del paciente, deformadas por la fluxión, que dejaba a éste casi sin sentido. En la boca abierta por los arrebatos del dolor, introducía las tenazas hasta el maxilar y empezaba a dar tirones, hasta la extirpación completa y con absoluto desprecio a las periostitis, aflujos de pus y horrissonos aullidos. El paciente se levantaba tan desatinado que pagaba inmediatamente, gesto absolutamente inusitado en Clochemerle.

Procedimientos tan vigorosos obligaban a la gente a mostrarse circunspecta. Nadie en el pueblo hubiera osado manifestarse contra el doctor Mouraille. Pero éste escogía de por sí a sus enemigos entre los que se contaba el cura Ponosse, sólo porque en una ocasión se metió en cosas que no le importaban a propósito del vientre de Sidonie Sauvy. Merece la pena contarlo. Pero hay que oírlo de labios de Babette Manopoux, una de las lenguas más elocuentes de Clochemerle, especializada en relatos de este género. Escuchémosla:

"—A Sidonie Sauvy empezó a abultársele el vientre. A su edad, por supuesto, no cabe pensar en que haya tenido un desliz. No faltan, sin embargo, chismosas que aseguran que Sidonie, cuando era joven, daba asilo bajo sus faldas al mismísimo

diablo. Pero todo eso son historias que no han podido comprobarse y que, por otra parte, se remontan a muchos años atrás. De una mujer que ha pasado ya los sesenta, nadie se acuerda de lo que haya podido hacer en su juventud. A decir verdad, que haya obrado bien o mal no tiene importancia porque ahora le está vedado tal género de pecados. Pero a Sidonie le iba aumentando el vientre de volumen, como una calabaza al sol en verano. Y debido a esa hinchazón, parece ser que no podía hacer sus necesidades. Le producía una fluxión intestinal...

"—¿Quiere usted decir una oclusión intestinal, señora Manopoux?

"—Las mismas palabras, como ha dicho usted muy bien, ha pronunciado el señor doctor. Yo hablaba de fluxión porque se trata también de una hinchazón. Mas, al parecer, a la hinchazón del vientre no se le da el mismo nombre que a la de la mejilla. El vientre de Sidonie era, pues, motivo de gran preocupación para sus hijos, especialmente para Alfred. Aquella misma tarde Alfred se decidió a preguntarle:

"—¿No te encuentras bien, madre? ¿No te sientes algo así como un poco acalorada?

"No dijo más. Sidonie no respondió ni sí ni no, porque no sabía lo que ocurría en su vientre. Pero he aquí que la Sidonie pilla una fiebre violenta y se pasa la noche revolviéndose ruidosamente en la cama. Al día siguiente, sus hijos esperaron hasta las nueve, para tener la seguridad de que no podía sanar sin ayuda ajena, porque no hay que despilfarrar, sin necesidad, el dinero que cuesta una visita. Finalmente, Alfred sentenció que no había de tenerse en cuenta la economía y que sería más cristiano mandar a buscar al doctor.

"¿Conoce usted al doctor Mouraille? Es un hombre muy entendido en fracturas de miembros. Esto nadie lo pone en duda. El curó la pierna de Henri Brodequin cuando cayó de la escalera al varear los nogales, y el brazo de Antoine Patrigot cuando se lo dislocó al darle a la manivela de un camión. Pero en cuanto a las enfermedades internas, el doctor Mouraille no es tan entendido como en las fracturas. Helo aquí, pues, en casa de los Sauvy. Levanta las ropas de la cama donde yace la Sidonie. En seguida ve de qué se trata.

"—¿Qué hace?

"—No hace nada en absoluto —responde Alfred.

"Cuando el doctor terminó de palpar el vientre de la Sidonie, duro y casi tan voluminoso como un tonel, dijo a los hijos:

"—¡Vamos fuera!

"Cuando estuvieron todos en el patio, el doctor Mouraille dijo a Alfred:

"—Tal como está, es lo mismo que si estuviera muerta.

"—¿A causa del vientre? —preguntó Alfred—. ¿Qué tiene dentro?

"—Gases —repuso el doctor Mouraille—. O le hacen estallar el vientre en mil pedazos o la asfixian. Tanto en un caso como en otro, lo irreparable puede sobrevenir hoy mismo o mañana.

"Y tras estas palabras, el doctor Mouraille se marchó, con el aire de quien está en posesión de la verdad. ¡Es una vergüenza pensar que por estas palabras se le pagan a un médico veinte francos, sólo porque dispone de un automóvil para pronunciarlas a domicilio! Sobre todo cuando se trata de mentiras, como éste es el caso, y voy a demostrárselo.

"—¿Malas noticias? —preguntó Sidonie a Alfred, cuando éste volvió del patio.

"—Sí, malas noticias —contestó Alfred.

"De las palabras de Alfred dedujo Sidonie que las cosas iban de mal en peor, hasta el punto de que no irían ya a ninguna parte. Cabe decir que la Sidonie era una mujer dotada de un gran espíritu de resignación, sobre todo desde que había franqueado la edad de la menopausia. Así, pues, cuando se dio cuenta de que en cualquier momento podía dar las buenas noches a la compañía solicitó la visita del sacerdote, que era ya nuestro cura Ponosse, a quien ustedes conocen.

"Cuando se interesan en una casa por la presencia del cura es señal de que las cosas no marchan como es debido. Ponosse acudió, pues, y con ademanes suaves y buenas palabras preguntó si ocurría algo anormal. Le pusieron al corriente del estado en que se hallaba el vientre de la Sidonie, que se resistía a funcionar, y de

la opinión del doctor Mouraille que no daba un ochavo por su pellejo. Ponosse solicitó entonces que levantaran las ropas de la cama y le dejaran ver el vientre de la Sidonie, lo que en principio dejó a todos estupefactos. Pero Alfred pensó en seguida que en el estado en que la pobre mujer se encontraba no era ciertamente la curiosidad el incentivo del cura. Ponosse palpó repetidas veces el vientre de la Sidonie, del mismo modo que hiciera antes el doctor Mouraille. Pero, por lo visto, Ponosse se traía algo en la mollera.

"—Ya está —dijo—. Conseguiré que obre. ¿Tiene usted aceite puro de oliva? — preguntó a Alfred.

"Alfred trajo una botella llena. Ponosse dio a beber a la Sidonie dos vasos llenos. Y le recomendó, además que dijera varios rosarios, tantos como pudiera, para que Dios coadyuvara también el bienestar de que gozaría después de sus deposiciones. Luego Ponosse se marchó tranquilamente, no sin insistir cerca de los familiares de la Sidonie diciéndoles que no se preocuparan demasiado.

"Sidonie, en efecto, se soltó las tripas como había dicho el cura, pero con tal frecuencia que apenas podía contenerse y, como pueden ustedes figurarse, despedía continuamente los gases que tenía almacenados, que si por un lado apestaban, por otro le ensordecían a uno... Sentíase en las calles el mismo hedor de los días en que vacían las letrinas. Todo el mundo lo notaba y la gente decía:

"—¡ Es el vientre de la Sidonie, que se descarga!

"Se descargó de tal modo que al cabo de dos días la mujer se puso una chambra y, vivaracha como una jovencita, comenzó a contar por las calles de Clochemerle que el doctor Mouraille había querido asesinarla y que el cura Ponosse había obrado un milagro en su vientre sólo con aceite bendito.

"Y, créame usted, esta historia del vientre de Sidonie, curada milagrosamente con aceite y el rezo de rosarios, causó gran sensación en Clochemerle y echó una mano a los negocios divinos. Lo cierto es que desde entonces la gente procura estar a partir un piñón con el cura Ponosse, incluso los que no van a la iglesia. Y no pocas veces, en caso de enfermedad, acuden a él antes que al doctor Mouraille, que se portó como un perfecto idiota en el asunto de la Sidonie. De ahí la ojeriza que siente por Ponosse. Desde aquel día no se miran con buenos ojos. Y no es que sea culpa del cura, que en cierto sentido es un buen hombre, modesto y, según los viñadores, un buen catador del vino del Beaujolais."

Poilphard, el farmacéutico, era un hombre extraño, enjuto de carnes, incoloro y mustio. Exactamente en el sitio donde se tonsuran los sacerdotes, tenía una lupia del tamaño de una ciruela Claudia, y la preocupación de disimular aquella protuberancia le hacía cubrirse la cabeza con un gorro rematado con una borla que le daba un aspecto de alquimista triste. La vida había sido para él pródiga en sinsabores, pero no era menos cierto que sentía vocación por la tristeza. La desesperación era en él un estado congénito. No recordaba haber visto nunca reír a su madre y no había conocido a su padre, que murió muy joven, posiblemente de aburrimiento, o para emanciparse de una esposa irreprochable cuya sola presencia le incitaba a marcharse a otra parte, aunque fuera al purgatorio. Poilphard había heredado de su madre la facultad de segregar una abrumadora melancolía y la vida, que no rehúsa a esa especie de don la ocasión de ejercitarse, le proporcionó ya de joven motivos de perdurables lamentaciones. He aquí, en dos palabras, su historia:

Antes de establecerse en Clochemerle, Dieudonné Poilphard pidió la mano de una hermosa muchacha, huérfana, a la que la pobreza y los buenos consejos de unos tutores que tenían gran interés en casarla no le permitían rechazar una oferta honorable. Esta muchacha había recibido una educación religiosa en un colegio de monjas. En el último momento, después de haber encendido una vela en la iglesia, quiso decidir su futuro a cara o cruz con una moneda. Si salía cara, entraba en el convento; si salía cruz, se casaba con Poilphard. Después de las amenazas de sus tutores, no se le presentaban más que estas dos salidas y ambas le eran indiferentes. Salió cruz. La muchacha pensó que tal era la voluntad divina. Se casó

con Poilphard, que la abrumó y la aburrió de tal modo que la pobre murió lo más pronto que le fue posible. Dejó una hija que se le parecía mucho y que era motivo de constantes remordimientos para el viudo porque le recordaba a su esposa. Después de la muerte de su mujer, Poilphard tomó toda clase de disposiciones para poder llorar a sus anchas. Mandó a su hija a una pensión y puso un sustituto al frente de la farmacia, cuyos ingresos regulares estaban asegurados mediante un acuerdo con el doctor Mouraille, que percibía un porcentaje sobre las recetas. Desocupado como estaba, el farmacéutico hacía frecuentes viajes a Lyon, impelido por necesidades de orden sentimental y sexual de carácter particular. Cerraba tratos con busconas, de las que solicitaba singulares servicios, como por ejemplo, tenderse desnudas, envueltas en una sábana a modo de mortaja, con una rigidez cadavérica, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre un pequeño crucifijo que él llevaba siempre consigo. Después se arrodillaba al pie de la cama y rompía en sollozos. Cuando abandonaba, con el rostro lívido, a las hermosas resucitadas, se dirigía al cementerio atraído por un interés de coleccionista. Iba en busca de los epitafios raros y los anotaba en su carnet a fin de enriquecer una colección que le proporcionaba, en las veladas de Clochemerle, abundantes temas para sus lúgubres sueños.

Tafardel tenía en gran estima a Poilphard, cuyo aire sombrío concordaba muy bien con su continente solemne. Iba con frecuencia a la farmacia donde se empeñaba en descifrar las sabias inscripciones de los botes. Poilphard era también objeto de una tierna simpatía por parte de ciertas señoritas de Clochemerle que habían llegado al límite de esa edad en que una solterona puede aún contraer matrimonio con un viudo sin grandes atractivos, cuyos sentimientos están ya en reposo, las rarezas bien determinadas y que tiene sobre todo necesidad de una compañera para el cuidado de su ropa, la aplicación de cataplasmas y el alivio de las dolencias y achaques.

Las solteronas determinaban por sí mismas los últimos plazos de su ya otoñal y abnegada seducción y, aprovechándose de esta prerrogativa, algunas las prorrogaban excesivamente. Sin embargo, la presencia de las solteronas no era motivo de gozo para el náufrago en su isla desierta, ni tema de turbación para el solitario en su ascético retiro. Eran clientes asiduas, portadoras de frascos de orina y de pequeñas incomodidades íntimas, que acudían en solicitud de consultas benignas con la esperanza de que el nostálgico farmacéutico acabaría un día por abrir los ojos, aunque para ello tuvieran que sacrificar en aras de su caritativa misión los tesoros de un pudor inmaculado. Pero Poilphard limitaba sus investigaciones al objeto de la consulta sin hacerse enseñar más carne que la estrictamente necesaria. Descubría con indiferencia las dermatosis, las señales de albúmina, de artrismo y de diabetes, las consecuencias de un resfriado, el escrofulismo o las apetencias nerviosas de la esterilidad. Y la comprobación de tales miserias físicas le daba motivos para agudizar aún más su continuo estado de desesperación. La escrupulosidad con que, después de haber establecido contacto con aquellos cuerpos ardorosos, se enjabonaba las manos al lavarse era cruelmente desalentadora. Y luego sus conclusiones se inspiraban en el más negro pesimismo: —¡Incurable! —decía.

Pero al mismo tiempo entregaba un frasco a la enferma.

—Pruebe esto —añadía—. Es lo más apropiado en estos casos. Hay un diez por ciento de probabilidades de éxito.

Entonces las mujeres, con un guiño, le decían:

—Me hará usted una pequeña rebaja, ¿verdad, señor Poilphard? Porque yo...

El farmacéutico observaba, sorprendido, los ridículos visajes de la mujer, su extravagante sombrero y sus viejos faralaes. Y se informaba:

—¿Está usted inscrita en la lista municipal de indigentes?

Estos errores de apreciación le habían creado, sin que él se diera cuenta, buen número de enemigas pertenecientes a la especie más perseverante y activa: la de las incomprendidas burladas. Aquellas indignadas celadoras insinuaban que las maquinaciones de Poilphard no eran todas del orden farmacéutico. Aquel viudo

llorón pretendía ocultar su juego, pero no pocos se habían dado cuenta de la clase de mujeres que pasaban a la trastienda: lugareñas de carnosas posaderas, impúdicas comadres, descocadas mujeres que no llevaban pantalones, más dispuestas a dejarse manosear por los hombres que a hacer la señal de la cruz. Todo el mundo las conocía y también sabían de qué pie cojeaba Poilphard. A aquel hombre lúgubre y malhumorado le hacían falta, para desarrugarle un poco el ceño, las rollizas protuberancias de alguna muchacha frescachona y metida en carnes. Sin embargo, aquellas habladurías no gozaban de gran crédito en Clochemerle, donde el farmacéutico inspiraba un respetuoso temor. Si Mouraille manejaba el bisturí y Ponosse la extremaunción. Poilphard manipulaba el arsénico y el cianuro. Su continente lúgubre le daba un aire de envenenador y era prudente estar con él en buena armonía.

Al lado de la farmacia, con sus escaparates llenos de polvo donde unos eczematosos (producto del arte publicitario) se rascaban furiosamente, llamaba la atención de los transeúntes un establecimiento muy distinto. Níqueles rutilantes, escudos, fotografías, telegramas deportivos fijados en los cristales y en el sitio de honor una máquina espléndida que toda la juventud viril de Clochemerle deseaba: una bicicleta de la renombrada marca *Supéras*, tipo "Tour de France", exactamente igual, según decían los catálogos, a las máquinas de los más famosos corredores. Este almacén era el del comerciante en bicicletas Eugène Fadet, personaje notable por su habilidad en sentarse en el sillín en todas las formas imaginables y el modo como movía las caderas al ir en bicicleta, conceptuado como el último grito de la elegancia velocipedica, Eugène ejercía una gran influencia sobre los muchachos de Clochemerle, que se honraban con su amistad. Y esto por varias razones. En primer lugar, por la manera especial con que se arrugaba artísticamente la boina, de "entoldarse", como solía decir, y en segundo término, por su peinado, con los cabellos recogidos en la nuca, un peinado imitado, pero nunca igualado, que el peluquero de Clochemerle sólo podía lograr en la cabeza de Fadet, especialmente formada para aquella elegancia de chulapería. Además, Fadet había sido en sus tiempos corredor ciclista y mecánico de aviación, lo que le permitía, en sus relatos legendarios y siempre perfeccionados cuando los repetía, tratar a los grandes ases de las carreteras y del aire con una fraternal libertad de lenguaje. Pero contaba sobre todo su gran hazaña, "la vez que llegué en segundo lugar, a una rueda de Ellegard, el campeón del mundo de entonces, te hablo del 1911, en el Velódromo de Invierno". Seguía una descripción del velódromo, con los espectadores poseídos de un entusiasmo frenético y las palabras de Ellegard dictadas por la sorpresa: "He tenido que emplearme a fondo." Los jóvenes clochemerlinos no se cansaban nunca de oír aquella historia que les daba una idea de la gloria. Y la solicitaban en todo momento.

—Explica, Eugène, lo que pasó el día en que te clasificaste en segundo lugar, a una rueda de Ellegard... Ganaste a muchos señoritos, ¿verdad?

—¡Menuda paliza les di! —exclamaba Fadet con el sencillo desdén de los hombres fuertes.

Explicaba una vez más todos los apasionantes detalles y acababa siempre más o menos con estas palabras:

—¡Eh, muchachos! ¿Quién de vosotros paga una copa? Siempre había un hombrecito de diecisiete años, afanoso por granjearse la consideración de Eugène, que hurgaba en el bolsillo y encontraba el dinero necesario. Entonces, Fadet, antes de cerrar la puerta del establecimiento, gritaba:

—¡Tine! Me voy a un recado.

Y se apresuraba a salir. No lo suficientemente de prisa, a veces, para que no le alcanzara la voz de una mujer acrimoniosa, la suya, Léontine Fadet, que le reconvenía:

—¿Otra vez a beber con los muchachos? ¿Y tu trabajo?

Un personaje que había frecuentado los velódromos y los campos de aviación y que enseñaba a toda una juventud la manera de "domar a las muchachas" ("A tus pies

deben postrarse implorantes las mujeres para que puedas presumir de ser un hombre"), un personaje de esta calidad, no podía permitir que se menoscabara públicamente su prestigio.

—¡No aceleres, Tine! —respondía el gentleman con calzones de ciclista, haciendo gala de su jerga más pintoresca—. ¡No conduzcas el grueso del pelotón! Frena un poco, o vas a despistarte en un viraje. ¡Guarda tus energías para el sprint final! Esas metáforas eran muy celebradas por un auditorio de muchachos entre los cuales era fácil despertar admiración. Pero hay que decir que Fadet, cuando estaba a solas más tarde con Léontine, apenas se atrevía a levantar la voz, porque la señora Fadet, mujer ordenada y metódica, recordaba claramente a su marido las ineludibles exigencias de los acreedores y de la máquina registradora. Ella asumía la dirección financiera de la casa Fadet, lo que era una sana medida, pues todo el brío de Eugène no hubiera podido sacar adelante el establecimiento cuando a fin de mes comparecían, con la cartera debajo del brazo, los graves caballeros que iban a cobrar las letras. Afortunadamente, la juventud de Clochemerle ignoraba esos pequeños pormenores de administración interior. Crédula por temperamento, la señora Fadet estaba muy lejos de sospechar que al ex confidente de Navarre y de Guynemer, al antiguo rival de Ellegard, se le consideraba en la vida privada por un "pobre imbécil" y, cosa increíble, que él lo aceptaba sin molestarse. De todos modos, Fadet tomaba toda clase de precauciones para ocultar a su mujer las actividades que llevaba a cabo al margen del establecimiento.

—Cuando hay gente delante, la Tine fanfarronea un poco. Pero ya sé de qué pie cojea. Y sé también la manera de ponerle las peras a cuarto. Eso sí, con todos los respetos...

Guiñaba el ojo izquierdo de una manera canalla y desvergonzada y ello le dispensaba de revelar los misteriosos procedimientos que empleaba en ausencia de testigos. De ahí su poderosa influencia sobre el grupo de jóvenes clochemerlinos deportivos que frecuentaban cada noche su establecimiento. Sin embargo, la fría mirada de la señora Fadet acababa por ahuyentar a los más intrépidos. Se llevaban a Fadet e iban todos a refugiarse cerca de la plaza Mayor, en el "Café de l'Alouette" —en casa de la Josette, una mujer de mala reputación—, donde armaban tal alboroto que los clochemerlinos del barrio decían:

—Es la pandilla de Fadet.

Ya tendremos ocasión de ver en acción a esa cuadrilla.

En un recodo de la carretera, desde donde se descubre la perspectiva de los valles que se extienden hasta el Saona, se encuentra la más hermosa casa burguesa de Clochemerle, en cuyos muros circundantes se levantan, a media altura, unas elegantes verjas. La casa tiene una puerta de hierro forjado, y, al exterior, una avenida cubierta de gravilla de tonos claros, cuadros de flores, árboles que esparcen toda clase de aromas y un jardín inglés en el que pueden verse un seto vallado, un estanque, rocas, confortables sillones, una pista de croquet, una estera de cristal suspendida en la que se refleja el pueblo al revés y, finalmente, una suntuosa escalinata cubierta por una marquesina dotada de un caprichoso festón. En este lugar, lo atractivo deja de lado lo práctico, lo que indica una abundancia de medios que permite el lujoso despilfarro de un terreno que podría dedicarse al cultivo de la vid.

Era la residencia del notario Girodot, que vivía en compañía de su mujer y de su hija Hortense, una muchacha de dieciocho años. Un hijo comenzaba su segundo año de retórica en los jesuitas de Villefranche, después de dos abrumadores fracasos en el bachillerato, vergüenza que se ocultaba a los clochemerlinos. Por demás perezoso, se mostraba derrochador y terriblemente caprichoso, inclinaciones deplorables para un muchacho destinado a ser notario. Digamos, empero, que cuando nadie lo sospechaba el joven Raoul Girodot había tomado una doble resolución: no ser notario en su vida y vivir tranquilamente de la fortuna acumulada por varias generaciones de previsores Girodot, fortuna que estaba en camino de alcanzar proporciones inmorales si un miembro de la estirpe, instrumento de las

alternancias humanas, no hubiera aparecido al punto para proceder a la redistribución de esas riquezas, que serían muy bien recibidas en otros sitios, de conformidad con el espíritu de justicia que preside oscuramente el equilibrio del mundo.

Raoul Girodot no sentía la menor necesidad de trabajar; sin duda el gran abuso que de esa facultad habían hecho sus ascendientes impidió que llegara hasta él la menor partícula. A partir de los quince años, consagrandolo a profundas e intuitivas meditaciones sobre la vida los ocios que le procuraba su holgazanería, se dedicó a dos objetivos, los únicos, a su juicio, verdaderamente dignos de un hijo de familia: poseer un automóvil de carreras y una amante rubia, más bien regordeta (ese gusto por la opulencia carnal era una reacción contra la proverbial delgadez de las mujeres Girodot, pues aquel hijo díscolo soñaba con emanciparse de todas las tutelas y romper con las tradiciones de la raza). Todo el mundo se engañaba, pues, sobre la capacidad de carácter de aquel indolente colegial, que disponía de una energía a toda prueba ante cualesquiera dificultades. Jamás acabó el bachillerato por el que no sentía gran afición, pero dispuso siempre de dinero para sus gastos, y tuvo más tarde el automóvil y la amante rubia que, llevando el uno a la otra, le sirvieron para contraer rápidamente una deuda de doscientos cincuenta mil francos, aunque, hay que decirlo, con la ayuda del póquer.

En cuanto a la joven Hortense siguió también un mal camino, y por su culpa, pues no le faltaron en ningún momento buenos consejos. Pero Hortense estaba dotada de un temperamento peligrosamente romántico, hasta el punto de leer mucho y sobre todo poetas, lo que la impulsó a enamorarse de un muchacho pobre, pasión que constituye el supremo castigo de las muchachas que hacen oídos sordos a los consejos de los padres. De todos modos, esto es una anticipación que nos aparta de nuestro relato.

Los Girodot, muy ricos y notarios de padres a hijos desde cuatro generaciones, eran una familia muy curiosa. El bisabuelo había sido un hombre apuesto, franco en el hablar y dotado de un buen sentido. Pero los descendientes, a fuerza de casarse más con fortunas que con mujeres, bastardearon la estirpe. Una frase de Cyprien Beausoleil ilustra esta evolución.

—Los Girodot son una casta de hombres que hacen el amor en la raja de las alcancías.

El dinero puede proporcionarlo todo, excepto una buena salud. Y practicando tal sistema, los Girodot se tornaron progresivamente amarillentos y encogidos como los viejos pergaminos de sus archivos. Ejemplo sobresaliente de esa degeneración física era Hyacinthe Girodot, con su tez malsana, sus delgadas piernas y sus hombros estrechos.

Si había que dar crédito a las palabras de Tony Byard, Girodot no había sido más que "un roñoso malvado y triston, un usurero y un «trotabidets», cultivador de los vicios más asquerosos", un hombre que jamás daba un consejo desinteresado y que embrollaba en provecho propio los intereses de las familias. Ciertamente que Tony Byard, gran mutilado de guerra, inútil cien por cien, podía conocer a fondo a Girodot porque antes del 14 había sido pasante suyo durante diez años. Sin embargo, a causa de un altercado, desde hacía algunos años los dos hombres apenas se saludaban, por lo que cabe poner en tela de juicio las declaraciones de Tony Byard. El mutilado pretendía tener graves motivos de queja contra su patrón, y tal estado de espíritu implica sin duda algunas exageraciones en sus juicios. Por escrúpulo de historiador, expondremos seguidamente el origen de esos pretendidos agravios.

Cuando Tony Byard, lisiado, reapareció en Clochemerle en 1918, fue a visitar a Girodot. El notario le dispensó una acogida por demás cordial, le habló de su magnífico valor, le llamó "héroe" y le aseguró el reconocimiento de todo el país y la gloria que llevaban aparejadas sus heridas. Incluso le ofreció un puesto en la notaría, a base, por supuesto, de un nuevo salario, teniendo en cuenta la mengua de rendimiento que suponía su parcial invalidez. Byard respondió que contaba con

una pensión en concepto de mutilado de guerra. Finalmente, después de una media hora de cordial conversación, Girodot acabó por decir a su antiguo pasante:

—En suma, las cosas no le han ido del todo mal...

Y con estas consoladoras palabras, lo acompañó hasta la puerta y le deslizó una moneda de diez francos en la palma de la mano. Estas palabras, los diez francos y el ofrecimiento de un empleo con el sueldo rebajado, constituían las quejas de Tony Byard.

¿Tenía razón Tony Byard de sentirse agraviado? Cuando se dirigía a él, Girodot pensaba cómo siempre en el dinero, mientras que Tony Byard, al escucharle, pensaba en otras cosas. Desde el punto de vista de Girodot, nadie osaría decir que anduviera equivocado: ganar, en el momento de la declaración de guerra, ciento cuarenta y cinco francos al mes, con la única perspectiva de llegar a doscientos veinticinco francos a los cincuenta años, y volver cuatro años después al país con dieciocho mil francos de renta, no cabe duda de que, en términos financieros, es un buen asunto. Las conclusiones a que llegaba Girodot eran de orden financiero, pero Tony Byard, egoísta como era, sólo pensaba en que había partido con cuatro miembros y que a los treinta y tres años volvía sólo con dos. (Había sufrido la amputación del brazo izquierdo a la altura del antebrazo y de la pierna derecha hasta más arriba de la rodilla.) Se juzgaba mermado, lo que era a todas luces evidente, pero en cambio se negaba a considerar que dieciocho mil francos al año por el antebrazo y la pierna de un humilde pasante pueblerino era un buen precio, casi excesivo. Obcecado como estaba, no se daba cuenta de lo que costaría al país. En cambio, Girodot lo había calculado, más lúcido, porque había logrado conservar su integridad física y, además, porque durante toda su vida había dedicado su inteligencia a los problemas económicos. Y al notario se le ocurrió esta idea: "Si se declara inútiles totales a hombres que sólo han perdido dos miembros, ya tenemos la puerta abierta a todos los absurdos." Veía en ello un atentado a la lógica matemática más elemental que provocaba su ira. Y se dijo: "He aquí un muchacho que puede vivir más de veinte años. En el supuesto de que haya cien mil como él, ¿qué costaría?" El resultado del cálculo lo dejó aterrado.

$$18\ 000 \times 20 = 360\ 000 \times 100\ 000 = 36\ 000\ 000\ 000$$

¡Treinta y seis mil millones! Y entonces, ¿qué? "Los boches pagarán." ¡Ah, esto se dice pronto! ¿Y la pensión para las viudas de guerra, y la reconstrucción de las regiones devastadas? ¿De dónde saldrá este dinero? ¿De dónde? Calculó que se había suscrito a diferentes empréstitos por un total de quinientos setenta y cinco mil francos. El notario Girodot era muy prudente en sus operaciones financieras y sólo adquiriría valores extranjeros cuando los emitía un país que no tuviera que pagar millares de piernas y de brazos amputados. Escribió en su agenda, con un triple subrayado, la palabra "Empréstito". Otra forma de razonamiento requirió su atención. "Supongamos —la suposición es infundada, pero, en fin—, supongamos que yo, Girodot, he perdido un brazo y una pierna en la guerra. Me darían solamente dieciocho mil francos." Este sistema de pensiones era, a su juicio, básicamente equivocado. Sí, no cabía duda, porque la cotización de los miembros era en todos los casos la misma, o sea que se pagaba un brazo de notario a la misma tarifa que el de un pasante o el de un peón. ¡Inconcebible! ¡A qué absurdos conduce la política de adulación y halago! "Esta gente nos lleva a la ruina", exclamó trágicamente Girodot en el silencio de su despacho. Pensó un buen rato en los hombres políticos que habían aprobado tales leyes, una especie de toque de agonía que anunciaba la bancarrota de la época contemporánea, la destrucción de los sublimes sentimientos que durante tanto tiempo han sostenido la civilización: *La guerra, que debería ser la escuela del sacrificio, ¿sería, pues, en definitiva, un estímulo para la holgazanería?*

Nos hemos extendido en estos pormenores para mostrar la grandeza de miras del notario Girodot, cuyas especulaciones, si le interesaban a veces personalmente, se

elevaban siempre a un plano nacional y se proyectaban para un futuro en forma de previsiones útiles.

En cambio, ¿qué pensaba Tony Byard? Hay que reconocer que sus puntos de vista eran muy limitados. Porque había perdido un brazo y una pierna en la guerra, aquel desgraciado se figuraba que el accidente que había sufrido, al fin y al cabo de un alcance limitado, debiera haber merecido la solicitud de sus contemporáneos, como si las personas que nada habían perdido tuvieran que crearse obligaciones con respecto a él. El pobre Tony Byard se creía con derecho a todo. Se embolsaba bonitamente dieciocho mil francos al año y no tenía que agradecerse a nadie. Y cuando un hombre respetable, honorable, que debido a su buena posición hubiera podido prescindir de hacer gala de sus buenos sentimientos, le ofrecía diez francos y se congratulaba de la suerte que era tener, a los treinta y tres años, dieciocho mil francos de renta, he aquí que Tony Byard cogía una rabieta. ¿Acaso tenía razón? Anotemos, dicho sea de paso, que Tony Byard había merecido un trato de favor. Pues cuando Jean-Louis Galapin volvió, con un brazo amputado, a Clochemerle, un año antes que Tony Byard, Girodot se limitó a decirle cuando se encontró con él en la calle:

—¡Es una cosa muy triste, muchacho! Procuraré ayudarte...

Y le dio una moneda de cinco francos, sin ofrecerle ningún empleo.

Como justamente hacía observar el notario, uno no ve sino sus propias miserias. También él había experimentado las consecuencias de la guerra, debido a la moratoria que le obligó a suspender una parte de sus transacciones. Había adquirido bonos del empréstito por un total de quinientos setenta y cinco mil francos. Fue una operación atrevida, pues comportaba sus riesgos. Dejándose arrastrar por un sentimiento de exaltación patriótica, subsiguiente a la lectura de un intrépido artículo de M. Marcel Hutin, entregó al Tesoro —contra reembolso, claro está— la tercera parte de los luses que poseía, o sea sesenta mil francos en dicha moneda. "Que cada cual cumpla con su deber. ¡Arriba los corazones, amigos míos!", había repetido constantemente Girodot, durante los años terribles, dando él mismo, con gran firmeza de ánimo, el ejemplo en la realización de los sacrificios necesarios. Desde que empezó la guerra, en agosto de 1914, hasta mediado el año siguiente, Girodot donó veinte francos a los combatientes que volvían a Clochemerle después de haber sido hospitalizados. Después, tuvo que reducir sus donativos porque la guerra se prolongaba más tiempo del previsto y aumentaba considerablemente el número de heridos y de viudas. Con todo, nunca había dejado de hacer algo.

En 1921, Girodot, que era un hombre ordenado y dejaba constancia de todo, tuvo la curiosidad de saber a cuánto ascendían los gastos excepcionales de guerra que había efectuado. Comprendían éstos los donativos a personas y la aportación a las colectas. Examinó meticulosamente sus viejos cuadernos de apuntes y llegó a la suma de novecientos veintitrés francos con quince céntimos en el período comprendido de agosto de 1914 a fines de 1918, cantidad de la que no se hubiera desprendido a no ser por la guerra, y sin que ello significara disminución alguna en sus habituales limosnas y dádivas a la Iglesia. Hay que decir que esta generosidad se veía compensada por la plusvalía que se extendía a todos sus bienes. En aquella ocasión, procedió al cálculo de su fortuna. Valorando a la cotización actual sus viñedos de Clochemerle, su casa y su despacho, sus propiedades de los Dombes y del Charollais, sus bosques y sus títulos de renta, estimó que su fortuna se elevaba a cuatro millones seiscientos cincuenta mil francos (contra una valoración de unos dos millones doscientos mil francos en 1914), a pesar de una pérdida de sesenta mil francos en valores rusos. Sintiendo aquel día con vocación para las estadísticas, cogió de un cajón de la mesa escritorio una pequeña agenda en la que figuraba la inscripción: "Caridades secretas," El total ascendía, para los años de guerra, a treinta y tres mil francos. Digamos, de paso, que las caridades del notario Girodot coincidían con las fechas de sus viajes a Lyon y habían sido distribuidas, principalmente en el barrio de los Archers, entre personas muy dignas de interés

por la prontitud con que se desnudaban y el trato familiar que dispensaban a los hombres respetables.

Reflexionando a propósito de esas cifras fijó los ojos en el apartado de los novecientos veintitrés francos con quince céntimos, y se dijo: "Creía haber dado más", y respecto a los treinta mil: "No creía haber ido tan lejos..." Sobre esta última partida, llegó a la conclusión de que los preliminares, con las comidas, el champaña, los paseos en coche y a veces los regalos, le habían resultado más caros que los *tête-a-tête*. Sin embargo, estos preparativos eran indispensables para que luego se sintiera el ánimo solazado. "Después de todo —concluyó—, siempre estoy encerrado aquí y apenas me distraigo." Y murmuró sonriendo: "¡Ah, las encantadoras bribonas...!" Luego, comparando las tres cifras —cuatro millones seiscientos cincuenta mil, treinta y tres mil, y novecientos veintitrés con quince—, se hizo a sí mismo esta observación: "Hubiera podido hacer un poco más... Verdad es que tenía disponibilidades para ello."

Por lo que acabamos de decir, se ve claramente que el notario Girodot era un hombre irreprochable, y resulta evidente que las insinuaciones de Tony Byard, además de calumniosas, estaban dictadas por el resentimiento. Afortunadamente, Girodot no era juzgado en Clochemerle por los pocos que prestaban oídos a las invectivas de Tony Byard. Era un hombre que gozaba de gran reputación. La expresión es tal vez poco concreta y está sujeta siempre a matices de tipo local. De una manera general, puede afirmarse que presupone la fortuna (a nadie se le ocurriría aplicarla a un hombre pobre, porque la mente se resiste, naturalmente, a la asociación de estos dos términos: reputación y pobreza), pero, eso sí, una fortuna de la que se hace un uso moderado, una fortuna discretamente generosa, que permite una armoniosa concordancia entre las convicciones y los actos de su poseedor. Este era el caso, como hemos visto, del notario Girodot.

Girodot era, en Clochemerle, el primer representante de la burguesía, pues lo habían precedido en la dignidad burguesa varias generaciones de ricos Girodot. Con excepción del notario, apenas había en el pueblo una preclara representación burguesa, puesto que los clochemerlinos eran todos propietarios de viñedos, es decir, simples cultivadores enriquecidos. La situación de Girodot era, pues, especial, algo así como el intermediario entre el clan aristocrático de los Courtebiche y el resto de la población. Siguiendo el ejemplo de los moradores del castillo, sentaba en su mesa al cura Ponosse, y su máxima ambición hubiera sido tener por huésped a la baronesa; pero la noble señora se negaba a ello. La baronesa había transferido al cuidado de Girodot una parte de los bienes que atendían sus notarios de París y Lyon, pero lo trataba como a un simple intendente de su hacienda. Lo invitaba de vez en cuando a su casa, del mismo modo que si se tratara de una audiencia real, pero no iba a la de Girodot, como tampoco frecuentaba la casa rectoral. Y en cuanto al modo de mantener su rango, se basaba en unas normas concretas, de una eficacia probada. Porque es una cosa cierta: cuando las clases sociales se mezclan más de la cuenta, las diferencias se van reduciendo y las superioridades acaban por desaparecer. La supremacía de la baronesa residía en la parquedad con que manifestaba sus simpatías. Respecto al notario, cuyos intereses iban viento en popa en tanto que los suyos declinaban, se mostraba intratable. —Os aseguro —decía— que si iba a comer sus guisados no tardaría en verme protegida por ese tabelión provinciano.

Girodot se sentía profundamente dolido por los desaires de la baronesa, hasta el punto de que reducía sus legítimos beneficios sobre las operaciones que efectuaba por cuenta de su cliente con la esperanza de que aquella rebaja influiría en el ánimo de la baronesa y la haría mostrarse menos desdeñosa. En esto estribaba, precisamente, la diferencia de sus razas. La orgullosa baronesa no podía soportar a un hombre que consagraba su tiempo a mezquinas componendas.

En cambio, Girodot gozaba cerca de los clochemerlinos de una consideración especial. Estos sentían por el notario un temeroso respeto, y él mismo le ocurría a Ponosse, dispensador de los privilegios celestiales, y a Mouraille, protector de la

vida terrenal. Pero los problemas de vida o muerte se presentan muy raras veces, y una sola vez en toda la existencia el de la eternidad, en el último momento, cuando la partida terrenal está definitivamente jugada. En cambio, las cuestiones de dinero se plantean en todo momento, de la mañana a la noche, desde la infancia a la vejez. La idea del lucro latía en el cerebro de los clochemerlinos al mismo ritmo que la sangre en sus arterias, y a ello se debía que el ministerio de Girodot adquiriera mayor prestigio que el de Ponosse y el de Mouraille. Esta prioridad aureolaba al notario de un gran prestigio. Era él, sin duda, quien penetraba más profundamente en las almas de Clochemerle, pues si había en el pueblo individuos que gozaban de buena salud y otros a quienes la eternidad les importaba un comino, no se hallaba ni uno solo que no tuviera preocupaciones económicas y necesidad de consejos para colocar su dinero.

Girodot iba a misa, celebraba las Pascuas y sólo leía la buena prensa. Solía decir: "En nuestra profesión, debemos inspirar confianza." (Con todo, esta última palabra, colocada aquí por azar, no tiene probablemente relación directa con su verdadero modo de pensar.) En cuanto a la salud, Hyacinthe Girodot estaba predispuesto a las caries, forúnculos, tumores y, en general, a toda clase de males que producen supuraciones. Además, desde los cuarenta y tres años, sufría ataques de reuma de origen microbiano. El microbio había revelado su presencia en el organismo de Girodot cuatro días después de una de sus "caridades secretas". Se le combatió sin lograrse su destrucción completa, porque el bacilo encontraba en los tejidos artríticos del notario un terreno sumamente apropiado para las emboscadas. Estos ataques, frecuentes y dolorosos, que exigían un diagnóstico compatible con la tranquilidad moral de la señora Girodot y la buena reputación del notario, ponían a éste a merced del doctor Mouraille, cuya discreción agradecía reservándole las mejores hipotecas de su gabinete.

Capítulo quinto

Inauguración triunfal

Como un romántico trovador que hacía antaño asomarse a las curiosas y se convertía en seguida en el preferido de las damas, una buena mañana hizo su aparición la primavera, un par de semanas antes del momento de levantarse el telón previsto por los directores de escena de las estaciones. El tierno e impertinente paje, brindándoles manojos de violetas, teñía de un rosa de melocotón las mejillas de las mujeres y las hacía objeto de dulces arrumacos. Invasión una especie de turbación, exhalaban suspiros entrecortados, y, desasosegadas por íntimas ilusiones, asomaba a sus labios un sabor de flores, de frutos y de amor.

El acontecimiento comenzó con un salto brusco de temperatura. En la noche del 5 de abril de 1923, un ligero viento del Norte, saturado de aromas borgoñanos, efectuó una gran colada celestial, dispersó los negros nubarrones que la víspera, meciéndose de Oeste a Este, apesadumbraban a la gente de Clochemerle y se los llevó hacia las montañas de Azergues, que apenas se divisaban tras el celaje de la lluvia que allí descargó. En el curso de una noche, los peones del firmamento habían despejado el terreno, desplegado las oriflamas y suspendido las girándulas. En aquel dosel tendido en el infinito, el sol brillaba en toda su intensidad. A su influjo, las primeras ramitas, las primeras florecillas cobraban una insólita ternura, los muchachos se mostraban más arrogantes y más blanduchas las muchachas, pero gruñones y latosos los viejos, más comprensivos los padres, un poco menos estúpidas las Pandoras, más tolerantes los hombres severos y las mujeres piadosas, más pródiga la caridad de los ahorrativos... En una palabra, ensanchaba los pechos.

De buen o mal grado, era preciso guiñar el ojo a aquel bribón que hacía centellear alegremente los botes de color esmeralda y geranio de Poilphard. La señora Fouache vendía más tabaco, el posadero Torbayon veía lleno el comedor todas las noches, el cura Ponosse aumentaba sus ingresos en la recolecta, el farmacéutico conocía días prósperos, el doctor Mouraille sanaba a todo el mundo, el notario Girodot redactaba contratos matrimoniales. Tafardel preparaba un mundo mejor y su aliento olía a reseda, Piéchut se frotaba las manos a hurtadillas y, entre los senos de la hermosa Judith, hubiérase dicho que la aurora, en su dulce languidez, se había adormilado.

Todas las cosas parecían remozadas y lustrosas y los corazones se habían visto agraciados con un premio de ilusiones que les hacían más llevaderas las penas de la vida. Desde la parte alta del pueblo se oteaban tupidos bosques, hoscos y agrestes, apenas liberados de las hilachas del invierno, tierras húmedas y oscuras en las que apuntaban tímidamente algunos tallos, verdes prados cubiertos de un vello de triguales en sazón, que hacían sentir a los clochemerlinos deseos de convertirse en potreros en libertad con las ancas inquietas, o en esos terneros que parecen haber robado cuatro estacas de una cerca para hacerse las patas con ellos. Clochemerle se hallaba presa en un remolino de tibios estremecimientos, en el concierto de resurrección de las invisibles miríadas animales. Todo era bautismo, primeros pasos, primeros vuelos, primeros gritos, Una vez más, el mundo no necesitaba ya de nodriza. Y el sol, decididamente indiscreto, se posaba en la espalda de las gentes, como si fuera la mano de un viejo compañero a quien se vuelve a encontrar.

—¡Buenos días! —decían los clochemerlinos—. ¡Hermoso día nos ha mandado Dios! Y todos sentían el aguijón de los deseos viejos como el mundo y que constituyen la ley del mundo, por encima de las leyes y de las morales encogidas. Era el deseo ancestral de acosar a las muchachas en flor, de muslos inmensos como la eternidad y senos y pantorrillas de paraíso perdido, y lanzarse como semidioses victoriosos sobre aquellas vírgenes palpitantes, dolientes corzas de amor. Y en las mujeres

renacía el deseo bíblico, siempre actual, de ser tentadoras, de mostrarse desnudas en las praderas, sintiendo en su vellón impaciente la caricia del viento, los saltos alrededor de las grandes fieras domesticadas que acuden a lamer el polen de sus cuerpos en flor, mientras ellas esperan la aparición del conquistador a quienes han consentido de antemano la derrota que es su hipócrita victoria. Instintos procedentes de los primeros tiempos se mezclaban en las cabezas de los clochemerlinos a los pensamientos que les había vagamente intuido la civilización, lo que conducía a un conjunto de ideas demasiado complicadas que les dejaba turbados. Era una primavera espléndida que se presentaba sin trastornos ni aspavientos y cuyo efecto sentían en el cerebro, en los omóplatos y en la medula. Estaban conmovidos y aturdidos. Y aquel tiempo había de durar.

La primavera llegó a punto para la fiesta de la inauguración, fijada para dos días después, el 7 de abril, un sábado, lo que permitiría descansar el domingo. Barthélemy Piéchut y Tafardel habían triunfado. Aunque disimulado bajo un cobertizo de tela, el urinario estaba ya construido, a la entrada del callejón de los Frailes, adosado a la pared de las "Galleries Beaujolaises". Bajo la inspiración del alcalde, siempre afanoso por traer a Clochemerle algunos personajes políticos, la municipalidad había acordado organizar en tal ocasión una fiesta simpática, sencilla y del gusto de los pueblerinos, que consagraría el progreso del urbanismo rural. Anuncióse la reunión bajo el título de "Fiesta del vino de Clochemerle", pero el verdadero motivo era el urinario. Podíase contar con la asistencia del subprefecto, del diputado Aristide Focart, de varios consejeros departamentales, varios alcaldes de los pueblos vecinos, algunos oficiales ministeriales, tres presidentes de sindicatos vinícolas, algunos eruditos regionalistas, y la presencia, además, del poeta Bernard Samothrace (que en realidad se llamaba Joseph Gamel), que acudiría de una localidad cercana provisto de una oda rústica y republicana compuesta expresamente para aquel acto. Y finalmente, también había prometido su asistencia el más célebre de todos los hijos de Clochemerle, el ex ministro Alexandre Bourdillat.

Todos los clochemerlinos que profesaban ideas avanzadas se congratulaban de aquella manifestación, y, por el contrario, todos los conservadores se disponían a manifestar su desagrado. La baronesa de Courtebiche, indirectamente invitada a asistir al acto, había respondido, con su acostumbrada impertinencia, que "no quería rozarse con chafallones".

La expresión era de las que difícilmente se perdonan. Afortunadamente la actitud de su yerno, Oscar de Saint-Choul, la redimía un poco. Sin profesión conocida ni capacidad para dedicar a ningún orden de actividades, aquel gentleman preparaba eventualmente una candidatura política de significación aún imprecisa, pues la prudencia le aconsejaba no ponerse a malas inútilmente con ningún partido mientras no proclamara sus convicciones, lo que no haría más que en el último momento, con objeto de descartar, en su profesión de fe, toda posibilidad de error o de precipitación. Respondió muy cortésmente a los emisarios democráticos —ligeramente intimidados por el aplomo con que llevaba el monóculo y sus excesivas atenciones, que implicaban a un tiempo honor y menosprecio— que la baronesa era persona de otros tiempos, imbuida todavía de los prejuicios de su época. El, en cambio, tenía un concepto más amplio de los deberes cívicos, por lo que ninguna iniciativa legítima ("¡Fíjense bien, caballeros —subrayó con una fina sonrisa—, que no digo legitimista!") podría dejarlo indiferente. "Tengo en gran estima —añadió— a vuestro Barthélemy Piéchut. Bajo sus modales voluntariamente sencillos y verdaderamente simpáticos se oculta una gran inteligencia. Yo sería de los vuestros, pero habéis de comprender, mis queridos amigos, que en mi situación hereditaria no puedo ocupar un lugar destacado entre vosotros. ¡Ay, la nobleza obliga! Permitidme que haga una breve aparición, con la intención, sobre todo, de demostraros que existe en las filas monárquicas (mi bisabuelo materno compartió el destierro con Luis XVIII, y, claro, háganse cargo, caballeros, esto me impone

algunos deberes), que existe en nuestras filas, repito, hombres que no se dejan cegar por la pasión y que están dispuestos a simpatizar con vuestros esfuerzos." Para Barthélemy Piéchut el éxito se anunciaba, pues, completo, y aureolado, además, por ese desafío discreto que era en el fondo su intención. La respuesta ofensiva de la baronesa le garantizaba que él había maniobrado bien.

El memorable día amaneció espléndido y la temperatura fue eminentemente favorable a la brillantez de un alegre comicio. Un automóvil cerrado, conducido por el propio Arthur Torbayon, fue a recoger, en Villefranche, donde había pernoctado, a Alexandre Bourdillat. El coche regresó a las nueve, al mismo tiempo que otro vehículo del que se apeó el diputado Aristide Focart. Los dos personajes no mostraron gran entusiasmo al verse. Aristide Focart decía a quien quería escucharle que el ex ministro era "un zote integral, cuya presencia en nuestras filas proporciona armas a nuestros enemigos". Por su parte, Bourdillat clasificaba a Focart como "uno de esos pequeños logreros sin escrúpulos que son la hez del partido y que no hacen más que desprestigiarnos". Combatientes bajo la misma bandera, ni uno ni otro ignoraban la opinión que mutuamente se merecían. Pero la política enseña a los hombres a contemporizar. Echáronse uno en brazos del otro y cambiaron afectuosas palmaditas en la espalda, con ese patetismo de tribuna pública y esos cavernosos trémolos de garganta que son comunes a los políticos del género sentimental y a los actores que hacen llorar a las mujeres de los subprefectos.

Cautivados por la fraternidad que unía a sus dirigentes, los clochemerlinos, sobrecogidos de respeto, admiraban el augusto abrazo. Cuando éste se deshizo, Barthélemy Piéchut avanzó, y amistosas interpelaciones, de una deferencia perfectamente dosificada, surgieron de uno y otro lado.

—¡Bravo, Bourdillat!

—Nos sentimos orgullosos y agradecidos, señor ministro.

—Buenos días, Barthélemy.

—¡Oh, mi viejo y querido amigo! ¡Buenos días!

—¡Ha tenido usted una idea excelente!

—¡Qué día tan magnífico! —decía Bourdillat—. ¡Qué satisfacción encontrarme de nuevo aquí, en mi viejo Clochemerle! ¡A menudo pienso con verdadera emoción en vosotros, mis queridos amigos y conciudadanos! —añadió dirigiéndose a los que estaban a su alrededor.

—¿Hace mucho tiempo, señor ministro, que salió usted de Clochemerle? —preguntó el alcalde.

—¿Si hace mucho tiempo? ¡Caramba...! Pues hará más de cuarenta años. Aún debía de ser usted un niño de pecho, mi buen Barthélemy.

—¡Eh, señor ministro, ya dudaba entre los mocos y el bigote!

—¡Pero aún no había hecho su elección! —replicó Bourdillat con una fuerte y cordial risotada, demostración de vigor intelectual y físico de que hacía gala aquella mañana.

Los asistentes rubricaron con una halagadora acogida aquellas réplicas ocurrentes, exponentes de la tradición francesa que ha situado siempre en los negocios públicos a hombres de ingenio.

Con todo, respetuosas sonrisas señalaron la presencia de un desconocido de aventajada estatura que se abrió paso hasta colocarse al lado del ex ministro.

Llevaba una holgada levita de amplios faldones, que debió de heredar, pues su corte evidenciaba a las claras que se trataba de una prenda del siglo pasado. Las puntas del cuello de pajarita que le agarrotaban despiadadamente la tráquea, le obligaban a levantar la cabeza. ¡Y qué cabeza! Le sobrecogía a uno. La cubría un sombrero de fieltro de anchas alas que se balanceaba al menor movimiento, y el cogote aparecía resguardado por una larga melena, como las que se ven en los grabados que representan a san Juan Bautista, a Vercingétorix, a Renan y los ancianos vagabundos a quienes las autoridades municipales prohíben quedarse en el pueblo. Aquel Absalón vestido de negro tenía en las manos, calzadas con guantes

negros, un precioso rollo de papel, y sus funciones revelaban la distracción superior de los pensadores. Una enorme chalina y la cinta de la Legión de Honor completaban el severo conjunto. El desconocido hizo una reverencia y al mismo tiempo se quitó el sombrero con ampuloso ademán, lo que reveló que en cuanto a la totalidad de su sistema capilar no podía uno fiarse de la aparente sobreabundancia de su nuca.

—Señor ministro —dijo Barthélemy Piéchut—, me permite usted presentarle al señor Bernard Samothrace, el célebre poeta?

—¡Cómo no, mi querido Barthélemy! Con mucho gusto, con muchísimo gusto... Además, este nombre de Samothrace me recuerda algo. Seguramente he conocido a algunos Samothrace. Pero, ¿dónde y cuándo...? Debe usted perdonarme, señor —dijo cortésmente al poeta—, pero veo a tanta gente... Me es imposible recordar todas las fisonomías y todas las circunstancias.

Tafardel, que estaba cerca, daba desesperados resoplidos.

—¡Por Dios, la victoria! ¡La victoria de Samothrace! ¡Pero si es historia griega! Isla, isla, isla del archipiélago...

Pero Bourdillat no le oía. Estrechaba la mano del recién llegado, que esperaba sin duda una demostración de aprecio más personal. El político así lo comprendió.

—¿Con que es usted poeta, señor? Está muy bien eso de ser poeta. Cuando en este ramo se da uno a conocer puede llegarse muy lejos. Víctor Hugo murió millonario... Tuve un amigo que escribía algunas cosillas. El pobre murió en Lariboisière. No digo esto para desanimarle... ¿Y cuántos pies tienen los versos que hace?

—Los hago de todas dimensiones, señor ministro.

—¡Oh, es usted un hombre hábil! ¿Y qué género cultiva de preferencia? ¿Triste, alegre, festivo? ¿Versos para canciones, tal vez? Parece que esto da mucho dinero.

—Cultivo todos los géneros, señor ministro.

—¡Mejor que mejor! En suma, que es usted un verdadero poeta, como los académicos. ¡Bien, hombre, bien! Pero le diré a usted que, a mí, los versos...

Por segunda vez desde su llegada a Clochemerle, el ex ministro tuvo una de esas ocurrencias que tanto contribuyen a la popularidad de un político, y esbozó aquella modesta sonrisa que se dibujaba en su rostro cada vez que quería dar a entender que era hijo de sus obras.

—En materia de versos —dijo— no conozco otros que los "vers de tierra". Hágase usted cargo¹, querido señor Samothrace, que mi verdadero fuerte es la agricultura. Desgraciadamente, esta delicada alusión de Bourdillat a sus antiguos quehaceres no fue captada por todos los presentes. Pero los que supieron interpretarla la celebraron ruidosamente, y la agudeza, que fue divulgada, creó en el pueblo una gran corriente de simpatía. Para los clochemerlinos constituía una prueba de que los honores no se le habían subido a la cabeza a su ilustre conciudadano, que sabía encontrar la fraseología sencilla tan del gusto de las multitudes.

Un hombre, empero, no compartió el entusiasmo general: el propio poeta que, como muchos de su especie, tenía una tendencia enfermiza a creerse perseguido. Inscribió esta palabra en la cuenta de agravios que su genio había tenido que sufrir. Confundido entre la muchedumbre, pensaba con amargura en la manera como, dos siglos antes, hubiera sido tratado en Versalles. Pensaba en Rabelais, en Racine, en Corneille, en Molière, en La Fontaine, en Voltaire y en Jean-Jacques Rousseau, protegidos de los reyes y amigos de las princesas. A no ser porque tenía en la mano su poema, una obra maestra de ciento veinte versos, fruto de las noches de cinco semanas y de una fiebre lírica, sazónada con aguardiente de Beaujolais, que le había dejado exhausto, se habría marchado. Iba a leer su obra ante dos mil personas, entre las cuales quizá se encontraban dos o tres verdaderos entendidos. Era aquélla una ocasión que rara vez se le presenta a un poeta en una sociedad en que las selecciones son prácticamente desconocidas.

Entretanto, el cortejo se encaminaba hacia la plaza de Clochemerle, donde se había levantado un estrado. Los clochemerlinos, a quienes el desayuno compuesto de

¹ Juego de palabras intraducible. Vers significa «versos» y también «gusanos». (Nota del traductor.)

suculentos embutidos rociados con tragos copiosos, había puesto de buen humor, se congregaron alrededor de la tribuna. Aprovechando la esplendidez del tiempo, los hombres iban a cuerpo y, por primera vez aquel año, las mujeres exhibían considerables superficies de piel mate, más blanca por haber estado resguardada todo el invierno. La contemplación de los atrevidos escotes, los hombros turgentes, las axilas donde brillaban gotitas de rocío y los apretados muslos, cuyos contornos se adivinaban bajo las ropas ligeras, regocijaban todos los corazones. La gente estaba dispuesta a aplaudir a quienquiera que fuese, por el simple placer de hacer ruido y sentirse revivir. Celestiales coristas preludiaban, con alados arabescos y desafinados gorjeos, porque aún carecían de práctica, los majestuosos solos de la elocuencia oficial. El sol era el jefe de protocolo y lo regía todo a la buena de Dios.

Comenzó la tanda de discursos con unas palabras de bienvenida y de agradecimiento de Barthélemy Piéchut, pronunciadas con discreción y modestia, sin hacer la menor alusión a la pugna de partidos. Dijo lo estrictamente necesario y atribuyó el mérito de las mejoras de Clochemerle a la municipalidad entera, gran cuerpo indivisible que debía su existencia al sufragio libremente expresado de sus conciudadanos. Luego se apresuró a ceder la palabra a Bernard Samothrace, que había de recitar su poesía de bienvenida a Bourdillat. El poeta desenrolló su legajo y dio comienzo a su lectura con voz fuerte y entonación expresiva y acentuando las intenciones del texto:

*¡Oh vos, gran Bourdillat, de muy humilde cuna,
con vuestras facultades e incansable trabajo
lograsteis la conquista de los altos poderes
y honrar habéis sabido de Clochemerle el nombre!*

*Vos, que cumplir supisteis vuestra misión, y gloria
a este pueblo al que ahora regresáis habéis dado,
vos, cuyo nombre inscrito ya en la Historia se encuentra
recibid el saludo de un corazón sincero.*

*Que a Bourdillat François, Emmanuel Alexandre,
el más esplendoroso y amado de sus hijos
a quien siempre ha esperado Clochemerle, el pueblo
os dedica orgulloso, triunfante, emocionado.*

Repantigado en su poltrona, Bourdillat escuchaba estos elogios moviendo de vez en cuando su cabeza gris, que mantenía inclinada sobre el pecho.

—Dígame, Barthélemy —preguntó a Piéchut—, ¿cómo llama usted a esta clase de versos?

Tafardel, que, sentado detrás, no se separaba un momento del alcalde, respondió sin ser interpelado:

—Alejandrinos, señor ministro.

—¿Alejandrinos? —dijo Bourdillat—. ¡Ah, qué delicadeza! Sabe ir por el mundo este muchacho. Muy bien, muy agradecido. Lee como un actor de la Comedia Francesa. El ex ministro pensaba que habían escogido los alejandrinos a modo de delicada atención, porque él se llamaba Alejandro.

Una vez terminada la lectura de la poesía, y mientras los clochemerlistas aplaudían y gritaban "¡Viva Bourdillat!", Bernard Samothrace, después de haber arrollado y vuelto a atar el papel, lo ofreció al ex ministro, que abrazó estrechamente al poeta. Un par de dedos índice detuvieron en el borde de los párpados unas lágrimas de excelente efecto. Entonces se levantó Aristide Focart. Recientemente elegido, militaba en la extrema izquierda del partido. Le animaba la fogosidad de la juventud que tiene que ganarlo todo y el afán de las ambiciones insatisfechas. Para ascender más de prisa, quería licenciar a los viejos políticos que, sin otra apetencia que ir tirando, se resistían a que se procediera al menor cambio. En ciertos medios

comenzaba a hablarse de Aristide Focart como de un hombre del mañana. El político se daba cuenta de ello y también de la necesidad de sazonar cada uno de sus discursos con frases agresivas destinadas a lisonjear la fanática clientela en la cual se apoyaba. En Clochemerle, a pesar del ambiente de concordia que reinaba, no se privó de pronunciar palabras que apuntaban a Bourdillat:

—Las generaciones se suceden como las olas que se estrellan contra los acantilados y que por su repetición, poco a poco los van royendo. No debemos cesar en nuestra arremetida contra los viejos errores, los egoísmos, los privilegios escandalosos, los abusos y las desigualdades que vuelven a surgir. Hombres de méritos probados pudieron ser en tiempos pasados buenos servidores de la República. Hoy se ven laureados, y esto es justo. Yo soy el primero en celebrarlo. Pero en Roma los cónsules, cuando se les ceñía la frente con el lauro del triunfo, entregaban el mando a los jóvenes generales más activos, y esta medida, acertada y noble, contribuía a la grandeza de la patria. La democracia no puede nunca mantenerse estática. Los antiguos regímenes han perecido por inercia y por cobarde complacencia hacia los corruptores. Republicanos, nosotros no caeremos en este error. Seremos fuertes. Avanzaremos hacia el porvenir con firmeza de ánimo, animados por la generosidad, la justicia y la audacia que nos inspira nuestro ideal de elevar la Humanidad a un grado de dignidad y de fraternidad cada vez más perfectas. Por esto, Alexandre Bourdillat, mi querido Bourdillat, a vos, con la frente nimbada de la gloria más pura bajo los arcos de triunfo levantados en este hermoso pueblo de Clochemerle, que es el vuestro —lo acaban de expresar en términos distinguidos—, a vos, que nos habéis mostrado el ejemplo y que estáis en el apogeo de una magnífica carrera, permitidme que os diga: "No tengáis inquietud alguna. Esta República que tanto habéis amado y a la que tan provechosamente habéis servido, conservará, con nuestro esfuerzo, su juventud, su esplendor y su belleza."

Esta magnífica tirada despertó el entusiasmo general. Al propio tiempo Alexandre Bourdillat dio la señal para los aplausos y exclamó, extendiendo las manos:

—¡Oh, bravo! ¡Muy bien, Focart!

Luego, cambiando la expresión, retrepado en su poltrona, dijo en voz baja al alcalde de Clochemerle, que estaba sentado a su izquierda:

—Ese Focart es un granuja, un sinvergüenza con todas las de la ley. Está tratando de desbancarme por todos los medios y de abrirse paso a codazos. ¡Y he sido yo quien he hecho de él un político; yo, que hace tres años inscribí en la lista a ese canalla! Llegará lejos, con sus dientes afilados. Y la República, créalo usted, le importa un bledo.

A Barthélemy Piéchut no le cupo la menor duda de que con más razón que los abrazos y los lauros que mutuamente se prodigaban aquellos caballeros, las palabras que acababan de pronunciarse revelaban bien a las claras la expresión de una sinceridad absoluta. De ello dedujo que, por una falta de información, había cometido una torpeza al invitar simultáneamente a Bourdillat y a Focart, a pesar de que este último pasaba a veces por discípulo del primero. Sin embargo, no desperdició la ocasión de informarse y de arrimar el ascua a su sardina.

—¿Tiene Focart influencia en el partido? —preguntó.

—¿Qué influencia quiere usted que tenga? No hace más que ruido y procura atraerse a los descontentos. Pero esto no cuenta.

—En suma, que no puede uno fiar en sus promesas...

Bourdillat, desconfiado y preocupado, se volvió a Piéchut.

—¿Le ha hecho alguna? ¿A propósito de qué?

—¡Oh, nada, cosillas sin importancia...! Pura casualidad... Así que será mejor no confiar mucho en él, ¿verdad?

—En absoluto, Barthélemy. Cuando necesite usted alguna cosa, diríjase directamente a mí.

—Eso he pensado siempre hacer, pero temía molestarle...

—¡Vamos, Barthélemy, por Dios, qué cosas dice usted! ¡Dos viejos amigos como nosotros! Conocí a tu padre, el viejo Piéchut. ¿Te acuerdas de tu padre...? Ya hablaremos de tus asuntos. Entre los dos lo arreglaremos todo. Contando, pues, con el apoyo de Bourdillat, Piéchut no pensó en otra cosa que en asegurarse el de Focart, insinuándole las promesas que le había hecho Bourdillat y preguntándose si era en verdad hombre de palabra y poderoso en el seno del partido. Las cosas iban entrando por buen camino. Recordó las palabras del viejo Piéchut, su padre, que Bourdillat acababa de evocar: "Si necesitas un carricoche y te ofrecen una carretilla, escoge lo más fácil. Acepta la carretilla y cuando llegue el carricoche, tendrás las dos cosas." Carricoche o carretilla, Bourdillat o Focart, no era posible saber... "El buen sentido de los ancianos suele acertar", pensó Piéchut. Había alcanzado la edad en que, rechazada por los más jóvenes su propia sabiduría, seguía los consejos que antes había rechazado. Se daba cuenta de que el buen sentido no es cosa que cambie de una generación a otra, sino de una edad a otra, en el curso de las generaciones sucesivas.

Le llegó el turno a Bourdillat, el último en hacer uso de la palabra. Se puso los lentes, sacó unas cuartillas y se puso a leer con aplicación. Decir que no era orador sería insuficiente. Tartajeaba lastimosamente al hablar. Sin embargo, los clochemerlins se empeñaban en mostrar su contento, en parte a causa de la espléndida temperatura y en parte porque no abundaban las ocasiones de ver reunidos en la plaza Mayor a tantos prometedores Mesías. Igual que los que le precedieron, Bourdillat anunció un futuro de paz y prosperidad, en términos vagos, pero grandilocuentes, que no diferían sensiblemente de los empleados por los anteriores oradores. Todo el mundo se mostraba atento y respetuoso, salvo quizás el subprefecto, que no disimulaba que su atención era por encargo. Aquel hombre joven, distinguido, reflexivo, vestido de uniforme negro y plata, parecía un diplomático que se hubiera extraviado en una "kermesse" lugareña. Cuando apartaba la vista de la tribuna, sus facciones adquirían una expresión que correspondía exactamente a esta observación: "¡Qué papeles me obligan a desempeñar!" Había oído centenares de discursos parecidos, pronunciados por los prometedores de la luna del régimen. Y se aburría soberanamente. De pronto, el final de una frase cobró una resonancia extraordinaria, que no obedecía a su contenido, sino a la forma en que fue pronunciada.

—...*¡Todos aquellos que han sido verdaderos republicanos!*

Al terminar la parrafada, Bourdillat, con un gran sentido de la oportunidad, hizo una pausa para que la frase produjera el efecto deseado en los iniciados.

—"¡Magnífico! ¡Bourdillat está en su mejor forma!" —se dijo el subprefecto tapándose la boca con la mano, como haría quien sintiera subírsele del estómago una pequeña inconveniencia que es decente reprimir. Y en el acto cesó su aburrimiento.

—*Errare humanum est!* —dijo Tafardel en tono doctoral—. Un lapsus, un simple lapsus, pero que no altera la belleza de las ideas.

—Lo sorprendente —susurró el notario a su vecino— es que *ellos* no lo hayan metido en Instrucción Pública. No lejos se encontraba Oscar de Saint-Choul, cuyos botines, pantalones, guantes y sombrero componían una rara armonía de tonos café con leche. Con el estupor, se le distendieron los párpados y se le desprendió el monóculo. Al ajustárselo de nuevo, el gentilhombre, asombrado, exclamó:

—¡Por los manes de mi bisabuelo muerto en el destierro, nunca había oído tan extraña retórica!

Al mismo tiempo, un ruido extraño se produjo en aquella hermosa mañana. El farmacéutico Poilphard, al tratar de reprimir una sonora carcajada, emitió un sollozo que pareció un rebuzno.

Y el diputado Focart, que, sentado a la izquierda de Barthélemy Piéchut, daba furiosos resoplidos, no le ocultó al alcalde de Clochemerle su modo de pensar: —¡Qué zopenco es ese Bourdillat, mi querido Piéchut! No tiene parangón, es un diplodocus de la "zopenquería". ¡Y pensar que se ha podido hacer de eso un

ministro! ¿No conoce usted la historia? ¿De veras no la conoce usted? Pero, mi querido amigo, si en el Parlamento nadie la ignora... Le aseguro que no violaré ningún secreto al contársela.

Y a renglón seguido relató la carrera de Alexandre Bourdillat, hombre ilustre de Clochemerle y ex ministro de Agricultura.

Bourdillat llegó muy joven a París y trabajó como camarero en un café. Más tarde se casó con la hija de un cafetero y se estableció por su cuenta en Aubervilliers. Durante veinte años, su establecimiento fue un centro activísimo de propaganda electoral, la sede de varias agrupaciones políticas. A los cuarenta y cinco años, Bourdillat se entrevistó un día con un miembro influyente del partido.

—¡Por los clavos de Cristo —exclamó—, que hace ya mucho tiempo que envío diputados al Parlamento dando de beber gratis a todo el mundo! ¿Es que no va a llegar mi turno? ¡Yo quiero ser diputado!

Estas razones fueron consideradas lógicas, tanto más cuanto el cafetero disponía sobradamente de dinero para correr con los gastos de la elección. En 1904, a los cuarenta y siete años, fue elegido diputado por primera vez. El método que tan brillantemente le deparó el acta de diputado, lo empleó de nuevo para obtener la cartera de ministro. Durante unos años, no cesó de repetir:

—¿Es que se olvidan de mí? ¿Acaso soy más zote que los demás? ¡He contribuido más yo al auge del partido con mis aperitivos que cualquiera de esos señores con sus discursos!

Finalmente, en 1917, se presentó la ocasión. Clemenceau se disponía a formar Gobierno. En el piso entresuelo de la calle Franklin, recibió al jefe del partido.

—¿Qué hombres me propone usted? —dijo.

El nombre de Bourdillat, entre otros, surgió en primer lugar.

—¿Es un asno ese Bourdillat? —dijo Clemenceau.

—Por Dios, señor presidente —le contestaron—. Sin ser una notabilidad, Bourdillat, como político, pertenece a una honrada medianía...

—Precisamente eso quería decir —repuso el hombre de Estado dando un manotazo al aire con el que daba a entender que no era necesario prolongar la conversación. Reflexionó un instante y, de pronto, dijo:

—No hablemos más, me quedo con ese Bourdillat. ¡Cuanto más imbéciles me rodeen, más fácil será que me dejen en paz!

—¿No le parece divertida la historia? —insistió Focart—. Clemenceau llamaba a la estupidez "el imperio de Alexandre" y a los imbéciles "los fieles súbditos de Alexandre, emperador de los zoquetes". ¿Ha oído hablar del discurso de Toulouse, la obra maestra de Bourdillat...?

Aristide Focart no interrumpía sus confidencias más que para aplaudir y dar calurosas muestras de aprobación. Sin embargo, Bourdillat seguía en sus trece, barajando unas con otras fórmulas ya experimentadas en el transcurso de cuarenta años de reuniones políticas. Dio lectura finalmente a las últimas líneas de la última cuartilla y el delirio de los clochemerlinos llegó a su punto álgido. Los elementos oficiales se levantaron y, seguidos de la multitud, se dirigieron por la calle Mayor hacia el centro de la población. Se iba a proceder a la feliz inauguración del pequeño edificio que los clochemerlinos llamaban ya "la pizarra de Piéchut".

Fueron requeridos los servicios de los bomberos de Clochemerle para retirar el toldo que cubría el edificio. Y apareció el monumento con toda su útil y alentadora sobriedad. Alguien propuso celebrar el acontecimiento con vino de Clochemerle, rompiendo el gollete de una botella contra la valla protectora. Mas para oficiar en tal sacrificio se necesitaba un sacerdote de prestigio. Y fue una sacerdotisa.

El subprefecto fue a buscar entre la multitud una persona cuya presencia no le había pasado inadvertida y de la que no quitaba ojo: Judith Toumignon. Judith avanzó hacia donde estaban todas las personalidades oficiales, contoneando sus muslos de diosa con una gracia sencilla y displicente, que levantó un murmullo de homenajes de admiración. Fue ella, pues, quien bautizó, riendo, el urinario. Para

agradecer su intervención, el viejo Bourdillat la besó en las mejillas. Focart y algunos otros quisieron seguir el ejemplo, pero Judith se les escurrió.

—¡No es a mí a quien inauguran, señores! —dijo.

—¡Qué lástima! —exclamaron, con unánime pesar, los galantes caballeros.

De pronto, alguien gritó:

—¡Eh, Bourdillat, demuestra que eres un hombre de Clochemerle! ¡Mea tú el primero!

Y la muchedumbre repitió:

—¡Sí, mea...! ¡Mea, Bourdillat!

La demanda puso en un aprieto al ex ministro que desde hacía unos años no se llevaba bien con su próstata. Sin embargo, se prestó al simulacro. Cuando estuvo al otro lado de la valla, una ovación estruendosa retumbó por los cielos de Clochemerle y las mujeres rompieron en estruendosas risotadas, como si les hicieran cosquillas, pensando probablemente en lo que Bourdillat tenía simbólicamente en la mano y en lo que aquellas matronas regordetas pensaban tal vez con más frecuencia de lo que es correcto confesar.

Encontrábanse allí muchos clochemerlinos que, después de tanto tiempo de sostenida atención, sentían una gran necesidad de evacuar. El desfile comenzó en el callejón de los Frailes. Lo encabezó el guardabosque Beausoleil, hombre de mucha iniciativa que comunicó sus impresiones:

—Esa agua que cae le hace a uno entrar ganas.

—Es muy resbaladiza esa pizarra de Piéchut —confirmó Tonin Machavoine.

Estos rústicos regocijos continuaron hasta la hora de comer. En la posada Torbayon se celebró un gran banquete que, con sus acumulaciones políticas y pantagruélicas de truchas, piernas de carnero, aves de corral, caza menor, vino de marca, aguardiente de la región, brindis y nuevos discursos, duró cosa de cinco horas.

Luego acompañaron a sus respectivos coches a Bourdillat, a Focart, al subprefecto y a algunos notables cuyas actividades estaban determinadas de antemano, porque aún tenía en reserva otros discursos y otras promesas y, con un mes de anticipación, trazados los itinerarios de las inauguraciones y ágapes en los que era requerida la presencia de tan abnegados servidores del país.

Para los clochemerlinos, la jornada, desde todos los puntos de vista, resultó verdaderamente memorable. Pero fue única para uno de ellos, Ernest Tafardel, a quien el alcalde, con autorización del ministro, había concedido las palmas académicas. Este emblema demostrativo de su mérito sobresaliente remozó al maestro. Se le vio retozar como un colegial y beber de un modo desacostumbrado hasta que cerró sus puertas el establecimiento. Entonces, después de haber abrumado a sus conciudadanos con una verborrea que atestiguaba la admirable elevación de sus pensamientos, aunque desgraciadamente a partir de las nueve de la noche por alusiones obscenas, Tafardel, una vez solo, se puso a mear majestuosamente en medio de la calle Mayor, lanzando a los cuatro vientos, con voz fuerte, esta extraña profesión de fe:

"¡Al inspector de la Academia, yo le...! ¡Perfectamente, yo le...! No me importa decirle a ese Juan Lanas... Pues, sí, le diría: Señor inspector, soy su más humilde servidor, y su más humilde servidor le... a pie, a caballo y en coche. ¿Me ha comprendido bien, señor? ¡Fuera de aquí! Es usted un grosero y un ignorante. ¡Fuera de aquí, saltimbanqui, marica asqueroso. ¡Y descúbrase usted ante el ilustre Tafardel!"

Terminado este monólogo dirigido a un cielo tachonado de estrellas, el maestro tarareó un estribillo obsceno y, después de cerciorarse del paralelismo existente entre una y otra acera de la calle Mayor, inició la caminata hacia las alturas donde estaba situado el Ayuntamiento. Esta expedición, además de durar mucho tiempo, le costó un cristal de sus lentes, accidente que sobrevino a consecuencia de una serie de infortunadas caídas. Sin embargo, consiguió dar con la escuela y, completamente bebido, se echó vestido en la cama y se quedó dormido.

A aquella hora tardía no brillaba en Clochemerle más que una sola luz. Era la del farmacéutico Poilphard que lloraba de satisfacción. El espectáculo de la alegría de los demás era siempre para él un maravilloso estimulante lacrimal.

Capítulo sexto

Las alucinaciones de Justine Putet

En el asunto del urinario, Barthélemy Piéchut había puesto en juego su reputación. El lo sabía y se sentía inquieto. Si a los clochemerlinos se les antojara desdeñar la pequeña construcción, su iniciativa resultaría perjudicial para el fin electoral perseguido. Pero los dioses locales se mostraron propicios a sus maquinaciones, principalmente Baco, establecido desde hacía algunos siglos en el Beaujolais, el Mâconnais y la Bourgogne.

Aquel año, la primavera se presentó suave, precoz y florida. Copiosas transpiraciones del pecho y de la espalda comenzaron pronto a humedecer las camisas, y a partir del mes de mayo todo el mundo comenzó a beber al ritmo del verano, ritmo que en Clochemerle es digno de ser destacado, y del cual no pueden hacerse la menor idea los enclenques y paliduchos bebedores de la ciudad. Los imprescriptibles arranques del gáznate ocasionaron en los organismos masculinos un continuo trabajo renal, seguido de regocijantes dilataciones de la vejiga, que solicitaba expansionarse con frecuencia. Su favorable proximidad a la posada Torbayon contribuía en mucho al favor de que gozaba el urinario. Claro está que las necesidades de los bebedores hubieran podido satisfacerse en el patio de la fonda, pero el lugar era oscuro, maloliente, sucio y sobre todo triste. Se iba allí como en cumplimiento de una penitencia. En cambio, era fácil atravesar la calle. Este segundo método ofrecía varias ventajas: la de desentumecer las piernas, el placer de la novedad y, además, la ocasión de medir con los ojos el cuerpo de Judith Tournignon, siempre de buen ver y cuya plástica irreproachable le colmaba a uno la imaginación.

Por otra parte, como el urinario era de dos plazas, generalmente se iba allí por parejas, lo que procuraba el placer de una breve conversación mientras se evacuaba y así se conseguían a un tiempo dos satisfacciones. Hombres que bebían con sobresaliente técnica y buen ánimo y que meaban con igual competencia, se congratulaban mutuamente de poder experimentar esos dos grandes placeres inseparables: beber cuanto les viniera en gana y mear después hasta la última gota, tomándose el tiempo necesario en un lugar fresco, oreado, lavado día y noche por una inagotable cortina de agua. Son éstos placeres sencillos que no saben ya gozar los hombres de la ciudad, zarandeados de continuo, y que conservaban en Clochemerle todo su valor. Y era éste tan apreciado que al pasar Piéchut —lo que hacía a menudo para asegurarse de que su edificio seguía viéndose concurrido— los ocupantes, si eran hombres de su generación, no dejaban nunca de expresarle su contento.

—¡A tu salud, Barthélemy! —exclamaban.

—¿Estáis bien ahí dentro? —preguntaba el alcalde acercándose.

—Ni que lo digas, Barthélemy. ¡Estoy meando como si tuviera veinte años!

—Es muy resbaladiza esta pared, Barthélemy. Como la piel de las pantorrillas de una mozuela. ¡Esto es más fuerte que uno y nos hace desabrochar la bragueta! Palabras sencillas, exponente de la satisfacción de los hombres maduros, porque éstos no ignoran que los comentarios constituyen la parte más duradera del placer y que llega uno a una edad en que, en ciertos casos, las palabras suplen totalmente al placer y las aventuras.

El urinario había merecido la aprobación más completa de la juventud por razones bien distintas. Señalaba, en el centro de Clochemerle, el punto de intersección entre el pueblo alto y el pueblo bajo y estaba situado cerca de la iglesia, de la fonda y de las "Galerías Beaujolaises", lugares predestinados y que retenían siempre la atención. Era un lugar de reunión muy indicado. Además, otra cosa atraía a los muchachos. El callejón de los Frailes era paso obligatorio de las hijas de María que se dirigían a la sacristía, lo que durante el mes de mayo hacían todas las tardes para la salvación de su alma.

Daba gusto ver a aquellas lozanas hijas de María, de arreboladas mejillas y con el pecho ya formado. La Rose Bivaque, la Lulu Montillet, la Marie-Louise Richôme y La Toinette Maffigue se contaban entre las más requebradas, las más manoseadas cuando se presentaba la ocasión por los jóvenes clochemerlinos, que, sonrojándose tanto como ellas, se mostraban groseros por deseo de mostrarse tiernos. Sin embargo, cuando iban en grupo se comportaban audazmente y otro tanto podía decirse de las hijas de María que, si a la luz del día se conducían como mojigatas, sabían perfectamente lo que querían, esto es, enmohecerse en el seno de las cofradías de cintas azules y que los muchachos experimentasen respecto a ellas la misma turbadora emoción que a ellas les inspiraban, lo que, por otra parte, las melindrosas no ponían en duda. En grupo, para mejor enfrentarse con los lechuginos, desfilaban cogidas del brazo con estudiada displicencia y riendo socarronamente al sentirse asaeteadas por las ardientes miradas que les quemaban los muslos. Al adentrarse en la penumbra de la iglesia llenaba su imaginación el recuerdo de un rostro o de un timbre de voz cuya dulzura se confundía con la de los cánticos. Estos encuentros, estas frases torpes y deshilvanadas preparaban las nuevas generaciones de clochemerlinos.

Dos compartimientos resultaban insuficientes cuando coincidían tres o cuatro vejigas en llegar al completo, lo que sucedía con frecuencia en una aglomeración que contaba dos mil ochocientas vejigas, aproximadamente la mitad de las cuales eran vejigas masculinas, las únicas autorizadas a expansionarse en la vía pública. Por lo tanto, en casos de premura, se volvían a las viejas y expeditivas costumbres, siempre buenas. Uno se desahogaba contra la pared, junto al urinario, con la mayor despreocupación, sin la menor malicia ni incomodidad, ni motivo alguno para contener sus necesidades. Incluso algunos, de un natural más independiente, se expansionaban más fuera que dentro.

En cuanto a los mozos de Clochemerle hubieran dejado de ser jovencuelos de dieciséis a dieciocho años, con toda la estupidez característica de esa edad inquieta, si no hubieran encontrado en el urinario ocasión de entregarse a algunas excentricidades. Disputábanse entre ellos récords de longitud y de altura. Aplicando a la naturaleza humana procedimientos de física elemental, retenían la expulsión aumentando al mismo tiempo la presión consiguiendo así regocijantes efectos de juegos de agua que les obligaba a retroceder. Estas tontas diversiones pertenecen, en suma, a todos los países y a todos los tiempos, y los hombres maduros que las censuraban eran cortos de memoria. Pero las buenas mujeres de Clochemerle, que observaban a distancia, veían con indulgencia esos entretenimientos de una juventud que no estaba todavía en sazón para denodados esfuerzos. Y las robustas comadres del lavadero decían con estrepitosas risotadas:

—¡Con esta manera de manejarla, esos inocentes no harán daño alguno a nuestras hijas!

Así discurría buenamente la vida en Clochemerle, en la primavera de 1923, sin inútiles hipocresías, pero sí con una cierta inclinación hacia los chistes subidos de tono. El urinario de Piéchut era la gran atracción local. De la noche a la mañana sucedíase en el callejón de los Frailes el desfile de clochemerlinos. Cada uno se comportaba según los recursos de su temperamento y de su edad: los jóvenes, con impaciencia, sin miramientos de ninguna clase; los hombres maduros, con sensatez y comedimiento en la compostura y la acción, y los ancianos, con lentitud acompañada de suspiros, estremecimientos y grandes esfuerzos que sólo llegaban a producir mezquinos chorros, en forma de espaciados chaparrones. Pero todos, jóvenes, maduros y ancianos efectuaban el mismo ademán preparatorio, preciso y derechamente a su objetivo, en cuanto enfilaban el callejón, y luego el mismo ademán subsiguiente, que se terminaba en la calle, aunque este último, profundo y prolongado, acompañado de flexiones en las corvas, mediante el cual se procedía a una cuidadosa e íntima redistribución, cuyo eje de juicioso equilibrio y mejor comodidad lo constituía el tiro del pantalón. Esta prenda solía llevarse en Clochemerle muy holgada en su parte trasera y sostenida generalmente por un cinturón o faja no muy apretados, con objeto de facilitar los movimientos de los

viñadores siempre inclinados sobre la tierra. De todos modos, estos ademanes se circunscribían a uno solo, y capital.

Este ademán que no ha cambiado desde hace cuarenta mil años o quinientos mil, que emparenta estrechamente a Adán y al antropopiteco con el hombre del siglo xx; este ademán invariable, internacional, planetario, este ademán esencial y conminatorio, este ademán en cierto modo poderosamente sintético, lo efectuaban los clochemerlins sin ostentación fuera de lugar y sin ridículo disimulo, con toda naturalidad y sencillez. Entraban en el callejón de los Frailes con la mayor despreocupación, pues partían del principio de que era preciso tener mala disposición de ánimo para ver en ello la menor incorrección.

A pesar de ello, el ademán era precisamente provocador cuando se llevaba a cabo bajo la mirada de una persona que se imaginaba era dedicado a ella a modo de reto y que, oculta detrás de los visillos de su ventana donde la mantenía aprehendida una atracción extraña, no podía apartar la vista de su repetición. Desde su ventana, Justine Putet observaba las idas y venidas del callejón. La solterona contemplaba aquel incesante trasiego de hombres que, creyéndose solos, se ocupaban en sus necesidades con la mayor tranquilidad y que, amparados en aquella soledad, quizá no tomaban todas las precauciones que hubiera exigido una escrupulosa decencia.

Justine Putet entra en escena. Hablemos de ella. Era una trigueña biliosa, enteca y viperina, de tez amarillenta, mirada rencorosa, mala lengua y peor circuito intestinal, todo esto acompañado de una compasión agresiva y una sibilante mansedumbre. Un modelo de virtud consternadora, pues la virtud encarnada bajo unas facciones como las de Justine era sencillamente detestable, aparte de que parecía inspirada más que por una natural amenidad, por la venganza y la misantropía. Esforzada campeona de rosarios y ferviente recitadora de letanías, la solterona era todavía una incansable sembradora de calumnias y de pánicos clandestinos. En una palabra, era el escorpión de Clochemerle, pero un escorpión camuflado en cordero de Dios. La cuestión de su edad no era motivo de habladurías. Nadie se preocupaba de ello. Seguramente pasaba de los cuarenta años. Desde su infancia le había sido negado el menor atractivo físico. Del mismo modo que Justine Putet no tenía edad, tampoco tenía historia. Muertos sus padres, de quienes había heredado mil francos de renta, comenzó a los veintisiete años su carrera de soltera solitaria a la sombra de la iglesia, al fondo del callejón de los Frailes. Desde allí, en nombre de una virtud que los hombres de Clochemerle habían respetado cuidadosamente, velaba día y noche por el pueblo, denunciando las infamias y las concupiscencias.

Durante dos meses, Justine Putet observó las idas y venidas que se producían alrededor de la flamante construcción y su furor iba cada día en aumento. Veía a los muchachos acosar torpemente a las chicas y a éstas provocar hipócritamente a los mozos, hasta que se producía un acercamiento entre las jóvenes gatitas mansas y los jóvenes palurdos, espectáculo que le hacía pensar que aquellos juegos encaminaban a la juventud hacia horrendas abominaciones. Más que nunca, a causa del urinario, las costumbres corrían un peligro mortal. Y por añadidura, con los calores, el callejón de los Frailes empezaba a oler fuertemente.

Después de haber reflexionado y orado largo tiempo, la solterona resolvió erigirse en el adelantado de una cruzada y enfrentarse en primer lugar con la más desvergonzada ciudadela del pecado. Bien abastecida debajo de la ropa de escapularios y medallas bendecidas, después de aderezar su veneno con la miel de la unción, se dirigió una mañana a la casa de la poseída del diablo, la infame, la perra Judith Toumignon, su vecina, a la que, desde hacía seis años, no había saludado.

La entrevista acabó mal por culpa de Justine Putet cuyo celo apostólico dio al traste con sus propósitos. Bastará transcribir el final de aquella animada conversación. Después de haber escuchado las lamentaciones de la solterona, Judith Toumignon repuso:

—No, señorita, no veo la necesidad de que haya que demoler el urinario. A mí no me molesta.

—¿Es que no advierte usted el hedor, señora?

—En absoluto, señorita.

—Pues permítame que le diga, señora Toumignon, que no es usted muy fina de olfato.

—¡Ni de oído, señorita! De esta manera no me preocupo de lo que puedan decir de mí...

Justine Putet bajó los ojos.

—Y lo que ocurre en el paseo, ¿le tiene también sin cuidado, señora?

—Por lo que sé, señorita, no ocurre nada incorrecto. Los hombres van allí a hacer lo que usted no ignora. Que lo hagan allí o en otra parte, ¿qué más da? ¿Qué mal hay en ello?

—¿Qué mal, señora? Pues que hay asquerosos que me hacen ver cosas horribles.

Judith sonrió.

—¿De verdad cosas horribles? Exagera usted, señorita.

Justine Putet se sentía siempre predispuesta a creerse ultrajada. Y replicó ásperamente:

—Ya sé, señora, que hay mujeres a las que esas cosas no las horrorizan. Cuantas más ven, más disfrutan.

La bella comerciante, poniéndose en jarras, balanceando su cuerpo magnífico y saciado, brillantemente victoriosa sobre aquella mujer celosa, le dijo socarronamente :

—Por lo visto, señorita, si la ocasión se presenta no deja usted de mirar esas cosas tan horribles...

—Pero yo no hago más que mirar, señora, y no podría decir lo mismo de algunas que no están lejos y que podría nombrar.

—Por lo que a mí respecta, señorita, no seré yo quien le impida que haga algo más que mirar. No le pregunto cómo pasa usted las noches.

—Pues las paso como es debido, señora. No le permito que insinúe...

—Yo no insinúo nada, señorita, y es usted libre de hacer lo que le venga en gana. Todo el mundo es libre.

—¡Yo soy una mujer honrada, señora!

—¿Quién le dice lo contrario?

—No soy de esas mujeres descaradas, de esas siempre generosas con el primero que se presenta... Cuando una se muestra generosa para dos, lo es también para diez. ¡Y se lo digo a la cara, señora!

—Para mostrarse generosa, señorita, hay que empezar por que le pidan a una algo. Habla usted de un tema que desconoce en absoluto.

—Ni quiero conocerlo, señora. Y estoy muy contenta de ello cuando me doy cuenta del abismo en que se hunden otras mujeres, por vicio.

—Permítame creer, señorita, en su abstinencia voluntaria, aunque no le de buen aspecto ni buen humor.

—No tengo necesidad de buen humor, señora, para hablar a ciertas mujeres que son la vergüenza... Yo sé quién entra y quién sale y a qué horas... Incluso podría decir las que hacen llevar cuernos a sus maridos. Le aseguro, señora, que podría decírselo.

—No se moleste usted, señorita. No me interesa en absoluto.

—¿Y si a mí me gustara hablar?

—En este caso, espere usted, señorita. Conozco a alguien a quien esto podría interesarle.

Judith volvióse hacia la trastienda y llamó:

—¡François!

En el acto apareció Toumignon en el marco de la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Con un sencillo movimiento de cabeza, su mujer le señaló a Justine Putet.

—La señorita quiere hablarte. Es ella la que dice que te hago cornudo, supongo que con Foncimagne, porque al parecer no se habla de otra cosa. En fin, François, eres un cornudo. Y esto es todo.

Toumignon era uno de esos hombres que palidecen fácilmente y que tienen una palidez febril, de reflejos verdes francamente desagradables a la vista. Avanzó hacia la solterona.

—En primer lugar —dijo—. ¿Qué hace aquí esta rana?

Justine Putet se irguió y trató de protestar, pero Toumignon no la dejó hablar.

—¡Esta chinche no hace más que meterse donde no le importa! ¿Porqué no se preocupa de lo que pasa debajo de sus faldas? ¡No debe oler ciertamente a rosas! Y largúese en seguida, pedazo de carroña.

La solterona perdió el color. Su tez cobró un tono amarillento.

—¡Oh, me está usted insultando! —protestó—. Y esto no quedará así. No me toque usted, borracho. El señor arzobispo sabrá...

—¡Fuera de aquí —rugió Toumignon—, o te aplastaré como a una cucaracha! ¡Largo, basura de Putet! ¡Ya te enseñaré si soy cornudo, vieja enferma de ictericia y con almorranas!

La llenó de improperios hasta que Justine llegó al callejón de los Frailes. Volvió excitado y ensoberbecido.

—Ya has visto —dijo a su mujer— de qué manera he despachado a la Putet.

Judith Toumignon hacía gala de esa indulgencia tan corriente en las mujeres voluptuosas.

—La pobre lo echa de menos —observó—. Y claro, esto la martiriza...

Y añadió:

—Tú tienes la culpa, François, de lo que murmura la gente. No pasa día que no traigas a casa a Foncimagne. Das pie a que hablen de mí. Ya sabes que la gente es mala...

Toumignon no había agotado todavía su caudal de ira y las palabras de su mujer le depararon la ocasión de emplearlo.

—Hyppolite vendrá cuando a mí me dé la gana. No serán los otros quienes me digan lo que tengo que hacer.

Judith suspiró y tuvo un gesto de impotencia.

—Demasiado sé, François, que siempre te sales con la tuya —dijo aquella hábil mujer.

Piadosa, ejemplar, Justine Putet sentíase identificada con lo más sagrado de la iglesia. La abominable afrenta que acababa de sufrir, en la que veía, a través de su persona, un odioso atentado contra la buena causa, la llenó de un rencor que, a su juicio, no era sino la propia emanación de la ira celestial. Y así, armada de una espada de fuego, fue a ver al cura Ponosse para exponerle sus amargas lamentaciones.

Le dijo que el urinario era motivo de escándalo y de corrupción, una garita inmunda donde el infierno apostaba centinelas audaces que apartaban de sus deberes a la juventud femenina de Clochemerle. Afirmó que se trataba de la maniobra impía de un Ayuntamiento condenado al fuego eterno del infierno por haber levantado aquella construcción. Y, finalmente, le instó a que exhortase a la unión de los buenos católicos para conseguir el derribo de aquel antro de abyección.

Pero al cura de Clochemerle le inspiraban un sacro horror esas misiones de violencia cuyo resultado no sería otro que sembrar la división entre su rebaño. Aquel indulgente sacerdote, de vuelta ya de las imprudencias de antaño, no quería apartarse de la vieja tradición francesa de la iglesia galicana, por lo que soslayaba toda posible confusión entre lo espiritual y lo temporal. Era evidente que el urinario pertenecía a lo temporal y, por lo tanto, dependía del municipio. Y además, no estaba de acuerdo en que aquel útil edículo pudiera ejercer sobre las almas el detestable efecto que denunciaba su intransigente feligresa. Y eso fue lo que intentó explicar a la solterona:

—La naturaleza tiene sus necesidades, mi querida señorita, necesidades que nos han sido impuestas por la Providencia. Y ésta no puede juzgar perversa una construcción que al fin y al cabo es útil y provechosa.

—¡Esta argumentación podría llevarnos muy lejos, padre! —replicó Justine—. Y llegaríamos a la conclusión de que justificaríamos como imperativos de la naturaleza la indecente conducta de cierta gente... Cuando la Toumignon... Ponosse atajó a la solterona en el límite de la discreción caritativa.

—¡Ni una palabra más, señorita! No debe usted nombrar a nadie. Sólo en el confesonario me es permitido escuchar los pecados y cada cual debe hablar de los suyos.

—Tengo derecho, padre, a hablar de lo que no es un secreto para nadie. Esos hombres que, en el callejón, no toman las debidas precauciones, que lo enseñan todo, padre...

Ponosse, ahuyentando de su mente aquellas visiones profanas, trató de restituirlas a la exacta proporción que les asigna la ley de los fenómenos naturales.

—Debo decirle, mi querida señorita, que los actos inmodestos que usted haya podido sorprender obedecen sin duda a las licencias sin malicia que suele permitirse la gente del campo. A mi juicio, esos actos, lamentables, desde luego, pero raros, no son objeto de contaminación para nuestras hijas de María, que, mi querida señorita, van por la calle con los ojos bajos, púdicamente bajos...

Esta candidez sacó de quicio a la solterona.

—Le aseguro, padre, que las hijas de María tienen ojos de lince. ¡Lo sabré yo, que las veo desde mi ventana! Yo sé dónde les aprieta el zapato y no quiero ni pensarlo. Sé de algunas que no conceden el menor valor a su inocencia. La cederían por nada, por menos de nada, y aún darían las gracias —acabó diciendo Justine Putet con una sonrisa sarcástica.

El cura de Clochemerle, de natural indulgente, no podía admitir esta continua presencia del mal. Así, pues, de resultas de su experiencia personal, el buen cura opinaba que los extravíos humanos son de corta duración y que la vida, al seguir su curso, ahuyenta las pasiones, que acaban por reducirse a polvo. A su juicio, la virtud era solamente cuestión de paciencia, de tiempo. Y trató de tranquilizar a la devota:

—No creo, mi querida señorita, que nuestras piadosas muchachas adquieran de ciertas cosas un conocimiento prematuro... aunque sea... ¡ejem...! visual. Pero suponiendo lo contrario, cosa que no me atrevo a suponer, no quedaría el mal sin remedio, puesto que podría transformarse en un bien mediante la publicación de las amonestaciones, ni tampoco sin utilidad, ¿por qué no decirlo?, pues encaminaría progresivamente a nuestras jóvenes a revelaciones que un día u otro... Nuestras queridas hijas de María, señorita, están destinadas a ser un día buenas madres de familia. Si, por desgracia, una de ellas se anticipara un poco, el sacramento del matrimonio pondría rápidamente las cosas en orden.

—¡Vaya solución! —exclamó Justine Putet, incapaz de contener su indignación—. Parece que usted no desapruera los líos...

—¿Los líos? —exclamó el cura de Clochemerle, visiblemente horrorizado—. ¿Los líos? Por los clavos de Cristo, señorita, ¿cómo puede usted suponer que dé mi aprobación a tales cosas? Lo que quiero decir es que este mundo se mueve, con el permiso de Dios, por la mano del hombre y que las mujeres están destinadas a la maternidad. "Parirás con dolor." Y cuando se trata de dolor, señorita Putet, no puede hablarse de líos. Lo que he querido decir es que es ésta una misión a la que nuestras muchachas deben prepararse ya desde jóvenes.

—Así que las que no tienen hijos no sirven para nada. ¿No es eso, padre? Ponosse se dio cuenta de su torpeza... Y el pasmo le dictó estas palabras tranquilizadoras:

—¡Por Dios, señorita, qué susceptible es usted! Al contrario, lo que le falta a la Iglesia son almas escogidas. Y usted es una de ellas. Una predestinación poco común que Dios concede a unos cuantos escogidos, y séame permitido decirlo sin poner en duda el dogma de la gracia. Pero las almas escogidas son contadas. No

podemos pretender que toda la juventud femenina siga ese camino... ejem... esa senda virginal que, mi querida señorita, exige la posesión de cualidades verdaderamente excepcionales...

—¿Y su opinión sobre el urinario? —preguntó Justine Putet.

—Pues dejarlo donde está. Provisionalmente, mi querida señorita, provisionalmente. En este momento, un conflicto entre la Iglesia y el municipio no haría más que perturbar la paz de las almas. Tenga usted paciencia. Y si por azar aparece ante su vista algún objeto deshonesto, aparte los ojos, mi querida señorita, y contemple la inmensidad de los espectáculos que la Providencia nos depara de continuo. Estos pequeños inconvenientes aumentarán el caudal de sus méritos, ya grandes. Y en cuanto a mí, señorita Putet, rezaré para que todo tenga el mejor arreglo posible. Sí, voy a orar mucho.

No tardó en conocerse en todo el ámbito de Clochemerle el incidente ocurrido en las "Galleries Beaujolaises". Encargáronse principalmente de divulgarlo Babette Manopoux y madame Fouache, elocuentes personas cuya misión consistía en cultivar la cróniquilla escandalosa del pueblo confiando los episodios secretos a determinados oídos en los que fermentaban con gran provecho y utilidad.

Babette Manopoux, la primera de estas informadoras, era la comadre más activa del barrio bajo. Desarrollaba sus vigorosos comentarios en el lavadero, ante una asamblea de comparsas resueltas y aguerridas por el manejo cotidiano de la pala y la ropa sucia, temibles marimachos que se hacían temer de los hombres y cuya lengua no se daba punto de reposo. Si una reputación caía entre las manos de tales intrépidas, a los pocos minutos era triturada y distribuida en jirones casa por casa, al mismo tiempo que los paquetes de ropa lavada.

Madame Fouache, la estanquera, tenía a su cargo, con el mismo celo, la crónica del barrio alto. Pero sus métodos eran muy distintos. Mientras las analistas populares con los brazos en jarras, lanzaban rotundas afirmaciones cargadas de epítetos, madame Fouache, mujer cautelosa y que sabía muy bien lo que se traía entre manos, preocupada sobre todo por ejercer un arbitraje imparcial —en consideración al estanco, que debía seguir siendo terreno neutral—, procedía por medio de suaves insinuaciones, preguntas capciosas, indulgentes reticencias, dolientes exclamaciones de horror, de sorpresa, de conmiseración, todo ello sazonado con gran profusión de irresistibles alientos, tales como "mi buena, mi querida señora, mi simpática señorita, si me lo dijera otra que no fuera usted, no lo creería", etc., que incitaban dulcemente a las más reacias a confiarse a aquella compasiva mujer. No había en Clochemerle quien supiera maniobrar con tal maña y discreción.

Así, pues, debido a las actividades de Babette Manopoux y de madame Fouache, siempre las primeras, no se sabe por qué misterioso privilegio, en enterarse de los menores acontecimientos, se difundió por Clochemerle que en las "Galleries Beaujolaises" se había producido un violento altercado entre el matrimonio Toumignon y Justine Putet. Estos rumores deformados y abultados por la transmisión, presentaban a las dos mujeres enzarzadas en una terrible pelotera tirándose de los pelos y amenazándose con las uñas, mientras Toumignon zarandeaba a la enemiga de su mujer "como si fuera un ciruelo", según dijeron. Hubo quien incluso afirmó que había oído gritos y visto el pie de Toumignon dispararse enérgicamente en dirección a las entecas posaderas de la Putet.

Decíase asimismo que la solterona, parapetada detrás de los visillos, observaba con atención los gestos y ademanes de los clochemerlinos no dejándose perder ni una de las libertades que algunos se tomaban de cara a la pared del callejón.

Entonces era a comienzos de julio. Aquel rincón del Beaujolais eximido aquel año de las borrascas había dado fin al sulfatado de los viñedos. El tiempo era ideal. No había más que esperar tranquilamente, contando chistes y refrescando el gaznate, a que la uva madurase. La calaverada de Justine Putet ocupó la mente de los clochemerlinos, y cada cual por su cuenta, sacando jugo a aquel tema tragicómico, lo enriqueció con los más sabrosos pormoneros.

Un día, en el "Café de l'Alouette", la conversación giró en torno a la solterona. Sólo el enunciado de su nombre suscitó una arriesgada emulación entre los discípulos de Fadet.

—Si la Putet es curiosa —dijeron—, nada más fácil que darle satisfacción.

Y un día, al anochecer, los muchachos se dirigieron en grupo al callejón de los Frailes. La expedición había sido organizada con una disciplina militar. Una vez en el callejón, la pandilla de tunantes se puso en fila, llamaron a voces a Justine para que presenciara el espectáculo y, bajo la voz de mando de "¡Presenten armas!" exhibieron sus indecentes prominencias. Y tuvieron la satisfacción de ver moverse tras los visillos la sombra de la solterona.

A partir de aquel día, esta especie de saturnales constituyeron un regocijo cotidiano. De todos modos cabe deplorar el irreflexivo comportamiento de los clochemerlinos, que se congratulaban con aquellos esparcimientos de mal gusto riéndose para sus adentros. Por descontado, como ocurre a menudo en nuestra historia, debe atribuirse esta inconsciencia a la falta de distracciones de que padecen los habitantes del lugar. Los clochemerlinos sentíanse inclinados a la indulgencia por tratarse de gente joven y porque la idea de su desparpajo y de su desenfadada juventud corría parejas con el objeto de sus hazañas. Y al pensar en ello, incluso las mujeres sonreían bonachonamente. En resumen, las buenas gentes del pueblo estaban lejos de sospechar que aquellas bromas de mal gusto pudieran producir perniciosos efectos en el ánimo de la solterona.

Hubiéramos preferido silenciar estas censurables bibrionadas, pero no cabe duda que influyeron bastante sobre los acontecimientos que se produjeron en Clochemerle. Por otra parte, también la historia aparece llena de exhibiciones, de aventuras de alcoba, de desórdenes sexuales, que determinaron en su tiempo grandes acontecimientos y catástrofes inmensas. Así Lauzun, escondido debajo de una cama, al acecho de los suspiros reales a fin de sorprender, en los intervalos del placer, secretos de Estado. Así Catalina de Rusia, preocupada por la herencia de los Romanof, que encarga a su amante que practique la circuncisión a su imperial esposo, en espera de que un nuevo consorcio de sus amantes asuma la tarea de asesinar a su marido. Así Luis XVI, monarca vacilante, que busca peras al olmo cuando se trata de ocuparse activamente de María Antonieta. Así Bonaparte, joven general, flaco y de una trágica palidez, que efectúa una brillante carrera gracias a las infidelidades de Josefina, ya que si los muslos de la criolla hubieran desconocido la política, el genio de su marido no se hubiese impuesto. En cuanto a los príncipes son legión los que pusieron el mundo a sangre y a fuego por los bellos ojos de una parlanchína, aunque a veces fuera de origen principesco. En el origen de la guerra de Troya hay un amancebamiento. Todo ello, en el fondo, no es más serio ni más escabroso que las simples hazañas de nuestros jóvenes clochemerlinos.

En Clochemerle, hay que insistir en ello, los acontecimientos se sucedieron de la siguiente manera: En el fondo del callejón de los Frailes, Justine Putet, observando hipócritamente lo que no la concierne en absoluto, sorprende, inocentemente expuestos al aire libre, objetos cuya contemplación resulta ofensiva a sus ojos. Si ella hiciera ostensiblemente acto de presencia, probablemente volvería a reinar el orden. Pero ella quiere servirse de estos apacibles incidentes para promover un escándalo. Y sus maquinaciones, que no son más que bufonadas pueblerinas, se vuelven contra ella. Los objetos delictivos se multiplican afrentosamente y tienen esta vez la vigorosa osadía de la adolescencia. Nadie ignora en el pueblo que la solterona no se deja perder ni uno de esos espectáculos tan opuestos a su modo de pensar, por lo que todos los clochemerlinos se divierten a expensas de la solterona. Justine Putet se siente profundamente humillada.

La humillación sería lo de menos. Hay algo más grave. La vida retirada que lleva se le hace insoportable. Existen virtudes de elección, virtudes de arrepentimiento, de desaliento o de desesperación, libremente consentidas. Pero la virtud de Justine Putet no ha conocido ninguna alternativa, porque su aridez física no le ha permitido ninguna elección posible. Se ha quedado solterona por una especie de cruel

predestinación, y todo el mundo ignora si sufre o no por ello. Todo, hasta la compasión, les es negado a los seres carentes de atractivo. Donde la gente de Clochemerle no ve otra cosa que una farsa sin importancia, existe tal vez un afán de persecución.

Justine Putet ha podido soportar mucho tiempo su soledad porque se ha esforzado en olvidar lo que crea los lazos entre hombres y mujeres. Si le hacen imposible el olvido, su soledad la oprime, sus noches son febriles, pobladas de fantasmas y de infames pesadillas. Procesiones de clochemerlinos, satánicamente viriles, desfilan en sus sueños inclinándose obscenos sobre su cama, de donde se levanta sola y bañada en sudor. Su imaginación, aletargada por la aplicación y los años de plegarias, se desencadena con un ímpetu renovado, monstruoso, que la martiriza. No pudiendo resistir más, Justine Putet se decide a dar el gran golpe. Hablará con el alcalde, con el mismo Barthélemy Piéchut.

Capítulo séptimo

Clochemeríe toma partido

Desde hacía dos semanas, el alcalde de Clochemeríe esperaba la visita de Justine Putet. En consecuencia, había tenido tiempo suficiente de prepararse a ser sorprendido.

—¡Bienvenida, señorita Putet! De seguro que viene usted a hablar de alguna obra de caridad. Voy a avisar a mi mujer.

—Es a usted a quien quiero hablar, señor alcalde —repuso la solterona con voz firme.

—¿A mí? ¿De verdad? En este caso, pase usted.

La siguió hasta su despacho y la invitó a sentarse.

—Le supongo a usted enterado de lo que ocurre, señor alcalde —dijo Justine Putet.

—¿A propósito de qué?

—En el callejón de los Frailes.

—En absoluto, señorita Putet. ¿Ocurre algo extraordinario? Primera noticia...

Y antes de sentarse, propuso:

—¿Tomará usted algo? ¿Un vasito? Son raras las ocasiones en que pueda permitirme... ¡Vamos, una bebida dulce! Mi mujer prepara un "cassis" que se chupará usted los dedos.

Volvió con la botella y llenó dos vasos.

—¡A su salud, señorita Putet! ¿Qué le parece este "cassis"?

—Muy fino, señor alcalde, muy fino.

—¿Verdad que sí? Está hecho a base de aguardiente viejo. Hoy no lo hay mejor.

¿Qué decía usted del callejón de los Frailes?

—¿No está usted enterado de nada, señor alcalde?

Barthélemy levantó los brazos.

—Yo no puedo ocuparme de todo, mi querida señorita. La alcaldía, los papelotes, gente que acude en demanda de consejo... Los clochemerlinos no están nunca de acuerdo. Y los viñedos, y el tiempo, y las reuniones y los viajes... Le aseguro que no puedo atender a todo. Estoy enterado de menos cosas que el último de los clochemerlinos, que sólo se ocupa de sus propios asuntos... Dígamelo usted todo. Será lo más sencillo. Pudibunda, agitándose nerviosamente en la silla y sin levantar la vista, la solterona contestó:

—Es difícil de explicar...

—En fin, ¿de qué se trata?

—Del urinario, señor alcalde.

—¿Del urinario? ¿Y qué pasa con el urinario? —preguntó Piéchut que comenzaba a divertirse.

Justine Putet hizo acopio de energía.

—Algunos hombres, señor alcalde, lo hacen al lado.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Piéchut—. Claro que sería mejor que lo hicieran de otro modo.

Pero voy a decirle una cosa. Cuando no existía el urinario, los hombres lo hacían todos fuera. Ahora, la mayoría lo hacen dentro. Es un progreso.

Sin embargo, Justine Putet no levantaba los ojos y parecía sentada sobre un potro de tormento. Después de una pausa se decidió:

—No es eso lo más grave. Algunos hombres no reparan en enseñar...

—¿Dice usted enseñar, señorita Putet?

—Sí, enseñar, señor alcalde —repuso, aliviada, la solterona, con el convencimiento de haber sido comprendida.

Pero Piéchut parecía regocijarse en revolverla sobre las parrillas de su pudor.

Echóse el sombrero hacia delante, se rascó el cogote y dijo:

—No acabo de comprenderla, señorita Putet... ¿Qué es lo que enseñan?

Justine Putet tuvo que apurar hasta las heces el cáliz de la vergüenza.

—¡Pues todo eso! —dijo en voz baja, con visible repugnancia.

El alcalde estalló en una risotada, una de esas risotadas sin malicia que subrayaba la revelación de algo verdaderamente desatinado.

—¡Vaya historia chusca que me cuenta usted! —dijo a manera de excusa.

Inmediatamente adoptó un serio continente y preguntó, imperturbable:

—¿Y después?

—¿Después? —murmuró la solterona—. ¡Esto es todo!

—¡Ah, eso es todo! Perfectamente... Y entonces, ¿qué?

—insistió fríamente Piéchut.

—¿Cómo qué? He venido a formular una denuncia, señor alcalde. Es escandaloso. Se cometen en Clochemerle atentados contra el pudor.

—¡Un momento, señorita! ¿Quiere usted que hablemos con calma? —dijo formalmente el alcalde—. No pretenderá usted que todos los hombres de Clochemerle se comportan de una manera indecorosa, ¿verdad? No se trata más que de ademanes involuntarios, accidentales...

—No lo crea usted. Lo hacen expresamente.

—¿Está usted segura? ¿Quiénes son? ¿Viejos o jóvenes?

—Jóvenes, señor alcalde. Es la pandilla de Fadet, los bribones de "L'Alouette". Los conozco bien. Deberían estar en la cárcel.

—¡No se desmante usted, señorita! Para detener a alguien ha de haber un delito del cual tengamos pruebas. No me niego a hacer sentir el peso de mi autoridad, pero es necesario que me suministre usted las pruebas. ¿Tiene usted testigos?

—Los testigos no faltan, pero la gente parece mostrarse demasiado complaciente con todo...

Dando por descontado que sus palabras serían repetidas, Piéchut aprovechó la ocasión para vengarse.

—¿Qué quiere usted, señorita...? El cura Ponosse es el primero en decir que soy "un hombre de todas prendas" que concede todo cuanto se le pide. Dígale de mi parte que lamento mucho...

—¿Así, pues, van a continuar esas indecencias? —concluyó agresiva, Justine Putet.

—Escuche, señorita —aconsejó Piéchut para zanjar la cuestión—. Cuando salga de aquí pase por la gendarmería. Hable del asunto a Cudoine. Quizás él pueda ordenar que se ejerza una vigilancia...

—Lo que tendría que hacerse —dijo la solterona en tono violento— es cambiar de sitio el urinario. Es un escándalo haberlo situado en ese lugar.

Piéchut hizo un guiño y endureció sus facciones. Estos gestos iban siempre acompañados de un acento dulzón al hablar, un acento de una dulzura inflexible.

—¿Cambiar de sitio el urinario? No es una cosa imposible. Yo mismo le diré lo que tiene usted que hacer. Recoja firmas en este sentido. Si consigue usted la aceptación de la mayoría de los clochemerlinos, esté usted segura de que el municipio aceptará la decisión. ¿Quiere usted un poco más de "cassis", señorita Putet?

A pesar de las promesas de Cudoine, nada cambió. De vez en cuando se veía aparecer un gendarme en el callejón de los Frailes, pero el personal de la gendarmería era demasiado escaso para que la vigilancia durase mucho tiempo. El gendarme, después de haber hecho uso del urinario, seducido en parte por el fresco rumor del agua al caer, se iba buenamente de paseo. Las consignas de Cudoine no habían sido muy severas, porque así se lo había aconsejado su mujer, que detestaba a Justine Putet, cuyas ínfulas de exagerada virtud la molestaban. La señora Cudoine no podía tolerar que un simple particular rivalizara en virtud y en celo cívico con la mujer del brigada de la gendarmería, especie de comadante militar del puesto de Clochemerle. En resumen, que nada cambió y la pandilla de Fadet continuó tranquilamente persiguiendo a la solterona con la tácita aprobación de la mayoría de los clochemerlinos.

Sin embargo, se acercaba para Justine Putet la hora del triunfo. El 2 de agosto de 1923, un rumor se esparció por Clochemerle como un reguero de pólvora. Una hija de María, Rose Bivaque, que cumpliría dieciocho años el siguiente diciembre, se

hallaba encinta. Era una muchacha agraciada, de piernas cortas, cuyo pecho había prosperado precozmente y que ocultaba debajo de sus vestidos algo que le permitía competir ventajosamente con mujeres bien formadas, con mujeres de veinticinco años. Rosa Bivaque era una muchacha fresca y lozana, de natural tranquilo, con unos ojos grandes e inocentes, y una sonrisa agradable y un poco bobalicona — propia para inspirar confianza— en sus labios tentadores. La pequeña Rose Bivaque no tenía nada de descarada. Al contrario, era más bien reservada, poco habladora, discreta, toda docilidad y sumisión, sumamente cortés con las ancianas que ya chocheaban y a las que escuchaba atentamente, así como a las solteronas con sus máximas archisabidas a flor de labio. Se confesaba con regularidad, su comportamiento en la iglesia era irreprochable, cantaba con voz clara cerca del armonio, iba vestida toda de blanco el día de la festividad del Corpus, como si hiciera la primera comunión, y en su casa era muy aplicada en las labores de costura, en la cocina, en el planchado de la ropa... En fin, la muchacha era una verdadera joya y además bonita, por lo que su familia sentíase con justo motivo orgullosa. Rose Bivaque era la última que los clochemerlins hubieran juzgado capaz de cometer alguna inconveniencia. ¡Y era ella precisamente, la pequeña Bivaque, muchacha ejemplar, la que había *pecado*!

—¡Después de este golpe...! —murmuraban, aterradas, las madres cuyas hijas iban para los quince años.

En el estanco, donde acudían diligentemente las comadres cuando ocurría algún acontecimiento importante, madame Fouache, con un tono de tristeza altamente moral, comparaba las costumbres de dos épocas y el paralelo resultaba totalmente ventajoso para los tiempos pasados:

—Antes —decía— ni siquiera podían imaginarse cosas como éstas. Sin embargo, yo me eduqué en la ciudad donde, como es sabido, las ocasiones son más numerosas y más tentadoras. ¡Y había que verme cuando tenía veinte años! Hoy puedo decirlo... Les aseguro que todos los hombres volvían la cabeza cuando yo pasaba... Pero nunca, señoras, ni que decir tiene, permití que nadie se me acercara, ni siquiera que me tocara con la punta del dedo. Como decía mi pobre Adrien, que por el puesto que ocupaba tenía buen gusto y sabía juzgar las cosas: "Cuando te conocí, Eugénie, no se te podía mirar a la cara. Deslumbrabas como el sol, Eugénie." Apuesto y de habla seductora, cuando estaba delante de mí, al fin y al cabo una pobre muchacha, yo temblaba como una hoja en el árbol. Como me decía más tarde: "En cuanto a la honestidad, yo estaba convencido de que no era necesario hacer indagaciones. ¡Eres, Eugénie, ejemplo de mujeres virtuosas!" Debo decirles, señoras, que recibí la educación que se daba entonces en la buena sociedad...

—Y además, madame Fouache, encontró usted un hombre de los que ahora no se estilan.

—Usted lo ha dicho, madame Michat. Adrien no era un cualquiera, era un hombre de modales exquisitos. De todos modos, madame, hay que decir que los hombres son lo que las mujeres quieren que sean.

—¡Qué gran verdad, madame Fouache!

—Lo que sí puedo asegurarle es que a mí nadie me ha faltado al respeto.

—Ni a mí, madame Lagousse, puede usted creerlo.

—Las que permiten que se les falte al respeto, se lo han buscado.

—¡Claro!

—¡Acaba de decir usted una gran verdad, madame Poipanel!

—Son unas cualquiera.

—¡Unas viciosas!

—O unas curiosas. Y, sin embargo, Dios sabe que en realidad...

—Sí, en realidad...

—Se cuentan muchas cosas sobre esto. Pero cuando se ven de cerca...

—Se siente una decepcionada.

—¡Es una filfa!

—Yo no sé cómo son ustedes, señoras. Pero eso a mí no me ha dicho nunca nada.

—Ni a mí tampoco, madame Michat. Si no tuviera una que mostrarse complaciente.,..

—Y por otra parte, el deber cristiano...

—Y el tener que retener a los maridos para que no busquen fuera...

—¡Claro!

—¡Encontrar placer en eso!

—¡Y pensar que las hay...!

—¡Un verdadero sacrificio!

—¿No lo cree usted así, madame Fouache?

—Ciertamente, señoras. Cuando he tenido que prescindir de ello, les aseguro que no lo he echado de menos. Y les diré que Adrien no era de esos hombres vehementes...

—Es una suerte. Hay mujeres que debido a los abusos han perdido la vida.

—¿No exagera usted, madame Lagousse?

—¡Ah, madame Poipanel, podría decirle algunos casos...! Tenga usted en cuenta que hay hombres que nunca están satisfechos. ¿Conoció usted a la Trogneulon, que vivía en el barrio bajo y que murió en el hospital hace cosa de siete u ocho años? Pues murió de eso, madame Poipanel. Puede usted informarse. Eran noches enteras las que pasaba con un hombre que parecía loco. La trastornó por completo. Sufría de horribles pesadillas y siempre lloraba...

—¡Es una verdadera enfermedad!

—¡Es horrible!

—¡Peor que los animales!

—Vamos, que las mujeres estamos muy expuestas. Nunca se sabe con quién vamos a tropezar.

—A propósito, madame Fouache, ¿se sabe ya quién ha deshonrado a Rose Bivaque?

—Voy a decíroslo, señoras. Pero que quede entre nosotras. Es un joven militar que sólo fuma cigarrillos hechos. Se llama Claudius Brodequin.

—¡Por Dios, madame Fouache, si está cumpliendo el servicio en el regimiento!

—Pero estaba aquí, en abril, para la inauguración. Un militar que no compra más que "gauloises", no se me olvida fácilmente. Hoy se necesita, por lo visto, muy poco tiempo para hacer caer a las jovencitas... ¿Un poco de rapé, señoras? Las invito...

Estas que acabamos de oír no eran más que unas comadres más charlatanas que activas, buenas sobre todo para los gemidos de espantos y lamentos colectivos. Sin embargo, por su parte, las mujeres piadosas no permanecían inactivas. Actuaban bajo el mando de Justine Putet, más hosca, más amarilla, más biliosa y más mordaz que nunca. Iba de casa en casa, de cocina en cocina a propagar la buena nueva.

—¡Qué horror, Dios mío, qué horror! ¡Una hija de María, madame! ¡Qué vergüenza para Clochemerle! Yo ya lo había vaticinado... Con las indecencias que se cometen en el callejón, las cosas no podían acabar de otra manera. ¡Y Dios sabe lo que les puede ocurrir a las otras hijas de María...! Toda una juventud corrompida... Desarrolló tanta actividad que rápidamente aumentó el cortejo de las desamparadas, de las amargadas, de las enraciadas, de todas aquellas cuyo vientre había permanecido seco y estéril. De tal modo vociferaban sobre el horrible escándalo que se había producido que el cura Ponosse, acusado de hacer la vista gorda a toda clase de corrupciones, no tuvo más remedio que acoger bajo su patronazgo a las iracundas vestales. Predicóse la cruzada contra el urinario, causa de todo el mal, pues, atrayendo a los muchachos al paso de las chicas, había incitado a éstas a comerciar vergonzosamente con el diablo. Tanta amplitud adquirió la cuestión del urinario que dividió a los clochemerlinos en dos encarnizados bandos. El partido del cura, al que llamaremos los urínofobos, era presidido por el notario Girodot y Justine Putet, bajo la alta protección de la baronesa de Courtebiche. En el partido contrario, el de los urínófilos, destacaban Tafardel, Beausoleil, el doctor Mouraille, Babette Manopoux y otros, protegidos por

Barthélemy Piéchut, que actuaba tras cortina reservándose para sí las decisiones importantes. Contábanse también entre los urinófilos notables el matrimonio Toumignon y el matrimonio Torbayon, cuyo criterio en este asunto obedecía sobre todo a los intereses comerciales; al salir del urinario, los clochemerlins solían entrar en la posada y en las "Galleries Beaujolaises", que les cogía de paso. Y allí se dejaban el dinero.

Sumándose al partido de los urinófobos, un hombre como Anselmo Lamolire, tomó partido contra Barthélemy Piéchut. En cuanto al resto de la población, su actitud la determinó sobre todo el papel ejercido por la mujer en el interior del hogar. Donde las mujeres mandaban, lo que era tan frecuente en Clochemerle como en cualquier otra parte, se manifestaban en general en favor del partido del cura. Había, por último, los irresolutos, los neutrales y los indiferentes. Entre estos últimos se contaba mademoiselle Voujon, de Correos, que no se interesaba por ninguna facción determinada. En cuanto a madame Fouache, lo escuchaba todo con atención, alternaba su condolencia a derecha e izquierda con frases alentadoras: "¡Oh, sí, tiene usted razón!", pero no se declaraba oficialmente en favor de nadie. El tabaco, producto de monopolio, debía estar por encima de los partidos. Si los urinófilos eran grandes consumidores de tabaco picado, los fumadores de cigarros puros se reclutaban principalmente entre los urinófobos. La baronesa de Courtebiche compraba, para sus invitados, cajas enteras de cigarros de las mejores marcas. Y también el notario Girodot solía fumar cigarros caros.

El prototipo del indiferente era Poilphard. Otras cosas absorbían su atención. El farmacéutico había cogido un fuerte resfriado. Una especie de vaho húmedo y viscoso le cubría el rostro y de su nariz colgaban tristes y desmayadas estalactitas. Aquella continua humedad facial provocó en él una recrudescencia semierótica. Había encontrado en Lyon a una prostituta sin clientela, una mujer descarnada, de aspecto ruin y miserable. Una verdadera maravilla para Poilphard, con su rigidez cadavérica, los huesos puntiagudos y salientes en las articulaciones de la pelvis, el vientre hundido a consecuencia de las vigiliadas, las prominentes costillas de crucificada y los senos ajados y abundantes en pliegues superpuestos, parecidos a balones de gas vacíos. Este raro talento de evocación mortuoria quiso desarrollarlo Poilphard en un marco que le diera el debido realce. En una callejuela del barrio de los Jacobinos tomó en alquiler un entresuelo oscuro y un poco cochambroso, y una o dos veces por semana se trasladaba a Lyon para efectuar siniestros simulacros de fúnebres exequias.

El cuerpo de la mujer cobraba una inmovilidad tan satisfactoria, un tinte ceroso tan perfecto, que Poilphard se permitía el inmenso placer de contemplarlo desnudo entre dos antorchas fúnebres. Y, además, el hedor a inmundicias que venía de la escalera le procuraba la ilusión del estado de descomposición. Era el escenario ideal para provocar esos trasportes de un género tan especial. Quedó tan complacido de aquella imitación cadavérica que se comprometió a entregar a la mujer una pensión mensual, no muy crecida, desde luego, ante el temor de que el bienestar hiciera desaparecer aquel aspecto huesudo y aquel tinte exangüe que le exaltaban. De todos modos, su temor era injustificado. La gran voracidad de su pupila había de saciar veinticinco años de miseria. Los alimentos introducidos en aquella sima de un pasado de hambre no aumentaban en un solo gramo el peso de la desgraciada. Aquella capacidad de hartarse sin engordar era del agrado de Poilphard, que dedicaba a su protegida gran parte de su tiempo y abundantes lágrimas. Nunca su viudez le había provocado tantas voluptuosidades, por lo que, entregado a su pasión, se desinteresaba por completo de los acontecimientos que dividían a Clochemerle en dos bandos irreconciliables.

Mientras iban acumulándose los resentimientos en espera del momento de manifestarse públicamente, Rose Bivaque exhibía sin sonrojarse su vientre incipiente, que comenzaba a sobresalir con una impertinencia que constituía un reto a los principios, porque en él germinaba un pequeño y anónimo clochemerlino y la gente no sabía si recibiría en el bautismo el apellido Bivaque o el dé Brodequin o de

un tercero que, a favor de las noches primaverales, hubiera tomado parte también en aquel turbio asunto. Porque huelga decir que las malas lenguas comentaban y aumentaban desmedidamente las faltas de la pobre muchacha. Tanta maldad indignaba a Tafardel, hombre generoso a pesar de sus ridiculeces, y partidario de llamar las cosas por su nombre hasta el punto de que, con su acostumbrada grandilocuencia, un día dijo en la calle a la joven pecadora:

—¡Hay que creer que el bastardo no será ningún príncipe, jovencita! ¡Ah, si hubiese escogido usted un progenitor cargado de blasones como un cigarro puro! Entonces su vientre hubiese sido adorable y su fruto glorioso.

Esas palabras confortadoras escaparon a la comprensión de Rose Bivaque, muchacha de corazón sencillo, de fecundas entrañas, de un organismo sano y cuyo estado no le producía el menor malestar. Lamentaba, eso sí, no poder llevar ya la cinta de hija de María. Sin embargo, en aquella fase de su embarazo, la inconsciente muchacha tenía un aspecto inmejorable y una cara radiante hasta el punto que al mirarla todo el mundo le sonreía como dándole ánimos en su prometedora maternidad. Este frescor y esta lozanía que irradiaba todo su ser era lo que menos le perdonaban las mujeres irreprochables. Pero Rose Bivaque no comprendía el odio. Esperaba a su Claudius Brodequin, que iba a llegar de un día a otro.

Capítulo octavo

Llegada de Claudius Brodequin

A las cuatro de la tarde, bajo el tórrido sol de agosto, el tren se detiene en la estación de Clochemerle. Se apea un solo viajero, un militar con uniforme de cazador y que lleva en la bocamanga el distintivo de soldado de primera clase.

—¿Ya estamos de vuelta, Claudius? —le pregunta el mozo que recoge los billetes.

—Sí, otra vez de vuelta, Jean-Marie —responde el militar.

—A tiempo para las fiestas, ¿verdad, tunante?

—Y con este tiempo las fiestas serán espléndidas.

—Sí, creo que serán espléndidas.

Cinco kilómetros de carretera empinada separan la estación del pueblo. Al fin y al cabo, una hora escasa de camino para un militar que lleva una buena marcha, una marcha de cazador, la mejor marcha y la más viva de cualquier soldado del mundo. Claudius Brodequin toma la carretera que cruje amistosamente bajo las fuertes botas, bien claveteadas, que le sientan como un guante.

Siempre es un placer ver otra vez su pueblo, sobre todo cuando le esperan a uno cosas agradables. Claudius Brodequin está contento y orgulloso de su oscuro uniforme ornado con un galón de soldado de primera clase, llamado a ascender a cabo antes de terminar el servicio, y cabo de cazadores, lo mejor que hay como cabo. Buen soldado, buen cazador, bien conceptuado en la compañía, tal es Claudius Brodequin, con su boina, su guerrera y sus pantalones de cazador, que son los mejores pantalones del ejército, los más bonitos pantalones de todos los ejércitos del mundo, los más completos, los mejor cortados y los más holgados en el sitio necesario. Pantalones de paño, pero así y todo... Además, no todo el mundo puede vanagloriarse de poseer unas bandas bien enrolladas, con doble cantidad de tela que los soldados ordinarios, que rodean las bandas sin cruzarlas, lo que da como resultado unos tobillos deformados y carentes de gracia y unas piernas rectas como palos. Todo el aplomo de Claudius Brodequin está en sus bandas. Para caminar bien, para trepar por cualquier sitio, son necesarias, huelga decirlo, unas bandas, como también es sabido que el valor de un infante depende sobre todo de su capacidad en efectuar largas marchas a buen paso. Y así camina Claudius Brodequin, cazador de primera clase, andarán incansable al paso de cazador, el paso más marcial que existe, el más brillante para un desfile.

En el regimiento, Claudius es el cazador Brodequin, matrícula 1103. Ya hemos dicho que es un excelente cazador, pero a pesar de todo está un poco desorientado por haber perdido sus puntos de apoyo. Aquí, al contacto con este pueblo al que acaba de llegar, se siente de nuevo el Claudius de antes, el verdadero muchacho de Clochemerle, aunque un poco más taciturno y reposado, debido sin duda a la vida cuartelera. Con el corazón alegre a la vista de los ribazos y de los ubérrimos viñedos, siente ya la comezón de llegar pronto al pueblo. Se las promete muy felices, sobre todo porque las fiestas saben a bollo caliente, vino fresco, sudores femeninos y cigarros con anillo. Y espera disfrutar con Rose Bivaque, con sus senos turgentes y tibios que tan agradables resultan al tacto, mientras ella se defiende por pura fórmula, sin apenas decir nada, porque pocas cosas tiene por decir, y porque la presión de las manos calientes de Claudius la deja atontada. Hasta el punto de que una vez conquistado el pecho, lo demás no ofrece resistencia alguna. Rose Bivaque es una buena muchacha, llena de dulces exquisiteces, a la que se estrecha entre los brazos con verdadero deleite. Claudius no hace más que pensar en ella. Por esto, sobre todo, ha solicitado un permiso.

En el regimiento, es raro que Claudius Brodequin no vaya a ver, por lo menos una vez por semana, amables mujeres. Esto de tratar mujeres galantes confiere cierto prestigio y un buen cazador ha de estar siempre dispuesto a la ofensiva. En este sentido, Claudius Brodequin no se muestra ciertamente holgazán ni gasta muchos remilgos. Es un cazador imbuido del espíritu de cuerpo y para él cuenta ante todo

el prestigio del uniforme. En presencia de mujeres asequibles, los cazadores, por su prestancia, su arrojo y el vigor de sus hazañas, desempeñan siempre un papel dominador. Claudius Brodequin suele enorgullecerse de sus proezas, pero allí, en la carretera, cautivado por el ambiente de su pueblo natal, piensa en aquellas mujeres y dice para su colete: "Al fin y al cabo, son todas unas prostitutas", observación que le parece evidente a la vista de las suaves ondulaciones del Beaujolais. Allí, en aquella carretera familiar, tantas veces recorrida en bicicleta con los otros muchachos, piensa en las mujeres de Clochemerle, que no son unas desgraciadas, ni unas cualesquiera, ni unas fogosas, ni unas podridas. Sí, las mujeres de Clochemerle son muy distintas: son mujeres formales, tanto para el cocido como para aquello, porque lo uno no impide lo otro. Son mujeres, en fin, con las que uno no atraparé una sucia enfermedad. Y lo que también las distingue es que todas esas encantadoras mujeres son plato prohibido para los forasteros. Las mujeres de Clochemerle son únicamente para los clochemerlinos. Claro que a veces son, a intervalos, de varios clochemerlinos, e insisten en ampliar sus conocimientos, pero todo queda entre los propios clochemerlinos, todo queda en familia por decirlo así. Todas sus actividades se limitan, pues, al trato de unos buenos viñadores. Claudius Brodequin piensa en Rose Bivaque, esa buena hija de Clochemerle, que será más tarde una buena mujer de Clochemerle. Rose Bivaque es una mujercita tranquila y juiciosa, que criará sanos a los hijos, hará una succulenta sopa de coles o un buen guiso y tendrá la casa limpia, mientras él, Claudius, trabajará en la viña de su padre.

Este está fuerte todavía, pero cuando llegue a viejo se pasará los días del frío al calor de la lumbre, como esos ancianos arrugados y encorvados como cepas de gamay². ¡Ah, qué brillante porvenir: Rose, la viña, una casita...! Y, además, pronto será cabo. ¡Claudius Brodequin, cabo de cazadores! Después volverá al pueblo con honor y se dedicará a llenar las cubas con los excelentes caldos de Clochemerle, que se cotizan a buen precio en los años pródigos.

Al llegar a un recodo de la carretera, a unos tres kilómetros de la estación, se ve casi encima de uno el pueblo de Clochemerle. Parece que las casas están ya al alcance de la mano, pero se trata de una ilusión óptica, porque hay que tener en cuenta las pronunciadas curvas de la carretera. Al ver su pueblo, Claudius Brodequin piensa que pronto hará su entrada en la calle Mayor, con su elegante uniforme, sus bien cortados pantalones de cazador y el aire taimado del que, a pesar de ser un lugareño, ha vivido en la ciudad. Sabe muy bien que no podrá ver a Rose Bivaque hasta anochecido, a causa de los padres de la muchacha y de las gentes que empiezan a chismorrear en cuanto ven juntos a una muchacha y un mozo. No había, pues, que apresurarse para ver a Rose. Y los padres de él, los viejos Brodequin, viven en una casa aislada que se levanta al otro lado de Clochemerle, a unos doscientos metros del Ayuntamiento. Así que sería una lástima atravesar el pueblo sin detenerse. Claudius Brodequin ha marchado a buen paso, pero el uniforme es de un género tupido y a pesar de haberse desabrochado la chaqueta y quitado la corbata, está bañado en sudor. El sol calcinante le da sed. Sí, como le vendrá de paso, entrará en la posada de Torbayon, a tiempo para beber un vaso. En casa de Torbayon verá a Adèle. Y de pronto, piensa en esta mujer.

Esto le recuerda los años que precedieron a su servicio militar. En su adolescencia, Adèle Torbayon desempeñó, sin saberlo, un importante papel, el papel que puede asignar un muchacho de dieciocho años a una mujer que ha franqueado la treintena y cuyas ventajas naturales, y por demás opulentas, son unos magníficos puntos de mira que no permiten a la imaginación extraviarse por caminos estériles. Aunque Rose esté al alcance de su mano, Claudius Brodequin piensa aún en Adèle por razones de exaltación íntima. No se desprende uno fácilmente de los hábitos contraídos en la primera juventud, y entre todas las que desfilan por su mente es la

² Viñedo de baja calidad, en Borgoña. (Nota del traductor.)

imagen de Adèle Torbayon la que más se acomoda a ciertas audacias eróticas que, hay que decirlo, no pasaron nunca al terreno de la práctica. Mucho más que un cuerpo, una imagen es de una docilidad maravillosa, y si el tiempo no apremia, uno dispone de ella del modo que le venga en gana. En el pensamiento del cazador, Rose personifica lo seguro y duradero, mientras que la madura opulencia de Adèle Torbayon colma su fantasía y es instrumento para sus trabajos de imaginación. En suma, Adèle Torbayon es la complaciente favorita del pequeño harén imaginario que Claudius Brodequin se ha forjado para su uso personal, a base de las mujeres que ha encontrado en su camino desde que la pubertad le abrió los ojos sobre ciertos aspectos del mundo físico. Así, pues, a medida que a buen paso se acerca a Clochemerle, Claudius Brodequin piensa gozoso en Adèle Torbayon. Y su gozo es perfectamente comprensible.

Entre las mujeres de Clochemerle que, ya en segundo término inmediatamente después de Judith Toumignon, que indiscutiblemente mantiene la palma, ejercen sobre los hombres una marcada influencia, se clasifica, al decir de todo el mundo, Adèle Torbayon. Menos hermosa que Judith o tal vez de carnes menos apetitosas, pero más asequible —no olvidemos el establecimiento—, Adèle es una morena apetecible, pero que, en su género, nada tiene que envidiar. Sus senos exuberantes tiemblan un poco, pero este lento movimiento contribuye a que a uno se le desaten los nervios. Cuando Adèle se inclina para poner los vasos sobre la mesa, se le expansiona agradablemente el escote y gracias a esta postura de huésped servicial su carnosa grupa adquiere, bajo las ceñidas bragas de seda, una redondez propicia a los mejores deseos, lo que incita a pedir otra botella. Otra cosa que constituye el gran encanto de Adèle es que permite que le toquen un poco los muslos. De todos modos, sería justo decir que lo permite sin permitirlo. Es decir, que no da importancia a tales desahogos y se hace la distraída hasta el límite en que, dentro de la honestidad, lo permite la buena marcha del negocio. Hay que hacerse cargo. Si una mujer como Adèle, propietaria y sirvienta de una fonda, gozando de crédito en la localidad e incitante a la vista, se comportara como una mojigata y resguardara sus atractivos bajo una urna de cristal, no cabe duda de que perdería toda la clientela. No procede así por vicio sino debido a la competencia desleal por parte del "Café de l'Alouette", situado en la parte alta, cerca del Ayuntamiento. Expliquémonos. Durante la guerra recaló en el pueblo un par de refugiados. Solicitaron permiso, y lo obtuvieron, para abrir un café cerca de la plaza Mayor, lo que dio que decir sobre Barthélemy Piéchut y la mujer, una rubia del Norte, que no parecía de "buen género". Y así ocurrió. En cuanto abrieron el café, se entregó la mujer a los manejos más despreciables, que no han cesado un solo día de practicar. Aquella mujer sin escrúpulos, aquella despreocupada, se deja sobar por los muchachos de una forma asquerosa. Por lo que respecta a aquella buscona, Adèle no pudo por menos que preocuparse del efecto que la generosidad de su contrincante pudiera ejercer sobre los clochemerlinos. Porque aunque sirviera los mejores artículos —queso de leche pura de oveja, auténtico salchichón de cerdo y el mejor vino Clochemerle—, si una competidora se dejaba manosear impunemente, acabaría a la larga por perjudicarla. Los hombres van al café para divertirse de cualquier manera, y por el placer de dar juego a las manos dejarían incluso de comer. Los hombres son todos unos cochinos y no hay por qué extrañarse. Y no debe echarse en saco roto esta querencia, si tiene uno interés en que un comercio conozca días prósperos.

Sin embargo, la virtud obtiene siempre su recompensa. En cuanto al esplendor de las grupas no había comparación posible entre la fonda de Torbayon y el "Café de l'Alouette". Un solo muslo de Adèle valía de sobra los dos de la pingosa Marie del Barrio alto, y los inteligentes lo saben bien y permanecen fieles a los atractivos de Adèle, a pesar de que con ella el manoseo no sobrepasa jamás los límites de la falta de respeto. Cuando alguien quiere ir demasiado lejos y franquear la zona prohibida, Adèle se encorajina y exclama:

—¿Es que se figura usted que la casa Torbayon es una casa de mala nota? ¿Quiere usted que llame a mi marido?

A estas palabras, se ve aparecer a Arthur Torbayon, un hombre alto y fornido que, de buenas a primeras, lanza una mirada de soslayo a su alrededor.

—¿Me has llamado, Adèle?

Para disipar la atmósfera, Adèle, con una presencia de ánimo que todos los circunstantes agradecen, contesta:

—Aquí está Mâchavoine que quiere trincar contigo.

Sin hacerse rogar y satisfecho de verse absuelto, el delincuente invita a una ronda. Y como todo el mundo se aprovecha, todo el mundo aplaude a Adèle y rinde homenaje a su comportamiento.

Así, a pesar de que la gente se inclina siempre a calumniar, nada malo puede decirse de Adèle Torbayon. Si bien es verdad que no escatima sus encantos personales, se puede colegir que su generosidad es absolutamente altruista, porque es cosa sabida que a los clochemerlinos les gusta comprobar las rollizas curvas de sus nalgas, experimentar en la mano el ingrátido peso de aquellas dos masas amigables y elásticas, equitativamente distribuidas a una parte y a otra del término de la columna vertebral y cuya encantadora simetría no debe nada, ciertamente, a ninguna clase de subterfugios. Todo el mundo puede darse cuenta de ello a condición de ser cliente asiduo de la fonda y mantenerse dentro de los límites de lo que está permitido. Este acuerdo tácito, esta decencia establecida por las dos partes, crean en la sala de la fonda un ambiente familiar. Los contertulios habituales aprecian —no sin una punta de envidia— a Arthur Torbayon, propietario legítimo de una mujer en posesión de un par de muslos dotados de la firmeza más apetecible. En cierto sentido, a Torbayon le halaga que todo Clochemerle pueda estar en condiciones de garantizar la solidez de las carnes de su mujer. Por supuesto, las mujeres de Clochemerle no han sido puestas al corriente de las cualidades posteriores de Adèle. Pero Claudius Brodequin sí ha podido apreciarlas. Era uno de los clientes asiduos y un adepto fervoroso, aunque discreto en demasía y un poco tímido. Claro está que entonces era joven, aunque bastantes ocasiones ha tenido después para condenar aquella timidez. Cuando era un mozalbete inexperto aprendía a disparar ejercitándose en aquella grupa de veinticuatro quilates, y Adèle le permitía maternalmente que se desentumeciera las manos. Adèle se ha mostrado siempre más indulgente con los jóvenes que con los hombres maduros. La juventud es un producto fresco y sin peligro. Claro que los jóvenes son jactanciosos y hablan por los codos, pero al fin y al cabo todo acaba en humo de pajas y por nada les entra el sonrojo. Además, la juventud no repara en gastos y bebe sin tino. De ahí que aunque el vino esté un poco agrio, Adèle lo sirve con su mejor sonrisa, como si se tratara de un mosto de calidad.

A medida que se acorta la distancia que lo separa del pueblo, los recuerdos de Adèle Torbayon pueblan la mente de Claudius. Hay que convenir que la codiciada posadera ocupa el primer lugar entre los esparcimientos que le brinda Clochemerle.

Dos kilómetros es cosa de poca monta para un militar que camina a buen paso y cuyos pensamientos son todos risueños. Claudius Brodequin alcanza las primeras casas de Clochemerle. Las casas parecen desiertas, se ve poca gente por la calle y, sin embargo, por todas partes surgen los saludos:

—¡Bien venido, Claudius!

—¡Estás hecho un buen mozo, Claudius Brodequin! Las muchachas te esperan para bailar.

Clochemerle le dispensa una cordial acogida. Claudius Brodequin corresponde a los saludos sin detenerse. Tiempo habrá para verlos a todos, uno por uno. Por el momento, no interrumpe su caminata. Nada ha cambiado en su pueblo.

Claudius Brodequin se para frente a la posada de Torbayon. Hay que subir tres peldaños, ya gastados por el uso. Señal de que las cosas marchan bien y de que los bebedores han hecho lo suyo. Como el sol da en la fachada, los postigos están cerrados. Claudius, con los ojos entornados, se detiene en el umbral de la sala desierta, fresca y sumida en la penumbra, donde zumban invisibles enjambres de moscas. Grita:

—¡Eh, la casa!

Luego permanece inmóvil en el marco de la puerta, silueteada su figura por la luz exterior, mientras trata de acostumbrarse a la oscuridad. De pronto, oye rumor de pasos, una forma surge de la sombra y avanza hacia él. Es Adèle en persona, tan apetitosa como siempre. Le dirige una ojeada de pies a cabeza y lo reconoce. Es ella la primera en hablar.

—¿Eres tú, Claudius?

—Sí, soy yo.

—Ya estás aquí, Claudius.

—Sí, estoy aquí.

—Quiero decir que eres tú en persona.

—Sí, claro, soy yo en persona, como tú eres tú, Adèle.

—Y ya estás de nuevo aquí.

—Sí, ya estoy de nuevo aquí.

—¿Estás contento, al menos?

—Nada me impide estarlo, que yo sepa.

—¡Sí, claro!

—Sí, claro.

—Entonces, se puede decir que estás contento.

—Sí, se puede decir.

—Es buena cosa estar contento, ¿verdad?

—Sí, es buena cosa.

—Y como acabas de llegar, supongo que tendrás sed.

—Sí, Adèle. Creo que tengo sed.

—Así querrás beber algo.

—Sí, Adèle, quisiera beber algo, si no es molestia.

—Voy a servirte. ¿Sigues bebiendo lo mismo?

—Lo mismo, Adèle.

Mientras ella va a buscar una botella, el muchacho se sienta a una mesa del fondo de la sala, la misma donde solía antes instalarse. Cuando era más joven, allí soñó, dejando vagar su imaginación sobre un mar de singulares deleites, cuyas sugestivas olas las constituían los rítmicos contoneos del cuerpo de Adèle. Claudius Brodequin, sentado en su sitio habitual, se quita la boina, saca el pañuelo, se seca el rostro, el cuello y la parte superior del pecho, y luego, con los codos sobre la mesa, cruza los brazos y se sienta a sus anchas en el corazón de su pueblo. Acude Adèle y le sirve vino. Mientras Claudius bebe, Adèle le contempla, y su pecho seductor parece agitarse por la emoción. Pero no, es sólo el efecto de la empinada escalera de la bodega. Esta vez es Claudius Brodequin quien, después de limpiarse la boca con el revés de la manga, habla el primero.

—Dime, Adèle, ¿por qué me preguntaste si estaba contento?

—Por nada. Simplemente por decir algo...

—¿Es que alguien ha dicho algo de mí?

—Ya sabes que siempre hay chismosos. No te preocupes.

—¿Qué dicen, Adèle?

—¡Oh, hablan de Rose!

—¿Qué Rose?

—Supongo que Rose Bivaque. ¿Te sorprende?

—No sé nada, y nada puedo decir.

—Pues que si se le hincha el vientre... en fin, como si hubiera cometido una falta.

¡Vaya lío! El vientre de la Rose, que ha hecho de las suyas estando él ausente... y todo Clochemerle enterado del caso. Seguro que los viejos Bivaque no están contentos... Razón que les sobra para abofetear a un muchacho, aunque sea cazador de primera clase. En todo caso, hay que reflexionar. Claudius Brodequin se sirve más vino, bebe y se limpia lentamente la boca. Luego dice:

—¿Qué hay, Adèle?

—Pues, ya te lo he contado. Tú no tienes nada que ver con esto, ¿verdad?

—¿A qué te refieres, Adèle?

—¡Hombre, al vientre de Rose!

—¿Qué dice la gente?

—Pues dice sin decir, como puedes suponer. Muchos no pueden contener la lengua.

—¿Quiénes?

—Los de siempre, los que hablan sin saber nada. Ahora bien, a ti te toca decir si tienes algo que ver con lo que le ha ocurrido a Rose. Y debes de estar mejor enterado que los demás, que, claro, no se hallaban presentes cuando... en fin... ¿Es que no estás al corriente?

—No, Adèle, no estaba enterado de nada.

—Entonces, es mejor que te lo haya dicho. Ya sabes, pues, cómo portarte con los padres y con los que no hacen más que chismorrear... Claro que algunas veces son meras habladurías, que siempre hay gente dispuesta a ello, porque no saben cerrar el pico...

—¿Dices que algunas veces son meras habladurías, Adèle?

—En fin, ya estás prevenido y tú sabrás lo que haces con los que hablan sin saber nada y que se hacen los distraídos. Claro que a veces son sólo habladurías...

—Sí, a veces.

—También podría darse el caso que tú tuvieras algo que ver...

—¿Podría darse el caso, Adèle?

—Es una suposición. Porque, claro, yo no puedo adivinar quien haya podido ser...

—Claro, Adèle. Tú no puedes adivinar...

—En fin, tú sabrás lo que tienes que hacer.

—Sí, Adèle.

—Sea quien fuere el que haya ido con Rose y le haya hecho un crío, tú mismo, pongamos por caso, creo que sería mejor que se casara con ella. ¿No te parece, Claudius?

—Sí, esto es lo que creo con respecto a quien lo haya hecho.

—En cierto modo, Rose Biyaque es una muchacha bien parecida y un buen partido. Claro que lo que le ha ocurrido... De todos modos, no es tanto como para avergonzarse. ¿No opinas así, Claudius?

—Sí, no es tanto como para avergonzarse.

—Creo que quien se casara con ella aceptando al pequeño, a condición de haberlo hecho, naturalmente, no haría ningún mal negocio.

—No, Adèle, no haría ningún mal negocio.

—Tú eres un buen muchacho, Claudius.

—Y tú eres una buena mujer, Adèle.

—Te lo digo con respecto a Rose.

—Y yo te contesto con respecto a Rose.

—En fin, ya has llegado.

—Sí, ya he llegado.

—Has hecho muy bien. Me refiero a Rose, claro.

—Has dicho que a veces...

—Lo he dicho refiriéndome a que Rose va a tener un crío y, claro, para una muchacha es una desgracia no poder explicar cómo ha venido. Pero ya estás aquí... Mientras hablaba, Claudius Brodequin ha depositado dos francos y veinticinco céntimos al lado de la botella. Coge la boina, el macuto y se levanta.

—Hasta la vista, Adèle —dice.

—Hasta pronto, Claudius. ¿Vendrás por aquí, ahora que has vuelto?

—¡No faltaba más, Adèle!

"¡Ah, Dios mío! ¡Santo Dios!", piensa Claudius Brodequin en la calle Mayor de Clochemerle, tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera ve a las personas que pasan por su lado. "¡Santo Dios! Con que Rose está encinta. ¡Ah, Santo Dios!" No piensa en otra cosa. Con absoluto olvido de su apostura militar, de su orgullo de soldado de primera clase, anda como un aldeano provisto de unas ridículas bandas de soldado raso, en vez de lucir las más bonitas bandas de todos los ejércitos del mundo, unas bandas que se enrolló esmeradamente en el vagón, dos estaciones

antes de llegar a Clochemerle. "¡Ah, Santo Dios!" Incluso se olvida de hacer alto en el estanco para comprar un paquete de cigarrillos y saludar a madame Fouache, que no cesa de halagar a los fumadores novatos diciéndoles que quien no fuma no es un hombre hecho y derecho. Encontrarse con una muchacha encinta resulta una sorpresa inesperada y una perspectiva de grandes quebraderos de cabeza, porque los viejos Bivaque y los viejos Brodequin andan a la greña con motivo de un antiguo asunto de delimitación de terrenos. Tan desconcertado está Claudius Brodequin que ni siquiera corresponde a los saludos. Hasta que Fadet, el comerciante de bicicletas, con el que iba a cruzarse sin verlo, le da un golpe en la espalda y le dice:

—¡Vaya magnífico tirador que estás hecho, Claudius!

—¡Dios santo! ¿Eres tú, Eugène? —exclama Claudius Brodequin.

No se le ocurre otra cosa que decir y sigue su camino en dirección a la plaza Mayor. Allí permanece un buen rato, a la sombra de los castaños. Sus "¡Ah, santo Dios!" le martillean el cerebro y le enturbian la visión de las cosas. De pronto, una idea ilumina su mente: "Lo mejor que puedo hacer es decírselo a mi madre." Y reemprende el camino en dirección a su casa.

—¿Ya estás aquí, hijo mío?

—Sí, madre, aquí estoy.

—Tienes muy buen aspecto, Claudius. Hasta pareces más fuerte.

—Tal vez sí. Hago mucha gimnasia.

Adrienne Brodequin está atareada en la cocina preparando la sopa. Descabeza los puerros y monda las patatas. Después de haber abrazado a su hijo vuelve a su trabajo sin dejar de hablar.

—¿Has llegado ahora?

—Sí, vengo de la estación.

—Pues llegas a tiempo. Queríamos escribirte. Ha sido una suerte no haberlo hecho porque... ya estás aquí. Por eso te he dicho que has llegado a tiempo.

—Y ¿sobre qué queríais escribirme?

—Tonterías... Historias que cuentan en el pueblo... ¿Has hablado con alguien antes de llegar a casa?

—Sí, pero nada importante...

Claudius Brodequin se da cuenta de que ha llegado el momento de hablar y juzga preferible hacerlo antes de que se reúna toda la familia, lo que no tardará en ocurrir. Pero no sabe cómo empezar y reflexiona. Se oye el tictac del reloj de caja cuyo cristal reluce bajo los rayos del sol que se filtran por la ventana. Transcurre el tiempo al impulso del engranaje que chirría. Enfurecidas avispas zumban alrededor de un cesto de ciruelas colocado en un anaquel. Puesto que la madre está enterada de todo, a ella le toca empezar... Adrienne y su hijo están sentados uno a espaldas del otro —es más cómodo cuando hay que hablar de cosas graves—, ella atareada en preparar las legumbres y él pensando en Rose y esforzándose en dar con el modo de abordar el tema. De pronto, la madre, sin volverse, con voz lenta, sin el menor asomo de enfado, pregunta:

—¿Has sido tú, Claudius?

—¿A qué te refieres?

—¿Has sido tú quien ha preñado a Rose?

—No es seguro...

—En fin, ¿no has ido con ella?

—Sí, he ido con ella esta primavera...

—Por lo tanto, es posible que hayas sido tú...

—Sí, es posible.

En este momento, se vuelve para oír solo el reloj, que sigue fabricando segundos con el mismo ritmo, tanto si se trata de días buenos como de días malos. Con un manotazo, la madre ahuyenta a las avispas que se muestran demasiado audaces. "¡Es una plaga, este año, estos asquerosos bichos!" Después pregunta:

—¿Piensas casarte con Rose?

Claudius Brodequin prefiere preguntar a que le pregunten. En esto se parece a su padre, Honoré Brodequin, un hombre que prepara sus palabras como si se tratara de bocados exquisitos.

—¿Qué es lo que usted piensa? —responde Claudius.

Adrienne Brodequin tiene ya su opinión formada de antemano. Y lo demuestra su prontitud en contestar:

—Si a ti te parece bien, no veo ningún inconveniente. Rose podría vivir con nosotros y ayudarme. Trabajo no falta y me voy haciendo vieja...

—¿Y qué dice padre?

—No le disgustaría que te casaras si el viejo Bivaque da en dote a Rose la viña de Bonne-Pente.

—Y los Bivaque, ¿qué dicen?

—El cura Ponosse ha venido a vernos estos días. Me imagino que está de acuerdo con los Bivaque. Ha dicho a tu padre que tú y Rose deberíais seguir los mandamientos de Dios. Pero a Honoré no le ha bastado y ha dicho a Ponosse: "Primero lleguemos a un acuerdo ante el notario. Ya nos arreglaremos después con Dios. No creo que Bivaque se ponga a malas con Dios por un trozo de viña." Así que en lo concerniente al matrimonio, deja hacer a tu padre. Siempre ha tenido la cabeza despejada.

—Haré lo que ustedes quieran, madre.

Al llegar a este punto, Adrienne Brodequin se vuelve hacia su hijo, fija sus ojos en él y le dice:

—En cierto modo, no has sido torpe. Tu padre no está descontento. Ahora que Rose está cogida, el viejo Bivaque no tendrá otro remedio que soltar la viña. Rose es bien parecida y los Bivaque no son unos pobretones. ¡No, no has sido torpe, Claudius!

Es verdad que el padre no está disgustado. Al franquear el umbral de la puerta, mira a Claudius y le dice entono severo:

—Así, pues, sabes hacer barbaridades, ¿eh?

Sin embargo, rebosa tanta satisfacción que por un instante su rostro curtido se ve limpio de arrugas. Piensa en la ubérrima viña de Bonne-Pente, que pronto dejará de pertenecer a los Bivaque para ser propiedad de los Brodequin, y llega a la conclusión de que con sólo un instante de placer se consigue lo que no proporciona toda una vida de trabajo. Y después de esto, que vaya uno a creer en las monsergas de los curas. Los curas, por supuesto, hablan siempre del cielo para que no se altere el orden terrenal. ¡Bah! ¿Es que sólo hay viñas en el cielo? Entretanto, si se presenta la ocasión, arramblemos con las del viejo Bivaque. Por otra parte, ¿de quién es la culpa? ¿De Rose o de Claudius? Pero no, no hay que plantear las cosas de este modo. Los muchachos no tienen otra misión que la de seducir a las muchachas, y el deber de éstas es guardarse. Sin embargo, Honoré, hombre prudente y avisado, que no desdeña ninguna precaución, cree preferible que el cielo esté de su parte y que el cura defienda los intereses de los Brodequin. Y la esperanza de acrecentar en fecha próxima el patrimonio familiar le hace sentirse pródigo.

—¡Como me llamo Honoré, el día de la boda voy a hacer un regalo a Ponosse! Le daré doscientos francos para la iglesia.

—¡Doscientos francos! —exclama Adrienne, sobrecogida.

Le sobra razón para mostrarse atónita. Porque es Adrienne la que guarda los ahorros en el armario ropero, de donde no salen si no para ser depositados en sitios más seguros.

—¡Bueno, pongamos cincuenta! —dice Honoré, que ha recobrado su sensatez. Decididamente, todo se ha arreglado por las buenas. Al anochecer, un apuesto militar, bien ceñidas las bandas, desciende de la parte alta del pueblo al paso vivo de los cazadores en día de desfile. Es Claudius Brodequin, el vencedor, más bizarro que nunca. Todo el mundo puede mirarlo, envidiarlo, admirarlo: es Claudius Brodequin que ha hecho suya a Rose Bivaque, una muchacha joven y de muy buen ver. ¡Y ha sido el primero! Y esta empresa, llevada a cabo con tan felices

resultados, no solamente le ha proporcionado goces inefables, sin contar los que le reserve el futuro, sino que podrá sumar a su patrimonio una hermosa viña en Bonne-Pente, que produce el mejor vino de Clochemerle. El porvenir se le presenta risueño. Mientras Rose espera el alumbramiento de su hijo, él acabará su tiempo de servicio y llegará a cabo. ¡A cabo de cazadores, señores! Al volver del regimiento habrá nacido ya su hijo, verá aumentado el patrimonio de los Brodequin con una buena viña y encontrará a Rose nuevamente dispuesta a hacerle la vida agradable. ¡Un golpe maestro, no cabe duda! ¡Demonio de Claudius! Va alegremente al encuentro de Rose que debe de estar esperándole. Ríe para sus adentros y no puede contener una exclamación en voz alta:
—¡Ah, Dios! ¡Santo Dios!

Capítulo noveno

La fiesta de san Roque

Clochemerle celebra su fiesta mayor el día de san Roque, patrón del pueblo. Como san Roque cae el 16 de agosto, el día siguiente a la festividad de la Asunción, cuando es cuestión de esperar que la uva madure, la fiesta dura generalmente algunos días. Los clochemerlinos han mostrado en todo tiempo una gran resistencia a los placeres de la mesa y de la bebida y no es de extrañar, por lo tanto, que si el tiempo acompaña los festejos duren toda la semana.

Podría uno preguntarse los motivos que han inducido a los clochemerlinos a erigir a san Roque como patrón, con preferencia a otros santos con méritos más que probados todos ellos. Ciertamente que san Roque no parecía particularmente designado para que se le consagrara patrón de los viñadores. Como la elección no ha sido hecha sin motivo, ha sido preciso remontarse a la fuente. El resultado de nuestras investigaciones nos permite exponer los auténticos motivos que determinaron antaño esta elección.

Con anterioridad al siglo XVI, las tierras del término municipal de Clochemerle no eran viñedos, sino extensiones de pasto y campos de cultivo rodeados de bosques y espesuras. En los prados se criaba toda clase de ganado, especialmente el cabrío. También abundaba la especie vacuna. La comarca era pródiga en quesos y chacinería. La mayor parte de los cultivadores era gente plebeya, siervos y aparceros que trabajaban por cuenta de la abadía, donde había trescientos frailes sometidos a las reglas de san Benedicto. El prior dependía del arzobispo-conde de Lyon. Las costumbres eran las de la época, ni mejores ni peores.

Sobrevino la famosa peste de 1431, cuyos fulminantes progresos aterrorizaron ciudades y pueblos. De muchas leguas a la redonda eran en gran número los infortunados que acudían a Clochemerle en busca de refugio. El pueblo contaba a la sazón unos mil trescientos habitantes. A todos los refugiados se les dispensaba una generosa acogida, aunque siempre con el temor de que uno de ellos fuera portador del germen de la horrible enfermedad. En aquella ocasión el cura párroco reunió a todos sus feligreses y les dirigió la palabra. En respuesta, los clochemerlinos formularon el voto de consagrarse a san Roque, el santo que preserva de las epidemias, si Clochemerle se libraba del tremendo azote. La promesa fue concienzudamente redactada en el más puro latín y consignada por escrito el mismo día en un sólido pergamino sellado y lacrado, documento que más tarde llegó a ser patrimonio de la familia Courtebiche, que desde tiempo inmemorial ha gozado de gran influencia en la comarca.

El día siguiente de esa ceremonia, rubricada por una procesión solemne, la peste hizo su aparición en Clochemerle. En el transcurso de pocos meses, hubo novecientas ochenta y seis defunciones —más de mil, según algunos cronistas— entre las cuales se contaba el cura párroco. La población se redujo a seiscientos treinta habitantes, comprendidos los refugiados. Luego desapareció la plaga. Entonces el nuevo cura párroco reunió a los seiscientos treinta supervivientes para debatir si san Roque había obrado o no un milagro. Por su parte, el cura párroco, de reciente promoción, se inclinaba en favor del milagro, secundado en este menester por algunos frailes a quienes la abundancia de defunciones les había granjeado en el pueblo cierta notoriedad. Todos los supervivientes acordaron por unanimidad que, efectivamente, se había producido un milagro, y un milagro grande, puesto que eran aún seiscientos treinta los que podían intervenir en el debate y sólo seiscientos treinta para repartirse las tierras que dieran sustento a mil trescientas personas. Emitióse la opinión de que los muertos habían fallecido en expiación de sus pecados y que su único juez era el cielo, que sabía mostrarse siempre clemente. Todos los supervivientes asintieron con entusiasmo. Todos menos uno. Era éste un pobre imbécil que se las daba de filósofo y moralista, llamado Renaud la Fourche, una de esas sanguijuelas que ponen siempre

obstáculos en el recto camino de la sociedad. Renaud la Fourche se levantó, pues, en plena asamblea dispuesto, sin medir el alcance de su intervención, a perturbar la paz de las almas y a alterar el parecer unánime de los clochemerlinos. Haciendo caso omiso de las pías exhortaciones del cura párroco, habló como un rústico, en los siguientes términos:

—No podemos afirmar que se haya producido un milagro, mientras no resuciten los mil muertos cuyos despojos nos repartimos, y nos den a conocer su opinión. La propuesta era propia de un redomado bergante. Pero Renaud tenía la facilidad de palabra de un campesino holgazán que olvida adrede inclinarse sobre los surcos y prefiere pasar el tiempo en discusiones bizantinas, con otros vagos como él, en el rincón de una choza oscura. Desarrolló el tema de su protesta en tono jeremíaco, en un lenguaje confuso, mezcla de latín bastardo, romano y dialectos célticos. En aquella época, los clochemerlinos eran gente sencilla y analfabeta y les costaba gran esfuerzo entender alguna cosa de lo que decía Renaud y el cura párroco. Como era verano, sudaban a mares y se les hinchaban las venas de la frente. Llegó un momento en que Renaud la Fourche, enardecido por su impía dialéctica, se puso a vociferar de tal modo que ahogó la voz del sacerdote. Al oír tan perentorios alaridos, los clochemerlinos comenzaron a sospechar que la razón estaba de parte de Renaud y que san Roque no había hecho absolutamente nada. El cura párroco se dio cuenta del giro que tomaban las cosas. Pero como era hombre sereno, cauto e instruido, dotado de sutileza eclesiástica, propuso, y fue aceptado, que se suspendiera la asamblea con el pretexto de proceder a una consulta de los manuscritos sagrados donde se hallaban inscritas las mejores fórmulas para el buen gobierno de los pueblos. Cuando se reanudó el debate declaró que los textos sagrados prescribían que en caso de discordia, había que duplicar las rentas que los viñadores tenían que entregar a las abadías. Todos los clochemerlinos comprendieron entonces que Renaud la Fourche estaba equivocado y que san Roque había, en efecto, obrado el milagro. El impostor fue inmediatamente declarado hereje. Acto seguido se levantó un pira en la plaza Mayor de Clochemerle y al caer la noche Renaud fue quemado vivo. Así, pues, el día consagrado a la glorificación de san Roque terminó a satisfacción de todo el mundo, habida cuenta, sobre todo, de que en aquella época no estaban ciertamente sobrados de distracciones. Y desde aquel día los chochemerlinos han guardado absoluta fidelidad a san Roque. Estos sucesos, acaecidos en el año 1431, han sido relatados con una encantadora ingenuidad en un segundo documento de la época. Debemos la traducción a un aventajado estudiante universitario cuyos numerosos diplomas nos dan fe de su vasta inteligencia y de su infalibilidad. No es posible, pues, poner en duda los acontecimientos que impelieron a los clochemerlinos del siglo XV a elegir a san Roque por patrón.

Todo el mundo entiende lo que quiere decir "un hermoso mes de agosto". El mes de agosto de 1923 fue en Clochemerle un extraordinario mes de agosto, algo así como una experiencia paradisíaca intentada en la tierra. Corrientes de aire favorables, bien canalizadas por los valles, dieron como fruto que a partir del 26 de julio el cielo de Clochemerle permaneciera inalterable por espacio de cincuenta y dos días consecutivos, afortunadamente salpicados de lloviznas nocturnas propiamente distribuidas pasada la medianoche para no incomodar a nadie. Tratábase de una obra maestra de urbanismo aplicada al riego que preparaba a los clochemerlinos madrugadores calles y caminos limpios como las avenidas de los parques y una campiña olorosa como si estuviera cuajada de flores. Renunciamos a describir ese esplendor azul magníficamente desplegado sobre el verde esplendor de los ribazos rebosantes de vides.

El alba, sorprendida por aquella luz cegadora, recogía a toda prisa su blonda cabellera de brumas y se apresuraba a escapar dejando en el horizonte una rosada estela de pudor ofendido. Inmediatamente se levantaba el día tan lozano y fresco que hubiérase dicho que nos encontrábamos en los primeros instantes de la

creación. Desgañitábanse los pájaros con sus arpegios de virtuosos natos para desesperación de todos los violinistas, y las flores, prodigando sus aromas, entreabrían las corolas como princesas indolentes desabrochándose el corpiño. La naturaleza entera tenía el hálito de la novia que acaba de recibir el primer beso. Ya de pie, Beausoleil, el guardabosque, manifestaba su admiración: —¡Buen Dios! —decía para sí—. ¿Quién ha podido hacer todo esto? ¡A fe que no era manco ni flojo de mollera!

Esta era su oración de la mañana, su rústico homenaje al Creador. Descubría la magnificencia del mundo y sin acordarse de lo primero que hacía cada día, se empapaba las perneras de los pantalones. Afortunadamente, aquello se secaría en seguida.

Los clochemerlinos se sentían positivamente embriagados de tantas sonrisas, tantas caricias, estremecimientos, armonías y acuerdos, embriagados de aquella abrumadora e incomprensible belleza, embriagados de bienestar y de tanta dulzura como había en el mundo. Los atardeceres iban sumiéndose en la infinita negrura de la noche con susurros y suspiros que dejaban el ánimo en suspenso aún a los zafios. Y los mediodías era como un estacazo asestado en la nuca. Todos se tumbaban un rato, envueltos en la penumbra de los cuartos embaldosados que olían a fruta y a queso de leche de cabra. Y después de haber preparado un refresco con agua del pozo, echaban una siestecita.

Un tiempo, en suma, en el que era imposible concebir las enfermedades, las catástrofes, los terremotos, el fin del mundo, una mala cosecha. Un tiempo para dormir a pierna suelta, para encontrar todavía nuevos alicientes en la mujer, dejar de zurrar la badana a los chiquillos, olvidarse de contar el dinero y dejarse llevar dócilmente sobre aquella alfombra mágica de inmenso optimismo.

Esto fue, en cierto modo, la perdición de Clochemerle. Mientras la naturaleza hacía sola el trabajo, acumulando alcohol en las uvas, las gentes, ociosas, desataban la lengua, se mezclaban en los asuntos del vecino y en los devaneos amorosos de los demás, y se echaban copiosos tragos al colete a causa del sofocante calor que le vaciaba a uno el agua del cuerpo, cambiado cincuenta veces al día el sudor que una ligera brisa secaba en las axilas, en los omóplatos, en la divisoria de los senos, en las primeras vertientes de la grupa y bajo las faldas no demasiado remilgonas que dejan a sus anchas sus entrepiernas, bastante dispuestas a retozar.

¡En fin, el más hermoso tiempo del buen Dios que pueda imaginarse! Un tiempo que permite creer que el cielo no es ciertamente una fumistería. Un tiempo como todo el mundo querría encontrar, uno parecido después del gran toque de fanfarria de Josafat.

Pero, ¡ay!, los seres de este mundo han sido hechos con un molde estropeado, un poco de través, si así puede decirse, con unas cabezotas sobre los hombros para estrellarlas de desesperación contra las paredes. Cuando lo tienen todo para considerarse felices —sol, buen vino, buenas mujeres, productos para vender y largos días para gozar de todo eso—, hete aquí que lo echan todo a perder con sus idioteces. ¡Es más fuerte que ellos! Esto es, exactamente, lo que hicieron esos sandios de clochemerlinos en vez de gozar de aquella idílica tranquilidad, de vaciar las cubas para hacer sitio al producto de la excelente uva que acababa de madurar, de extasiarse entre aquel auténtico milagro de Cana que, ¡Dios todopoderoso!, se hacía para ellos, sin que tuviesen que mover un solo dedo, un milagro en virtud del cual se les llenarían de dinero los bolsillos.

Por doquier, bajo la bóveda celeste, la paz lo envolvía todo, una paz tórrida y embriagadora, brillantes espejuelos de felicidad, promesas de prosperidad y una alegría latente. En medio de aqueüa paz inmerecida, de aquel seísmo de paz, no cabía sino dejarse llevar. Pero esto se les antojaba, sin duda, a los hombres demasiado sencillo y, en consecuencia, sentían la comezón de inventar una estupenda tontería.

En el centro mismo de esta paz había el urinario, cuyo genio maléfico iba a desencadenar en breve una guerra civil.

Los dos bandos se manifestaban tremendamente hostiles, y el propio cura Ponosse, de natural pacífico, beligerante a la fuerza, había prometido pasar a la acción y pronunciar en el púlpito, el día de san Roque, palabras condenatorias a los partidarios del urinario. Pero dejemos esto. Ya tendremos ocasión de insistir sobre el tema. Sigamos ahora, paso a paso, el curso de los acontecimientos.

Al historiador se le plantea un problema. ¿Debe transcribir en sus propios términos las discusiones que han llegado a su conocimiento y cuya provocadora violencia han determinado los hechos que aquí se relatan? ¿O debe suavizar esos términos inspirados por la cólera? Sin embargo, en este último caso el historiador abriga el temor de que los hechos que van a seguir carezcan de explicación plausible. Las palabras arrastran los actos, por lo que si quieren exponerse éstos hay que transcribir aquéllas. El lector debe tener en cuenta que nos encontramos en pleno Beaujolais, en la región del buen vino, grato al paladar, pero traidor para la cabeza, un vino que inflama súbitamente la elocuencia y que dicta las interjecciones y los regüeldos. El Beaujolais se encuentra situado en la proximidad de la Bresse, la Bourgogne, el Charollais, el Lyonnais, todas ellas regiones fértiles, alegres, cuya exuberancia natural se refleja en el lenguaje. Y el lenguaje, como todas las cosas, proviene de la tierra. De ahí que el vocabulario de los clochemerlinos, fuerte y salpicado de imágenes, tenga el sabor del terruño.

Con un tiempo semejante fácilmente puede uno imaginarse en qué consistía la fiesta mayor de Clochemerle: una comilona continua a partir de la mañana del 15 de agosto, con abundancia de pollos aderezados ya la víspera, conejos puestos en escabeche dos días antes, liebres cazadas fraudulentamente, tartas amasadas de antemano y cocidas en el horno del panadero, cangrejos de río, caracoles, piernas de carnero, jamones, salchichones, tostadas, en fin, cosas tan succulentas que en las casas, las mujeres tenían que turnarse en la cocina. Y entre los vecinos no se hablaba más que de la comida.

La noche del 15, los estómagos estaban ya hinchados de tanta comida, más de la que podían contener. Sin embargo, los mejores platos habían sido reservados para el día siguiente, pues no son gente, los clochemerlinos, que hagan remilgos ante dos días consecutivos de festín. Al caer la noche, se iluminaron las calles y hubo un desfile de antorchas. Después se organizó un baile en la plaza, donde se había levantado un estrado para los músicos y la "fuente del vino".

Esta fuente del vino es una de las costumbres de Clochemerle. En una serie de toneles colocados en la vía pública, bajo los auspicios del Ayuntamiento, se practica un agujero, se coloca un grifo y, mientras dure la fiesta, todo el mundo puede beber a discreción. Los toneles, envueltos en paja, son rociados frecuentemente con agua para que el vino se conserve fresco. Los encargados de esta misión son todos voluntarios. Junto a los toneles se colocan grandes tableros en los que un jurado especial inscribe el nombre de quienes aspiran a obtener el título de "Primer Biberón", que se concede anualmente al que ha bebido mayor cantidad de vino. El jurado cumple escrupulosamente con su cometido, pues el título es siempre muy codiciado. El más famoso "Primer Biberón" que se ha conocido en Clochemerle fue un tal Pistachet que bebió, en cuatro días, trescientos veintiún vasos de vino. La hazaña se remonta al año 1887, y los técnicos consideran este récord como imbatible. De todos modos, debe tenerse en cuenta que cuando conquistó el título, Pistachet contaba sólo treinta años y se hallaba en su mejor forma. Aunque logró conservar el título por espacio de más de diez años, su decadencia fue rápida. Murió a los cuarenta y cuatro años de una cirrosis aguda, tan aguda que su hígado, que no era más que un absceso, le estalló en el cuerpo. Pero su fama es imperecedera.

En 1923, y desde hacía tres años, era "Primer Biberón" el cartero Blazot. Cuando se acercaba la época en que tenía que defender su reputación, iniciaba sus entrenamientos y alcanzaba los sesenta vasos diarios. El resto del año, su consumo cotidiano no solía pasar de los treinta vasos. También él iba camino de la cirrosis y comenzaba a decaer. François Toumignon soñaba ya en arrebatarse el título.

Se bebió y se bailó buena parte de la noche. Se bebió como se sabe beber en Clochemerle, es decir, mucho. Y se bailó como se baila en el campo francés, es decir, alegremente, estrechando fuertemente, sin preocuparse mucho del continente ni andarse con inútiles distingos, a matronas regordetas y a muchachas robustas que no usan los corsés de las mujeres de la ciudad con nada dentro ni tienen esa delgadez que va contra las leyes de la naturaleza y que tan tristes debe de hacer las noches a los ciudadanos que tienen mujeres a la moda.

Con todo, los mejores placeres de aquella noche de jolgorio se desarrollaban más allá de la zona luminosa de los farolillos. Podían verse muchas sombras que se iban alejando de dos en dos hacia las afueras del pueblo, en dirección a los viñedos. Tampoco estaba desierta la negra profundidad de los setos. Nadie podía afirmar si tantas sombras aparejadas, sumamente discretas, eran marido y mujer, pero nada inducía a creer lo contrario. Es decir, una cosa lo hacía poner en duda y es que entre aquellas sombras no se producían discusiones ni intercambio alguno de palabras agridulces que suelen espetarse mutuamente las personas de distinto sexo que llevan viviendo juntas mucho tiempo. Pero también puede suponerse que tan excepcional comedimento se debía a la excelente temperatura y a los efectos del buen vino, porque sería inmoral atribuir el buen acuerdo a licenciosas y escandalosas libertades. Podían, a lo sumo, producirse confusiones, porque ciertos clochemerlinos, demasiado atentos para con la mujer del vecino, dejaban de ocuparse de la propia, que, claro está, no podía permanecer en la fiesta bostezando como si no tuviera a nadie a quien encomendarse. Afortunadamente, los clochemerlinos cuyas mujeres se hallaban ocupadas, se ocupaban de las del prójimo, con lo que todo se resolvía por parejas, quizá de una manera no del todo correcta, pero que nada dejaba que desear en cuanto a la simetría. Como queda dicho, todo pasaba entre clochemerlinos y nadie se liaba la manta a la cabeza.

Además, el estado sanitario del pueblo era excelente, con la única excepción de las recaídas de Girodot, pero el notario no se mezclaba con la muchedumbre y no solía, en tales ocasiones, practicar "caridades secretas".

Dicho sea de paso, no faltaban motivos que excusaban esos pequeños descarríos. Viviendo uno tan cerca del otro, los esposos acababan por conocerse demasiado, y cuanto más se conocen menos queda por descubrir y menos motivos se encuentran para dar satisfacción al ideal que uno anhela. Por lo tanto, esa búsqueda del ideal hay que emprenderla en otra parte. Los hombres suelen hallarlo en la mujer del vecino, en la que encuentran algo de que la suya carece. La imaginación no se da punto de reposo, les bulle la cabeza al pensar en la mujer ajena, se les trastorna el cerebro, se ponen neurasténicos y a veces enferman. Pero si trocaran su mujer por la del vecino, el cambio les produciría a corto plazo la misma insatisfacción y comenzarían de nuevo a fisgar por los alrededores. Del mismo modo, las mujeres se pirran por el hombre de la vecina, porque éste, por envidia y curiosidad, las mira de una manera distinta al suyo que no las mira de ningún modo. No alcanzan a comprender que el marido ha dejado de mirarla porque conoce todos sus pelos y señales y que el otro, que las encandila con sus ademanes y sus miradas, en cuanto haya metido las narices donde se le antoja, se desinteresará también de ellas. Desgraciadamente, tales inconsecuencias son inherentes a la naturaleza humana. Las cosas se complican cada vez más, y la gente no está nunca contenta. Así, cada año, la fiesta brinda, pues, la ocasión de materializar las ilusiones que durante meses atiborraron las cabezas. Al salir de sus casas, se mezclaban unos con otros, y convencidos de que el período de libertad sería de corta duración procuraban sacar el mejor provecho del mismo. Estos pequeños extravíos tenían una ventaja: constituían una especie de válvulas de escape para el excedente de rencores que, de lo contrario, hubiera emponzoñado algunos espíritus.

Subrayemos, sin embargo, que los descontentos no eran ni con mucho la mayoría. En Clochemerle, la mayoría de los hombres se acomodaban con sus mujeres y la mayor parte de las mujeres con sus hombres. Claro que no llegaban a un estado de mutua adoración, pero en la mayor parte de los matrimonios, hombres y mujeres se soportaban mutuamente con buena voluntad. Esto estaba bien.

Como los años anteriores, la noche del 15 al 16 de agosto transcurrió alegre y bulliciosa hasta las tres de la madrugada, hora en que la gente comenzó a desertar de la plaza y a dirigirse a sus casas. Sólo quedaron los irreductibles, los esforzados "biberones" cuyas libaciones ya copiosas prestaban a sus voces, en la naciente palidez de la aurora, una extraña resonancia. Y aquella cacofonía era tan chocante que los pájaros, indignados, trasladaron sus graciosos orfeones a los pueblos vecinos, dejando sumido a Clochemerle en su rumorosa borrachera.

El 16 de agosto, a las diez de la mañana, se celebró el solemne oficio. Todas las mujeres de Clochemerle hicieron acto de presencia, tanto por la costumbre de cumplir con sus deberes religiosos como por la ocasión de exhibir las sedas y adornos de su indumentaria cuya confección había sido meditada en secreto, con la esperanza de deslumbrar a todo el pueblo el día en que cubrirían los apetecibles cuerpos de las damas. Fue un desfile de vestidos de color de rosa, azul celeste, verde manzana, amarillo limón, castaño claro, de faldas cortas y ceñidas, como entonces era moda, dejando bien al descubierto las sólidas piernas de aquellas animosas amas de casa. Si una de ellas se agachaba para anudar el lazo del zapato o abrochar los pantalones del chiquillo se veía, más arriba de la media, un carnoso, blanco y deslumbrante muslo, para solazarse con ella en familia, espectáculo que tenía gran predicamento entre los clochemerlinos que, apostados en la calle Mayor, no se perdían nada de aquel desfile que brindaba un estado comparativo exacto de los placeres conyugales que correspondían a cada uno.

En la posada Torbayon, donde se estaba como en primera fila, había una gran afluencia de hombres que con la cabeza turbia por el exceso de todo clase de bebidas, movían gran algarada contando chistes subidos de tono y explicando las más absurdas fanfarronadas. Entre ellos brillaba con luz propia François Toumignon. Desde la víspera había bebido cuarenta y tres vasos de vino y sólo le faltaban siete para equipararse a Blazot que, sin esforzarse, había ingerido cincuenta. Toumignon afirmaba que esta vez conquistaría el título de "Primer Biberón", certidumbre que le dictaban sin duda los vapores del vino. Alrededor de las diez y media, la conversación giró en torno al urinario e inmediatamente se enardecieron los ánimos.

—Parece —deslizó Torbayon— que Ponosse, en su sermón, hablará en contra.

—No dirá absolutamente nada. Estoy tranquilo —afirmó Benoît Ploquin, hombre de un natural escéptico.

—Pues ha dicho que hablará y todo el mundo lo dice. Esto es todo lo que puedo decir —insistió Torbayon—. No olvidéis que la Putet duerme con un ojo abierto y no me extrañaría que Ponosse...

—Y la Courtebiche, que no se da punto de reposo...

—Y Girodot, que es un beato...

—Por eso os digo que no me extrañaría que se decidiera a abrir el pico...

—Sí, podría ser.

—Hace mucho tiempo que ellos están tramando algo...

—Tanto harán que acabarán por hacer demoler el urinario. Ya veréis cómo pasará lo que os digo.

Al oír estas palabras, terribles pensamientos se atrepellaron en la mente oscurecida de François Toumignon. Desde el altercado que había tenido con Justine Putet, todo cuanto concernía al urinario le sacaba de quicio. Se levantó solemnemente, y ante aquella asamblea de ponderados clochemerlinos pronunció unas palabras que entrañaban un grave compromiso:

—¡Me cisco en la Putet, en la Courtebiche, en Girodot y en Ponosse! En primer lugar, el urinario está adosado a la pared de mi casa y no permitiré que lo derriben. Lo prohíbo. ¡Sí, esto es, lo prohíbo!

Palabras a todas luces exageradas y que, como tal, las consideraron los hombres que aún conservaban su lucidez de espíritu. Los más sensatos dijeron socarronamente:

—¡No serás tú quien lo impida, pobre François!

—¿Que yo no lo impediré, Arthur? ¿Por qué dices eso sin estar enterado de nada? Pues sí, yo lo impediré.

—No estás en tus cabales, François, para hablar como hablas. Debes hacerte cargo. Si Ponosse expone su opinión en el púlpito, en el transcurso de un oficio solemne, precisamente en un día tan señalado como hoy, no cabe duda de que se llevará a las mujeres de calle y no podrás hacer nada para evitarlo.

Esto, dicho en un tono sentencioso y mesurado, acabó de encolerizar a Toumignon.

—¿Que yo no podré hacer nada? —gritó—. ¿Estás seguro de que no podré hacer nada? Te advierto que no soy manco ni tonto como algunos de por aquí. Y te aseguro que a ese Ponosse puedo cerrarle el pico cuando me dé la gana.

Con un gesto de compasión, los hombres sensatos se encogieron de hombros. Y una voz aconsejó:

—Será mejor que vayas a dormir la mona, François. Porque la has cogido buena.

—¿Quién es el cornudo que dice que estoy borracho? ¿No quiere darse a conocer? ¡Hace bien! Le cerraría el pico lo mismo que a Ponosse...

—¿Dices que le cerrarás el pico a Ponosse? ¿Y dónde, si puede saberse?

—¡Dios, pues en la misma iglesia!

Se produjo un movimiento de expectación y por unos instantes se hizo el silencio alrededor del marido de Judith. Toumignon acababa de decir algo muy fuerte. Sí, muy fuerte. En el ánimo de todos los presentes alentó una esperanza desatinada, pero irresistible... ¿Y si ocurriera algo enormemente disparatado...? De todos modos... Sí, pero quizá por una vez... Claro que nadie creía en aquellas bravuconadas, pero proporcionaban un alimento a ese deseo, latente en el corazón de los hombres, que les hace desear perturbaciones escandalosas a condición de que sean los demás los que sufran las consecuencias. En fin, así estaban planteadas las cosas, inciertas, pendientes sin duda de las palabras que todavía quedaban por pronunciar. Toumignon permanecía de pie, engreído por el efecto producido, por el patético silencio que reinaba a su alrededor, obra exclusivamente suya, enorgullecido del dominio que ejercía sobre los circunstantes. Sentíase dispuesto a todo para conservar aquel efímero prestigio, pero dispuesto también a sentarse otra vez, a permanecer tranquilo y a darse por satisfecho con aquel fácil triunfo, si querían concedérselo. Hubo uno de esos minutos de indecisión en que los destinos se deciden.

Las esperanzas que secretamente se incubaban en el ánimo de algunos se iban desvaneciendo. Desgraciadamente, se encontraba en aquella reunión un hombre todo perfidia, Jules Laroudelle, una de esas personas de tez verdosa, de facciones atormentadas, bilioso y de ceño fruncido, que con expresiones dulzonas y razonadas, aparentando refrenar los ímpetus de los hombres, incitan su vanidad y los empujan a los más disparatados desafueros. Su malévolo hilillo de voz manó de pronto como vinagre sobre el amor propio de Toumignon:

—Todo eso es hablar por hablar, François... Lo que yo digo es que tú no harás nada. Quieres hacerte el maligno, esto es todo. Tal vez sería mejor que cerraras el pico.

—¿Que yo no haré nada?

—¡Pero si da risa oírte! Todo se te va por la lengua. Pero cuando se trata de hablarle a la gente cara a cara, ¡ah, entonces sabes callarte como los demás! ¡Ponosse dirá en la iglesia lo que quiera y no serás tú quien se lo impida!

—¿Crees que le tengo miedo a Ponosse?

—¡Si se le antoja te dará de beber agua bendita, pobre François! Y cuando llegue el momento de meterte en la caja de madera, tú lo mandarás a buscar para que te rece el oremus. Estás disparatando y lo mejor que puedes hacer es ir a acostarte. Sin contar con que a Judith le hará maldita la gracia verte salir de aquí en este estado.

Bien calculado. En un vanidoso, unas palabras apaciguadoras como las que acababa de pronunciar Laroudelle habían de producir un efecto deplorable. François Toumignon asió una botella por el gollete y golpeó la mesa con tal fuerza que derribó todos los vasos.

—¿Qué apuestas a que voy a la iglesia ahora mismo? —rugió.

—¡Pobre François! —replicó el provocador con un tono de fingido desengaño—. Te repito que vayas a acostarte.

Era un nuevo reto al puntilloso honor de un borracho. Toumignon descargó un nuevo golpe en la mesa con la botella y dijo iracundo:

—¿Qué apuestas a que voy a cantárselas claras a Ponosse?

—¿Qué le dirás?

—¡Que me cisco en él!

Por toda respuesta, Jules Laroudelle guardó un silencio despreciativo, seguido, sin embargo, de una torcida sonrisa y de un guiño, hecho ostensiblemente adrede, por el cual aquel taimado intrigante tomaba a aquellas honradas gentes como testigos de los delirantes excesos de un insensato. Aquella mímica afrentosa tuvo la virtud de desencadenar al máximun a François Toumignon.

—¡Por Dios de Dios del buen Dios! —aulló—. ¿Es que me tomáis por un eunuco? Y ese bicho dice que no me atreveré. Ya veréis si iré o no iré. Ya veréis el miedo que me da ese Ponosse. ¡Sois un hatajo de cagones! ¡Deberíais llevar faldas! ¿Que no iré, decís? Pues voy ahora mismo a la iglesia. Voy a decirle lo que pienso a ese ratón de sacristía. ¿Venís conmigo vosotros?

Fueron todos: Arthur Torbayon, Jules Laroudelle, Benoît Ploquin, Philibert Daubard, Delphin Lagache, Honoré Brodequin, Tonin Mâchavoine, Reboulade, Poipanel y otros. En total, unos veinte.

Capítulo diez

Estalla el escándalo

Después de haberse quitado la casulla, solamente con el sobrepelliz sobre la sotana, Ponosse subió lentamente la escalera del púlpito. Y sus primeras palabras fueron:

—Carísimos hermanos, vamos a rezar.

Solía preludiar sus pláticas con unas preces en sufragio de las almas de los feligreses muertos y, especialmente, de los que fueron bienhechores de la parroquia. Se rezó particularmente por todos los clochemerlinos fallecidos después de la famosa epidemia de 1431. Terminadas las oraciones, Ponosse procedió a la lectura de los actos religiosos de la semana y a las amonestaciones. Por último, leyó el Evangelio del domingo, que había de proporcionarle el tema para su homilía. Sin embargo, aquel día se trataba de una homilía especial, destinada a impresionar fuertemente a los espíritus. De todos modos, Ponosse sentía una gran inquietud. Leyó:

En aquel tiempo, al llegar Jesús cerca de Jerusalén, mirando la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: "¡Ah! ¡Si supieras también tú por lo menos lo que en este día se te ha dado para tu paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días malos para ti y tus enemigos te rodearán y te estrecharán por todas partes y te arrasarán con tus hijos dentro de tus muros y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado..."

Pensando en la enojosa misión que se había propuesto llevar a cabo, Ponosse se recogió en sí mismo y con una majestuosa lentitud en la que intentó imprimir una amenazadora y desacostumbrada solemnidad hizo la señal de la cruz. De tal modo le preocupaba la predicación evangélica que había de pronunciar que la singular majestad con que hizo la señal de la cruz, lejos de impresionar a sus feligreses, los dejó atónitos y aun algunos creyeron que el párroco se encontraba mal o estaba un poco trastornado. Terminada la lectura del Evangelio, Ponosse dio comienzo a su homilía:

—Acabáis de oír, carísimos hermanos, las palabras que pronunció Jesús al acercarse a Jerusalén: "¡Ah! ¡Si supieras también tú por lo menos lo que en este día se te ha dado para tu paz!" Mis amados hermanos, recapacitemos y reflexionemos. Si Jesús recorriera hoy día nuestra generosa región del Beaujolais, al divisar desde la cima de una montaña nuestro magnífico pueblo de Clochemerle, ¿acaso no tendría ocasión de pronunciar las mismas palabras que le inspirara antaño la contemplación de Jerusalén? Carísimos hermanos, ¿reina entre nosotros la paz, es decir, la caridad, el amor a nuestros semejantes por el que el Hijo de Dios murió crucificado? Claro está que Dios, en su indulgencia infinita, no nos pide tales sacrificios, que serían sin duda superiores a nuestras miserables fuerzas. Nos ha concedido la gracia de venir al mundo en un tiempo en que a uno no le es necesario el martirio para proclamar su fe. Razón de más, queridos hermanos en Cristo, puesto que, de esta manera, se nos facilitan los méritos...

¿Para qué vamos a transcribir íntegramente la plática de Ponosse? La plática no fue muy brillante. Incluso, durante veinte buenos minutos, el excelente hombre tartajeó un poco. Podía achacarse a la falta de costumbre. Treinta años antes, en colaboración con su amigo el cura Jouffe, había compuesto una cincuentena de sermones apropiados a todas las circunstancias que pudieran presentarse en el transcurso de un tranquilo apostolado. Desde hacía treinta años, pues, el párroco de Clochemerle se había mantenido fiel a ese piadoso repertorio, que proporcionaba una completa satisfacción a las necesidades espirituales de los clochemerlinos, a quienes una dialéctica más o menos innovadora hubiera sin duda desconcertado. Pero en el año 1923, Ponosse tuvo que recurrir a la improvisación a fin de deslizarse

en su plática algunas alusiones al fatal urinario. Estas alusiones, al caer de lo alto del púlpito, precisamente el día consagrado al santo patrón del pueblo, volverían a agrupar en torno a la iglesia a las fuerzas cristianas y, al mismo tiempo, por efecto de la sorpresa, sembraría la desorientación en el campo contrario, en el que figuraban indiferentes, tibios, no practicantes, jactanciosos, pero en realidad muy pocos ateos verdaderos.

Dos veces consultó Ponosse discretamente su reloj. Su elocuencia iba embrollándose cada vez más en un laberinto de frases cuya salida no acertaba a encontrar. El cura párroco no hacía más que repetir los mismos conceptos intercalando frecuentes "¡ejem!" e insistiendo con sus "carísimos hermanos" a fin de ganar tiempo. Pero había que terminar. El cura de Clochemerle recabó la intercesión divina: "¡Señor, dame tu aliento; inspírame!" Y de pronto se lanzó: —Y Jesús, al expulsar a los mercaderes del templo, les dijo: *Mi casa es una casa de oración, y vosotros la habéis convertido en una casa de ladrones*. Pues bien, carísimos hermanos, la firmeza de Jesús nos servirá de ejemplo. También nosotros, cristianos de Clochemerle, sabremos si es preciso expulsar a quienes han sembrado la impureza en la proximidad de nuestra amada iglesia. Sobre la piedra, sobre el muro infame y sacrilego descargaremos los golpes de pico de la redención. Y yo os digo, hermanos míos, que hemos de estar dispuestos a la destrucción.

Un silencio sobrecogedor siguió a aquella declaración, tan poco acorde con las maneras del cura de Clochemerle. Entonces, en aquel silencio, resonó una voz avinada que partía del fondo del templo:

—¡Venid, pues, a destruirlo! ¡Veréis cómo os hacemos correr!

Apenas estas palabras increíbles, que provocaron la estupefacción general, acababan de resonar, Nicolás, el pertiguero, se abrió paso a codazos en dirección a Toumignon. De pronto dio muestras de una energía incompatible con la pompa ritual de su continente de pertiguero, que solía adaptarse al ritmo discreto pero firme de su alabarda en el suelo, ruido tranquilizador que garantizaba a los fieles de Clochemerle el pacífico rezo de sus oraciones bajo la protección de un celoso poder, adornado de poblados mostachos, sustentado sobre las bases sólidamente enraizadas de un par de pantorrillas cuya morbidez era digna de la espaciosa nave de una catedral de arzobispado.

Aun cuando la ofensa inferida al sagrado lugar era gravísima y de tal calibre que en memoria de pertiguero clochemerlino alguno no se recordaba nada parecido, cuando Nicolás llegó frente a François Toumignon, le espetó unas palabras severas en las que se notaba, sin embargo, el afán de no dramatizar el alcance del incidente. Todos los asistentes al templo tenían el ánimo en suspenso y, la verdad, Nicolás no sabía qué uso hacer de su autoridad. Lo que le indujo antaño a solicitar el cargo honorífico de pertiguero en Clochemerle no era tanto la ambición de ejercer un poder semejante a aquel de que hace gala la gendarmería como el de tener ocasiones de exhibir la perfecta anatomía que tenía que agradecer a la misteriosa labor de la naturaleza en lo concerniente a sus miembros inferiores.

Tenía unas hermosas pantorrillas, largas y carnosas, duras, de una magnífica curva convexa en la parte superior, perfectamente idónea para ser ceñida por un calzón color de púrpura que era un encanto para quienes se sentían atraídos en la contemplación de aquella impecable parte del cuerpo. En cuanto a las bandas de Nicolás, de calidad superior a las de un Claudius Brodequin, nada de ellas podía achacarse a artificio alguno. Lo que mantenía tirantes sus medias blancas era pura musculatura, espléndidos gemelos unidos como cabezas de buey bajo el yugo y que denotaban a cada paso un majestuoso esfuerzo que originaba un desplazamiento y una dilatación de su volumen. Desde la ingle hasta la punta del dedo gordo del pie, Nicolás hubiera podido sostener victoriosamente la comparación con Hércules Farnesio. Estos ventajosos dones le predisponían más a levantar las piernas que a las intervenciones policíacas. De ahí que, sorprendido por la sacrilega novedad del delito, sólo supo decir al culpable:

—¡Cierra el pico, François, y vete en seguida!

Palabras prudentes, hay que reconocerlo, palabras sensatas, indulgentes, que François Toumignon hubiera sin duda acatado si no se hubiese encontrado en el día siguiente de una noche de fiesta y de haber bebido una imprudente cantidad del mejor vino de Clochemerle. Circunstancia agravante: cerca de la pila del agua bendita se hallaban apostados sus testigos: Torbayon, Laroudelle, Poipanel y los demás muy atentos y chanceándose silenciosamente. En principio partidarios de Toumignon, no creían que éste, desaliñado, con el cuello postizo torcido por la falta de costumbre de llevarlo, con el nudo de la corbata de través, sin afeitarse, con los cabellos desgreñados y notoriamente engañado por su mujer, lo que era motivo de diversión para todo el pueblo, pudiese oponer una activa resistencia al corpulento Nicolás, alentado con todo el prestigio de pertiguero con uniforme de gala, con tahalí, bicornio adornado con plumas, espada al cinto y sosteniendo en la mano una recia alabarda claveteada. Toumignon se dio cuenta del escepticismo que reinaba entre sus compañeros y que daba de antemano una señalada ventaja al pertiguero. Esto lo incitó, no sólo a no batirse en retirada, sino a seguir burlándose obstinadamente del cura Ponosse, mudo en su púlpito. Hasta el punto que Nicolás, en tono perentorio, exclamó:

—¡No seas idiota, François! ¡Y vete inmediatamente!

El tono de Nicolás era amenazador y estas palabras fueron subrayadas con sonrisas aún vacilantes, pero que indicaban a las claras que los espectadores se disponían a sumarse al partido del más fuerte. Aquellas sonrisas exasperaron más aún la sensación de debilidad que experimentaba Toumignon frente a la masa tranquila y rutilante de Nicolás. Y contestó:

—¡No eres tú quien me hará salir de aquí, mascarón!

Cabe suponer que con estas palabras Toumignon se proponía cubrir su retirada de una manera honorable. Palabras éstas que permiten a un hombre de pelo en pecho salvar cuando menos el honor. Pero en aquel momento se produjo un incidente que acabó de sembrar la confusión. En el grupo que formaban piadosas mujeres e hijas de María cayó una bandeja preparada para la colecta de limosnas. Con un gran ruido, rodó por debajo de sillas y bancos, una abundancia de monedas de dos francos, monedas suministradas por el propio Ponosse, que empleaba esa inocente argucia para incitar la prodigalidad de sus ovejas, demasiado inclinadas a abusar de la calderilla en sus ofrendas. Al ver que tantas monedas auténticas de dos francos habían rodado hacia los más apartados rincones del templo, al alcance de las malas feligresas cuya avaricia estaba muy por encima de su piedad, las inocentes hijas de María emprendieron afanosamente su búsqueda, moviendo estrepitosamente las sillas y diciéndose unas a las otras las cifras de un recuento que resultaba siempre deficitario. Y dominando este tumulto metálico una voz aguda, que determinó lo que luego había de suceder, gritó:

—¡Atrás, Satanás!

Era la voz de Justine Putet —la primera, como siempre, en entablar combate—, que suplía la insuficiencia de Ponosse. El cura párroco era un orador mediocre que, como hemos visto, no sabía qué decir cuando las circunstancias le obligaban a apartarse de las pláticas moderadas para las cuales no debía recurrirse a la imaginación. Aterrado por el escándalo, rogaba al cielo que le iluminara con alguna idea que le permitiese restablecer el orden y afirmar la victoria del justo.

Desgraciadamente, ningún ángel inspirador sobrevolaba en aquel momento la región de Clochemerle. Y Ponosse no supo qué decir, porque se había acostumbrado en demasía a contar con las complacencias divinas para resolver las complicaciones humanas.

Pero el grito de Justine Putet dictó al pertiguero su deber. Abalanzándose sobre Toumignon, lo apostrofó duramente en un tono tan conminatorio que todo el mundo se estremeció:

—Te repito que cojas la puerta inmediatamente, François. De lo contrario, te voy a echar a patadas.

He aquí el momento en que las pasiones desatan su furia en las mentes oscurecidas hasta el punto de que cada cual, olvidando su papel y la majestad del lugar, echa por la borda toda circunspección en el hablar. He aquí el momento en que las palabras acuden en tropel a los labios y, como sugeridas por las fuerzas terribles del desorden interior, pugnan diabólicamente por salir de la boca. Hay que ver bien la cosa. Nicolás y Toumignon, exaltados el uno por un celo religioso y el otro por un celo republicano, se aprestan a elevar de tal modo el tono de la voz que toda la iglesia podrá seguir los detalles de su altercado y, por consiguiente, todo Clochemerle los conocerá. La contienda se libra ante todo el censo de Clochemerle. De tal modo han entrado en liza el amor propio y los principios que los adversarios no pueden ya retroceder. De una parte y de otra van a inferirse tremendas injurias y asestarse terribles zarpazos. Las mismas afrentas, los mismos insultos, los mismos medios serán puestos de una parte y de otra al servicio de la buena causa y de la mala causa, de tal modo que no será posible discernir nada, pues la querella será terriblemente confusa y las invectivas igualmente lamentables. A la afrentosa amenaza de Nicolás, Toumignon, parapetándose detrás de una hilera de sillas, replica:

—¡Ven a darme esas patadas, valiente!

—¡Ahora lo verás, tapón! —confirma Nicolás agitando plumeros y dorados.

Cualquier alusión a su físico desagradable saca de quicio a Toumignon y lo transporta de furor. Y grita a Nicolás:

—¡Eres un miserable collón!

Aunque uno sea un pertiguero con uniforme de gala y esté por encima de las insinuaciones, hay palabras que atentan en lo más vivo a la dignidad de un hombre. Nicolás pierde los estribos:

—¿Acaso no eres tú el collón, cornudo del diablo?

Ante esta arremetida, Toumignon palidece, avanza dos pasos y se yergue agresivo ante las barbas del pertiguero.

—¡Repite eso que has dicho, lamesotanas!

—Pues voy a repetirlo... ¡Cornudo! Y también podría decírtelo una persona que yo sé. ¡Te pasas las noches roncando!

—No es cornudo quien quiere, imbécil lameculos. No es con su corteza amarilla que tu mujer hará acopio de parroquianos. ¡Bien has girado alrededor de la Judith!

—¿Te atreves a decir que yo he girado alrededor de la Judith?

—Sí, es verdad, marrano. Sólo que Judith te ha dado con la escoba en el trasero.

¡Sí, te hizo correr con una escoba, maniquí de iglesia!

Se concibe que ningún poder humano puede detener a estos dos hombres, cuyo honor está públicamente en entredicho, tanto más cuanto que las incidencias de la contienda han interesado en grado sumo a las mujeres. Precisamente madame Nicolás está sentada en la nave central. Es una mujer insignificante, incapaz de suscitar ninguna rivalidad. Sin embargo, las musculosas pantorrillas de Nicolás le han creado en secreto no pocas enemigas. Las miradas convergen hacia ella. ¡Pues es verdad que tiene la tez amarilla! Pero, por encima de todo, la disputa evoca a la espléndida Judith Toumignon, en la plenitud de sus carnes apetitosas, blancas como la leche, sus nalgas carnosas y sus magníficas prominencias de proa y de popa. La imagen de la hermosa Judith invade y reina en el santo lugar, como una pavorosa encarnación de la Lubricidad, como una visión infernal enroscándose en los vergonzosos placeres de los amores culpables. El coro de las piadosas mujeres se estremece de horror y de asco. De este grupo de desamparadas se eleva un sordo y prolongado gemido, parecido a las lamentaciones de Semana Santa. Una de las vestales se desmaya y da con su cuerpo contra el harmonium, que devuelve un ruido de trueno lejano, presagio tal vez de celestiales represalias. El cura Ponosse suda a mares. El desorden llega a su colmo. Los gritos, cada vez más furiosos, retumban como bombas bajo la bóveda románica y parecen rebotar, golpeándolas, contra las imágenes de los santos.

—¡Castrón!

—¡Cornudo!

Es el horror total, blasfematorio, satánico. Nadie sabe quién ha hecho el primer gesto, de quién ha partido el primer golpe. Pero lo cierto es que Nicolás ha enarbolado su alabarda como un garrote y con todas sus fuerzas la ha descargado contra la cabeza de Toumignon. Pero, por lo visto, la alabarda era más un arma de guardarropía que de combate y se había apolillado a causa de su larga permanencia en un armario de la sacristía. El asta se rompe, y el mejor pedazo, el que lleva la pica, rueda por el suelo. Toumignon se precipita sobre el resto del asta que Nicolás sostiene con las dos manos, lo agarra también con las dos manos, y separado del pertiguero por este trozo le arrea una serie de puntapiés dirigidos pérfidamente al bajo vientre. Alcanzado en sus atributos de funcionario eclesiástico, sus pantorrillas y sus mallas de color de púrpura, Nicolás despliega una avasalladora energía, que hace retroceder a Toumignon, quien, en su retirada estratégica, ocasiona grandes estragos en una hilera de reclinatorios. Considerando inminente la victoria el pertiguero se dispone a abalanzarse sobre su víctima. Entonces alguien enarbola una silla sujetándola por el respaldo y la sostiene un momento en el aire para descargarla como un mazazo sobre una cabeza, indudablemente la cabeza de Nicolás. Pero la silla no llega a su destino. Ha chocado violentamente con algo, con la bella estatua de yeso pintado de san Roque, patrón de Clochemerle, donada por la baronesa Alphonsine de Courtebiche. Alcanzado en el flanco, san Roque vacila, se tambalea en el borde de la peana y se desploma finalmente encima de la pila del agua bendita colocada justamente debajo, con tal mala fortuna que es guillotinado por el cortante saliente de la piedra. La aureolada cabeza rueda por el suelo y va a juntarse con la alabarda de Nicolás, rompiéndose la nariz, lo que priva al santo de la apariencia de un personaje que goza de la bienaventurada eternidad y preserva de la peste. La catástrofe produce una confusión indescriptible. Los espíritus se han quedado tan atónitos que Poipanel, un impío que nunca pone los pies en la iglesia, dice, apesadumbrado, al párroco de Clochemerle.

—¡Señor Ponosse, sí que la ha hecho buena san Roque!

—¿Se ha hecho daño? —pregunta Justine Putet con su voz agria.

—Desde luego, está fastidiado con un golpe así —contesta Poipanel, con la gravedad de un hombre que suele lamentarse de la destrucción inútil de un objeto valioso.

Del consternado grupo de piadosas mujeres se eleva un prolongado gemido de horror. Se persignan aterrorizadas, ante aquellas primicias del Apocalipsis que se desarrollan en la iglesia, donde retumban ahora, sin poder atajarlos, los abominables maleficios del Maldito, encarnado en la pálida y maligna persona de Toumignon, borracho, cornudo y depravado, y que por añadidura acaba de revelarse feroz iconoclasta, capaz de destruirlo todo, de desafiar cielo y tierra. Las creyentes, sobrecogidas de un sagrado terror, esperan el supremo estrépito de los astros chocando unos con otros y abatiéndose sobre Clochemerle convertidos en lluvia de cenizas. Sí, sobre Clochemerle, nueva Gomorra, víctima de los poderes vengadores por el impúdico uso que la rubia Judith hace de sus atractivos, verdadera pocilga donde Toumignon y muchos otros han tenido comercio con los innobles demonios que se agitan como un nido de víboras en las entrañas de la impura. Instantes de terror indescriptible que las piadosas mujeres acogen con débiles balidos como ovejas despavoridas, oprimiendo febrilmente contra sus senos sin prestigio escapularios encogidos por el sudor, y las hijas de María se transforman en vírgenes desfallecientes que se creen atacadas por hordas infernales monstruosamente armadas, y sienten su ardiente y obsceno contacto en las estremecidas carnes de sus cuerpos intactos. Un hálito de fin del mundo, con relentes de muerte y erotismo, invade el templo de Clochemerle. Es el momento en que Justine Putet, con el ánimo forzado incitada por el odio que han despertado en ella los desdenes de los hombres, da la medida de una fuerza largo tiempo acumulada en un cuerpo tristemente inviolable, pero que apetece, no obstante, piras de pasión donde consumir los secretos fervores que su esterilidad conformativa no le ha impedido alimentar. El tono amarillento de su tez, parecido al de un membrillo viejo, su delgadez horriblemente vellosa y agostada —hasta el

punto que la piel se le arruga en lugares en que, en otras mujeres, la abundancia la mantiene tensa, suave y reluciente—, esta sarmentosa delgadez la iza ella detrás de un reclinatorio desafiando con la mirada al incapaz Ponosse. En suma, Justine Putet, exaltada combatiente, señala orgullosa la senda del martirio al cura de Clochemerle al mismo tiempo que entona un extático *miserere* de exorcismo. Pero, ¡ay!, nadie sigue su ejemplo. Las demás mujeres, un coro de blandas y lloronas, buenas para el cuidado de la casa y para el amamantamiento, más o menos linfáticas e ignorantes, inclinadas, por tradición congénita de mujeres sumisas a las disciplinas caseras, esperan boquiabiertas, apáticas, doliéndoles el vientre y con agujetas en las piernas, que los nubarrones se desaten en fuego o que acudan los ángeles exterminadores como escuadrones de guardabosques. Sin embargo, en el fondo de la iglesia la lucha arrecia con un furor renovado. No es posible saber si el pertiguero se propone vengar a san Roque, martirizado en efígie, o las injurias dirigidas a madame Nicolás y al cura Ponosse. No obstante, lo más probable es que estas misiones se confundan en su cabeza que no distingue de sutilezas y que es más apropiada para sustentáculo de pluma y adornos que para contener ideas. Así, pues, Nicolás, como un toro con los ojos vendados, con una expresión solapada y la tez de un tono verduzco, como un bandido acosado que se dispone a asestar un navajazo, embiste a Toumignon que se ha parapetado detrás de un pilar. Las gruesas y peludas zarpas de Nicolás agarran al hombretón y lo estrujan con una fuerza de gorila. Pero el cuerpo esmirriado de Toumignon contiene unas reservas de furor poco comunes, eficazmente destructoras, que centuplica la energía de sus armas: las uñas, los dientes, los codos y las rodillas. Desesperado ya de poder arrancar un buen puñado de dorados y botones, Toumignon ataca traidoramente con los pies en dirección a las partes vulnerables de Nicolás. Luego, aprovechando un momento de distracción de su adversario, le arranca el lóbulo de la oreja izquierda. Brota la sangre. Entonces los testigos consideran llegado el momento de intervenir.

—¡Vamos, no vais a pegaros ahora! —exclaman estos redomados hipócritas, regocijándose para sus adentros de esta aventura de inestimable valor para las interminables veladas de invierno y las conversaciones de taberna.

Con un gesto conciliador posan las manos en el hombro de los contendientes, pero se ven asimismo en medio de un torbellino de miembros contraídos y de cuerpos dementes, y muchos de estos pacificadores sin convicción, zarandeados de un lado para otro, pierden el equilibrio y van a dar con sus huesos contra unas pilas de sillas que se derrumban en medio de gran estrépito. En medio de ese hacinamiento diabólicamente erizado de clavos y maderas astilladas, Jules Laroudelle ruge como un poseído a consecuencia de un formidable batacazo, y Benoit Ploquin se hace un siete en el pantalón de los domingos con una irrespetuosa invocación dictada por la desesperación.

Tan estruendoso es el barullo que se ha armado que Coiffenave, el sacristán, despierta del estado semiletárgico en que le sume su sordera. Coiffenave suele situarse en una oscura capillita lateral donde, gracias a su indumentaria gris y al color terroso de su tez, puede pasar inadvertido, lo que le permite espiar a la gente y refocilarse secretamente con sus descubrimientos. Nuestro sordo no da crédito a sus oídos, milagrosamente resucitados por aquel ruido a todas luces anormal en un lugar de silencio y de oraciones, porque hay que decir que Coiffenave ha desistido, desde hace mucho tiempo, de hacer partícipes a sus orejas de la estéril agitación de los hombres. Helo aquí, pues, dirigiéndose a la nave central donde permanece estupefacto ante el espectáculo de los fieles vueltos de espaldas al altar y con la atención fija en la puerta. Y se encamina hacia allá arrastrando los pies calzados con unas viejas zapatillas. Sin darse cuenta, Coiffenave se encuentra metido en el fregado, con tan mala fortuna que el claveteado borceguí de Nicolás le aplasta el dedo gordo del pie. El dolor que le causa el terrible pisotón mueve al sacristán a pensar en la inminencia de un peligro insólito que amenaza gravemente los intereses de la religión, gracias a la cual consigue algunas ventajillas. Se da cuenta

de que tiene que hacer algo, tomar de por sí alguna decisión. Un solo pensamiento acude a su mente: su campana, su orgullo y su amiga, cuya voz es la única que percibe claramente. Y sin detenerse a reflexionar se agarra a la gruesa cuerda y se suspende de ella con tal ímpetu que el volteo de la vieja campana de la abadía, la medieval "campana de los mirlos", lo eleva a una impresionante altura. Al verlo saltar de tal modo sobre el fondo azul de la puerta abierta, la gente tiene la ilusión de que un bienaventurado, ocioso y burlón, para distraerse en el cielo, tiene suspendido en el extremo de un hilo elástico un gnomo que acciona y patalea con un enorme remiendo en el fondillo de los pantalones que cubren unas posaderas puntiagudas. Coiffenave toca a rebato con tanta energía que hace crujir el maderaje del campanario.

En Clochemerle no se había oído el toque a rebato desde el año 1914. Uno puede imaginarse el efecto producido por tan alarmantes sonidos en una hermosa mañana de fiesta tan soleada que todas las ventanas están abiertas de par en par. Todos los clochemerlinos que no se encuentran en la iglesia se precipitan a la calle. Incluso los más empedernidos bebedores abandonan, sin acabarla, la botella de vino.

Tafardel deja sobre la mesa los papelotes en cuya lectura se hallaba ensimismado, reclama con urgencia su sombrero panamá y desciende velozmente de las alturas del Ayuntamiento, al tiempo que limpia los vidrios de sus lentes y repite una y otra vez: *Rerum cognoscere causas*. Porque, fruto de sus copiosas lecturas, ha adquirido un bagaje de máximas latinas que ha escrito en un cuaderno y que le encumbran por encima de la gente vulgar y primaria.

Una considerable muchedumbre se ha reunido, en un instante, delante de la iglesia para ver salir por la puerta, moliéndose a golpes y seguidos por el grupo de pacificadores, a nuestros combatientes, el pertiguero Nicolás y François Toumignon, jadeantes, con las ropas manchadas de sangre y bastante malparados. Finalmente se consigue separarlos, pero antes uno y otro se dirigen los últimos insultos, nuevos desafíos y profieren el juramento de verse pronto las caras para entablar esta vez una lucha sin cuartel.

Y uno y otro se pavonean ante sus amigos de haber zurrado de lo lindo a su adversario.

Después aparecen, patéticas y silenciosas, mirando púdicamente el suelo, las piadosas mujeres que han adquirido de pronto el realce y el valor de los vasos sagrados por los escandalosos secretos que guardan en su interior. Se esparcen discretamente entre los grupos donde depositan la fecunda semilla de los chismes que otorgarán proporciones legendarias al prodigioso acontecimiento y prepararán toda una serie de inextricables calumnias, riñas y desavenencias. A las desahuciadas se les depara una hermosa ocasión para alcanzar una importancia que las vengará de las vejaciones masculinas, una ocasión pintiparada para humillar, a través de Toumignon, a la avasalladora Judith, cuyas victorias en el campo de la concupiscencia les han hecho sufrir un inmoral y prolongado martirio. Y esta ocasión las piadosas mujeres no la dejarán escapar, aunque de ello se derive la guerra civil. Ciertamente, la guerra civil estallará y nada harán por evitarla esas personas caritativas, cuyo cuerpo constituye, para la salvaguarda de las buenas costumbres, una muralla que ningún clochemerlino ha pensado ni en sueños asaltar. Sin embargo, en los primeros momentos en que todavía difieren las versiones acerca de lo ocurrido, ellas se guardan de censurar a nadie y se limitan a predecir que la ofensa inferida a san Roque llevará sin duda la peste a Clochemerle. O al menos la filoxera, la peste de los viñedos.

Como un capitán que es el último en abandonar el barco que se hunde, con la teja ladeada y el alzacuello en desorden, sale finalmente el cura Ponosse y, pegada a su sotana, Justine Putet, que lleva en brazos la testa mutilada de san Roque, del mismo modo que las intrépidas mujeres que iban en otros tiempos a la plaza de la Grève a recoger del suelo la cabeza de su amante decapitado. Ante el despojo del santo, hinchado por el agua de la pila como el cadáver de un ahogado; grita venganza. Transfigurada, como una Jeanne Hachette rediviva, dispuesta para la sublime misión de una Charlotte Corday, la solterona, por primera vez en su vida,

siente en sus éticos flancos jamás acariciados y en su corpino cerrado sobre amargas soledades, intensos estremecimientos precursores del espasmo total. Así, pues, obligada a marchar al paso del abate Ponosse, Justine se esfuerza en soliviantar su ánimo y orientarle hacia una política de violencia que reanudaría, con la tradición de los tiempos brillantes de la Iglesia, las épocas de conquista.

Pero el cura Ponosse está dotado de esa obstinación de las naturalezas débiles que son capaces de los mayores esfuerzos para defender su tranquilidad. Opone a Justine Putet una viscosa apatía sobre la cual todo se desliza y se escurre hacia el vacío de las veleidades. Andando, Ponosse escucha con una atención que parece indicar un total asentimiento, pero aprovecha una pausa para decir:

—Mi querida señorita, no cabe duda que Dios le tendrá en cuenta su animoso proceder. Sin embargo, hay que remitirse a El para resolver dificultades frente a las cuales nuestro pobre juicio humano es a todas luces insuficiente.

Perspectivas irrisorias para el fervor esforzado de la solterona. Inicia una protesta, pero el cura Ponosse añade:

—No puedo decidir nada antes de ver a la señora baronesa, presidenta de nuestras congregaciones y bienhechora de nuestra bella parroquia de Clochemerle.

Estas eran las palabras indicadas para ulcerar más aún a Justine Putet. ¡Siempre saliéndole al paso aquella altiva y arrogante Courtebiche, que de joven hizo de las suyas y se hace ahora la virtuosa para obtener una consideración que el vicio ya no puede procurarle! Es hora ya de desenmascarar a esa baronesa cuyo pasado es turbio y borrascoso. Justine Putet está enterada de ciertas cosas que el cura de Clochemerle por lo visto ignora. No tiene por qué guardar ninguna consideración a la castellana y está dispuesta a revelarlo todo.

Al llegar a la casa rectoral, la solterona quiere entrar en ella, pero Ponosse se lo impide.

—Deseo hablarle confidencialmente, señor cura —insiste Justine.

—Dejémoslo para otra ocasión, señorita.

—¿Y si yo le rogara que me oyera en confesión, padre?

—No es éste el momento, mi querida señorita. Por otra parte, hace sólo dos días recibí su confesión. Los sacramentos son cosa solemne y trascendental y no debe abusarse de ellos por ligeros escrúpulos de conciencia.

A pesar de todo lo que ha hecho, una vez más se le niega el amor a Justine Putet. Se traga esta cicuta con una mueca espantosa. Luego dice irónicamente:

—¡Tal vez sería preferible que yo fuera una de esas descaradas que sólo van al confesonario para explicar indecencias! A esas, claro, se las escucha con más interés.

—Guardémonos de juzgar a nuestros semejantes —replica Ponosse con severa unción—. Los lugares a la diestra de Dios son pocos y reservados a las almas caritativas. Le doy a usted una absolución provisional. Vaya usted en paz, mi querida señorita. Necesito cambiar de ropa...

Y el cura de Clochemerle empuja la puerta.

Capítulo once

Primeras consecuencias

En la calle Mayor de Clochemerle, bajo el sol del mediodía, la gente se iba dispersando en pequeños grupos. La mayor parte de los clochemerlinos mostrábanse consternados y en voz baja se hacían unos a otros prudentes consideraciones, en tono reprobatorio, ciertamente, pero saturados en el fondo de un regocijo que les salía por los poros. El inaudito altercado de la iglesia convertía el día de san Roque de 1923 en la fiesta más memorable de que se tenía recuerdo. Bien provistos de terribles pormenores de la contienda, los clochemerlinos se apresuraban a encerrarse en sus casas para entregarse libremente a toda clase de comentarios, dictados por la pasión personal.

En Clochemerle, es preciso repetirlo, la gente se aburre, pero generalmente nadie se da cuenta. Pero cuando sucede algo gordo, inesperado, entonces se nota la diferencia entre una vida monótona y una vida en la que verdaderamente ocurren cosas. El escándalo de la iglesia era un asunto específicamente clochemerlino, que sólo concernía a los iniciados; en cierto modo, una cuestión de familia. Esta clase de historias concentran tan intensamente la atención que nada se pierde del precioso meollo del acontecimiento. Esto lo siente todo Clochemerle, hasta el punto que a sus moradores se les oprimía el corazón de esperanza y de orgullo.

Observemos que el tiempo se mostraba admirablemente propicio a la difusión del escándalo. Si éste se hubiera producido en plena vendimia, el fracaso hubiera sido absoluto. "Lo primero, el vino", hubieran dicho los clochemerlinos y se habrían desentendido de Toumignon, Nicolás, la Putet, el cura y los demás. Pero el alboroto sobrevino providencialmente en el momento de sentarse a la mesa un día en que todo el mundo echaba la casa por la ventana y salían de alacenas y bodegas las viejas botellas. Una historia semejante era una dávida magnífica, un verdadero regalo del cielo. Porque no se trataba, como acontece a menudo, de una discusión sin importancia, que no da más que para un simple comentario de vecino a vecino, de un grupo a otro grupo, y que el día siguiente todo el mundo ha olvidado, sino de una historia consistente y de grandes alcances, prometedora de importantes consecuencias y que mantenía en vilo a la opinión de todo el pueblo. En suma, una cuestión trascendental en la que estaban empeñados Dios y el diablo y que, a juicio de todos los clochemerlinos, no podía darse ni mucho menos por zanjada.

Los clochemerlinos se sentaron a la mesa con buen apetito, animados por la perspectiva de las distracciones que les depararían los próximos meses y legítimamente orgullosos de poder ofrecer a sus invitados, llegados de los pueblos vecinos, las primicias de una historia que no tardaría en ser conocida en todo el departamento. Y pensaban: "¡Qué suerte han tenido esos forasteros de haber venido!" Porque, envidiosa como es la gente, nadie en los pueblos cercanos hubiera creído que Nicolás y Toumignon se habían aporreado en la iglesia y que san Roque había salido malparado de la pelea. Un santo precipitado en la pila del agua bendita, gracias a los comunes esfuerzos de un pertiguero y de un hereje, no es cosa que se ve todos los días. Afortunadamente, los forasteros podían actuar de testigos de tales hechos.

Todos los clochemerlinos gozaban de las delicias del hogar. El bochornoso calor del mediodía sumió a todo el pueblo en un silencioso letargo. No se notaba el menor soplo de aire. Clochemerle olía a pan recién salido del horno, a guisos succulentos y a olorosas tortas. El azul del cielo cegaba la vista y los rayos del sol obraban como un mazazo asestado a las cabezas congestionadas por el exceso de comida y las copiosas libaciones. Nadie se aventuraba a salir de la penumbra de las casas. Las moscas que zumbaban sobre los montones de estiércol se habían adueñado de todo el pueblo, que sin ellas hubiera parecido completamente inanimado.

Aprovechemos la calma de una digestión laboriosa para redactar un primer balance de la detestable mañana, qué tendrá más tarde consecuencias dramáticas.

Si procedemos por orden de importancia, debemos hablar en primer término de la triste aventura de san Roque. Ya hemos visto cómo san Roque fue alcanzado descuidadamente en su forma de efigie de yeso y cuál fue el destino de su imagen al zambullirse en el agua bendita, lo que al fin y al cabo es un fin consolador para una imagen de santo. Pero la magnífica estatua era un don de la baronesa de Courtebiche, que la ofreció a la iglesia en 1917, con motivo de su instalación definitiva en el pueblo. La baronesa había encargado la estatua en Lyon, en los talleres de unos especialistas en estatuaria religiosa, proveedores asimismo del arzobispado. Pagó por ella dos mil ciento cincuenta francos, cantidad exorbitante para una obra de piedad, pero un tal dispendio autorizaba a la castellana a contar definitivamente con la consideración general, lo que todo el mundo consideró, desde luego, lógico.

Desde 1917, el coste de la vida ha sufrido tal aumento que una estatua de ese tamaño debe de costar en 1923 unos tres mil francos, cifra que hace soñar a los clochemerlinos. Otra cosa: para pagar santos a un precio desorbitado para verlos después destrozados por unos borrachos, porque mucha gente asegura también que Nicolás había empujado el codo, no es ciertamente alentador. Plantéase, pues, la siguiente cuestión: ¿Se verá privado Clochemerle de su san Roque? Sería la primera vez después de cinco siglos. Esta eventualidad no puede ser admitida.

—¿Y si se pusiera otra vez el viejo?

En alguna parte, en el rincón de un granero, debía de guardarse el antiguo san Roque. Sin embargo, el viejo santo estaba apolillado hasta el punto de haber perdido todo el crédito de influencia en el espíritu de los fieles, y, por otra parte, su larga reclusión entre el polvo y la humedad no era ciertamente lo más apropiado para recobrar sus hermosos colores. Entonces, ¿qué? ¿Un santo más pequeño?

Mala solución. La piedad se acostumbra al lujo y las oraciones se pronuncian a menudo en proporción directa al tamaño de la imagen. En este rincón de la campiña francesa, donde se siente gran respeto al dinero, no se puede guardar la misma consideración a un pequeño santo de pacotilla que haya costado quinientos o seiscientos francos que a un santo majestuoso de un valor de tres mil. En resumen, el problema queda pendiente de solución.

Hablemos de las personas. No cabe duda que el prestigio del cura de Clochemerle ha sufrido un rudo golpe. Anselme Lamolire, un anciano del pueblo, que no habla nunca a la ligera y cuyas preferencias van por lo general al lado de los curas, porque los curas se inclinan por los partidos de orden, puesto que el orden es la propiedad y él es el propietario más importante de Clochemerle después de Barthélemy Piéchut, su rival directo, Anselme Lamolire, repetimos, ha dicho sin mordorse la lengua:

—Desde luego, Ponosse se ha portado como un verdadero tonto.

Ese juicio no perjudica al cura de Clochemerle en su aspecto profesional: absolución, extremaunción, etc., pero le perjudicará en el orden económico porque verá disminuidos sus ingresos. Diez años antes se hubiera resarcido de su torpeza haciendo visitas más frecuentes a la fonda Torbayon y brindando con los contertulios, pero ahora su hígado y su estómago no están en condiciones de permitirle practicar esa especie de apostolado. Si no hubiera otros ingresos, el caso del cura revestiría suma gravedad. Afortunadamente, no faltan agonizantes que se muestran conciliadores en el momento de abandonar a sus camaradas. La situación de un hombre que enseña su pasaporte cuando se dirige hacia el más allá dejará de ser comprometida mientras los hombres temen al más allá. Ponosse, apacible y bonachón, seguirá ejerciendo una dictadura basada en el terror. Humilde y paciente, deja que los engreídos hombres, mientras conservan su vitalidad, blasfemen cuanto les venga en gana, pero espera a la vuelta, cuando se presenta la Parca, con sus visajes burlones que hielan la sangre, con las cuencas vacías y haciendo crujir su esqueleto al pie de la cama. Sirve a un Maestro que dice: "Mi reino no es de este mundo." La influencia de Ponosse comienza con la enfermedad

y este camino le lleva a los lugares donde opera el doctor Mouraille, lo que exaspera al galeno. En una ocasión, gruñó:

—Ya está aquí el sepulturero. Por lo visto, ya huele el cadáver.

—¡Por Dios, doctor! —contestó tímidamente Ponosse, que suele ser ocurrente cuando no está en el pulpito—. ¡Vengo a terminar lo que usted ha comenzado! ¡Y le cedo a usted todo el mérito!

Fue entonces cuando el doctor Mouraille replicó enfurecido:

—¡Ya vendrá usted a parar a mis manos, compadre!

—Estoy resignado, doctor. Pero no es menos cierto que también usted pasará por las mías —repuso Ponosse con tono flemático y socarrón. El doctor Mouraille quiso ganar la partida.

—¡Pues le aseguro que no me cogerá usted vivo!

A lo que replicó plácidamente Ponosse:

—La vida no es nada, doctor. En cambio, la fuerza de la Iglesia reside en el cementerio y en la fusión en su seno de los incrédulos con los justos. Veinte años después de su muerte, nadie sabrá si usted fue en vida un buen católico. ¡La Iglesia dispondrá de usted *in vitam aeternam*, doctor!

Veamos ahora los combatientes. Además del lóbulo sangrante de la oreja izquierda, el pertiguero ha tenido lastimados los genitales. Cuando salió de la iglesia, la gente se dio cuenta de que cojeaba, y el doctor Mouraille confirmará la cosa. Esto demuestra que Toumignon dio fuerte en el sitio de Nicolás que había más blandura. Esta contradicción entre sus palabras y sus golpes demuestran su perfidia. Por otra parte, los clochemerlinos imparciales se manifiestan en favor de Toumignon, diciendo que, en justa represalia, su objetivo fue precisamente el lugar que mencionó Nicolás para llamarle cornudo. El ataque de Toumignon fue, pues, razonable. Sin embargo, los clochemerlinos, por espíritu de economía, deploran unánimemente la destrucción del bonito uniforme de Nicolás: la alabarda hecha añicos, el bicornio ensuciado y desgarrado por los pisotones, la espada torcida como un sable de juguete y la levita de gala con un roto en la espalda, desde la cintura hasta el cuello. Habrá que confeccionar un traje nuevo para el pertiguero. Las huellas de la batalla no son menos evidentes en la persona de Toumignon. Fruto de los puñetazos de Nicolás, su ojo derecho es monstruoso, saliente como el ojo de un sapo, con la diferencia que el de Toumignon es de color morado y permanece cerrado. En el maxilar inferior faltan tres dientes, pero se trata de tres raigones que contenían, junto a la encía, un depósito verdusco parecido al que se ve en las estacas que han permanecido largo tiempo sumergidas en agua encharcada. En este aspecto no puede hablarse de perjuicio sino casi de beneficio, porque Nicolás hizo saltar de su alveolo unas escorias dentales a las cuales tarde o temprano habría tenido el dentista que aplicar las tenazas. Añádase a esto una rótula cascada y las señales de un principio de estrangulación. También su traje nuevo sufrió algunos desperfectos. Una vez remendado, sólo podrá llevarlo a diario. Pero en las "Galleries Beaujolaises" tienen en existencia un traje de confección que Toumignon comprará con una buena rebaja. La pérdida le será, pues, menos sensible.

Las opiniones de los clochemerlinos están divididas. Unos dan la culpa a Toumignon y otros a Nicolás. Sin embargo, despierta admiración el hecho de que el primero, con sus sesenta y tres kilos, no haya salido malparado de un combate tan desproporcionado, pues Nicolás pesa más de ochenta kilos. La gente se muestra sorprendida de que en un cuerpo tan pequeño como el de Toumignon residiera tanta fuerza. Y es que la gente suele juzgar las cosas superficialmente, sin tener en cuenta el factor moral. En el combate, Nicolás sólo tenía que defender su vanidad, puesto que la belleza de madame Nicolás no fue nunca tema de una discusión en serio. Madame Nicolás es una de esas mujeres de las cuales se habla en pretérito, como por ejemplo: "En su juventud era una buena moza", pero lo cierto es que durante su juventud nadie se dio cuenta de ello. Ya mayor, madame Nicolás se ha clasificado definitivamente en la modesta categoría de las feas, buenas mujeres

cuyas costumbres morigeradas nadie pone en duda y que, al margen de cualquier alusión, consagran su tiempo a observar a las virtuosas que son objeto de atenciones y se anticipan muchas veces a denunciar sus deslices.

Por el contrario, Toumignon se sentía alentado en el combate por poderosos motivos de emulación que habían de redoblar su valor. El más importante era la envidiable posesión de una mujer como Judith, que le mantenía en continuo estado de alerta y lo señalaba como víctima propiciatoria de las afrentas inspiradas por la envidia. Luchaba en defensa del honor de la más bella criatura de Clochemerle y, por ende, la más puesta en tela de juicio. De ahí el auténtico valor que derrochó en este asunto, valor que, dicho sea de paso, recibió el aliento de copiosas libaciones nocturnas y matutinas. Tímido por naturaleza en razón del poco desarrollo de su físico, François Toumignon es uno de esos biliosos que se convierten en héroes cuando huelen un vaso de alcohol.

Otra cosa digna de ser señalada. A pesar de una diligente búsqueda faltaron seis de las monedas de dos francos depositadas en la bandeja de la colecta y destinadas a servir de aceite a los fieles de Clochemerle. Esto hace una pérdida de doce francos que afecta a la economía de Ponosse, pérdida sensible porque los ingresos son mediocres. Los clochemerlinos, sobre todo los buenos católicos, son muy recelosos en lo tocante al dinero, pues los únicos derrochadores que se conocen son los asiduos parroquianos de Adèle Torbayon, que no van nunca a la iglesia. Sin embargo, desde el punto de vista crematístico, la desaparición de las monedas no revestiría una extraordinaria gravedad. Lo lamentable es que han sembrado la sospecha en el edificante clan, aparentemente unido, de las mujeres piadosas. Algunas se acusan en voz baja de la malversación. Digamos inmediatamente que una iniciativa privada dará dentro de pocos días un nuevo giro a la calumnia. ¿Acaso Clémentine Chavaigne, rival en devoción de Justine Putet, lo que las convierte en melifluas enemigas, no vacilará en sugerir a Ponosse la idea de abrir una suscripción cuyo importe se destinará a la adquisición de un nuevo san Roque y encabezará la lista con la cantidad de ocho francos?

Derrotada una vez en el terreno de las iniciativas piadosas, Justine Putet empleará las pullas más amargas para provocar a su rival. Las relaciones entre las dos distinguidas señoritas alcanzarán tal grado de tensión que Clémentine dirá: —Lo que yo le digo, señorita, es que no me pongo de pie en el reclinatorio para que se den cuenta de mi presencia. Me limito a dar mi dinero privándome de otras cosas.

Justine Putet, que posee reflejos temibles, tendrá una respuesta venenosa:

—Y ese dinero, señorita, ¿le ha costado sólo el trabajo de agacharse para cogerlo?

—¿Qué quiere usted decir, señorita envidiosa?

—Que es preciso tener la conciencia muy limpia cuando se tiene la pretensión de dar lecciones, señorita ladrona.

Pocos minutos después, los clochemerlinos han visto correr a aquellas señoritas hacia la casa parroquial para desahogar sus rencores en el regazo de Ponosse. Lo que pondrá en un aprieto al cura de Clochemerle, ya bastante atosigado entre la Iglesia y la República, los conservadores y los partidos de izquierda, también conservadores, dicho sea de paso, porque quien más quien menos todos los clochemerlinos son propietarios y los que no lo son se desinteresan en absoluto de las instituciones. Con la cabeza hecha un lío, Ponosse se da cuenta de que no podrá reconciliar a las dos enemigas si no recurre a la amenaza de negarles la absolción. Acabarán, claro está, por reconciliarse con unas palabras pensadas de antemano que desmentirán sus intenciones ofensivas. Sin embargo, el brillo feroz de su mirada revela claramente que su reconciliación no es sincera. El escándalo de la iglesia habrá hecho florecer magníficamente las semillas de odio que anidaban en ellas. Justine Putet dirá más tarde que Clémentine Chavaigne huele a ratón descompuesto. Y en esto no mentirá, porque sus papilas se verán gravemente afectadas con el solo hedor que le produce la presencia de una rival detestada, cuya suscripción resultó un éxito. Caritativamente informada de la reputación que

le confieren, Clémentine Chavaigne revelará bajo secreto, que ha sorprendido en la sacristía una entrevista muy sospechosa entre el pertiguero Coiffenave y Justine Putet. Si creemos a Clémentine Chavaigne, Justine se aprovechaba de la sordera total de Coiffenave para decirle una sarta de obscenidades capaces de erizarle a uno los cabellos dando así libre curso a sus instintos sádicos cuya existencia Clémentine Chavaigne sospechaba hacía mucho tiempo. La taimada, después de alzar la vista al cielo en un gesto de desesperación, susurra al oído de su confidente:

—No me extrañaría que la Putet tratara de seducir al señor cura...

—¿Qué me dice usted, mi querida señorita? —contesta la otra sintiéndose agitado el cuerpo con dulces estremecimientos.

—¿Se ha fijado cómo va detrás de él, de qué modo lo mira cuando le dirige la palabra? Esa Putet es una dominadora inspirada por el infierno, una hipócrita que bajo la capa de la piedad oculta las más perversas intenciones. Me da miedo.

—Afortunadamente el señor cura es un santo varón...

—Y que lo diga usted, mi querida señorita, un santo varón. Y precisamente por esto no ve malicia alguna en los remilgos de la Putet. ¿Sabe usted cuánto tiempo estuvo el otro día en el confesonario? ¡Treinta y ocho minutos, señorita! ¿Es que una mujer honrada comete tantos pecados como para estar confesándose treinta y ocho minutos? Yo se lo voy a decir, mi querida señorita, lo indisponen contra nosotras. Y mire usted, tal vez prefiera a mujeres como esa depravada de Toumignon... Me dirá usted que está poseída del diablo y que es una zorra que atrae a todos los hombres con el hedor de sus faldas, pero con mujeres de esa ralea una sabe al menos a qué atenerse. No tienen dos caras...

Esto da idea de cómo están las cosas en los primeros momentos después del escándalo. La opinión pública no ha salido todavía de su asombro. Desde luego, están a uno y a otro lado los partidarios inveterados, los que se encasillan con los ojos cerrados en el bando de la parroquia o en el del Ayuntamiento, pero la masa flotante de la población se manifiesta obedeciendo el dictado de sus motivos particulares. Ahora bien, son necesarias muchas palabras y largas horas de reflexión para adoptar una actitud y las preferencias se basan en motivos que no siempre son evidentes ni siquiera confesables. La envidia está al acecho y ella será la causa de la división que se operará entre el clan de las mujeres piadosas. ¿Quién ha sido el vencedor? ¿Nicolás o Toumignon? No es posible decirlo todavía. Esto dependerá de la importancia de las curas y de la duración de la invalidez de los dos contendientes.

Una cuestión capital y sobre todo emocionante se plantea: ¿quién pagará los platos rotos? "Sin asomo de duda, Toumignon", afirma el bando de la Iglesia, que sostiene que el golpe mortal se lo dio a san Roque el marido de Judith, quien se defiende enérgicamente de tamaña acusación. ¿Cómo formar juicio? En la controversia, Tafardel ha arrojado mucha luz sobre el caso. Se ha hecho explicar el incidente con todos los pormenores y ha solicitado que se le repitieran todas las injurias lanzadas.

—¿Cornudo, ha dicho usted? ¿Nicolás ha tratado a Toumignon de cornudo?

—¡Y no una sola vez, sino varias! —han afirmado Laroudelle, Torbayon y los otros. En este momento se ha visto a Tafardel quitarse jactanciosamente su célebre panamá, dirigir una solemne reverencia a la iglesia desierta y lanzar este reto a los últimos secuaces del oscurantismo:

—Señores de Loyola, les prevengo a ustedes que habrá risa para todo el año. Según Tafardel, el erudito de Clochemerle, el vocablo cornudo proferido en público constituye una difamación susceptible de irrogar graves perjuicios al ofendido, tanto en lo concerniente a su reputación como en lo tocante a sus relaciones íntimas. En consecuencia, Toumignon y su mujer tienen perfecto derecho a reclamar a Nicolás por daños y perjuicios. Por tanto, si la parroquia le demanda por rotura de imágenes sagradas, Toumignon obrará perfectamente querellándose contra Nicolás.

—¡Ya encontrará la horma de su zapato el señor Ponosse! —sentencia finalmente Tafardel a modo de despedida.

Después se encamina hacia las alturas del Ayuntamiento y se pone inmediatamente al trabajo. El incidente de la iglesia le proporcionará tema para llenar dos suculentas columnas en *El despertar vinícola* de Belleville-sur-Saône. Al leer aquella excelente publicación, la gente se enterará, indignada, de las circunstancias en que un matrimonio de honrados comerciantes clochemerlinos se ve empujado al divorcio y tal vez al crimen pasional por los propios esbirros de la Iglesia. ¡ El tema, en verdad, da mucho de sí!

¿Se han dado ustedes cuenta? Mientras todo Clochemerle bulle de agitación, un solo personaje permanece invisible, manteniéndose en la sombra: Barthélemy Piéchut, el alcalde. Este hombre calculador, este político sagaz —promotor, al fin y al cabo, de la catástrofe, con su urinario— no ignora la virtud del silencio y de la ausencia. Deja que los impulsivos y los ingenuos se adelanten y se comprometan. Deja hablar a los charlatanes en espera de percibir, flotando sobre la marejada de palabras inútiles, aprovechables vestigios de la verdad. Y antes de mover a los clochemerlinos como peones sobre el tablero de ajedrez de sus ambiciones, calla, observa, medita y piensa el pro y el contra.

Barthélemy Piéchut ve lejos, y los objetivos que persigue los ignora todo el mundo, excepto su mujer, Noémie Piéchut. Sin embargo, esta mujer, adornada con las cualidades de un sepulcro y de una caja de caudales, es la mujer más avarienta de Clochemerle, la más ladina y, en resumidas cuentas, la mejor que el destino podía deparar al alcalde de un pueblo cuyos moradores son de naturaleza levantisca y rebeldes a cualquier disciplina.

Noémie, además de prodigar buenos consejos, es una hormiga ahorradora que nunca se cansa de amasar dinero, hasta el punto de que es preciso contenerla porque comete, por exceso, errores de cálculo. Siempre está dispuesta a sembrar la cizaña entre dos familias si con ello hubiera de sacar algún provecho y a saltar de la cama al despuntar el día para espiar a una criada. Vive demasiado preocupada por el prójimo, está convencida de que todo cuanto posee es el fruto de sus sudores y su principal y casi único defecto estriba en su obsesión por el lucro inmediato. Con este defecto haría la fortuna de no pocos desgraciados arruinados por mujeres manirrotas.

No viéndose, pues, obligado a fiscalizarlo todo y confiando en la destreza de su mujer, Barthélemy Piéchut puede dedicarse a los asuntos propios de su cargo. Sin embargo, las intervenciones de madame Piéchut son de tal naturaleza que abundan entre los clochemerlinos motivos de queja. El alcalde, siempre asequible, no desdeña prestar oídos al descontento de sus conciudadanos. Estas concesiones le granjean una reputación de persona complaciente, accesible, sociable para con los "desheredados", reputación excelente que ha sabido adquirir por su manera de decir encogiéndose de hombros: "¡Eso es cosa de mi mujer! Y ya sabéis que las mujeres..." De ahí que la gente suele decir hablando de Piéchut: "¡Si no fuera por su mujer...!" Por tanto, al mismo tiempo que sirven para trastear a la opinión pública, las intervenciones de su mujer no desbaratan, ni mucho menos, el gobierno de los asuntos de Barthélemy Piéchut.

Otra ventaja de Noémie: nunca tiene celos. Se desinteresa en absoluto de los quehaceres carnales que tan importantes suelen ser en los matrimonios. Nunca se ha divertido en la cama. Naturalmente, en los primeros tiempos de su matrimonio quiso enterarse. En primer lugar, curiosidad, luego vanidad y en último término egoísmo. Dada su manera de ser, esto no era de extrañar, pues habiéndose casado, rica, con Barthélemy Piéchut cuyos únicos bienes consistían en su apostura física y su buen parecido, no quería verse apeada. Con todo, tuvo que convencerse de que Barthélemy era un hombre metódico. Probablemente se casó con ella por el dinero, pero, sobre todo al principio, maldito el caso que le hacía al dinero en lo tocante a sus deberes conyugales... Cosa meritoria, ciertamente, porque Noémie, no solamente no demostraba complacencia, sino que no ponía nada de su parte.

Sin embargo, por espacio de algunos años se creyó obligada a percibir con toda regularidad las rentas de su dote. Hasta el día en que, siendo ya crecidos sus dos hijos Gustave y Francine, conminó a Barthélemy Piéchut a que la dejara tranquila. Arguyó que ya tenía bastante trabajo con la casa, los niños, la servidumbre, la cocina, la colada y las cuentas, para perder las horas de sueño en tonterías que se sabía de memoria. Insinuó a Barthélemy que si encontraba mujeres a las que "les gustara eso" le dejaría en libertad de hacer lo que le pluguiera. "Será trabajo que me ahorraré." Frecuentó más asiduamente la iglesia y aumentó aún más su avaricia. Y en esto consistía su mayor placer.

Esta cancelación de hipoteca le resultó a Barthélemy a las mil maravillas. Su mujer había sido siempre un rocín anguloso y tan poco alentadora que a no ser por su acendrado sentido del deber la hubiera abandonado en medio de la calle. Después que los hijos vinieron al mundo, la aridez de Noémi era realmente descorazonadora. Un trabajador como Barthélemy acababa por refunfuñar cuando quería cumplir con sus deberes conyugales y se veía obligado a insistir una y otra vez. Diose cuenta de que su excesivo reposo por las noches iban acumulando en su organismo considerables reservas de energía. Siempre había mostrado gran interés hacia las mujeres. Pero a medida que comenzaba a envejecer, los honores le depararon las ventajas que el peso de los años iba haciendo escasear. Consejero municipal y luego alcalde, a Piéchut nunca le faltaron ocasiones. Si de vez en cuando, incitado por no se sabe qué apremios, abordaba a Noémie, ésta le replicaba: "¿Es que no me dejarás nunca tranquila?", con tanta frialdad que Piéchut hubiera precisado, para insistir, de todo el ciego arrebato de un hombre joven. En la época de este relato había renunciado ya a los "impromptus" imprimiendo a los negocios de amor ese espíritu de previsión que constituía toda su fuerza. Desde hacía mucho tiempo, consideraba a su mujer como su intendente, y, en algunos aspectos, su asociado. Pero Noémie había exigido siempre que tuviesen cama común, por ser ello privilegio de esposa que la diferenciaba de las mujeres de ocasión que podían caer en manos de su marido. Además, sobre todo en las largas noches de invierno, la proximidad era propicia al intercambio de opiniones y proyectos. Y en último término, la cohabitación sustituía ventajosamente a la estufa de la habitación, lo que constituía un ahorro apreciable.

Es hora ya de revelar que el gran proyecto que acariciaba Barthélemy Piéchut desde hacía ya mucho tiempo era llegar a senador en el término de tres años, en sustitución de Prosper Louèche, senador en ejercicio, de quien se aseguraba en los medios bien informados que se hallaba en las lides de la completa memez. Este debilitamiento de sus facultades intelectuales no sería ciertamente un serio impedimento para la renovación de su mandato, de no existir, por contrapartida, un redoblamiento de sus actividades licenciosas. El vejete se interesaba por las mozuelas de una manera generosa, aunque no podía afirmarse que fuera precisamente filantrópica. Había que internarlo de vez en cuando en una casa de salud para sustraerlo a iracundas protestas y demandas de dinero que compensarían a las jovencitas del tiempo que les habían hecho perder unas exhibiciones clandestinas, a fin de cuentas meramente espectaculares. Las actividades del anciano, que hasta entonces no habían trascendido al vulgo, amenazaban con desacreditar considerablemente al partido.

Claro que Prosper Louèche podría objetar que su honorable colega, el señor de Vilepouille, es un hombre de derechas, educado en los jesuitas con los que mantiene excelentes relaciones. Este gran católico figura notoriamente en la primera fila de los hombres prudentes de su tiempo, etiqueta que le deja un margen considerable para la consumación de pequeños delitos, antes de que nadie pueda poner en duda lo irreprochable de su conducta. En cambio, Prosper Louèche, su adversario político y fiel compañero en unas calaveradas que constituyen el consuelo de los últimos años, se puso desgraciadamente en evidencia durante su juventud con sus ideas avanzadas y su afán reformador. Sin embargo, a pesar de que en su edad madura asegurara de palabra y de obra la realidad de su evolución solicitando en primer lugar honores burgueses, manifestando en 1914 en Burdeos

el más inflamado patriotismo y clamando luego en la tribuna del Senado que la guerra fuera mantenida hasta el fin con el máximo rigor, Prosper Louèche ha conservado numerosos enemigos. Como no ha podido ponerse en tela de juicio su probidad, por lo menos de un modo suficiente, sus adversarios políticos se han juramentado en meterle mano acusándolo de inmoralidad en su vida privada. Según el señor de Vilepouille, gran señor escudado en la impunidad, a la que se refiere sin intención de perjudicar a su viejo camarada, las derechas están enteradas de sus proezas.

—Lo curioso —dice el senador de Vilepouille, con su porte aristocrático y su voz altisonante— es que Louèche y yo, a pesar de que no comulgamos en las mismas ideas, tenemos los mismos gustos: la fruta un poco verde, amigo mío. A nuestra edad eso nos rejuvenece, pero debo confesar que en este terreno Louèche tiene singulares iniciativas... ¡Ah, unas travesuras deliciosas! ¡Bien se ve que nuestro colega ha sido siempre un innovador!

En resumen, es preciso apearse a Prosper Louèche, y rápidamente, pues de lo contrario el partido correrá un gran descrédito. Barthélemy Piéchut lo sabe y maniobra. Cuenta ya con influencias y confía en alcanzar el apoyo de Bourdillat y de Focart, que deben volver a Clochemerle, esta vez separadamente.

Cuando sea senador, Piéchut casará a su hija Francine, que tiene ahora dieciséis años. Es ya una muchacha agraciada e instruida, y los modales adquiridos le permiten codearse con las personas de más rancio abolengo (modales que han costado mucho dinero, que, por añadidura, han percibido las religiosas). Para su hija, Piéchut piensa en los Gonfalon de Bec, de Blacé, una linajuda y noble familia cuya economía se halla aún en peor estado que la fachada de su castillo, que, sin embargo, se alza todavía majestuoso en una elevación del terreno al fondo de un magnífico parque a la francesa, cuyos árboles tienen más de doscientos años... Los Gonfalon de Bec son gente engreída, pero que necesitan dar nuevo lustre a sus blasones. Su hijo Gaétan, de veinte años, será dentro de tres o cuatro, un buen marido para Francine. Se rumorea que Gaétan es un poco cretino y además un inútil. Razón de más. Francine lo tendrá en un puño, pues si no cambia será, como su madre, una mujer avarienta, especialmente dotada para la economía casera y poseedora además de una buena instrucción, cosa de que adolece la madre. Casada con Gaétan, en posesión de un título y de una fortuna considerable, Francine podrá codearse con los Courtebiche y les Saint-Choul, por encima de Girodot, y él, Piéchut, verá reforzada su situación política con el apoyo de los nobles de la región.

Con el sombrero encasquetado hasta la nuca y con los codos sobre la mesa, el alcalde de Clochemerle piensa en todo esto mientras come lentamente. Es preciso que el urinario y la batalla de la iglesia concurren al éxito de sus proyectos.

Alrededor de él, sus familiares, dominando su curiosidad, respetan su silencio. Sin embargo, al final de la comida, Noémie pregunta:

—¿Qué consecuencias va a tener esa historia de la iglesia?

—¡Déjame hacer! —responde Piéchut. Y se levanta de la mesa para ir a encerrarse en la habitación donde suele fumar su pipa y entregarse a hondas meditaciones.

—¡Vuestro padre lo tiene ya todo previsto! —dice Noémie a sus hijos.

Capítulo doce

Intervención de la baronesa

Frente a la casa parroquial, la baronesa Alphonsine de Courtebiche se apeó de una chirriante "limousine", alta sobre las ruedas como un faetón. Era un automóvil que databa de 1911, parecido a una carroza ducal sacada de una cochera y vigorizada con el aditamento de un motor extravagante. En otras manos que las de su viejo chófer, aquel armatoste, que era una detestable galera, hubiera sido el hazmerreír de todo el mundo. Pero aquel polvoriento y anticuado carromato, además de que ostentaba portezuelas con blasones, cuando transportaba un cargamento de Courtebiche demostraba, al contrario, que la posesión de las más recientes creaciones de la mecánica es cosa privativa del vulgo enriquecido y que de ningún modo podía ponerse en ridículo una casta que puede gloriarse de un árbol genealógico que data del año 960 e ilustrado en muchos sitios por bastardos nacidos de un halagador capricho del monarca hacia ciertas mujeres de la augusta descendencia. La vetustez del automóvil corría parejas con el espacioso castillo almenado que dominaba todo el lugar.

La baronesa bajó la primera del coche y a continuación lo hicieron su hija, Estelle de Saint-Choul, y su yerno, Oscar de Saint-Choul. Luego, un poco incomodada por tener que visitar a ese "pobre cura de pueblo", como llamaba ella a Ponosse, llamó repetidamente a la puerta de la casa parroquial. Sin embargo, no es que pusiera en duda el poder espiritual de Ponosse. Desde que la baronesa vivía retirada del mundo, solía confiar el cuidado de su alma al cura de Clochemerle, pues ya no se sentía con ánimos, cada vez que deseaba lavar sus culpas, de efectuar un viaje a Lyon para entrevistarse con el reverendo padre de Latargelle, un jesuita avisado y sutil que en la época en que su vida se había visto agitada por borrascosas tormentas pasionales, había sido su director espiritual. "Este pobre Ponosse —solía decir— es un hombre apropiado para una modesta viuda pensionada, pero a ese pingoso le halaga confesar a una baronesa." Y añadamos ahora esta confidencia hecha a la marquesa de Aubenas-Theizé, la propietaria de las tierras vecinas a las suyas:

—Ya comprenderá usted, mi buena amiga, que cuando yo tenía pecados perfumados, no los habría confiado a ese patán. Pero ahora ya no tengo más que pecadillos de anciana, para los cuales basta con un plumero. Mi querida amiga, ahora no percibimos más que la naftalina de la virtud a la fuerza. Ya vemos, pues, el concepto que merecía Ponosse a la baronesa de Courtebiche. En resumidas cuentas, consideraba al cura de Clochemerle como parte integrante de su servidumbre. Ponosse cuidaba de su alma, como la manicura le cuidaba las manos y la masajista el cuerpo. A su juicio, las dolencias y los achaques del cuerpo y del alma de una gran dama, que tenía detrás de ella diez siglos de alcurnia, constituían aún motivos de profundo respeto para los villanos, fuesen o no fuesen curas, a los que se concedía el honor de revelarles sus desnudeces físicas o morales. Con todo, cuando tenía necesidad de los servicios del cura, mandaba a su chófer a que lo recogiera a domicilio. ("No quiero infestarme de pulgas de pordiosero en su confesonario.") Ponosse la escuchaba en confesión en un pequeño oratorio del castillo destinado a este menester. La baronesa escogía los días en que no tenía invitados para sentar a Ponosse a su mesa, en un plan sencillo que no lo intimidara.

La baronesa no se había personado nunca en la casa parroquial sin ser esperada. La misión que se había encomendado le infundía ánimos. Apenas sonó el picaporte, animando el eco de un largo y frío corredor, que sonaba a hueco como una barrica vacía, se dirigió a su yerno y le dijo:

—¡Querido Oscar, tienes que mostrarte firme con Ponosse!

—Claro, baronesa —respondió el mequetrefe de Saint-Choul, hombre sin voluntad a quien dejaba anonadado el excedente de firmeza de su suegra.

—¡Espero que Ponosse no se habrá ido a beber con los viñadores! Tendremos que localizarlo. Después de lo ocurrido, es inconcebible que no haya venido al castillo a pedirnos consejo.

Diciendo esto, tamborileaba en la puerta, golpeándola con sus anillos y golpeándola, irritada, con la punta de sus botines.

—¡Ya se encargará el arzobispo de meterle en cintura!

—añadió.

Dejemos a la noble dama en espera de que la vieja Honorine le abra la puerta y aprovechemos el interregno para esbozar la semblanza de la baronesa Alphonsine de Courtebiche. Vale la pena.

Pasados ya los cincuenta años, la baronesa conservaba aún cierto empaque, al cual confería un altivo prestigio el convencimiento que ella se había forjado de su misión sobre la Tierra. Borrando deliberadamente la Revolución de la historia, trataba a los moradores de los valles dominados por su castillo feudal como si las gentes fueran siervos de un feudo restituido a su familia, lo que significaba el legítimo restablecimiento de un orden basado en el principio de que todo el mundo tuviera asignado su puesto sin discusión posible.

Mujer fuerte y no mal parecida, de un metro setenta de altura, la baronesa había sido, entre los veinte y los cuarenta y siete años, una hembra magníficamente pulposa, con una tez ligeramente pecosa que le daba cierto atractivo, con unos ojos chispeantes, una boca que producía vértigos impetuosos y un vivo movimiento de caderas de un efecto irresistible. Aquellos contoneos tenían un no sé qué de autoritario, algo así como el piafar de un caballo, que en cualquiera otra habría sido atributo de rabanera, pero que en ella, debido a la alcurnia de su cuna era cosa de buen ver, displicencia de gran dama, realizada de provocativa impertinencia. En los tiempos en que los cánones de la beñeza femenina prescribían la clásica opulencia, las reales posaderas de la baronesa, cuya dureza se conjeturaba magistral, bien aposentadas en la cima de unas apretadas pantorrillas de luchador, constituían lo más saliente de sus atractivos. En cuanto al busto, siendo entonces la época del corsé, se embellecía con un pecho fascinador, tenido en alto y aprisionado por un corpiño abierto, cesta repleta de frutos gemelos de una rara perfección. Pero ese cuerpo tentador correspondía a una persona linajuda y, por ende, fuera del alcance de las vulgares intimididades. Era ésta una peculiaridad que no pasaba inadvertida a los hombres y que hacía temblar a los más audaces ante la presencia de aquella altiva mujer que daba a entender, mirando descaradamente a los ojos de los ansiosos, qué fuente podría aplacar su sed. Así había sido la baronesa: una amazona infatigable durante veintisiete años de su vida, consagrados casi enteramente al amor. Relatemos a grandes trazos la existencia de la altiva dama. A los veinte años, Alphonsine d'Eychandailles d'Azin, de una antiquísima familia de la región de Grenoble, que pretendía descender de aquella Marguerite de Sassenage que fue la amante de Luis XI y le dio una hija, pasando por unas grandes dificultades financieras, se casó con el barón Guy de Courtebiche, que le llevaba dieciocho años. El barón era un caballero un poco ajado, y, a pesar de los despilfarros que cometiera en cuanto llegó a su mayoría de edad, conservaba aún una buena parte de sus riquezas. Guy de Courtebiche, a quien sus íntimos llamaban Bibiche, llevaba en París una vida de crápula, entreteniéndolo a todo tren a una tal Laura Todella, célebre mujer de la vida galante que lo había escarnecido cien veces, lo que no parecía disgustarle, y lo llevaba a la ruina con la más desdeñosa indiferencia. Cuando vio a la hermosa Alphonsine, Courtebiche la juzgó más imponente aún que su Laura, con la ventaja sobre ésta de que podría presentarla en todas partes. El aire dominador de la muchacha ejerció sobre él un irresistible atractivo, porque propendía, sin darse cuenta, a una especie de masoquismo moral que siempre lo había mantenido sujeto a las mujeres que le humillaban. A Alphonsine la apremiaron los suyos para que no dejara escapar aquel brillante partido. Consejo superfluo, porque Alphonsine, de índole ambiciosa, no había de desaprovechar la primera ocasión de independizarse que se le presentaba. Por otra

parte, en vísperas de su derrumbamiento físico, Guy de Courtebiche, nimbado con la aureola parisiense, gozaba aún de un gran prestigio a los ojos de una muchacha provinciana.

La baronesa tenía propiedades en el Lyonnais. El joven matrimonio tuvo un piso en París, otro en Lyon y el castillo de Clochemerle. Tanto en Lyon como en París, la bella Alphonsine causó gran sensación. Incluso dio motivo a un duelo, lo que acabó de cimentar su fama.

Guy de Courtebiche, calvo, flojo y prematuramente envejecido por unas afecciones orgánicas que debían llevarlo todavía joven al sepulcro, no tardó mucho en dejar de ser un marido eficiente. Cuando sus hijos vinieron al mundo, Alphonsine conservó a aquel impotente por el título y las rentas —y para cuidarlo también, porque, sintiéndose fuerte, le gustaba erigirse en protectora—, y se lanzó en busca de satisfacciones haciendo caso omiso de la vanidad y la estirpe. No tuvo más dificultades que la molestia de la elección y, según se decía, esto la hacía vacilar mucho antes de decidirse. Sus travesuras fueron numerosas, y cometidas sin recato, con un desenfado tal que ahogaba cualquier intento de calumnia, falta de base cuando faltaba la hipocresía.

Una vez viuda, viéndose rica, la baronesa prefirió la independencia a la sumisión para la cual no se sentía hecha. Llevó un tren de vida costoso, tanto más caro cuanto más iba envejeciendo. Aquel plan quebrantó gravemente su fortuna, administrada, por otra parte, con una desenvoltura imperial y un desprecio absoluto por las tacañerías burguesas que socavan siempre los patrimonios.

Mediada la guerra, tuvo que enfrentarse con graves dificultades financieras y penosas complicaciones sentimentales, presagio de la próxima decadencia.

Confióse a su notario como se hubiera puesto en manos del cirujano. Pero no era esto lo más grave. A los cuarenta y nueve años, Alphonsine tuvo consigo misma una implacable conversación ante el espejo. Resultado del debate fueron unas directrices a las que inmediatamente resolvió someterse, con el ánimo resuelto que ella ponía en todas las cosas. La primera, la más importante, fue que sus cabellos aparecieron grises de la noche a la mañana.

"El cuerpo puede considerarse satisfecho —se dijo—, y no tengo nada que lamentar. Ahora es preciso envejecer decentemente y no servir de juguete a bribones sin escrúpulos."

Dejó su piso de París, redujo al mínimo su servidumbre y despidió maternalmente a algunos adolescentes que, atraídos por su reputación, iban a solicitar de ella uno de esos certificados de virilidad que durante tanto tiempo y con tanta generosidad había entregado a la juventud. Residiendo buena parte del año en Clochemerle y pasando los crudos meses de invierno en Lyon, decidió acercarse a Dios. Lo hizo sin rebajarse, considerando a Dios como un ser de su mundo, que no la había hecho nacer d'Eychandailles d'Azin, hermosa y con un temperamento ardiente, para que no se comportara como una gran dama, con todas las ventajas inherentes a su naturaleza y a su cuna. Tan imbuida estaba de esta convicción que nunca, ni en la época de sus éxitos, había renunciado por entero a los ritos religiosos. Eran los tiempos en que se confiaba a un exegeta ingenioso como el padre de Latargelle, que conocía ciertas necesidades dominadoras que Dios ha situado en sus criaturas. Aquel jesuita, que tenía una sonrisa fina, un poco escéptica, se inspiraba en una doctrina utilitaria puesta al servicio de la Iglesia:

"Es preferible —pensaba— una pecadora en el seno de la religión que fuera de ella. Y con tanta mayor razón si la pecadora es poderosa. La fortaleza de Roma reside en los ejemplos de adhesión provenientes de las más altas esferas."

En busca de un buen camino, la baronesa no cometió la torpeza de ingresar en la cofradía de las beatas. Activa por temperamento, se ocupó de obras apostólicas y caritativas. En Clochemerle, como presidenta de las hijas de María, velaba por la buena marcha de la parroquia y aconsejaba al cura Ponosse. En Lyon dirigía obradores, comités de beneficencia y se la veía a menudo en el arzobispado.

Sin olvidar que había sido la bella Alphonsine, una de las mujeres más cortejadas de su generación, conservaba todavía un tono autoritario que no admitía réplica y

de su pasado licencioso conservaba una fraseología picaresca que no hacía mella en el ánimo de los prelados, que no han llegado a los primeros puestos de la Iglesia sin haber visto de cerca mujeres indecentes, pero que intimidaba a veces al ingenuo Ponosse. Enérgica y vivaz, sobrellevando alegremente un ligero abultamiento de abdomen debido al relajamiento de las disciplinas de la coquetería, la baronesa se quejaba, sin embargo, desde hacía algunos años, de una mengua de sus facultades auditivas. Este ligero achaque acentuaba aún más su aristocrática elevación de tono, y el timbre de voz había cobrado un acento viril, lo que hacía resaltar aún más la brusquedad de su carácter.

De los dos hijos de Alphonsine, el mayor, Tristan de Courtebiche, después de haber pasado la guerra emboscado en las oficinas de los Estados Mayores, vivía en la Europa central como agregado de Embajada. Muchacho apuesto, era el orgullo de su madre.

—Con la planta que le he dado —decía—, saldrá siempre adelante. Las jóvenes herederas no tienen más que andar con cuidado.

En cambio, en el momento en que la baronesa decidió retirarse, no veía dibujarse ninguna petición de mano para su hija Estelle, que había cumplido ya los veintiséis años. Y no ocultaba su despecho.

—Lo que yo me pregunto —confiaba a la marquesa de Aubenas-Teizé— es quién querrá cargar con esa tonta.

No desdeñaba, sin embargo, asumir las responsabilidades de su fracaso. Y lo manifestaba en esta forma:

—¡Me han gustado demasiado los hombres, mi querida amiga! Y la prueba la tienes en el talante de esa pobre Estelle. Yo no podía tener éxito más que con muchachos. Estelle era, ciertamente, la caricatura de Alphonsine en sus buenos tiempos. Había heredado de su madre su aventajada estatura, pero las carnes que cubrían la robusta armazón, eran flácidas y fofas y mal distribuidas. En aquel corpachón abundaba la linfa y escaseaba el espíritu. A pesar de sus ex abruptos de impetuosa amazona, la baronesa no había carecido de femineidad. Estelle, por el contrario, era francamente hombruna. El labio inferior de la estirpe femenina d'Eychandailles d'Azin, tan prometedor de sensualidad, era, en el caso de Estelle, marcadamente belfo.

El porte desmañado de la señorita no contribuía, pues, a sazonar la sosería de su anemia grasienta. No obstante, la contemplación de aquella masa de carne despertó, con una violencia desacostumbrada, los desmayados ardores del enclenque Oscar de Saint-Choul. Los instintos de aquel desmedrado gentilhomme buscaron en la hija de la baronesa el necesario complemento: los kilos y los centímetros de talla que le faltaban para ser un hombre como es debido. La elección de Estelle de Courtebiche se debió a la escasez de candidatos, a pesar de que Saint-Choul, casi albino, ocultaba detrás de un monóculo, cuyo sostenimiento implicaba los más estrafalarios visajes, un ojo rosáceo y febril de gallináceo inquieto. El enlace no era en verdad brillante, pero no carecía de ventajas y se salvaban las apariencias. Oscar de Saint-Choul poseía en los alrededores de Clochemerle una hacienda de honorables dimensiones, aunque harto abandonada, y unas tierras de labor que, a condición de mostrarse prudente en los gastos, le permitían vivir de sus rentas. La baronesa no se hacía ilusiones sobre su yerno:

—Es un incapaz —decía—. ¡Podría hacerse de él un diputado de *su* República!

Por fin se oyó un ruido circunspecto de zapatones. Honorine entreabrió la puerta, como si se tratara de la subida de un puente levadizo. No le gustaba que le disputaran a su cura en su propio domicilio y por ello tenía fama de recibir mal a los visitantes. Pero tratándose de Alphonsine de Courtebiche, la cosa era distinta. La llegada del arzobispo no hubiera producido mayor efecto:

—Pero ¿qué veo, Dios mío? —exclamó—. Es la señora baronesa.

—¿Está Ponosse? —preguntó la baronesa con el mismo tono con que hubiera preguntado por un criado suyo.

—Sí, está en casa, señora baronesa. Pasen ustedes, por favor. Voy a buscarlo. Está tomando el fresco bajo los árboles del jardín.

Honorine introdujo a la baronesa, Estelle y su marido en un saloncillo oscuro y húmedo, con las ventanas cerradas. El gabinete del cura olía a tabaco, a vino, a cuarto de soltero sesentón y a guiso frío.

—¡Cielo santo! —exclamó la baronesa cuando la sirvienta se hubo marchado—. ¡Cómo apesta la virtud eclesiástica! ¿Qué te parece, Oscar?

—Es cierto, baronesa, que la fragancia de las virtudes de nuestro buen Ponosse es un poco, por decirlo así, un poco democrática y popular. Pero no debemos olvidar que nuestro cura se dirige sobre todo a los humildes y a éstos les extrañaría sin duda tener un pastor que oliera a rosas... ¡Vaya selección la de este siglo, baronesa! ¡Nos arrastran las aguas embravecidas de la decadencia! Sin embargo, creo que Ponosse tiene un alma pura a pesar del hedor de la envoltura. Para que a uno no le incomode el hedor, es preciso, y valga la expresión, tener los mismos gustos que los pordioseros. Como en tiempo de nuestra atolondrada juventud me decía mi amigo el vizconde de Castelsauvage...

—Oscar —atajó la baronesa—, he oído ya cien veces lo que, en tiempos de tu atolondrada juventud, te dijo el vizconde de Castelsauvage, que me ha parecido siempre un gran imbécil.

—Está bien, baronesa.

—Y Ponosse, otro imbécil.

—Perfectamente, baronesa.

—Y también tú, Oscar.

—¡Baronesa!

—Tú eres mi yerno, querido. Sé lo que me digo. Estelle no ha hecho en su vida más que tonterías.

Estelle de Saint-Choul trató tímidamente de terciar en el diálogo.

—Pero, mamá...

—¿Qué pasa, hija mía? Tienes una cantidad de bobería que asusta. Una Courtebiche con un marido al lado tendría que ser más despabilada.

En aquel momento entró, ceremonioso y a la vez inquieto, el cura. Con el rostro congestionado por el trabajo de una digestión pesada, dijo:

—Muy honrado, señora baronesa...

Pero el humor de la baronesa no estaba para cortesías inútiles.

—No es necesario el agua bendita, Ponosse —contestó—: Siéntese y contésteme. ¿Soy o no soy la presidenta de las hijas de María?

—Pues claro que lo es, señora baronesa.

—¿Soy o no soy la principal bienhechora de la parroquia?

—Esto no ofrece la menor duda.

—¿Soy o no soy, Ponosse, la baronesa Alphonsine de Courtebiche, nacida d'Eychandailles d'Azin?

—Lo es usted, señora baronesa —afirmó Ponosse, acobardado.

—¿Está usted dispuesto, amigo mío, a reconocer las prerrogativas del linaje o pacta usted con los *sans-culottes*? ¿Acaso es usted, Ponosse, uno de esos sacerdotes tabernarios que pretenden dar a la religión tendencias...? Explícaselo tú, Oscar, porque yo no entiendo nada de vuestra jerga política.

—¿Se refiere usted, baronesa, a ese cristianismo de nuevo cuño, demagógico y antilegitimista, que halaga a las masas? Sí, claro está, a eso alude la baronesa, mi querido Ponosse. La baronesa condena la ingerencia en la religión de las doctrinas sociales extremistas, que le imprimen una orientación, por decirlo así, anarquizante y deplorable, jacobina y a todas luces blasfematoria, la cual, menospreciando nuestras viejas tradiciones francesas de las cuales somos los representantes... ¿cómo lo diría...? hereditarios y consagrados, los representantes ungidos, mi querido Ponosse, ¿no es así, baronesa?, nos conduce directamente...

—¡Basta, Oscar! Creo que ha comprendido, Ponosse.

Los desórdenes de aquel día aciago habían abrumado al cura de Clochemerle. El estaba hecho para andar por caminos claros y despejados, donde no le acecharan emboscadas satánicas del *Dominus vobiscum* y farfulló a modo de respuesta:

—Por Dios, señora baronesa... Mi vida es pura, y no tengo ninguna arrogancia impía. Soy un humilde sacerdote lleno de buena voluntad. No acierto a comprender por qué me atribuye usted tan grandes errores.

—¿Que no comprende usted, Ponosse? ¿Y el toque a rebato que ha alarmado a todo el valle? ¿Y el escándalo en su iglesia? ¿Y tienen que ser los extraños los que vayan a contarme esas cosas? El primero de sus deberes, padre, era ir a dar cuenta de lo ocurrido a la castellana de Clochemerle. ¿Acaso no sabe usted que el castillo y la casa rectoral, la Nobleza y la Iglesia deben marchar estrechamente unidas? Con su apatía, señor Ponosse, hace usted el juego a los descamisados. O sea, que si yo no me hubiese molestado en venir, no sabría nada. ¿Por qué no ha venido usted al castillo?

—Señora baronesa, no tengo más que una mala bicicleta. Y a mi edad ya no puedo subir las cuestas. Se me anquilosan las piernas y me falla el corazón.

—No tenía usted más que alquilar uno de esos armatostes que funcionan con petróleo y que trepan por todas partes. Lamento decírselo, mi pobre Ponosse, pero es usted un pusilánime defensor de nuestra fe. Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Precisamente estaba pensando en ello, señora baronesa. Y pedía al Señor que iluminara mi mente. Se repiten de tal modo los escándalos... Ponosse suspiró profundamente y se enfrentó resueltamente con el peligro.

—Y aún no lo sabe usted todo, señora. ¿Conoce usted a Rose Bivaque, una de las hijas de María, que apenas ha cumplido los dieciocho años?

—¿Es una pequeña pava, rojiza, bastante desarrollada por cierto, que no desentona tanto como las otras chochas de la cofradía?

Con una mímica consternada, Ponosse dio a entender que no podía, sin faltar a la caridad cristiana, suscribir aquella descripción. Sin embargo, no lo negó.

—¿Qué ha hecho esa criatura? —prosiguió la baronesa—. Le habrán dado alguna sagrada forma sin confesión.

El cura de Clochemerle se sintió anonadado.

—Le han dado otra cosa muy distinta, señora baronesa. No nos queda más que esperar una concepción que no será... ejem... inmaculada... Eso es todo.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Quiere dar a entender que está encinta? Hable usted claro, amigo mío. Diga que va a tener un hijo. También yo los he tenido, y no por eso me he muerto. (¡Estella, hija mía, ponte derecha!) También los tuvo su respetable madre. No es ninguna cosa abominable.

—No es el hecho en sí lo que me aflige, señora baronesa, sino la falta del sacramento...

—¡Vaya, no había pensado en esto...! ¡Pues bien, mi querido Ponosse, se portan bien sus hijas de María! Yo no sé lo que les enseña usted en sus reuniones...

—¡Oh, señora baronesa! —exclamó el cura de Clochemerle, agobiado por la congoja y el temor.

Había vacilado mucho antes de dar esta noticia a la presidenta. Temía sus reproches o, lo que sería peor, que presentara su dimisión. Pero la baronesa murmuró:

—¿Y se sabe quién es el fresco que ha sido tan torpe?

—Usted querrá decir, señora baronesa, el que... ejem... el que la ha...

—Sí, Ponosse, sí. No adopte usted ese aire pudibundo. ¿Se sabe quién es el papanatas que ha cogido nuestra Rose?

—Claudius Brodequin, señora baronesa.

—¿Qué hace ese muchacho?

—Cumple el servicio militar. Vino con permiso el mes de abril.

—Se casará con Rose o irá a la cárcel. Haré hablar a su coronel. ¿Acaso se figura ese soldado que puede tratar a nuestras hijas de María como si fuesen mujeres de un país conquistado? A propósito, Ponosse, mande usted recado a esa Rose

Bivaque para que venga a verme. Nos ocuparemos de ella, no sea que vaya a cometer alguna tontería. Enviémela al castillo a partir de mañana.

Estaba escrito que en el aniversario de la fiesta de san Roque, tantas veces celebrada con la sencilla solemnidad compatible con el buen humor de los clochemerlinos y la benevolencia natural de una región propicia a las óptimas vendimias, estaba escrito, repetimos, que aquel día, nefasto entre todos, la Providencia abandonaría a su servidor, el cura Ponosse, sometiéndole por añadidura a terribles e inesperadas pruebas hacia las cuales experimentaba el digno sacerdote tan profundo desdén que siempre se había esforzado en ahuyentar las ocasiones eliminando de su catolicismo rural todo espíritu de agresión, todo afán vanidoso y ofensivo. El cura Ponosse no era uno de esos latosos que siembran por doquier la provocación y los gérmenes fraticidas del sectarismo. Tales empresas son más nocivas que provechosas. Tenía más en cuenta un corazón virtuoso, compasivo y conciliador, que los estragos del puñal y de la pira. ¿Y quién intuye la cantidad de abominable orgullo que alientan ciertos heroísmos ambiciosos, que animan la implacable fe de los sombríos apóstoles propugnadores de los autos de fe?

Temblando delante de la baronesa, el cura Ponosse dirigía al cielo confusas invocaciones dictadas por un despavorido fervor. Se pueden traducir así: "Apiadaos de mí, Señor, ahuyentad de mí esas desvenruras que reserváis a vuestros discípulos predilectos. Olvidaos de mí, Señor. Si me concedéis la gracia de sentarme un día a vuestra diestra, me conformo con que sea en el último lugar donde seré un humilde servidor vuestro. Señor, yo no soy más que el pobre cura Ponosse, que no comprende la venganza. Con mis pobres luces hablo del advenimiento de vuestro reino de justicia a los buenos viñadores de Clochemerle, sosteniendo mis débiles fuerzas con el uso cotidiano y reparador de los caldos del Beaujolais. *Bonum vinum laetificat...* ¡Vos lo permitisteis, Señor, al donar a Noé las primeras cepas! Señor, yo soy reumático, mis digestiones son muy laboriosas, y estáis enterado de todas las incomodidades físicas que os habéis dignado enviarme. No me anima ya el ardor combativo de un joven vicario. ¡Calmad, Señor, a la señora baronesa de Courtebiche!"

Pero el cura Ponosse no había apurado todavía el cáliz de su amargura. Aquel día había de ser sobremanera excepcional. Por segunda vez en la hora apacible de la siesta, llamaron violentamente a la puerta de la casa parroquial. Oyóse el paso cansino de Honorine dirigiéndose a la puerta y luego invadió el corredor un rumor de voces que iban elevando el tono hasta alcanzar el más alto diapasón, cosa asaz insólita en aquella mansión donde los cuchicheos llenos de unción constituían la regla general. En el umbral del salón se vio erguirse la silueta vehemente de Tafardel, cargado de acres sentencias y enarbolando unos folletos en los que expresaba por escrito los primeros hervores de su indignación republicana. El maestro no se había quitado de la cabeza su famoso panamá, en plan de hombre firmemente resuelto a no arriar el pabellón ante el fanatismo y la ignorancia. Sin embargo, al darse cuenta de la presencia de la baronesa, se descubrió y aún hubiera hecho más si se

hubiera dejado llevar de su primer impulso: habría huido si la huida le hubiera comprometido sólo a él. Pero la fuga de Tafardel hubiese implicado el fracaso del poderoso partido que él representaba. No se trataba ya de que se enfrentaran unos simples particulares, sino de una verdadera pugna de principios. Tafardel era el portavoz de la Revolución y de su carta emancipadora. El hombre de las barricadas y de la Libertad, con mayúscula, acudía a combatir en su terreno al hombre de la Inquisición, de la melancólica resignación y de la persecución hipócrita. Haciendo caso omiso de los presentes y sin siquiera saludarles, el maestro se encaró con el cura Ponosse y le espetó una de sus más encendidas peroratas:

—*¡Qui vis pacem para bellum*, señor Ponosse! No emplearé los odiosos procedimientos de su secta de Loyola y no lo atacaré a traición. Me presento como un enemigo noble, con la pólvora en una mano y el ramo de olivo en la otra.

Todavía hay tiempo de renunciar al engaño de detener a sus esbirros y de preferir la paz. Pero si usted quiere la guerra, guerra tendrá. Mis armas están templadas. Escoja usted entre la paz y la guerra, entre la libertad de conciencia y las represalias. ¡Escoja, señor Ponosse! ¡Y cuidado con lo que decida!

Cogido entre dos furores tan violentos, el cura Ponosse no sabía a qué santo encomendarse. Trató de calmar a Tafardel:

—Señor maestro, nunca me he inmiscuido en sus métodos de enseñanza. Me pregunto qué podría usted reprocharme. No he agraviado a nadie...

Pero ya Tafardel, con el dedo índice levantado, apostrofaba a Ponosse con una máxima profundamente humana y completada por él a su manera:

—*Trahit sea quemque voluptas... et pissare legitimum!* Para mejor asentar su dominación, sin duda preferiría usted, señor, que como en los siglos de opresión, se multiplicaran los inmundos charcos formados por el sobrante de las vejigas. Estos tiempos han pasado, señor Ponosse. La luz se propaga, el progreso avanza irresistiblemente y yo afirmo que en adelante el pueblo meará en edificios apropiados. La orina, señor, humedecerá la pizarra y discurrirá por unas canalizaciones.

Esta extraña alocución era más de lo que la baronesa podía soportar. Desde el primer momento tenía a Tafardel bajo la acción de los flamígeros dardos de sus terribles impertinentes. Y de pronto, en un supremo arrebato, empleando el tono de voz con que había domado corazones y dirigido la caza con galgos, rugió:

—¿Quién es ese abominable calzonazos?

La súbita presencia de un escorpión en el fondillo de sus holgados pantalones no hubiera producido al maestro un sobresalto mayor. Sacudido por un estremecimiento de furor que imprimía a sus lentes oscilaciones de mal augurio, y no obstante conocer de vista a la baronesa como la conocían todos los clochemerlins, aulló:

—¿Quién se atreve a injuriar a un miembro del cuerpo de enseñanza?

Apostrofe ridículamente débil, incapaz de desorientar a una luchadora como la baronesa. Comprendiendo con quién se las había, replicó con una calma ofensiva:

—El último de mis lacayos, señor maestro de escuela, sabe de cortesía mucho más que usted. Ninguno de mis criados osaría expresarse tan groseramente como usted ante la baronesa de Courtebiche.

Al oír estas palabras, la más pura tradición jacobina inspiró a Tafardel. Y así, contestó:

—¿Es usted la ex Courtebiche? Sus insinuaciones las rechazo con el pie. Hubo un tiempo en que la guillotina hubiera dado cuenta de usted.

—Y yo digo que sus palabras no son más que insensateces de sietemesino. Hubo un tiempo en que las personas de mi clase hacían ahorcar a los bergantes de su calaña después de haberlos azotado en la plaza pública. ¡Excelente sistema de educación para los palurdos!

La discusión iba tomando un sesgo peligroso. Aprisionado entre dos corrientes que no respetaban la cristiana neutralidad de su morada, el pobre Ponosse, no sabía a quien prestar oídos y sentía su cuerpo, embutido en su sotana nueva, bañado en un sudor frío. No le faltaban razones para llevarse a bien con la Nobleza, en la persona de la baronesa, la más generosa bienhechora de la parroquia. Y en el mismo caso se encontraba respecto a la República, representada por Tafardel, Secretario de un Ayuntamiento que poseía legalmente la casa parroquial y fijaba su alquiler. Las cosas, planteadas así, daban la impresión de que todo estaba perdido, y, cuando parecía que no había más que esperar la aparición de la más desaforada violencia, un personaje que hasta aquel momento había pasado inadvertido, haciendo gala de una maestría tan brillante como oportuna, condujo la discusión con una firmeza de la que nadie le hubiera creído capaz.

Desde la llegada de Tafardel, Oscar de Saint-Choul se estremecía de contento.

Aquel gentilhombre poco conocido estaba dotado de un auténtico talento para el arte de elaborar infatigablemente una sucesión de frases solemnes y gradilocuentes, de tal modo esmaltadas de incisos, que al desdichado que se veía

sometido a esa dialéctica se le extraviaba el pensamiento en los meandros del razonamiento "saint-choulien", donde acababa por quedar aprisionado. Desgraciadamente, hostigado siempre por una suegra que trataba a la gente a latigazos y condenado al silencio por una esposa desabrida cuya abundancia corporal lo encadenaba, Oscar de Saint-Choul rara vez tenía ocasión de demostrar su valía. Y esto le hacía sufrir. Cuando Tafardel pronunció las primeras palabras, Oscar comprendió que el azar ponía en su camino a un rudo luchador, un charlatán a su medida con el que le agradaría enzarzarse en una larga controversia. Así pues, con una abundancia de saliva que solía presagiar su aflujo verbal, acechaba la menor fisura que ofrecieran sus respuestas para arremeter contra el tenaz polemista y acapararlo en provecho propio. Finalmente, después de la réplica de la baronesa, se produjo un silencio. Inmediatamente, Saint-Choul avanzó dos pasos. —Si me permiten —dijo—, tengo algo que decir. Soy Oscar de Saint-Choul, señor. Y usted, ¿quién es?

—Ernest Tafardel. Pero yo no conozco a ningún santo, ciudadano Choul.

—Como usted quiera, mi querido *De* Tafardel.

Es difícil creerlo, pero esta partícula, deslizada por un hombre que la poseía por razón de herencia, actuó a modo de bálsamo en el amor propio del maestro. De tal modo le dispuso favorablemente hacia Saint-Choul, que éste se permitió tomar de nuevo la iniciativa:

—Me permito intervenir, mi querido *De* Tafardel, porque al punto a que nos han llevado dos doctrinas igualmente respetables, que tienen las dos sus regiones sublimes y sus... ¿cómo lo diría...? sus zonas de falibilidad humana, se me antoja que hace sentirse la necesidad de un mediador imparcial. Saludo en usted, probo funcionario, a un digno ejemplo de esta noble pléyade de educadores que asumen la delicada tarea de formar las nuevas generaciones. Saludo en usted a la encarnación del más puro espíritu primario en lo que tiene de fundamental y... ¿cómo lo diría...? de granítico, sí, de granítico, pues sobre esa roca indestructible descansan los cimientos de la nación, de nuestro querido país, remozado por grandes corrientes populares, que yo me guardaré de aprobar sin reservas, pero que asimismo me guardaré muy bien de negar su aportación, porque desde hace un siglo han ilustrado magníficamente el gran libro del genio francés. Por esto no vacilo, maestros republicanos y librepensadores, en proclamaros un cuerpo hereditario. Nada de lo que es hereditario puede sernos indiferente. Por este título, mi querido amigo, es usted de los nuestros: un aristócrata del pensamiento. Déme usted la mano. Sellemos un pacto por encima de los partidos, con el solo deseo de contribuir a nuestro mutuo perfeccionamiento.

A punto de ceder a aquel hombre amable, Tafardel, preocupado, quiso remachar sus convicciones:

—Yo soy discípulo de Rousseau, de Mirabeau y de Robespierre. Tengo que recordárselo, ciudadano.

Oscar de Saint-Choul, que se había adelantado, recibió a boca de jarro una fuerte tufarada de vino. Diose cuenta entonces que la elocuencia del maestro ofrecía serios peligros y que sería mejor no afrontarla en un lugar cerrado.

—Todas las opiniones sinceras se justifican —dijo—. Pero más valdría que fuésemos a tomar el aire. Fuera estaremos más cómodos. Dentro de poco estaré con usted, baronesa.

—Tengo algo que comunicar al señor Ponosse —objetó el maestro.

—Mi querido *De* Tafardel —dijo Saint-Choul llevándose con él—, sospecho de qué se trata. Usted me lo dirá a mí. Yo seré su intérprete.

Poco después, la baronesa los encontró delante de la iglesia, enfrascados en animada conversación, visiblemente encantados el uno del otro. Oscar de Saint-Choul hacía uso de la palabra y acompañaba sus solemnes parrafadas balanceando el monóculo al extremo del hilo con un aplomo que su suegra desconocía. El tono de pedantería de su yerno la molestó. No admitía que Oscar dejara de ser un perfecto imbécil, dado que así lo había decidido ella. Cuando la baronesa había clasificado intelectual y socialmente a alguien, no quería desdecirse.

—Oscar, amigo mío —dijo desdeñosamente—, deja a ese individuo y ven. Nos marchamos.

No tuvo una sola mirada para el desdichado Tafardel, que, sin embargo, se disponía a saludarla. Porque el maestro se había dejado seducir por los distinguidos modales de Saint-Choul y por las lisonjas que éste le dirigía, como éstas:

—¡Qué diantre, mi querido amigo, en esta región de analfabetos, usted y yo representamos el elemento culto! En una palabra, la selección. ¡Seamos amigos! Y hágame usted el favor de venir uno de esos días al castillo. Se le tratará sin ninguna clase de ceremonias, como a un amigo íntimo, y discutiremos tranquilamente. Entre espíritus selectos, son convenientes las relaciones. Lo digo tanto por usted como por mí.

La humillante altivez de la baronesa tuvo la virtud de devolver al maestro su antiguo espíritu combativo, tanto más cuanto que por un momento se le ocurrió que había estado a punto de ser víctima de las falacias de aquella gente. ¿Acaso no había pensado, mientras escuchaba a Saint-Choul, en modificar, suavizándolo, su artículo de *El despertar vinícola*...! ¡Suavizar! Pues bien, sería más áspero y sazonaría su prosa con una alusión mordaz a aquella incorregible de Courtebiche.

—Ya verán cuando intervenga la Prensa —rezongó.

Así, pues, este encuentro, que hubiera podido conducir a un apaciguamiento, tuvo, por el contrario, el efecto de provocar una virulencia cuyas consecuencias habían de ser ruidosas.

En cuanto a la baronesa, había declarado a Ponosse su intención de hacerse cargo de los asuntos de la parroquia y sobre todo de entrevistarse con el arzobispo al menor incidente que se produjera. El cura de Clochemerle estaba aterrado.

Capítulo trece

Intermedios

—¿Usted por aquí, madame Nicolás? Dígame, ¿es cierto lo que me han contado? Es espantoso...

—Espantoso, puede usted decirlo, madame Fouache. ¡Espantoso!

—Me han dicho que el pobre Nicolás... ha recibido un mal golpe... en un lugar delicado...

—Desde luego, madame Fouache. Estoy muy preocupada

Acodada en el mostrador, tapándose la boca con la mano, madame Nicolás dio informes completos:

—Los tiene completamente morados —dijo a media voz—. Completamente morados por la violencia del golpe. El miserable pegó fuerte...

—¡Completamente morados! ¡Cielo santo, que me dice usted, madame Nicolás!

¡Qué mala gente hay por el mundo, Dios mío! ¡Completamente morados...!

—Y además hinchados...

—¿Que están hinchados?

Madame Nicolás juntó los puños cerrados figurando unas dimensiones gemelas verdaderamente aflictivas.

—Como esto...

Madame Fouache cerró a su vez los puños para tener una idea de esta deformidad que sobrepasaba los límites de lo imaginable.

—¡Como esto! —gimió la respetable estanquera, con una pena infinita—. ¡Es horrible lo que está diciendo, madame Nicolás...! ¿Los ha visto el doctor? ¿Qué dice? Por lo menos, Dios no quiera que su querido Nicolás quede lisiado. ¡Qué pérdida para la parroquia si un hombre tan apuesto como él no pudiera volver a la iglesia con su uniforme! Lo que yo le digo es que su prestancia ha sido siempre motivo de envidia. El domingo, nadie le quitaba ojo... Una vez, hace ya mucho tiempo, mi Adrien sufrió también un hinchazón en este sitio a causa de un esfuerzo excesivo. Pero, a Dios gracias, no tuvo consecuencias. Fue algo así como huevos de gallina y aún de los más pequeños... Mientras que usted... ¿Son así ha dicho? ¡Parece increíble, mi querida madame! Y Nicolás, ¿está muy postrado? ¿No habrá quedado impotente, como dicen... ?

—Tiene que estar sin moverse. En los hombres, ya lo sabe usted, ahí reside todo. Y como dice el doctor, cualquier cosa en ese sitio repercute en todo el cuerpo.

—¡Y que lo diga usted! Es curioso que, fuertes como son, tengan una parte del cuerpo tan frágil... ¿Cómo lo cuida usted?

—Pues, mire... Además de reposo absoluto, compresas y toda clase de potingues, ha de tenerlos envueltos con algodón, sin moverse. Le aseguro que tengo el corazón en un puño.

—Lo comprendo perfectamente, madame Nicolás. La compadezco de veras.

—Yo tenía ya mis preocupaciones, con mis varices y mi hernia. Y por si esto fuera poco, Nicolás, a pesar de su buen aspecto, tiene desarreglos de vientre y los ríñones delicados.

—¡A todos nos toca padecer en este valle de lágrimas! Pero, madame Nicolás, ¿va usted a estar de pie? Por favor, entre y siéntese. Tomará una taza de café conmigo y esto la reanimará un poco. Me hago cargo de que esa hinchazón la preocupe. ¿Completamente morados, ha dicho? Vamos, madame Nicolás, no se acobarde. Siéntese aquí. Dejaré la puerta abierta y así podré ver quién entra. No me dejan un momento tranquila, pero creo que podemos charlar un poco...

Madame Nicolás, mujer sin pizca de malicia, había ido a comprar tabaco para su marido y resultó víctima de las piadosas efusiones de madame Fouache, efusiones que los clochemerlinos juzgaban la expresión de los últimos refinamientos mundanos. Conceptuábase a la estanquera como persona de esmerada educación y de buena familia, caída súbitamente en desgracia a la muerte de un esposo

ejemplar y destinado a los más altos cargos administrativos. Madame Fouache hacía gala de una ternura que conmovía profundamente a las buenas mujeres y por esto su distinción inspiraba la más completa confianza. Nadie como ella en el pueblo estaba calificada para oírlo todo y aconsejar con moderación:

—¡La de cosas que he visto! —decía—. ¡Y en los salones de la mejor sociedad, querida! A pesar del lujo que allí reinaba, yo iba a los bailes de la Prefectura con la misma naturalidad que entra usted en mi estanco. ¡Ah, cómo ha cambiado todo! ¡Cuando pienso que me tuteaba con toda la gente de la Prefectura de mi tiempo y me veo ahora, en mi vejez, vendiendo tabaco! Puedo vanagloriarme de haber llegado muy alto, querida, y es muy triste pensar... ¡En fin, qué le vamos a hacer, es la vida! Como suele decirse: a mal tiempo buena cara.

Con estas palabras puede resumirse poco más o menos la leyenda que madame Fouache se había imaginado y procuraba divulgar. Claro está que había en ella no pocas exageraciones. En vida, Adrien Fouache fue, en efecto, funcionario de la Prefectura de Lyon, pero solamente como conserje. En el ejercicio de sus funciones, que asumió por espacio de veinte años, sobresalió por su infatigable resistencia en el juego de la malilla, su capacidad para beber una docena de absentas diarias y una estimable destreza en el billar, talentos que convertían a aquel hombre engalonado en el indispensable compañero de los chupatintas que frecuentaban el café. Y como, por su parte, madame Fouache se encargaba voluntariamente de los encargos amorosos de los oficinistas del escalafón y recibía, destinados a ellos, cartas femeninas que no eran de procedencia conyugal, el matrimonio Fouache, por dispensar muchos favores, gozaba de la estimación general. Cuando Fouache se sumió en el delirium tremens, para morir poco después, todo el mundo convino en que su triste fin era la consecuencia de sus leales servicios. Y se concedió un estanco a su viuda, poseedora, por otra parte, de secretos que hubieran causado irreparables estragos en más de veinte hogares.

Madame Fouache tomó posesión de la banqueta de Clochemerle con el empaque y la dignidad de una gran dama que acababa de sufrir crueles reveses. Poco a poco magnificó desmesuradamente su pasado. Ciertamente algunos de sus giros de frase, por demasiado vulgares, hubieran podido revelar su exceso de imaginación, pero en cuanto a los giros clásicos los clochemerlinos eran manifiestamente incompetentes y, por otra parte, su lenguaje poseía sus propias y genuinas sutilezas. Y como la vanidad local se sentía halagada, nadie puso en duda la esclarecida ascendencia de madame Fouache. Situada muy por encima de la mediocridad, madame Fouache recibía en depósito los secretos más delicados y procedía a su divulgación con discreción y buen tino.

Esta vez también, por mediación de la muy estimable estanquera, todas las mujeres de Clochemerle se enteraron pronto de la lamentable desgracia que afectaba a Nicolás en su parte más sensible. Su desdicha creó una gran corriente de compasión. Diez días más tarde, cuando el pertiguero reapareció en la calle Mayor, andando muy despacito y apoyándose en un bastón, las comadres, a espaldas de él, se decían de una ventana a otra levantando al cielo sus puños unidos:

—Así...

—¿Es posible?

—¡Cualquiera lo diría!

—¡Tiene usted razón, desde luego! ¡No quiero ni pensarlo!

—¡Debe de ser algo espantoso! —decía, más fuerte que las otras, Caroline Lalice, una mujerona del barrio bajo, con un suspiro de horror.

Pero nadie hacía caso de sus palabras, pues Caroline Lalice era la mujer más entrometida de Clochemerle, que había sido sorprendida más de cincuenta veces con el ojo pegado al agujero de una cerradura.

Las glándulas dolientes de Nicolás adquirieron una gran celebridad y sus nuevas dimensiones ocuparon muchas mentes femeninas. A través de palabras pronunciadas al azar y de glosas hábilmente dosificadas, madame Fouache

mantenía viva la atención. Hasta el día en que, dándose cuenta de que el interés de la gente se iba relajando, lanzó otra gran noticia:

—¡Y ahora se le despelleja la piel!

Así la opinión se apasionaba.

Por la sinuosa carretera, de una longitud de cuatro kilómetros, entre Clochemerle y el altivo castillo de los Courtebiche, que se levanta al borde del tupido bosque que le sirve de fondo, Rose Bivaque se dirige a pie al feudo de la baronesa. El castillo domina, arrogante, el valle, y por espacio de siglos las miradas de los humildes clochemerlinos se han elevado maquinalmente hacia la señorial mansión, a la que consideran como un parador intermedio en su trayecto hacia el cielo. Algo de este estado de ánimo sobrevivía en la mente de Rose Bivaque. La muchacha es sumisa y obediente hasta el punto que, entre tantas sumisiones como se le proponían de todas partes, no ha sabido cuáles preferir y cuáles desechar. De esta loable docilidad ha venido su vergüenza. Porque, sometida así a todos y a todo, se sometió ingenuamente a Claudius Brodequin, sin hacer distinciones entre esta sumisión y otras, ninguna de las cuales le ha causado la menor violencia. La pequeña Rose Bivaque es totalmente parecida a sus abuelas, las mujeres del medievo, insignificantes y pronto olvidadas, que a través de los siglos han pasado por este mismo valle de Clochemerle, donde han trabajado oscuramente, han parido y amamantado a sus hijos, han sufrido como bestias en el establo, sin discernimiento ni espíritu de rebeldía, y han abandonado este mundo, donde su presencia ha pasado inadvertida, sin haber comprendido nada o casi nada acerca de la inverosímil aventura que las había hecho nacer y vivir. Exactamente parecida a esas mujeres de tiempos pasados, la pequeña Rose Bivaque es, como ellas, de cortas entendederas, poco razonable, dócil a los hombres, a las influencias de la luna, a la rutina, y, por hábito de obediencia pasiva, a las reglas de la naturaleza y a las necesidades establecidas. No siente, pues, remordimientos ni inquietud alguna. Tal vez sí cierta sorpresa debida a las cosas sorprendentes que le ocurren, pero esta sorpresa cede al sentimiento de la fatalidad que ha llegado intacto hasta ella y que es uno de los sentimientos más fuertes de la Humanidad. Mientras camina, piensa: "Bueno, entonces..." y "¡Bueno, ya está hecho!", fórmulas que son los polos de sus esfuerzos intelectuales, a veces cortados por expresiones como: "¡Es curioso...!" y "De todas maneras no puedo hacer nada." Pero tampoco es seguro que la muchacha piense realmente. Esas palabras revelan mejor los titubeos de un pensamiento tan embrionario que ella no concibe el alcance que aquél pudiera tener. Rose Bivaque se siente invadida por agradables efluvios procedentes del cielo deslumbrador, del aire vivo, del sol, de la belleza de las cosas, pero estas sensaciones que su cuerpo experimenta no llevan a su mente ningún razonamiento. Ve a sus pies un escurridizo lagarto verde y dice: "¡Oh, qué lagarto más mono!" Cuando llega a una encrucijada, vacila y se decide "¡Ah, éste es el buen camino!" Suda y murmura: "¡Oh, qué calor!" Con estas exclamaciones ha expresado todo cuanto sabe acerca de los lagartos, del calor y de las vacilaciones. A la pequeña Rose Bivaque, que aún no ha cumplido los dieciocho años y que, todavía soltera, no tardará en ser madre, la gente la señala con el dedo y la tratan de estúpida. Pero al verla caminar sola por la carretera, fresca y alegre, dibujando una sonrisa en la que se reflejan la animalidad y la adolescencia, a mí me parece encantadora y casi bonita. Y adorablemente animosa, porque acata sumisa su destino, pues ella, que no sabe nada, sabe muy bien, y lo sabe de veras, que no se pueden hacer trampas con el sino humano, y que, quierase o no, se cumple plenamente el destino femenino cuando la muchacha se torna en mujer y colabora con toda su savia a la gran procreación del mundo. Esta campesina un poco rolliza, sólidamente construida para las labores que la esperan, con sus brazos fuertes, sus piernas firmes, sus anchas caderas y su pecho abultado, es graciosa a su manera y posee una belleza rústica. A quien la viera con mis ojos le sería difícil resistir el encanto de tan animoso candor y dejar de sonreírle y alentarla. Camina con paso tranquilo y resuelto, su rostro un poco vulgar se

ilumina con la augusta aureola de la obra que va cumpliéndose en ella. Es la propia juventud que camina con su insensato aplomo, su fuerza embrionaria y su inconsciencia juvenil, inconsciencia necesaria, pues, de no existir, nos encontraríamos con un mundo confiado a los viejos. La muchacha va siguiendo su camino, y es la eterna ilusión que pasa, y la ilusión es la verdad de los hombres, su pobre verdad. Sí, ánimo, Rose Bivaque, pequeña portadora de penas, de porvenir y de vida. Animo, que el camino es largo, y el trayecto es, al fin y al cabo, tan inútil... Rose Bivaque no siente remordimientos ni inquietud, pero cuando piensa que se encontrará pronto en presencia de la baronesa, experimenta una ligera turbación. Sin embargo, ha llegado al castillo, sube la imponente escalinata y es conducida hasta el umbral de un espacioso salón, más hermoso y más suntuoso que el interior de una iglesia. No se atreve a avanzar por el peligroso y brillante encerado. Una voz autoritaria le hace volver la cabeza.

—¿Es usted Rose Bivaque? —le pregunta la baronesa—. Acerquese, hija mía. Según me han dicho, ha sido Claudius Brodequin quien la ha puesto en este estado...

La joven pecadora, con el rostro encendido hasta las orejas, asiente:

—Sí, él ha sido, señora baronesa.

—¡Mi enhorabuena, señorita! Al parecer, no se muestra usted muy compungida. ¿Y qué le ha contado ese muchacho para seducirla? ¿Quiere usted explicármelo?

La explicación no está al alcance de las fuerzas de Rose Bivaque ni de sus medios de expresión. Y contesta :

—No me contó nada, señora baronesa...

—¿No le contó nada? ¡Esta sí que es buena! Entonces, ¿ cómo se explica... ?

Acorralada en sus últimas líneas de defensa, la muchacha enrojece aún más.

Luego, de la manera más sencilla y sincera que supo, explica cómo sucumbió:

—No me contó nada. Me hizo...

Esta respuesta, al recordarle los tiempos en que ella no gastaba muchos remilgos, desconcierta a la baronesa. No obstante, con tono severo, prosigue su interrogatorio:

—Así que le hizo... Le hizo porque usted le dejó hacer, tontuela.

—No pude impedírselo, señora baronesa —dice candorosamente la ex hija de María.

—¡Qué pava es! —exclama la castellana—. ¿Está usted, pues, dispuesta a complacer al primer tunante que se arrime a sus faldas? Míreme, señorita. Conteste.

A ese reproche, Rose Bivaque opone el acento de la convicción, y el sentimiento de decir la verdad le da ánimos:

—¡Oh, no, señora baronesa! No eran pocos los muchachos que me rondaban, pero yo no escuchaba a ninguno. Pero Claudius es distinto...

La baronesa reconoce el lenguaje de la pasión. Cierra los ojos sobre sus recuerdos, en los que tanto abundan debilidades semejantes que tampoco ella supo vencer, y cuando vuelve a abrirlos se desarruga su entrecejo. Con una ojeada de mujer experimentada, contempla sonriente a la regordeta y lozana Rose Bivaque.

—¡Criatura de Dios! —dice dándole una palmadita en la mejilla—. Y dígame, hija mía, ¿le ha hablado de matrimonio ese irresistible?

—Claudius está de acuerdo con todo, pero por culpa del viñedo de Bonne-Pente, Honoré y Mathurin no consiguen entenderse.

Rose Bivaque habla ahora con tono más firme. Además de la sumisión, la entereza es uno de los instintos primordiales que le han legado las mujeres de su raza.

A pesar de su juventud, Rose Bivaque conoce la importancia de una parcela de viña bien orientada, importancia que, en cambio, ignora la baronesa, demasiado encopetada para ocuparse de tales mezquindades. Es preciso que Rose Bivaque le explique la causa del litigio existente entre las dos familias, y lo hace llorando como una Magdalena. Mientras la escucha, la baronesa observa que el diluvio de lágrimas que baña el rostro de la muchacha no altera lo más mínimo sus facciones. "Edad feliz —piensa—. Si yo llorase de esta manera, daría asco verme. Para sufrir penas, se ha de ser joven..." Y concluye:

—Tranquilícese, hija mía. Hablaré claro a todos esos roñosos. Tendrá usted a su Claudius y también la viña. Se lo prometo.

Y añade para sus adentros:

"Decididamente, voy a tener que poner un poco de orden en este país de bribones."

Mira por última vez a Rose Bivaque, sencilla, sosegada, semejante a una rosa un poco mustia después de la lluvia. "¡En verdad que es una simpática bobalicona!"

Y al despedirla, le dice:

—Y yo seré la madrina. Pero en lo sucesivo, tenga usted cuidado, tontuela.

Sonríe y añade:

—De todos modos, eso no tiene importancia. Sólo es importante la primera vez. Y en el fondo, quizás es mejor hacerlo cuando se es joven. Las que han esperado demasiado tiempo no saben decidirse a dar este paso. Les es necesario a las mujeres cierto grado de inconsciencia...

Estas palabras no están destinadas ciertamente a Rose Bivaque, que se ha dirigido hacia la puerta y que, por otra parte, tampoco las comprendería. La joven sólo piensa en su Claudius. Han quedado en que éste la esperaría en la carretera, a mitad de camino del castillo al pueblo.

—¿Buenas noticias o malas noticias? —pregunta Claudius al punto de verla.

Rose Bivaque cuenta la entrevista a su manera y Claudius, que la tiene cogida a la altura del pecho, le da un beso en la mejilla.

—¿Estás contenta? —le pregunta.

—¡Oh, sí!

—Por haberme hecho caso, serás la primera en casarte.

—¡Contigo, Claudius! —responde Rose en un susurro. Se miran a los ojos. Son felices. El día es claro y luminoso, y el calor sofocante. El barómetro debe de marcar treinta grados a la sombra. Escuchan arrobados el concierto que los pájaros dan en honor suyo. Caminan en silencio. Y Claudius dice:

—Tres semanas más de buen tiempo, y el vino será muy bueno.

Hippolyte Foncimagne había cogido unas anginas. Este apuesto mocetón estaba delicado de la garganta. Hallábase recluso en casa desde hacía unos días, lo que tenía preocupada a Adèle Torbayon. No solamente preocupada, la verdad sea dicha, sino también alegre y presa de continuas tentaciones. Alegre, porque mientras Foncimagne se quedara en casa, dependía exclusivamente de ella y se veía privado de ajenas influencias femeninas, y tentada porque su huésped le inspiraba un cariñoso interés, que ella mantenía en secreto, del que participaban tanto el físico del escribano como un deseo de desquite respecto a Judith Toumignon, rival detestada y victoriosa. Era tal vez el ansia de venganza que anidaba en ella desde hacía unos años el principal motivo de su inclinación por Foncimagne. Muchas mujeres comprenderán este sentimiento.

Una mañana, mientras Arthur Torbayon se hallaba en la bodega atareado en envasar vino, Adèle Torbayon subió al cuarto de Hippolyte Foncimagne con una pócima caliente para gargarizar, preparada según las instrucciones del doctor Mouraille. ("No podía abandonar al muchacho. Si no tuviera más que a su Judith para cuidarlo, el pobre podría morirse.") Soplaban desde la víspera un ventarrón del sudoeste, presagiando una tormenta que no acababa de estallar. Todas las fibras encerradas de Adèle Torbayon reclamaban algo que pusiera fin a su malestar, a la angustia que le paralizaba las piernas y le oprimía el pecho. Era un deseo indeterminado y apremiante de llorar, de sentirse desamparada, de dar suspiros y proferir gritos inarticulados.

Entró en la habitación y se acercó al lecho donde, doliente, Foncimagne sentía renacer sus fuerzas bajo el estímulo de sueños febriles. La llegada de su patrona concretó tan oportunamente sus sueños que, con un gesto de niño caprichoso y enfermo que necesita mimos y zalemas, ciñó férreamente con sus brazos los muslos de Adèle Torbayon, que eran duros y esbeltos, propicios al manoseo. Adèle Torbayon sintió invadirle el cuerpo una dulce sensación de bienestar, como si la

tempestad, desatándose finalmente, refrescara su piel ardiente. Su indignación careció de fuerza:

—¡No lo piense ni un momento, señor Hippolyte! —exclamó con una severidad insuficiente.

—¡Al contrario, lo he pensado muy bien, hermosa Adèle! —replicó el taimado, que se aprovechaba de que su patrona tenía una de las manos ocupadas en sostener la bandeja, para sacar mejor partido de la situación.

Y a fin de demostrar que la opulenta hotelera llenaba su pensamiento, exhibió la prueba formal de que sus aseveraciones eran ciertas. En comparación, cualquier juramento hubiera sido deleznable. Presa de intensa turbación, la hostelera defendió el honor de Arthur Torbayon con razones improvisadas que, naturalmente, no convencieron al paciente.

—¡Hágase usted cargo, señor Hippolyte, que abajo está lleno de gente!

—Precisamente por eso, hermosa Adèle —dijo irresistiblemente el pérfido—. No debemos hacerlos esperar.

Con destreza, consiguió pasar el pestillo de la puerta, accesible desde la cabecera de la cama.

—¡No está bien, señor Hippolyte, que me encierre usted! —murmuró la posadera. Contando, por lo que pudiera ocurrir, con esta coartada, Adèle Torbayon, sin muchos remilgos, como comerciante que sabe el valor del tiempo, se dejó dulcemente convencer. Con su aire indiferente y su indumentaria adocenada, aquella mujer ocultaba brillantes aptitudes y excelentes sorpresas culturales que, tras largos días de dieta, el escribano apreció debidamente. La posadera experimentó asimismo un placer no menos completo. En lo concerniente a la práctica del amor, Foncimagne era un sabio. Sus modales eran delicados y al mismo tiempo convincentes y poseía, además, el arte de los matices, de las transiciones, la superior inventiva de los hombres que trabajan habitualmente con el cerebro. "La inteligencia se da a conocer en seguida —pensaba confusamente Adèle mientras experimentaba sus efectos. Y de pronto, una idea iluminó su subconsciente—: Y Arthur, que está embotellando vino..." Sí, este Foncimagne, con sus zalemas y sus embelesos, era muy distinto a Arthur Torbayon, hombre robusto y vigoroso sin duda, pero que no sabía utilizar su fuerza y que carecía, además, de fantasía.

—De todos modos —dijo más tarde Adèle en un raptó de tardía confesión, mientras se aplacaba la generosa resaca de su pecho—, nunca hubiera creído eso de usted, señor Hippolyte.

Estas palabras ambiguas podían interpretarse como elogio o como indulgente reprimenda. Pero Foncimagne se juzgaba a su vez sobradamente compensado para experimentar la menor inquietud. Este convencimiento le permitió expresarse con falsa modestia:

—¿De veras no se ha sentido usted defraudada, mi querida Adèle? —preguntó hipócritamente, como si quisiera excusarse y compadecerse de ella.

La posadera cayó en la trampa que le tendía la vanidad del escribano. Asombrada de que una cosa tanto tiempo diferida se hubiese consumado de una manera tan sencilla, invadía todo su ser una sensación de bienestar. Sentíase, además, agradecida y se expresó así:

—¡Oh, señor Hippolyte, en seguida se da una cuenta de que es usted un hombre instruido!

—¿Incluso para sostener un portaplumas?

—¡Qué tunante es usted! —exclamó cariñosa Adèle, acariciando los abundantes cabellos de su pupilo. Experimentaba ya una nueva desazón en sus flancos insólitamente removidos, pero el sentimiento del deber dominó su turbación. Hurtó su cuerpo a las superficiales caricias que, por cortesía, le prodigaba el escribano, y cogiendo la bandeja declaró:

—¡Tengo que volver abajo! Si los clientes llaman, Arthur tendrá que subir de la bodega...

Los dos sonrieron. Adèle, inclinándose sobre Foncimagne, tuvo una última efusión:

—¡Ah, bribón! ¿Me creerás si te digo que nunca había engañado a mi marido?

—¿Es una cosa tan horrible?

—Para mí, era una montaña. ¡Qué curioso!

Y mirando por última vez al escribano, la buena posadera salió de la habitación y cerró suavemente la puerta tras de sí.

Una vez solo, Foncimagne se entregó nuevamente a sus ensueños que aquel reciente episodio, al introducir una deliciosa variedad en su vida, había enriquecido considerablemente. Se veía dueño de las dos mujeres más bellas de Clochemerle que, por otra parte, se odiaban mortalmente, lo que añadía sal y pimienta a su hazaña. Agradeció al destino que le hubiera procurado tan fácilmente estas dos brillantes victorias. Dejando a un lado el destino, que de todos modos no había sido el principal artífice del triunfo, reconoció que la mayor parte del éxito alcanzado se debía a sí mismo, y este convencimiento le deparó una satisfacción exquisita. Luego se puso a comparar los méritos respectivos de las dos condescendientes mujeres. Aun cuando sus polos de atracción estuviesen diferentemente distribuidos y ofrecieran, según se tratara de una o de otra, caracteres netamente distintos de acuerdo con la forma y el reparto de los volúmenes, ambas mujeres gozaban de atractivos y estaban espléndidamente dotadas. Judith era tal vez más ardiente, imbuida de un mayor espíritu de colaboración, pero la felina pasividad de Adèle no carecía tampoco de seducción. Sea lo que fuere, ambas eran de una absoluta buena fe y su modo de ser exigía, sobre todo a causa de los vecinos, una gran cautela y moderación. Foncimagne se congratuló de que una fuese deslumbrantemente rubia y la otra tan tenebrosamente morena. Esta disparidad sería, sin duda, un excelente estimulante, pues el contraste, al romper la monotonía de unas relaciones ya antiguas, le prestaría un nuevo encanto. Después del placer experimentado con Adèle, Foncimagne se daba cuenta de lo encariñado que estaba con Judith. Pero este cariño no era obstáculo para que sintiera hacia Adèle un vivo agradecimiento, siendo así que, mientras se aburría en su cuarto y estaba cansado de leer, la hostelera se había entregado y en un momento propicio. Una ligera lasitud lo invadió, restituyéndole la preciosa necesidad de sueño, que le desazonaba hacía cuarenta y ocho horas. Pensó que podría descabezar un sueñecito antes de hacer los gargarismos de la tarde, que Adèle tenía que traerle a eso de las cuatro. Imaginó nuevas formas de acometerla, que valoraran las partes de aquel opulento cuerpo que la primera vez había desestimado. La posesión sólo es completa a la larga y cuando se ha experimentado en todas sus formas. Antes de formarse una opinión definitiva, convenía, pues, desarrollar activa y ampliamente la experiencia. Cerró los ojos y pensando en las múltiples iniciativas que exigía tan sugestiva tarea se dibujó en sus labios una inefable sonrisa.

— Adèle... Qué apetitosa está... —murmuró tiernamente.

Fue su último pensamiento. Se olvidó de su dolor de garganta y se durmió profundamente, con ese bienestar interior que proporciona una conciencia tranquila, unida a la cabeza de los sentidos.

Al volver abajo, todavía envanecida de la distinguida voluptuosidad que acababa de dispensarle el bello escribano, Adèle Torbayon se apostó en el umbral de su casa. En frente, Judith Toumignon se hallaba también a la puerta de su establecimiento. Las miradas de las dos mujeres se cruzaron. Judith Toumignon se quedó estupefacta ante la nueva expresión de su enemiga. No era el aire rencoroso de una mujer ultrajada que no ha podido lograr el desquite, sino el continente de despectiva indulgencia del vencedor hacia su vencido. La burlona sonrisa de triunfo que se dibujó en los labios de la posadera y la especie de dichosa languidez que irradiaba de todo su ser, hicieron concebir a Judith Toumignon una atroz sospecha. Reconocía en la actitud de su rival síntomas de ese gozo interior que le permitía a ella apiadarse a veces de las otras mujeres. No había duda, pues, acerca de las causas de aquel fulgor especial del que ella solía resplandecer. Retrocedió hacia el interior del establecimiento disimulándose a la vista de Adèle Torbayon, y miró fijamente la ventana del cuarto de Foncimagne, esperando angustiada que su amante, descorriendo ligeramente las cortinillas, atestiguara que le seguía

guardando fidelidad como solía hacerlo varias veces al día cuando no podían encontrarse. Pero Foncimagne dormía profundamente y soñaba con mujeres de una admirable variedad que sabían reconocer ardorosamente una competencia amorosa que no tenía igual en Clochemerle. La bella Judith experimentó el horrible sufrimiento que produce la traición presentida. Entre ella y su amante, sólo separados por unos metros, se alzaban todos los impedimentos del amor prohibido. Esto le impedía franquear aquel espacio para obtener las seguridades cuya necesidad le desgarraba el alma. Muchas veces en el transcurso del día vio en el rostro de Adèle Torbayon la misma intencionada sonrisa. Su corazón sangraba. —Si fuera verdad... Pero yo lo sabré. Proyectos de venganza se agitaban en su alma, tan crueles que incluso su hermosura, habitualmente serena, se alteró.

Capítulo catorce

Un viento de locura

- ¿Una qué, dice usted?
- Una chinche, señora. Una chinche casera, esto es lo que es usted.
- ¿Quiere saber lo que pienso de usted?
- En todo caso, yo no soy una cochina con los hombres como usted.
- Si los hombres no la han tocado nunca, no es su virtud lo que les ha detenido sino su fealdad. Y va usted a reventar, pobre Putet, con tanta virtud conservada en naftalina.
- Y usted reventará en el hospital de una sucia enfermedad en el vientre.
- Pero yo no la habré cogido yendo tras de los curas. Conozco sus manejos, asquerosa.
- ¿Qué está diciendo esa chiflada?
- Escúchela, Babette Manopoux. Escuche a esa rata de sacristía. No puede pasar por el lado de la gente sin insultar.
- Toda la vida se ha alimentado de cuentas de rosario. Y, claro, le hacen el mismo efecto que las judías. Ahora le salen por el trasero.
- Siga usted su camino, chismosa. Y tenga usted cuidado con los vagabundos, no sea que le hagan un bonito obsequio.
- Más que satisfecha estarías, Putet, si los vagabundos hicieran caso de tu carne podrida. Pero antes de tocar tu carroña, los vagabundos preferirían sin duda atormentarse solos detrás de un seto.
- ¿Qué están ustedes discutiendo?
- Llega usted a punto, madame Poipanel. Imagínese usted que esa birria incapaz de alterar la sangre de un hombre, nos está tratando de chinches.
- Pues yo les digo a ustedes que no son más que un hatajo de hurgabraguetas. Y las desprecio.
- La verdad es que los hombres no nos han hecho nunca ningún daño. Tan cierto, pobre Putet, como no te han dado a ti ninguna satisfacción. Esta es tu pena.
- ¡Busconas!
- ¡Desnalgada!
- He oído palabras desagradables, señoras, he cerrado el estanco y me he apresurado a venir... Como decía mi Adrien, hoy...
- Es otra vez la Putet, madame Fouache. ¡Está como loca!
- No estoy loca. Pero se las he cantado claras a esa mujerzuela.
- Ha tenido la suerte de que Toumignon no estuviera aquí.
- ¡Bastante castigo tiene con esa virtud que no puede despachar ni a precio de saldo!
- Lo que yo quisiera saber, señoras, es la causa de este *escándalo* y de esta aglomeración en la vía pública, y esta bulla, y esta gritería...
- Llega usted como bajado del cielo, señor Cudoine...
- Ha sido la Toumignon, señor brigada. Cuando yo pasaba...
- La Putet, señor Cudoine, sin que yo le dijera nada...
- ¡Miente usted, señora!
- ¡La que miente es usted!
- No me dejaré tratar de embustera por una cualquiera que es la vergüenza...
- Ya oye usted a esa zorra celosa, señor Cudoine...
- ¡Podrida!
- ¡Buscadora de sotanas!
- ¡Es usted una patas por alto!
- ¡Y usted una métomeldedo!
- ¡Y usted una sobada!
- ¡Una enferma por no estarlo!
- ¡Culona!

—¡Desnalgada!
 —¡Buscona!
 —¡Asquerosa!
 —¡Bueno, basta!
 —¡No le tengo miedo, podrida!
 —¡He aquí cómo me trata!
 —¡Ya la oye usted, señor Cudoine!
 —¡Esto no puede continuar!
 —¡Hay que encerrarla!
 —¡Me insulta cuando paso!
 —Yo no le decía nada a esa vieja loca...
 —¡Golfá!
 —¡Piojosa!
 —¡Basta! ¿Vais a callar las dos de una vez? ¿Queréis que llame a la policía?
 —Ha sido ella, señor Cudoine, esa víbora...
 —¡Cállese!
 —Señor Cudoine, la Toumignon no hace más que...
 —¡Cállese, digo! Cierre el pico y despeje la vía pública. Váyase a su casa. Y la próxima vez que vuelva a encontrarla...
 —No he sido yo, señor brigada...
 —¿La oyen a esa bruja de sacristía? Usted estaba presente, Babette Manopoux, y puede decir que...

Con mano firme, el brigada Cudoine agarró el flaco brazo de Justine Putet y la condujo al callejón de los Frailes, amenazándola con encarcelarla si no se callaba. Las otras mujeres se refugiaron en las "Galleries Beaujolaises" para comentar este vivo incidente. En esta reunión, madame Fouache brilló particularmente.

—¡Haber llegado a mis años —decía— para presenciar espectáculos tan execrables! ¡Cuando pienso que durante mi juventud me codeé con personas de la más alta sociedad, gente educada que nunca elevaba el tono de voz y tan cortés que le pedían a una perdón por rozarle el vestido o pasarle delante! ¡Qué tiempos aquéllos! Siempre "¡Muchas gracias!" a flor de labio y "Mi querida madame Fouache" por aquí y "Mi querida madame Fouache" por allá, y todas las delicadezas imaginables, sin contar con los pequeños regalos... ¡Tener que oír estas cosas en mi vejez, después de haber sido respetada como una princesa y haber disfrutado de coches de caballos todas las mañanas, que la esperaban a una a la puerta, con cocheros ataviados cómo ministros y luciendo una botonadura reluciente como el sol! No cabe duda de que la guerra ha cambiado a todo el mundo...

Apenas apaciguada la disputa de las "Galleries Beaujolaises", suscitóse otro altercado a cincuenta metros escasos, en el barrio bajo del pueblo. Oíanse cosas así:

—¿Acaso ha sido usted la que ha contado esos chismes que Babette Manopoux se encarga de repetir por todas partes? ¿Ha sido usted o no?
 —No, madame, no he sido yo. Y le ruego que mida sus palabras.
 —Así que la mentirosa soy yo, ¿verdad?
 —Usted lo ha dicho, madame.
 —¿Y es usted quien dice siempre la verdad?
 —Ni más ni menos, madame.
 —Sería ésta la primera vez que usted no mintiera. ¡Sí, la primera vez, liosa!
 —¡Basta, madame! Será mejor que se calle. Y, si no, alguien la obligará a hacerlo.
 —¡Vaya con la chismosa esa...! De sobra la conocemos, madame.
 —Usted lo ha dicho. Todo el mundo sabe perfectamente quién soy, madame.
 —No en lo que se refiere a su honor.
 —A mi honor, al contrario. Perfectamente, madame.
 —¿Qué le dijo usted a la Toinette Nunant? ¿Acaso no fue usted?
 —Usted lo ha dicho, madame. No era yo.
 —¿Ni tampoco a la Berthe y a la Marie-Jeanne?

—No, madame. Usted lo ha dicho.
 —Y la que estaba con Beausoleil en el bosque de Fond-Moussu, ¿tampoco era usted?
 —¿Con quién estaba usted en el bosque para haberlo visto tan bien?
 —¿Y el golpe del mercado, donde robó usted tres quesos de leche de cabra?
 —¡Oh, basta ya! ¡Ya tengo bastante!
 —Lo mismo le digo. ¡Hace tiempo que debería haber terminado todo esto!
 —¡Usted lo ha dicho, madame! Esto debe terminar.
 —Ya encontraré el medio de hacerle cerrar el pico. Le alisaré la cara con mi plancha eléctrica.
 —¿Usted sola?
 —Sí, yo sola, y pronto. Y haré callar su lengua que sólo sirve para lamer los retretes.
 —Acerquese usted, gallina.
 —No se atreve usted, ¿verdad?
 —Acerquese, le digo.
 —No es el miedo lo que me detiene.
 —Pero no se atreve a dar un paso.
 —Temería ensuciarme, madame, solamente al tocar cierta clase de gentuza. Sí, eso es, no quiero ensuciarme.
 —¡Un poco más de mugre le tendría a usted sin cuidado, marrana!
 —Lo que yo le digo, madame, es que no me pondría desnuda en la cocina, como hacen algunas, para que las vean los vecinos.
 —¡No sería bonito que lavara usted los platos desnuda, con las dos alforjas vacías que le cuelgan hasta el ombligo! ¡Y todavía se atreve usted a hablar! Que yo la encuentre otra vez chismorreando, vieja zorra, y verá...
 Este era el grado de violencia que alcanzaban las escenas en la calle, y estas escenas eran frecuentes desde hacía unos días. Un viento de locura agitaba a los clochemerlinos. Pero es necesario hablar de los nuevos acontecimientos que los llevaban a apasionarse de aquel modo.

Siempre se ha creído en Clochemerle que el notario Girodot había desempeñado un papel tenebroso en la reparación de los disturbios que se produjeron después de la batalla de la iglesia, y que aquel hipócrita estaba confabulado con los jesuitas, cuyas directrices de acción seguía el cura párroco de Montéjour. De todos modos, nada logró probarse, y las cosas pueden explicarse de distintas maneras sin necesidad de mezclar en ello a los jesuitas. Sin embargo, parece bastante verosímil que el notario Girodot jugara un papel preponderante en el fomento de los disturbios, aunque de una manera que no puede precisarse, movido por el odio que sentía contra Barthélemy Piéchut, a quien no perdonaba que fuera el primer ciudadano de Clochemerle. Oficial ministerial y diplomado, Girodot pensaba para sus adentros que por méritos propios la alcaldía le correspondía a él y no a un campesino. Tal era el calificativo que aplicaba a Piéchut, a quien, por otra parte, trataba amistosamente. Pero el alcalde no se dejaba seducir y confiaba los mejores asuntos a un notario de las cercanías.

En Montéjour, lugar de dos mil habitantes, distante seis kilómetros de Clochemerle, al que le unía una accidentada carretera, había un párroco muy activo y una juventud belicosa que el cura encuadró en un batallón de "Juventudes Católicas". La turbulencia de aquellos muchachos de catorce a dieciocho años estaba orientada hacia las luchas políticas beneficiosas para la Iglesia. Existía, además, entre Montéjour y Clochemerle una antigua rivalidad que se remontaba a 1912 y cuyo origen se debía a la excesiva osadía, con que los mozos de Clochemerle habían tratado a las muchachas de Montéjour, en ocasión de la Fiesta Mayor de este último pueblo. De aquellas contiendas solían salir vencedores los clochemerlinos, no porque fuesen los más fuertes, sino porque eran más ingeniosos, más astutos, haciendo de la doblez y la deslealtad un uso más oportuno y decisivo. Por las bribonadas que cometían en sus encuentros atestiguaban una especie de genio

militar, producto, probablemente, del cruce de razas que se había operado en aquellas regiones tan a menudo ocupadas por fuerzas invasoras. Los montejourinos tomaban muy a pecho que su mala fe fuese siempre superada por la mala fe, más sutil, de los clochemerlinos, que eran maestros en el arte de atraer a sus enemigos a emboscadas donde ellos les vapuleaban como les venía en gana aprovechando su superioridad numérica, que tal es el objetivo que suele perseguir la estrategia, objetivo que ni el propio Napoleón se atrevió a desdeñar. Los montejourinos se lanzaban a la pelea bajo los pliegues de una bandera bendecida. Figurábanse, por tanto, ser soldados de una cruzada divina y por ello les sulfuraba volver a sus casas con la cabeza abollada por los herejes. Claro que contaban haber abandonado en las zanjales a numerosos clochemerlinos puestos fuera de combate, pero esas aseveraciones, que dejaban el honor a salvo, no satisfacían su amor propio lastimado. De ahí que los montejourinos estaban dispuestos a intervenir en los asuntos referentes a Clochemerle a condición de hacerlo sin arriesgarse demasiado, pues estos celosos centuriones experimentaban una viva repugnancia por los garrotes y los zapatos claveteados de los robustos clochemerlinos.

Los montejourinos efectuaron varias incursiones nocturnas a Clochemerle. Nadie les vio llegar ni partir, pero algunos habitantes del lugar oyeron rumor de voces y apresurado rodar de bicicletas, que debían de coincidir con la fuga de los malhechores. A la mañana siguiente descubríanse las huellas de su paso en forma de inscripciones injuriosas en la puerta de la casa del alcalde, de las "Galerías Beaujolaises" y del consultorio del doctor Mouraille, prueba evidente de que estaban bien informados. Una noche fueron destrozadas las tablillas de anuncios municipales y rotos los cristales del Ayuntamiento. Una mañana se encontró pintado de rojo el "poilu" del monumento a los muertos, orgullo de Clochemerle: una mujer joven, símbolo de la patria, posaba su mano sobre el hombro de un soldado de rostro enérgico que, cruzando la bayoneta, la amparaba con su cuerpo. El hecho de que una mañana apareciera encarnado en la plaza Mayor el "poilu" del monumento había de causar forzosamente una tremenda consternación. Una única exclamación resonó por las calles:

—¿Ha visto usted?

Todo Clochemerle tuvo el ánimo en suspenso. La contemplación de aquel soldado recién embadurnado con una capa de pintura encarnada movía a curiosidad, pero la cólera de los clochemerlinos fue incontenible. No se achacaba al color, que al fin y al cabo no era del todo feo, sino a la ofensa inferida. La pandilla de Fadet propuso pintarrajear de verde o de negro el monumento a los muertos de Montéjour, que representaba asimismo una Francia serena y un intrépido soldado. Pero aquella proposición no fue considerada como una reivindicación plausible. El Consejo se reunió con urgencia para deliberar. El doctor Mouraille dijo que el color rojo era signo de marcialidad y tenía, además, la ventaja de hacer más visible el monumento. Propuso que se conservara aquel color y que se aplicara con el mayor cuidado una segunda capa. Anselme Lamolire se opuso firmemente a aquella sugestión y explicó las razones morales de su oposición.

—El color rojo —dijo— es el color de la sangre, y no es prudente mezclar el recuerdo de la sangre con el de la guerra.

Los hombres caídos en la guerra había que representarlos muertos de una manera ideal, gloriosa y apacible, sin permitir que la evocación se viera empañada por ninguna figuración baja, vulgar o triste. Había que pensar en las generaciones jóvenes a las que convenía educar en el culto del tradicional y sonriente heroísmo del soldado francés que sabe morir dignamente y sin ninguna clase de aspavientos. En la guerra hay un modo de morir que es una virtud específicamente francesa, inimitable, y que es producto, ciertamente, de la idiosincrasia del espíritu nacional que, como es sabido, es el mejor del mundo. Esta supremacía, oportunamente subrayada, estremeció patrióticamente al Consejo. Lamolire pulverizó a su antagonista, el doctor Mouraille, con algunas consideraciones más, que le espetó a bocajarro:

—Es posible —dijo— que aquellos a quienes los centenares de miles de cadáveres han servido para encumbrarse, no sientan el menor respeto por nada. Pero no porque nosotros hayamos nacido en el campo debemos tener menos idealismo que los farsantes de la ciudad. Y hay que hacérselo ver.

La elocuencia que se basa en los hechos tiene siempre una gran fuerza de persuasión. Anselme Lamolire era el hombre indicado para hablar de los muertos en la guerra, en la cual había perdido tres sobrinos y un yerno. El mismo, al principio de la contienda, había actuado de guardavías durante cinco meses. Pertenecía a la categoría de las víctimas de la guerra ("Los que han muerto han tenido suerte; los desgraciados son los que han quedado con vida"). Su opinión mereció, pues, el beneplácito de los reunidos y se acordó recabar los servicios de un especialista que devolviera al monumento su color primitivo.

Pero hubo algo todavía más grave. Una noche, a eso de las tres de la madrugada, una formidable explosión sacudió a Clochemerle. Los prolongados ecos de la detonación hicieron creer en un principio que se trataba de un terremoto, por lo que los clochemerlinos se estuvieron quietos y preocupados en saber si seguían manteniéndose en posición horizontal en sus casas que aún conservaban la vertical. Después los más esforzados salieron a la calle. Un olor de pólvora les encaminó hacia el callejón de los Frailes y más tarde, al levantarse el día, se dieron cuenta de lo ocurrido. Una carga de dinamita colocada debajo del urinario había arrancado la marquesina, y una de las vidrieras de la iglesia aparecía destrozada por la acción de la metralla. Esta vez, el perjuicio alcanzó a los dos campos. Este acto vandálico provocó la indignación popular. El día siguiente, dos montejourinos sorprendidos en la carretera por una docena de bravos clochemerlinos fueron dejados por muertos. Entretanto, se produjeron otros escándalos que afectaban a personalidades de los dos campos, lo que contribuía aún más a conturbar los ánimos. Vamos a hablar de ello.

La joven sirvienta de los Girodot, una tal María Fouillavet, fue despedida un buen día sin remisión y sin indemnización de ninguna clase por haberse hecho culpable de ciertas empresas procaces con Raoul Girodot, alumno de los jesuitas. En realidad, resultaba difícil discernir las responsabilidades del delito, pues los dos delinquentes eran menores de edad: el hijo del notario tenía unos diecisiete años y la muchacha no había cumplido aún los diecinueve. Los pocos meses que llevaba ella al muchacho fueron suficientes para que la desgraciada se viera acusada de un crimen horrible por un padre virtuoso que montó en cólera al enterarse que su hijo, futuro oficial ministerial, se

acostaba con la criada. Sin embargo, había motivos para creer que la iniciativa de aquel estado de cosas, evidentemente incompatible con la decencia de la morada de un notario, había sido tomada por el joven Girodot, que prometía ser una buena pieza.

Con todo, Raoul Girodot podía esgrimir algunas bazas favorables. La primera, basada en la docilidad un poco estúpida de una joven sirvienta, contratada para todo e ignorante de hasta dónde llegaba la sumisión debida a los dueños. Para una muchacha sencilla y temerosa, procedente de un lugarejo de la alta montaña, la jerarquía y el orden social habían de ser, naturalmente, una cosa pavorosa.

Además, acosada en los rincones por un embaucador colegial que podía echarla a la calle, la moza había juzgado preferible someterse a unas caricias que le aseguraban, además de un protector, una distracción en su soledad, tanto más cuanto que en aquella casa todos la mandaban y la tenían atemorizada.

María Fouillavet no era hermosa, pero tenía un cutis rosado y una lozanía incitantes, y sobre todo, un pecho enormemente desarrollado cuya sola vista trastornaba a un muchacho sometido nueve meses al año a los rigores del internado y que se debatía día y noche en los tormentos de una pubertad imperiosa. En estas condiciones, pues, era fatal una aproximación entre la joven criada y el hijo del notario, que había ido a pasar sus vacaciones con el firme propósito de esclarecer algunos puntos que no figuran en el temario de los jesuitas.

María Fouillavet era la persona indicada para proporcionarle aquellos esclarecimientos. La muchacha lo hizo con la misma aplicación silenciosa con que llevaba a cabo sus quehaceres caseros y sin que por ello se permitiera ninguna familiaridad en el trato con su joven señor. Las inexperiencias conjugadas de los dos principiantes acabaron por dar un placentero resultado, del cual María Fouillavet sacaba modestamente el mejor partido que estaba a su alcance. A pesar de que el coeficiente de goce no fuera siempre equitativamente repartido, aquellos entretenimientos nocturnos aumentaron el afecto de la sirvienta hacia sus dueños, aunque con mengua de su rendimiento doméstico.

—Esa muchacha se ha despabilado desde fines de julio. La encuentro menos torpe —decía complacida la señora Girodot, que era una mujer difícil de contentar.

—Sí —respondía el notario—, parece que se ha hecho más mujer. Y también Raoul ha ganado desde hace algún tiempo. Se ha vuelto más reflexivo, más tranquilo. Se pasa muchos ratos leyendo, lo que antes no solía hacer, y no está en la calle todo el día como hacía otros años. Tengo la impresión de que vuelve más trabajador.

—Ya tiene edad para comprender ciertas cosas. Se le va formando el carácter. Sin embargo, estos supuestos progresos quedaron en agua de borrajas cuando se descubrió hasta qué punto había penetrado María Fouillavet en la intimidad de la familia y cuánto había contribuido a completar la educación de un hijo de notario. La echaron de la casa después de una escena jeremiaca, y la muchacha, con la mayor ingenuidad, contó por doquier la desgracia que le había ocurrido. Sus quejas fueron motivo de gran descrédito para la secta de los Girodot y el partido de la Iglesia.

—¡Esos Girodot son unos sinvergüenzas! —decía la gente.

—¡Guardan el rosario cerca de su bragueta!

Pero María, aun en su infortunio, sabía hacer distinciones :

—Es la mujer, la mala —explicaba—. Porque el señor era muy solícito conmigo. Siempre temía que estuviera enferma y me decía: "¡Ah, María, tienes unos pechos muy grandes y hermosos. Tienes que andar con cuidado, María, con mucho cuidado de que no les pase nada. ¿Te duelen cuando los cojo así?" El señor siempre me hacía estas preguntas cuando estábamos solos. Era muy atento conmigo y me decía que los pechos hay que resguardarlos bien porque de lo contrario pueden sobrevenir grandes males. Y para demostrar su amabilidad me introducía entre los senos un billete de cinco francos y a veces de diez francos, más abajo. "¡Esto es para la pequeña María, que tiene unos pechos tan hermosos!", me decía. Y sin que la señora lo supiera, me sacaba una buena mensualidad.

—¿Y Raoul, María?

—Me hizo suya sin preguntarme nada. Yo dormía, y antes de que tuviera fuerzas para defenderme, ya estaba todo terminado.

—¡Debieras de haber gritado, María!

—Me hubiese avergonzado de que la gente se enterara...

—¿Y después, María?

—¡Oh!, después, ya me fui acostumbrando y cada vez me molestaba menos.

—¿Te gustaba?

—Pues como no me quedaba otro camino, una vez empezado... Aunque me fatigaba mucho... De todos modos, no es todo bueno.

—Y Raoul, ¿se ensañaba mucho contigo?

—¡Oh, sí, era muy terco! Algunos días, sobre todo cuando hacía la colada, o los sábados que tenía que limpiar toda la casa, me moría de sueño. Entonces él se divertía solo, casi sin que yo me diera cuenta. Esto no me hacía nada...

Se señaló la desaparición de Clémentine Chavaigne, la rival en piedad de Justine Putet. Salió de su casa una tarde y el día siguiente aún no había vuelto, hecho sin precedentes por parte de aquella vieja solterona. Las vecinas se alarmaron y, acuciadas por la curiosidad y la vaga esperanza de un acontecimiento divertido, sentimientos más imperiosos que el de la caridad de que blasonaban, emprendieron toda clase de averiguaciones.

Se puso en claro que Clémentine Chavaigne había ido la víspera a casa de Poilphard a pedir unos consejos relativos a las molestias que le producía, según decían, un fibroma, excrescencia muy enojosa para su pudor. La solterona era una de las asiduas visitantes a la farmacia que soñaban con proporcionar nuevamente a Poilphard un hogar donde transcurrieran sus últimos años en una paz embellecida de oraciones. Cualquier pretexto le era bueno, incluso sus dolencias íntimas, para llamar la atención del viudo hacia un cuerpo injustamente desdeñado y capaz de un buen uso. Las pesquisas se orientaron, pues, en aquel sentido.

Se comprobó asimismo que Poilphard no había dado señales de vida desde la noche anterior. Acostumbrado ya a los repentinos eclipses de aquel hombre fantasmal, el mozo de la botica, sin preocuparse de la desaparición de su dueño, había cerrado el establecimiento a la hora reglamentaria, pues, por otra parte, solía llevarlo él solo.

La coincidencia entre las dos desapariciones daba otro alcance a la ausencia de Poilphard. El empleado creía, en efecto, haber visto entrar la víspera a Clémentine Chavaigne, pero no podía asegurar si había vuelto a salir. Le pidieron que subiera al piso de Poilphard, situado encima de la botica. A poco bajó y dijo a las mujeres.

—Suban ustedes. Me parece que ocurre algo raro...

En el pasillo se respiraba un penetrante olor de cera e incienso. Cuando llamaron a la puerta, se oyó detrás de ella un rumor de pasos y de muebles cambiados de sitio. Después les llegó a los oídos una voz furiosa, la voz de Poilphard, cambiada:

—¡Fuera, sepultureros del infierno!

A estas inquietantes expresiones siguió una estridente risotada, más inquietante todavía. Nadie en Clochemerle había oído nunca reír al farmacéutico. El mozo volvió a llamar:

—Soy yo, señor Poilphard —dijo—. ¡Soy yo, Basèphe!

—Basèphe ha muerto —respondió—. Todo el mundo ha muerto. ¡Sólo quedan los sepultureros del infierno!

—¿Ha visto usted a Clémentine Chavaigne, señor Poilphard?

—Ha muerto. ¡Muerto, muerto, muerto!

Y estalló una nueva y terrible risotada. La puerta seguía cerrada y se hizo el silencio. Las mujeres y el mozo, con gran turbación, bajaron a la botica para deliberar. Como en aquel momento pasara Beausoleil, lo llamaron y le explicaron lo sucedido.

—En un caso así, hay que llamar a Cudoine —opinó Beausoleil.

Fueron a buscar el brigada a la gendarmería y luego al cerrajero. Volvieron a subir con gran sigilo para forzar la puerta por sorpresa. Esta cedió fácilmente dejando ver un espectáculo muy extraño. El cuarto, con los postigos cerrados y corridas las cortinas, aparecía sumido en la oscuridad, pero a través de las tinieblas unos cirios brillaban alrededor del lecho y unas pastillas olorosas se consumían dentro de unas copas. Poilphard, postrado de hinojos en la alfombra, hallábase al pie de la cama, con la cabeza sepultada entre las manos y en una actitud de intensa congoja. Sobre la cama estaba tendida, inerte, Clémentine Chavaigne. La irrupción de los curiosos se produjo tan rápidamente que el farmacéutico no tuvo tiempo de salir de su ensimismamiento. Al oír ruido se levantó y aplicando el dedo índice a sus labios en demanda de silencio, les dijo dulcemente:

—¡Silencio! Está muerta. ¡Muerta, muerta, muerta! Lloro por ella y nunca más me apartaré de su lado.

—Si está muerta —observó Cudoine—, no la podemos dejar aquí.

Poilphard tuvo una sonrisa maliciosa.

—Voy a embalsamarla, mis queridos amigos. Y después la colocaré en el escarate.

Basèphe trató de hacer volver a su amo a la realidad, recordándole sus ocupaciones profesionales.

—Señor Poilphard, hay un cliente que pide ipecacuana. ¿Dónde la ha puesto usted?

El farmacéutico dirigió a su subalterno una mirada de conmiseración.

—¡Cretino! —murmuró simplemente.

Luego, con repentina furia, cogió un candelabro y avanzó hacia el grupo de curiosos. Enarbolando la flamante antorcha, parecía un arcángel tocado con un gorro rematado con una borla.

—¡Atrás, sacrilegos bergantes! —rugió—. ¡Atrás, sepultureros del infierno, cornudos disfrazados!

—No cabe duda de que se le ha trastornado el caletre —dijo el sensato Beausoleil. Se lanzaron sobre el desgraciado Poilphard, que pugnaba por desasirse de sus opresores, gritando:

—¡Mi bien amada ha muerto! ¡Muerto, muerto, muerto!

Lo ataron de pies y manos y lo bajaron a la botica, mientras una de las mujeres corría a buscar al doctor Mouraille para que atendiera a Clémentine Chavaigne. Mouraille se dio cuenta inmediatamente de que no estaba muerta, sino sumida solamente en una especie de letargo provocado por medios artificiales.

—Si supiera qué le ha dado —decía el médico ante el cuerpo inanimado de la solterona. Escudriñando el cuarto, descubrió sobre un velador dos tazas cuyo contenido hizo analizar a Basèphe. El análisis reveló la presencia de un poderoso soporífero. Saber qué tipo de narcótico había usado Poilphard resultó fácil una vez examinadas las existencias de una pequeña alacena cerrada con llave en la que se guardaban los tóxicos. Mouraille tomó inmediatamente las medidas que requería el caso.

Clémentine Chavaigne despertó, pues, en un habitación desconocida, atestada de mujeres inquietas y prodigiosamente interesadas, que esperaban sin duda sensacionales revelaciones.

—¿Dónde estoy? —preguntó la víctima con voz doliente.

—¿No se acuerda usted de nada?

—No, de nada.

—Quizá sea mejor así —susurró alguien con acritud. Era una observación de Justine Putet, una de las primeras en acudir a la farmacia, que, dirigiéndose a las mujeres que tenía al lado, añadió:

—Toda una noche encerrada con ese loco... Sólo pensar lo que haya podido ocurrir, se siente una horrorizada.

El lector está lo suficiente informado de las aberraciones de Poilphard para comprender que no había ocurrido nada irreparable. Sin embargo, la situación de la solterona podía despertar fundados recelos, pues habiendo permanecido sin sentido por espacio de catorce horas, no supo después cuál era exactamente su estado fisiológico. Hubiese precisado recurrir a la pericia de Mouraille, pero, temiendo lo peor, Clémentine Chavaigne no se atrevió a someterse a examen. Había de morir siete años más tarde a consecuencia de una intervención quirúrgica, sin haberse comprobado si seguía teniendo integralmente derecho al trato de señorita.

Poilphard hizo una cura de seis meses en una casa de salud, donde un neurólogo de la nueva escuela trató su subconsciente bajo el método de las confesiones progresivas. Acuciado a preguntas, la memoria del farmacéutico liberó su secreto. Había tenido su primera emoción sexual a los catorce años, al pie de la cama de una muerta, una hermosa prima suya de veintitrés años a la que amaba apasionadamente en secreto. El olor de las flores mezclado al del cadáver obró sobre sus jóvenes sentidos con una fuerza deliciosa, que sus oscuros instintos habían de buscar en lo sucesivo. Aquella confesión, arrancada en pequeñas dosis, lo curó completamente, hasta el punto que salió de la casa de salud con un suplemento de peso de doce kilos, una tez rosada y un semblante risueño. Reapareció en Clochemerle enriquecido con este feliz aspecto. Pero no tardó en darse cuenta de que, en lo sucesivo, los clochemerlinos lo pensarían mucho antes de confiarle el despacho de las recetas que les prescribiera. Fue a establecerse en una pequeña localidad de la Alta Saboya donde pasa todavía por un juerguista irresistible.

En cuanto a Clémentine Chavaigne no consiguió recobrar su reputación, pues su feroz enemiga Justine Putet, con una palabra que le dictó su genio perverso, eternizó el recuerdo de aquella noche deshonorosa. No le bastaba calumniar a su

rival caída en desgracia. Quería lanzarle al rostro el alcance de su desprecio. La ocasión había de proporcionársela una disputa que la otra procuró esquivar durante largo tiempo. Pero, finalmente, la paciencia de Clémentine llegó a su colmo. Y respondió. Esto era lo que esperaba Justine Putet.

—Me sorprende su orgullo —dijo la Putet— después de lo que usted se hizo hacer...

—¿Lo que yo me hice hacer? —replicó la Chavaigne aprestándose a la defensa.

Entonces la Putet le espetó públicamente esa terrible palabra:

—Todo el mundo está enterado, pobre Clémentine, que usted se hizo *poilphardar*.

"Hacerse *poilphardar*" es una expresión que ha pasado a formar parte del vocabulario de Clochemerle.

Capítulo quince

Un viento de locura (continuación)

Mientras todos estos acontecimientos seguían su tren precipitado, enredándose peligrosamente los unos con los otros, trastornando a las familias y las viejas y buenas costumbres que habían hecho desde hacía tres cuartos de siglo la felicidad de Clochemerle, el amor causaba estragos en un joven y tierno corazón en el cual había de sentar finalmente sus reales de una manera llamada a alcanzar una enorme resonancia, debido a la circunstancia de que aquel corazón latía en un pecho destinado, por su posición social, a ser pasto de la atención de todos los clochemerlinos. Esta es la desdicha de los vastagos de buena familia: no poder amar sencillamente, secretamente, humildemente si éste es el caso, como lo hacen sus semejantes de origen modesto cuyo cuerpo, dondequiera que vaya, no implica traslado de capitales ni matrimonios mal vistos por la parentela.

Detengámonos un instante en una delicada figura de muchacha, galana y recatada como la que más, con los raptos de vehemencia y las melancolías propias de su edad y en la que intensas exaltaciones alternan con profundas depresiones. Con todo, es una muchacha encantadora, siempre servicial y cariñosa. No parecen agitarla penas y esperanzas, que pasan fugazmente por su alma como las nubes en el cielo, y carece de esa gracia predestinada y ligera, esa dulce irradiación de que están dotadas las criaturas nacidas para amar sin reservas, las cuales, por haber venido al mundo llevando en sí una tímida y terrible docilidad que puede impelirlas a las peores rebeldías, ven la senda de su vocación tan pronto como aparece el ser al cual un presentimiento infalible les encadena de por vida.

Así era, a los veinte años, Hortense Girodot, con terribles ansias amorosas. Y hermosa, de una hermosura pictórica de sorpresas, de incentivos, en la que siempre se descubría algo inédito e inexplorado.

Produce extrañeza encontrar en este ambiente esa soñadora belleza y ese corazón palpitante, sobre todo si uno piensa en Hyacinthe Girodot y en su mujer, una pareja que sólo al verlos le era imposible a uno detener su pensamiento en los gestos de la concepción sin que quedaran afrentados por un deshonor que alcanzaba todo el género humano. Notoria, arrogante, marcada con una caparrosa a consecuencia de treinta años de una pereza intestinal irremediable, de escasos e hirsutos cabellos, ojos turbios, labios adornados con un bozo más que regular, pies de respetables dimensiones y una boca tan insinuante como la de un Judas de guardarropía, la linajuda dama Hyacinthe Girodot (nacida Philippine Tapoque, de los Tapoque-Dondelle, grandes figuras del ramo de ultramarinos de Dijon), sumamente orgullosa de sus privilegios, de su cuna, de su dote, de sus convicciones, de los retratos de familia d» su salón y de su talento en el piano y en el arte del pirograbado, era una mujer de aventajada estatura, desgarrada y cuya austera delgadez constituía un reto a los empeños voluptuosos más desinteresados y desalentaba, además, las más legítimas acometidas.

Era bastante más alta que el notario, hombre mezquino y un deplorable cómplice genésico, que, patizambo y de tórax escurrido, centraba toda su majestad en un abultado abdomen, que denotaba de tal modo en aquel cuerpo que hacía pensar más en un absceso que en una talega de vísceras. Su nariz larga y puntiaguda era una avanzadilla que recogía los olores fétidos con un sádico estremecimiento. Su rostro macilento y paternal aparecía amasado con una blanda masilla que se desparramaba sobre el solemne cuello postizo en nacidos colgajos que parecían cortados de la piel gris de un paquidermo. Pero los ojos amarillentos, de mirada páfida y acerada, bañados de un humor blancuzco, traslucían una firme energía que revelaban, tratárase de personas o de cosas, la utilidad monetaria que en cualquier ocasión había de reportar a su dueño. Esta pasión dominante influía de tal modo en su ánimo que a ella ajustaba su línea de conducta. Para expoliar al prójimo de una manera honorable, el mejor método consiste en aplicar las leyes

manejadas, claro está, por sagaces y respetados bribones. Girodot las conocía todas a la perfección. Sabía burlarlas y embrollar de tal modo las contradicciones de que están plagadas, que desafiaba a los expertos a que sacaran algo en limpio de sus legajos.

De cómo la candorosa y encantadora Hortense pudo nacer de aquellos dos monstruos de fealdad, agravada en la una por una presuntuosa estupidez burguesa, y por una infinita bellaquería en el otro, es cosa que no puede explicarse. Sería preciso, sin duda, invocar la espiritual fantasía de los átomos, hablar de un desquite de las células demasiado tiempo víctimas de apareamientos inmorales y que, cansadas de asociarse en detestables Girodot, se expansionaron un buen día en una Girodot adorable. Estas misteriosas alternativas constituyen la ley de un equilibrio que permiten al mundo perdurar sin sumirse en el más completo envilecimiento. Bajo el estercolero de las generaciones, los estigmas, las concupiscencias y los más bajos instintos, germinan a veces plantas exquisitas... Hortense Girodot, sin saberlo y sin que a su alrededor nadie se diera cuenta, era una de esas delicadas perfecciones que la naturaleza se complace en situar en medio de horribles seres humanos, como despliega su arco iris en prenda de su amistad fantástica por nuestra raza miserable.

En materia de hermosura, no podía establecerse comparación alguna entre Hortense Girodot y Judith Toumignon. Nadie las juzgaba rivales en seducción. Sus campos de acción eran muy distintos y los motivos en que se basaba su prestigio no se prestaban a confusión. Cada una encarnaba una personificación de la mujer en dos momentos de su vida: la primera nació para estar en su apogeo en el papel de muchacha y de novia, mientras la segunda había pasado sin transición de la adolescencia a una ubérrima y soberana plenitud cuya contemplación era de una singular eficacia para los hombres. La belleza carnosa y espectacular de Judith actuaba infaliblemente sobre los sentidos sin ningún equívoco sentimental, mientras que la belleza discreta y comedida de Hortense exigía paciencia y reclamaba la colaboración del alma. Concebíase a una en una acogedora y cínica desnudez, en tanto que algo había en la naturaleza de la otra que casi ahuyentaba los impudores de la imaginación.

No se podría describir mejor a Hortense Girodot que por medio de estas comparaciones. Uno puede figurársela, pues, dócil, graciosa, con cierto garbo a pesar de su abundancia de pulpa fresca, un poco reflexiva, con una sonrisa bonachona y los cabellos castaño oscuros que la absolvían de la excesiva fragilidad de las rubias y la salvaba al mismo tiempo de la altanera dureza de las morenas. Hortense Girodot amaba.

Amaba a un poeta joven y holgazán, llamado Denis Pommier, un muchacho entusiasta y jovial, aunque imbuido de quimeras. Denis Pommier era la desesperación de los suyos, cosa que suele ser la ocupación de los poetas durante su juventud, de los artistas e incluso de los genios cuando su numen tarda en manifestarse. Con la firma de Denis Pommier aparecían, de vez en cuando en efímeras revistas, extraños poemas cuya disposición tipográfica, fantasiosa en extremo, constituía su mayor encanto. El no se proponía engañar a nadie. Decía que escribía para los ojos y soñaba con fundar la escuela *sugestionista*. Sin embargo, después de haber descubierto que la poesía no es, en la época actual, un medio adecuado para mover a las masas, acababa de modificar el emplazamiento de las baterías. Era ambicioso, ardiente, tenía una gran confianza en sí mismo, estaba dotado de una gran fuerza persuasiva y sabía interesar a las mujeres. Joven aún, se había fijado, para alcanzar la notoriedad, un plazo que expiraba a sus veinticinco años, pero, al cumplirlos, decidió concederse una moratoria hasta los treinta. Estimaba que el que no ha conquistado la gloria a los treinta años no tiene ninguna razón para permanecer en este mundo. Partiendo de este principio, estaba entregado a arduos trabajos: una novela cíclica cuyo número de volúmenes no había determinado todavía, una tragedia en verso (género que exigía una renovación) y tres comedias. Proponíase también, a modo de descanso y solaz,

escribir algunas novelas policíacas. Pero este género literario exigía, a su juicio, el empleo de un dictáfono, aparato que requería una considerable suma de dinero. La actividad intelectual de Denis Pommier era bastante singular. En la cubierta de algunos cuadernos había escrito los títulos de sus obras, y esperaba, paseándose por el campo, el instante de la inspiración. Pensaba que la obra de arte debe escribirse bajo el dictado de los dioses, casi sin enmendarla, y sin esfuerzos que echarían a perder su calidad.

Después de una larga estancia en Lyon, bajo el pretexto de estudios, Denis Pommier se había instalado de nuevo en Clochemerle. En el pueblo, con la excusa de sus trabajos literarios, vivía a expensas de su familia, que le tenía por un inútil destinado a ser la deshonra de una casta laboriosa de pequeños propietarios. Por lo dicho, se comprenderá que disponía de tiempo sobrado para cortejar a Hortense Girodot y abrumarla con poéticas epístolas que dejaban honda huella en aquella tierna naturaleza. Resultaría ocioso entrar en el detalle de las argucias que Hortense y Denis empleaban para verse y escribirse. Cuando un galán le ilumina el espíritu, la muchacha más recatada descubre en sí misma insospechadas dotes de inventiva. En su casa, y en varias ocasiones, Hortense había deslizado en la conversación el nombre de Denis Pommier. Las indignadas reacciones de los Girodot le dieron a entender que no había la más remota posibilidad de que pudiera unirse en matrimonio con su preferido. Por el contrario, pronto la apremiaron para que se casara con Gustave Lagache, hijo de un amigo de Girodot, en quien éste veía un posible colaborador que él formaría a su manera. En su desesperación, Hortense confió sus penas al que ella consideraba su prometido.

Todo se le antojaba fácil a aquel poeta que se ruteaba con los dioses y gozaba de la confianza de las musas. Disponía del porvenir a su antojo y no tenía la menor duda de que le estaba reservando un gran destino. Su familia hallábase dispuesta a sacrificar una decena de miles de francos para que probara fortuna en París y no oír hablar más de él. Aquellos diez mil francos, sumados a los que Hortense podría sacar de la venta de algunas joyas, eran suficientes para los gastos de una aventura que Denis Pommier imaginaba como la senda maravillosa de la gloria. Decidió raptar a Hortense y venció su resistencia liberándola por sorpresa de su doncellez, en un momento en que la había sumergido progresivamente en un estado de dulce arrobamiento con la lectura de algunas novelas amorosas, hábilmente escogidas. Aquello se produjo en un abrir y cerrar de ojos, en plena campiña, un día en que la hija del notario iba a Villefranche a tomar su lección de piano. La confiada Hortense fue hecha mujer sin soltar su cartera de música, lo que le ahorró toda aprensión. Y como su pudor, puesto sobre aviso demasiado tarde, no podía tener efectos retroactivos y, por añadidura, toda reparación era imposible, tomó la decisión de someterse al hecho consumado y descansó amorosamente su mejilla en el hombro de Denis Pommier. Este declaró, sonriendo, que se sentía muy contento, feliz y orgulloso y, para recompensarla, le recitó su último poema. Le dijo después que aquella desenvoltura formaba parte de las tradiciones del Olimpo, que son las mejores para los poetas y sus amantes, que no pueden obrar como los demás mortales. Hortense, que sólo anhelaba creerle, le creyó, en efecto, con los ojos cerrados, lo que aprovechó el tunante para abusar de nuevo de sus prerrogativas, con objeto de "tener la certeza de que no había soñado", como dijo gentilmente en el momento de la incontinencia. Hortense, cuyas facultades anímicas se iban evaporando, se preguntaba asimismo si estaba soñando. Más tarde, al volver sola, se extrañaba de que el destino de las muchachas pudiera determinarse sin previo aviso y de que las jóvenes tengan tan rápidamente la revelación de un misterio que las madres dicen que es terrible. A partir de aquel momento Hortense tuvo la convicción de que su vida estaba unida para siempre a la del osado pionero de su carne, que con un aire de tranquilizadora despreocupación sabía tomar todas las iniciativas y aceptar sus consecuencias. Una orden suya, una simple sugestión, y ella le seguiría hasta el fin del mundo.

Una noche de setiembre, los moradores de la parte alta del pueblo despertaron sobresaltados al ruido de un disparo, seguido del estrépito producido por el escape libre de una motocicleta que arrancaba a una marcha endiablada. Los clochemerlinos que tuvieron tiempo de entreabrir sus postigos vieron pasar un "side-car" que, despidiendo llamaradas, descendía temerariamente por la calle Mayor. Su ruido infernal rebotó mucho tiempo en los ecos del valle. Algunos valientes, armados con fusiles de caza, salieron a practicar un reconocimiento. Al ver iluminadas las ventanas de la casa del notario, en la cual les pareció notar alguna agitación, gritaron:

—¿Es usted, señor Girodot, quien ha disparado?

—¿Quién es? —respondió una voz alterada por la emoción.

—¡No tema usted, señor Girodot! Somos nosotros, Beausoleil, Mâchavoine y Poipanel. ¿Qué ha sucedido?

—¿Sois vosotros, amigos? —apresuróse a contestar Girodot, en un tono excepcionalmente jovial—. Voy a abrir.

Los recibió en el comedor, y tan trastornado estaba que vació en sus vasos las tres cuartas partes de una botella de "Frontignan" reservada a los invitados de calidad. Explicó que había oído crujir la grava del patio y había visto perfectamente cómo una sombra se deslizaba no lejos de la casa. Pero en el tiempo de ponerse el batín y coger el fusil, la sombra había desaparecido. Y como nadie respondía a sus intimaciones, había disparado al azar. A su juicio, se trataba de unos ladrones. La obsesión de ser víctima de un robo no dejaba dormir en paz al señor Girodot en cuya caja fuerte se guardaban siempre sumas importantes.

—¡Hay tanta gentuza hoy día! —dijo.

Pensaba en los soldados que habían vuelto de la guerra con un estado de ánimo peligroso, y sobre todo en los pensionados que viven a expensas del Gobierno, lo que les permite disponer de tiempo para premeditar los golpes más temibles.

—No creo que sean ladrones —respondió Beausoleil—. Más bien vagabundos. Tiene usted en su huerta las peras más hermosas de Clochemerle. Y a cualquiera le puede tentar la codicia.

—¡Bastante dinero me cuesta el hortelano! —contestó Girodot—. No se encuentra a nadie para encargarse de este trabajo. Y los que acuden a mi casa son muy exigentes.

Movió tristemente la cabeza y, en tono lastimero, añadió:

—¡Ahora, todo el mundo es rico!

—No se queje usted, señor Girodot. Que no le han dejado a usted sin nada.

—¿Eso dicen? ¡Ah, mis queridos amigos, si se supiera la verdad de todo! Porque saben que soy propietario de una casa que no está del todo mal, ya suponen que... Es eso lo que atrae a los ladrones.

—A mi entender —dijo Poipanel—, los que han venido son esos condenados bergantes de Montéjour.

—Tal vez sí —opinó Mâchavoine—. Tendremos que zurrar aún a cinco o seis más. Oyóse un grito desgarrador y se abrió bruscamente la puerta. En el umbral apareció madame Girodot. La respetable dama llevaba la indumentaria nocturna de todas las honradas mujeres Tapoque-Dondelle que se enorgullecían de no haber sido nunca mujeres galantes ni siquiera con sus maridos. Sus facciones angulosas aparecían ridículamente adornadas por los papillotes con que aprisionaba de noche sus cabellos, un camisón cubría su pecho liso y unas deslucidas enaguas sus encanijados costados. Estaba sumamente pálida y la consternación de su semblante acentuaba su fealdad.

—Se trata de Hortense —exclamó—. Tú la has...

Al darse cuenta de los visitantes, no dijo más.

—De Hortense... —repitió Girodot como un débil eco. Y, aterrado, también guardó silencio.

Los clochemerlinos, olfateando un misterio cuyas primicias tendrían ellos, ardían en deseos de enterarse de algo. Mâchavoine hizo una tentativa.

—¿No será la señorita Hortense que habrá salido un momento? —aventuró—. Cuando las muchachas llegan a cierta edad piensan en muchas cosas y no logran conciliar el sueño... Es natural que sea así... A todas les ocurre lo mismo, ¿verdad, madame Girodot? ¿No será su hija...?

—Ella está durmiendo —afirmó Girodot, que no perdía nunca su sangre fría—. Vamos, amigos míos, es hora ya de volver a acostarnos. Muchas gracias por haber venido.

Y acompañó a los decepcionados clochemerlinos hasta la verja.

—Oiga, señor Girodot, voy a dar parte de lo ocurrido, ¿le parece? —propuso Beausoleil.

—No, déjelo, Beausoleil —contestó vivamente el notario—. Veremos mañana si encontrarnos alguna huella. No demos importancia al asunto. En el fondo, quizá no haya nada.

Esta reserva aumentó las sospechas y los resentimientos de los clochemerlinos. Mâchavoine quiso vengarse y, en el momento de partir, dijo:

—¡Si esa moto que armaba tanto jaleo se hubiera llevado un tesoro, seguro que no hubiera escupido tanto fuego!

—¡Un golpe como esos que sólo pueden verse en el cine! —rubricó Poipanel.

Y el murmullo de sus comentarios descorteses se perdió en la noche.

El medroso Girodot había disparado realmente contra su hija. Por fortuna, en una mala dirección. Aquel taimado leguleyo era un lerdo en el manejo de las armas. Asesinaba con más seguridad a la gente con el papel sellado. Pero si había fallado a su hija, había en cambio alcanzado de pleno la ya menoscabada reputación de los Girodot. Aquella alarma nocturna atrajo la atención sobre su casa, y la desaparición de Hortense, desaparición que coincidía con la de Denis Pommier, poseedor de una motocicleta de los "stocks" americanos, que no se volvió a ver en Clochemerle. Y antes de dar por terminada esta historia, no deja de ser agradable atestiguar que en la época en que el picaro de Raoul Girodot abusaba de la pobre María Fouillavet, otro bribón perdía a su hermana. La opinión pública lo advirtió en seguida:

—¡Bien castigados están los Girodot!

Este castigo sólo atañía a los Girodot de Clochemerle, pues Hortense, ciegamente feliz, cabalgaba hacia París en un ruidoso "side-car", que se detenía a cada momento para un intercambio de besos que le hacían perder el sentido. Incluso en marcha, no podía apartar su dulce mirada de mujer enamorada del perfil de Denis Pommier, que se sentía plenamente satisfecho cuando el cuentakilómetros marcaba cien por hora. En manos de un poeta, que tenía a su lado a su amada, la motocicleta se trocaba en un ingenio lírico.

La serenidad de la naturaleza tiene algo de implacable que aplasta el espíritu humano. Su magnificencia, cuyas etapas determina sin tener en cuenta las querellas de los hombres, infunde a éstos el sentimiento de su efímera mezquindad y los vuelve locos. Mientras enormes masas de seres se odian y combaten, la naturaleza: indiferente, extiende sobre tales horrores todo su esplendor y, durante los breves descansos que los combatientes se conceden, valiéndose de la magia de un atardecer o de una mañana de fiesta, remite al orden esas pasiones irrisorias. Nada gana con ello tan conciliadora belleza. Incluso no hace más que estimular a los hombres a que se muestren más activos en sus tercos empeños, pues temen desaparecer sin dejar huellas de su paso, y las más fuertes y duraderas son, a su juicio, las que entrañan inmensas destrucciones.

Con su calor, sus colores, su fecundidad, sus flores y su cielo despejado, la naturaleza actuaba en el ánimo de los clochemerlinos. En invierno se hubieran mostrado más juiciosos. Sentados al calor de la lumbre, se habrían distraído con sus rencillas domésticas y las querellas de vecindad. Pero en esta estación, que obligaba a tener puertas y ventanas abiertas de par en par y en que la gente buscaba el fresco de la calle, la brisa acarreaba continuamente toda clase de habladurías. Y aquella semilla sembrada a voleo germinaba tumultuosamente en las

calenturientas mentes, especie de alambiques donde las ideas más inofensivas se convertían inmediatamente en alcohol y luego el alcohol en veneno. Inexplicable y contagiosa locura. En las pendientes de una montaña, en la que las curvas no eran más que facilidades y que doraba la estación ya en declive, en una región privilegiada donde el horizonte era risueño y optimista, bajo un cielo radiante de indulgencia y amor, tres mil cabezas de clochemerlinos, rumiando estúpidas venganzas de chismes, amenazas, disputas, conjuras y escándalos. Situado allí, como una sonriente capital de felicidad, como un oasis de ensueño en medio de un mundo agitado, este burgo, faltando a su tradicional sensatez, se volvía loco.

Desde la execrable mañana del 16 de agosto, las cosas no hacían más que agravarse. Los acontecimientos se sucedían a un ritmo inquietante. Tantos hechos acaecidos en pocos días y tan en desacuerdo con la habitual monotonía, habían alterado los ánimos. La polémica elevó a su punto álgido el desatino colectivo que dividía Clochemerle en dos campos, igualmente incapaces de justicia y de buena fe, como suele ocurrir cuando la opinión se deja llevar por la pasión. Era el viejo antagonismo entre el bien y el mal, la lucha entre los buenos y los malos, creyéndose unos y otros ser los buenos y convencidos de que el derecho y la verdad estaban de su parte. Todos, excepto algunos avisados personajes, como por ejemplo, un Piéchut, un Girodot y una Courtebiche, que obraban en nombre de principios superiores a los cuales debe dócilmente someterse la verdad.

Llegó a Clochemerle el primer artículo fulgurante de Tafardel, publicado en *El despertar vinícola* de Belle-ville-sur-Saône, y en seguida suscitó los más airados comentarios entre el partido de derechas. Desgraciadamente, no es posible reproducir íntegramente este artículo, y es una lástima. Empezaba con una serie de títulos impresionantes:

UN EPISODIO DE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

Ignominiosa agresión en una iglesia

*Un sacristán embriagado ataca salvajemente a un
pacífico ciudadano*

*El cura párroco colabora en esta vergonzosa
hazaña*

El resto del artículo respondía al tono de este anuncio. Legítimamente orgulloso, Tafardel repetía por todas partes:

—¡Es una bofetada a los jesuitas, a Girodot y a todos los ex!

No había olvidado el desprecio con que le había tratado la baronesa.

Le Grand Lyonnais, órgano principal de los partidos de izquierda, se hizo eco en sus páginas de la rutilante prosa de Tafardel. Además, se daba la circunstancia de que el director de *El despertar vinícola* era corresponsal del periódico de Lyon. El incidente de Clochemerle le proporcionó tema para un vibrante artículo, que cobró a tanto la línea, destinado al rotativo lionés. En Lyon no vacilaron en publicarlo. Se acercaban unas elecciones municipales, y con este motivo dos periódicos, *Le Grand Lyonnais* y *Le Traditionnel*, se combatían mutuamente con la más refinada perfidia. Los escándalos de Clochemerle, relatados según la versión de Tafardel, dieron ventaja a *Le Grand Lyonnais*. Sin embargo, *Le Traditionnel* reaccionó magníficamente y cuarenta y ocho horas más tarde publicó una versión más tendenciosa todavía, elaborada en el propio despacho del redactor jefe, con este encabezamiento :

UNA INFAMIA MAS

*Odiosa hazaña de un borracho a sueldo de un
Ayuntamiento vilmente sectario*

Ese abyecto individuo profana el santo lugar

Los fieles, indignados, lo expulsan del templo

Presentada de esta forma, la noticia exigía una información complementaria, que se dio a la voracidad pública en los días sucesivos. Los redactores de una parte y de otra, a pesar de sus mezquinos salarios, se exprimieron el cerebro inventando ominosas maquinaciones y poniendo en tela de juicio el honor de personas a quienes ni siquiera conocían, entre ellas Barthélemy Piéchut, Tafardel, la baronesa, Girodot, el cura Ponosse, Justine Putet, etc. Una persona imparcial que hubiera leído alternativamente ambas publicaciones habría llegado a la conclusión de que los habitantes de Clochemerle eran todos unos perfectos canallas.

En los espíritus sencillos la Prensa ejerce una acción oscura, pero eficaz. Rechazando fanáticamente la evidencia, renegando de un largo pasado de fraternidad y de indulgencia, los clochemerlinos acabaron por juzgar a sus conciudadanos de acuerdo con las revelaciones de los periódicos que leían con la mayor atención, unos para regocijarse y otros para indignarse. Se encontraron aún más las pasiones y un estado de irritación y de odio se apoderó de todo el pueblo. Las historias de María Fouillavet y de Clémentine Chavaigne, la desaparición de Hortense Girodot y la intervención de los montejourinos acabaron de exasperar la opinión hasta el grado de obcecación precursor de las grandes catástrofes. De las injurias se pasó a los hechos. Fue rota, esta vez intencionadamente, otra de las vidrieras de la iglesia. Se lanzaron piedras contra las ventanas de Justine Putet, de Piéchut, de Girodot, de Tafardel y otras cayeron en el jardín de la casa rectoral, donde faltó poco para que una le diera a Honorine en la cabeza. Se multiplicaron las inscripciones en las puertas. Tafardel fue tratado de embustero y abofeteado por Justine Putet, que él había puesto en entredicho. Con la violencia de la agresión el precioso panamá de Tafardel rodó por el suelo y la solterona lo pisoteó furiosamente. En la carretera, un proyectil hizo añicos un cristal de la *limousine* en que viajaba la baronesa. Blazot puso en circulación algunas cartas anónimas. Y, finalmente, una desventura pública causó grandes perjuicios en el honor de Oscar de Saint-Choul.

Ese temerario gentilhomme, con las armas de su prestigio y de su elocuencia que hacía irresistibles un elegante traje de tonos claros, se había jactado de pacificar a Clochemerle. Llegó una tarde, pavoneándose sobre una mala montura que, además de no hacer caso de los estímulos de la espuela, ocultaba en su cerebro caballuno una reacia fantasía. A este cuadrúpedo, "un viejo servidor", su amo lo llamaba sencillamente *Palafrenero*. Llegó, pues, cabalgando un *Palafrenero* desconfiado, que exteriorizaba su mal humor con un trote ridículo, dañino para el hueso sacro y de consecuencias funestas para la estética del jinete. Deseoso de cambiar la marcha del caballo, Oscar de Saint-Choul se acogió al primer pretexto para tomarse un descanso, y el pretexto, se ignoran los motivos, lo facilitó el lavadero. El joven aristócrata saludó caballerosamente a las lavanderas, con un gracioso gesto consistente en levantar el puño de la fusta a la altura de su sombrero.

—¡Y bien, mis bravas mujeres! —dijo con la protectora familiaridad de los poderosos—. ¿Se lava mucho?

Había allí quince comadres, quince no-se-me-hace-callar invencibles en los torneos de laringe, entre las cuales figuraba Babette Manopoux, muy excitada aquel día. Babette echó la cabeza hacia atrás.

—¡Toma! —exclamó aquella rabanera—. ¡Aquí está don Juan! Conque haciendo el galán lejos de la mujer, ¿eh?

Bajo el techo del lavadero, quince estrepitosas risotadas armaron una ruidosa algazara. El gentilhomme había contado ser objeto de una amable y respetuosa deferencia. La acogida dispensada le turbó y puso en un brete su continencia mundana. Mientras tanto, *Palafrenero*, atraído por el ruido del agua corriente, se disponía a avanzar para beber. Saint-Choul simuló interesarse por algo:

—Díganme una cosa, buenas mujeres...

Pero se sintió incapaz de hilvanar la continuación. Babette Manopoux lo alentó:

—Dinos de una vez lo que tienes que decirnos, besugo. No seas tímido con las damas.

Finalmente, tras un desesperado esfuerzo, el gentilhomme pudo articular:

—Díganme, buenas mujeres, ¿no les parece que hace un calor sofocante?

Y diciendo esto, pensó que un billete de veinte francos cubriría honorablemente su retirada. Pero *Palafrenero* no le dio tiempo para llevar a cabo su propósito. El antojadizo corcel fue presa bruscamente de un vigor singular que exigió de Saint-Choul todas sus fuerzas para mantenerse en posición vertical, que era, por de pronto, lo más urgente. Diose cuenta de que desplomarse a los pies de las lavanderas hubiera sido la mayor de las desdichas, y eran tan extraordinarios sus visajes y contorsiones para sostenerse en la silla que la bulla que organizaron las comadres, transmitiéndose de puerta en puerta, atrajo la atención de las mujeres de Clochemerle hacia el desventurado Oscar que, como el rezagado jinete de un escuadrón que volvía riendas, salió a escape en dirección al castillo. Tan azorado estaba que el corro de mujeres se enardeció. Una bandada de tomates maduros escoltó al yerno de la baronesa hasta la parte baja del pueblo, y tres de estos proyectiles caseros, notablemente jugosos, se cuartearon sobre el traje "beige". La afrenta llegó a oídos de la baronesa, que conceptuaba a su yerno, como ya hemos dicho, un perfecto papanatas desde todos los puntos de vista.

—¡Primero me dejaría morir de hambre antes que hacer caso a ese muchacho! —confío a la marquesa de Aubenas-Theizé—. No concibo cómo Estelle... Claro que Estelle no tiene temperamento. Es una linfática, una blanducha... ¡Buen Dios, en mis tiempos las mujeres éramos más ardientes!

Con todo, aunque despreciara a Oscar de Saint-Choul, la encopetada dama estimaba que la más leve ofensa inferida a un cretino *de noble cuna* era merecedor de que se apaleara a todo un pueblo de villanos. La severidad de la baronesa se basaba en este principio. "Los imbéciles de nuestro mundo no son imbéciles vulgares." Y decidió intervenir sin pérdida de tiempo cerca de las altas esferas.

Monseñor de Giaccone administraba la diócesis de Lyon con una rara distinción. Tenía la cabeza romana, los modales de un diplomático de antaño y la sutil unción de las antiguas Cortes italianas. Por otra parte, era descendiente de un tal Giuseppe Giaccone, amigo de los famosos Cadague, que penetró en Francia en compañía de Francisco I, de quien era persona de confianza, y se instaló después en el barrio de Change, en Lyon, donde hizo rápidamente fortuna en la Banca. Más tarde, los miembros de la familia contrajeron poderosas alianzas y unas veces por su genio en los negocios y otras por su belleza consiguieron siempre conservar o recobrar la riqueza, como lo atestigua este refrán: "Cuando la bolsa de un Giaccone está vacía, el fulgor de su mirada la vuelve a llenar y guarnece su lecho." Era tradicional que en cada generación un Giaccone siguiera la carrera eclesiástica y esta tradición se ha mantenido hasta nuestros días.

En su sacerdocio, Emmanuel de Giaccone reveló tales cualidades de inteligencia y de ductilidad que a los cincuenta y un años fue designado para ocupar uno de los primeros puestos de la cristiandad. Aunque sabía mostrarse inflexible, se distinguía por una gracia sonriente y sutil, que contrastaba con los modales de su predecesor, un prelado rudo, que llevaba la púrpura del mismo modo que un campesino su traje los domingos. Estos nombramientos, por contrapuestos que sean, se explican por el profundo sentido político de la Iglesia, cuyas decisiones son determinadas por un poder oculto, clarividente y maravillosamente informado. A monseñor de Giaccone, arzobispo de Lyon, que se hallaba en su despacho, le fue anunciada la baronesa de Courtebiche. Sin decir palabra, inclinó imperceptiblemente la cabeza y en sus delgados labios se dibujó una leve sonrisa, con lo que quería dar a entender que podía pasar la visitante. Monseñor la vio avanzar en la severa y espaciosa estancia a la que daban luz tres altas ventanas, pero no se levantó. Vestido con la indumentaria de su cargo, dio a besar su anillo. Tenía el privilegio de no molestarse por ninguna mujer. Un exceso de galantería le hubiera comprometido, no sólo personalmente, sino como representante de la Iglesia, y la Iglesia está por encima de una baronesa. Sin embargo, al fin y al cabo era un Giaccone, sabía las atenciones que se deben a una Courtebiche, nacida d'Eychandailles d'Azin, y, por otra parte, sus familias se conocían. Acogió, pues, a la baronesa con una afable solicitud que rebasó un poco la medida de la simple unción episcopal, y la invitó a sentarse cerca de él.

—Me alegra mucho verla —dijo con su voz dulce, de inflexiones exactamente calculadas—. ¿Está usted bien?

—Bastante bien, monseñor, muchas gracias. No tengo más remedio que soportar los inconvenientes de la edad. Y los soporto lo más cristianamente que lo permite mi carácter, pues los d'Eychandailles no se han distinguido mucho por su paciencia.

—Tengo la seguridad de que está usted calumniando su carácter. Y, además, la viveza de genio es más diligente que la malicia. Estoy informado de su generosa aportación a nuestras obras.

—No hay ningún mérito en ello, monseñor —dijo la castellana sin hipocresía, aunque con tono lastimero—. Ahora estoy retirada del mundo y no tengo muchas cosas para distraerme. Cada edad tiene sus ocupaciones. Yo las llené todas a su debido tiempo...

—Lo sé... lo sé... —murmuró el arzobispo con amable indulgencia—. ¿Tenía que confiarme algo?

La baronesa le explicó, empezando por el principio, los acontecimientos que agitaban a Clochemerle. El arzobispo estaba enterado de ellos, aunque no de los últimos detalles. No les suponía la importancia que la castellana le reveló.

—En fin —concluyó la baronesa—, la situación es realmente insostenible. La parroquia corre un serio peligro. Nuestro cura Ponosse es un buen hombre, pero es

un imbécil, un ser sin voluntad, incapaz de hacer respetar los derechos de la Iglesia a la cual permanecen adictas las grandes familias. Hay que meter en cintura a Piéchut, a Tafardel y a toda su pandilla. Las altas esferas tienen que tomar cartas en este asunto. ¿Tiene usted algún medio de acción, monseñor?

—¿Y me lo pregunta usted, baronesa? Creía que tenía usted influencias...

—¡Ay! —exclamó la castellana—. Mi situación no es la de antes. Hace unos años me habría ido directamente a París donde me hubieran escuchado en seguida. Ninguna puerta se cerraba para mí. Pero ahora no recibo y he perdido mis relaciones. Nuestra influencia, la influencia de las mujeres, se acaba pronto, cuando dejamos de ser agradables a los ojos de los hombres. A menos que una se convierta en una de esas cotorras charlatanas que mantienen y presiden un salón para celebridades decadentes. Este no era mi género. He preferido retirarme.

Hubo un silencio. El prelado, con su mano blanca y cuidada sobre el pecho, jugaba con su cruz. Con la cabeza baja y la mirada perdida permanecía sumido, al parecer, en hondas meditaciones.

—Creo —dijo— que la intervención de Luvelat se dejaría sentir...

—¿Alexis Luvelat, el ministro? Y a propósito, ¿de qué es ministro?

—Del Interior.

—¡Pero si es uno de los jefes de su partido y, por lo tanto, uno de nuestros más encarnizados enemigos!

Monseñor de Giaconne sonrió. No le disgustaba sorprender a sus interlocutores. Y tampoco le desagradaba, en ciertas circunstancias, revelar a personas de su preferencia algunos de los resortes que constituyen las palancas de la sociedad. Por medio de tales personas se divulgaba la idea de su poder y juzgaba acertado dar a conocer a veces que su poderío se extendía a los medios más diversos. Algunas de esas revelaciones entrañaban advertencias y aun amenazas que acababan siempre por impresionar a los afectados. Y como hablando para sí, explicó: »

—Hay la Academia Francesa. Suele tenerse en olvido a la Academia, a su papel de contrapeso en las decisiones de ciertos políticos ambiciosos. Richelieu nos dejó en verdad un admirable medio de acción, una de las más útiles instituciones del antiguo régimen. Aún hoy, la Academia nos permite ejercer una considerable fiscalización sobre el pensamiento francés.

—No veo, monseñor, la relación con Clochemerle...

—No obstante, la hay, y a eso voy. Alexis Luvelat se muere de ganas de ingresar en la Academia. Ahora bien, para conseguirlo, ese hombre de izquierdas nos necesita a nosotros, los votos de que dispone la Iglesia bajo la cúpula, o por lo menos no tener en contra la firme oposición de la Iglesia.

—¿Sería esa oposición lo suficientemente poderosa? Sin embargo, monseñor, ¿en la Academia no están en mayoría los escritores católicos?

—Sólo aparentemente. No voy a enumerar a nuestros partidarios, pero se sorprendería usted al saberlos tan numerosos. A pesar de actitudes pasadas de moda y de lo que dice la juventud, la verdad es que el poder de la Iglesia es grande, baronesa, sobre los hombres que no tienen que esperar más que la muerte. Cuando llegan a cierta edad, los hombres comprenden que pensar bien es pensar más o menos como nosotros. Los que han alcanzado honores son todos defensores del orden que les ha conferido tales honores y los hace duraderos. Nosotros somos el pilar más antiguo y más sólido de este orden. Por esto casi todos los dignatarios se adhieren en cierta medida a la Iglesia. Por lo tanto, un candidato que tiene la oposición de la Iglesia difícilmente puede ingresar en la Academia, lo que explica que un hombre como Alexis Luvelat se muestre extremadamente circunspecto en todo lo que a nosotros concierne. Puedo añadir además, sea dicho entre nosotros, que no entrará tan pronto en la Academia. En su situación de postulante, que lo hace temeroso, nos es muy útil. Esperaremos que nos haya dado toda clase de seguridad. Tiene mucho que hacerse perdonar.

—Sin embargo, monseñor —objetó una vez más la baronesa—, ¿cree usted que Luvelat puede vacilar entre su partido y sus ambiciones académicas?

—No vacilará —contestó suavemente monseñor de Giaccone—, entre unas doctrinas vagas y unas ambiciones personales muy concretas. Sabe que su partido puede contentarse con discursos y que nosotros reclamamos pruebas. Pronunciará discursos y nos dará las pruebas que necesitamos.

—¡Pero usted lo considera capaz de una traición! —exclamó la baronesa.

Monseñor de Giaccone desechó con un gesto elegante este exceso de apreciación.

—Es una palabra fuerte —afirmó con una moderación genuinamente eclesiástica—.

Hay que tener en cuenta que Alexis Luvelat es un político y posee, por lo tanto, en grado sumo el sentido de las medidas oportunas. Podemos tener confianza en él. Se manifestará contra nosotros con más violencia que nunca, pero obrará en favor nuestro. Y puedo asegurarle por mi parte que su lindo pueblo recobrará pronto la paz.

—Sólo me queda, pues, darle las gracias, monseñor. —dijo la baronesa levantándose.

—Y yo se las doy a usted por sus valiosos informes. ¿Está bien su encantadora hija? Me complacería mucho recibir su visita. ¿No cree usted que ya es hora de que desempeñe un papel activo en nuestras organizaciones? Estos días estaba pensando en ella para uno de nuestros comités de beneficencia. No creo que se niegue a dar su nombre, ¿verdad? Al fin y al cabo, es una Saint-Choul...

—Sí, monseñor. Mi hija es muy modesta.

—El nombre importa mucho. En otros tiempos tuvo un gran prestigio. ¿Es cierto, como me han dicho, que pronto lo veremos brillar en el palenque político?

—Mi yerno no sirve para gran cosa, monseñor... Le aseguro que no lo haré mi administrador, pero me doy cuenta de que sólo en los negocios públicos puede tener motivo de ocupación sin peligro para su familia. Afortunadamente, es charlatán y vanidoso. Y por ese camino puede alcanzar algunos éxitos.

—Dígale que puede contar con nuestro apoyo. Las personas de cierto mundo no pueden rehuir el deber de intervenir en las luchas de nuestra época. Me gustaría tener una entrevista con el señor de Saint-Choul. ¿Ha sido educado en nuestras escuelas religiosas?

—Naturalmente, monseñor.

—Pues dígale que venga a verme. Y cuando llegue el momento de emprender su campaña electoral veremos lo que podemos hacer.

—Esto es difícil. Creo que hace falta mucho dinero...

—Dios, que cambió el agua en vino, proveerá —murmuró monseñor de Giaccone con la gracia exquisita con que señalaba el fin de las audiencias que concedía. La baronesa se despidió del prelado.

"¿Qué querrá de mí ese viejo animal?", pensó el ministro después de leer la tarjeta que se le tendía. Tamborileó nerviosamente sobre su escritorio. "¿Y si le largara el disco de la conferencia o el de una entrevista con el presidente del Consejo?" La cosa comportaba sus peligros. Si el visitante se enteraba de que se había negado a verlo sin motivo, se crearía un sólido enemigo. En realidad, aquel envidioso era ya un enemigo suyo (en el poder no se tiene más que enemigos, sobre todo en el propio campo), pero poco activo. La prudencia aconsejaba, pues, tratarlo con ciertos miramientos. El ministro se basaba en este principio absoluto: pocos miramientos posibles, todas las muestras de afecto para con los enemigos. En política, hay que pensar ante todo en desarmar al adversario, en conciliarse con él. Ahora bien, la persona que solicitaba verle era uno de aquellos adversarios que, sin dejar de sonreírle, trabajaban para aniquilarlo. Valía, pues, la pena de darse un poco para reducirlo. Sí, era un viejo animal, pero peligroso por su misma imbecilidad que le aseguraba, en los pasillos de la Cámara y entre los afiliados al partido, una clientela de descontentos y de estúpidos. Enajenarse a los imbéciles quizá resultara contraproducente... Y preguntó al ordenanza:

—¿Sabe que estoy solo?

—Dice que está seguro de ello, señor ministro.

—Entonces, que pase —ordenó Luvelat con el ceño fruncido.

Al abrirse la puerta, se levantó con un aire de agradable sorpresa y salió al encuentro de su visitante.

—¡Qué amable ha sido usted en venir, mi querido amigo!

—¿De veras no le estorbo, mi querido ministro?

—Usted bromea, mi querido Bourdillat. ¡Estorbarme usted, uno de nuestros viejos republicanos, uno de los pilares del partido! Sus atinados consejos son inmerecidos favores para mí. Nosotros, los jóvenes, estamos en deuda con ustedes. Insisto en decirlo ya que usted me depara la ocasión. El sentido de la gran tradición republicana, la moderación democrática, la experiencia de ustedes son cosas que yo envidio todos los días. Y, además, ustedes han gobernado en la época brillante. Por favor, siéntese, mi querido amigo. ¿Puedo serle útil en algo? Por descontado, ya sabe usted... Nada grave, supongo.

El ex cafetero era hombre que no se andaba por las ramas. El desprecio que sentía hacia los jóvenes ministros que lo habían remplazado demasiado pronto, acentuaba aún más su natural rudeza. No concebía que se pudiera hacer obra provechosa en la dirección del Estado sin haber cumplido los sesenta años. Y mantenía este criterio desde hacía nueve.

—Los curas nos están tomando el pelo —dijo—. Y me pregunto qué puede hacerse en este tiempo en su departamento.

A Luvelat no le gustaba esta clase de exordio. Hombre sagaz, hábil, maravillosamente oportunista, siempre dispuesto a transigir sobre los principios, era, no obstante, muy susceptible en lo concerniente a su vanidad. Cuando se sentía herido en su orgullo, se volvía rencoroso, y una simple falta de admiración le hacía, a veces, perder los estribos. Se tomó un rato para contestar. Su sonrisa fue menos cordial y su amabilidad se hizo cortante.

—Mi querido ministro —repuso—, usted estaba en Agricultura, ¿verdad? Pues permítame que le diga que es mucho más fácil administrar ganado que hombres. Estoy perfectamente enterado de los valiosos servicios que usted ha prestado a la patata, a la remolacha, a los bueyes del Carollais y a los carneros de Argelia. Pero, al fin y al cabo, esos nutritivos vegetales y esos interesantes cuadrúpedos carecen de alma. ¡Y yo estoy encargado de cuarenta millones de almas, mi querido Bourdillat! Se lo recuerdo para que se dé usted cuenta de que existen ciertas diferencias que tal vez le hayan pasado inadvertidas. En el puesto que ocupo, los sinsabores que trae consigo el poder son constantes... En suma, ¿de qué se trata?

—De Clochemerle —dijo Bourdillat figurándose dejar estupefacto al ministro.

—¡Ah! —exclamó Luvelat aliviado.

—¿No le dice a usted nada este nombre?

—¿Clochemerle...? ¡Pues claro, mi querido amigo Bourdillat! ¿Supone usted que ignoro dónde está? ¿No ha nacido usted allí? Un encantador lugar del Beaujolais, de unos dos mil quinientos habitantes...

—Dos mil ochocientos —rectificó Bourdillat, con el orgullo del pueblo natal.

—De acuerdo. Cualquiera puede equivocarse —repuso Luvelat.

—Pero probablemente no está usted enterado de lo que ocurre en Clochemerle —prosiguió Bourdillat, tratando de poner en evidencia la falta de información del ministro—. ¿Acaso lo ignora cuando lo que sucede es una vergüenza en pleno siglo xx? El Beaujolais va a caer en manos de los curas. Ni más ni menos. Imagínese usted, mi querido ministro...

Con la cabeza inclinada, Luvelat dejaba que Bourdillat se despachara a su antojo. Con un lápiz trazaba sobre su agenda pequeños dibujos geométricos en cuya tarea parecía estar muy interesado. Y a veces, entornando los ojos, se apartaba un poco para apreciar el efecto.

—¡Es un asunto grave, mi querido ministro, muy grave! —gritó de pronto Bourdillat, molesto por la indiferencia de Luvelat.

El ministro levantó la cabeza. Con una expresión preocupada, exteriorizó por fin la satisfacción que sentía desde que Bourdillat había pronunciado el nombre de Clochemerle y que hasta aquel momento había retenido:

—Sí —dijo—, lo sé... Precisamente Focart me lo ha contado hace un par de horas.

Por la alteración de las facciones de su interlocutor, el ministro se dio cuenta en seguida de que su triunfo era completo. Bourdillat no tenía la impenetrabilidad de un diplomático. Las arrugas en la frente y los aflujos sanguíneos de su rostro violáceo traicionaban sus sentimientos. Y exhaló un profundo suspiro que no demostraba ciertamente ninguna admiración hacia el diputado que el ministro acababa de nombrar.

—¿Ha estado aquí Focart? —preguntó.

—Aún no hace dos horas. Precisamente estaba sentado en la butaca que ocupa usted, amigo mío.

—¿Y qué se le ha perdido aquí a ese novato? —exclamó Bourdillat.

—Si no estoy equivocado, Clochemerle forma parte de su circunscripción —insinuó Luvelat cuyo regocijo iba en aumento.

—Clochemerle es mi pueblo, mi querido ministro, mi pueblo natal. Por esto me interesa a mí más que a nadie. ¡Intrigar a mis espaldas, a las espaldas de un ex ministro! Ese bribón empieza a escamarme...

—Claro que Focart —dijo Luvelat ladinamente— quizás hubiera debido, antes de verme...

—¿Cómo, quizá? —rugió Bourdillat.

—Quiero decir que hubiera debido, sí, eso es, hubiera debido hablar antes con usted. No cabe duda de que ha obrado, en un exceso de celo, con el propósito de no perder un minuto...

Bourdillat acogió con sarcasmo la suposición del ministro. No creía una sola palabra de lo que decía Luvelat, que, por otra parte, no tenía opinión y sólo pronunciaba esas frases vacías para envenenar las relaciones entre Bourdillat y Focart. Haciendo esto, ponía en práctica otro de sus grandes principios políticos: "Dos hombres ocupados en odiarse no sienten la tentación de unirse a espaldas de un tercero."

Nueva forma de la vieja máxima para uso de príncipes: dividir para reinar.

—Si Focart se ha anticipado en venir —respondió Bourdillat— ha sido con el propósito de cortar la hierba debajo de mis pies, de hacerme pasar por un imbécil. Conozco a ese crápula y lo he visto actuar. Es un cochino arrivista.

En aquel momento Luvelat dio una prueba de la juiciosa medida que debe caracterizar al hombre de Estado y sobre todo a un ministro del Interior. Con todo, nadie se atrevería a afirmar que fuera totalmente extraño a su generosidad el afán de obtener una más amplia información.

—Supongo, mi querido Bourdillat, que está usted exagerando un poco. Me hago perfectamente cargo de los motivos por los cuales está usted resentido, y esto me obliga, dicho sea entre nosotros, a pasar por alto sus excesos de lenguaje. Pero la verdad ante todo, hay que reconocer que Focart es uno de los hombres mejor dotados de la joven generación, uno de nuestros más abnegados militantes. En una palabra, es un hombre que sabe por donde anda.

—Que sabe por donde corre, querrá usted decir, mi querido ministro —estalló Bourdillat—. Y a galope tendido, con la sana intención de atropellarnos, tanto a usted como a mí.

—Sin embargo, tengo la impresión de que Focart y yo nos entendemos muy bien. En cuantos asuntos hemos tratado, se ha mostrado muy correcto. Hoy mismo ha estado muy ponderado, muy puesto en razón. "No siempre sostenemos los mismos puntos de vista, pero no importa cuando el afecto personal está por encima de las pequeñas diferencias de opinión." Muy amable de su parte, ¿no lo cree usted así? Bourdillat hacía esfuerzos para contenerse.

—¿Eso le ha dicho ese marrano? ¡Si supiera cómo habla de usted a espaldas suyas! ¡Tendría que oírlo! ¡Y aún se atreve a hablar de afecto! Lo desprecia a usted, mi querido ministro, lo desprecia... ¿Acaso no debo decirlo?

—Claro que sí, Bourdillat. Entre usted y yo, ya sabe que...

—Todo lo que digo y hago es en interés de usted ¿entiende?

—¡Qué duda cabe! ¿Y qué? ¿Qué ha dicho Focart de mí?

—Dice horrores. No sólo lo ataca a usted políticamente, sino que incluso se mete con su vida privada. Cuenta historias de mujeres y hasta historias de botellas de vino. En fin, afirma...

Mientras escuchaba atentamente, con una sonrisa que le situaba por encima de las infamias que se le atribuían, Luvelat examinaba a Bourdillat. "He aquí a ese vejestorio que además de idiota se ha vuelto soplón. Si bien se mira, es el tipo del confidente... ¡Y que ese cretino haya llegado a ser ministro!", pensaba.

—Es un perjurio, un traidor, un hombre que pacta con la burguesía y la plutocracia y que sirve los intereses de los "trusts" metalúrgicos —prosiguió Bourdillat—. En resumen, mi querido ministro, que en espera de desbancarnos, Focart no hace distinguos entre usted y yo.

—¿Que no hace distinguos?

—En absoluto. Se lo digo yo.

Luvelat se sintió herido en su orgullo. ¿Era posible? Aquel imbécil acababa de decirle lo que más podía agraviarle: que hubiese alguien que no hiciera ninguna distinción entre él, Luvelat, un brillante universitario, y aquel ex tabernero a quien despreciaba. Esta afirmación, lejos de congraciarse con Bourdillat, acrecentó aún más su odio hacia él. Deseaba dar por terminada la entrevista lo más pronto posible. Pulsó repetidas veces un timbre disimulado debajo del borde de su mesa de escritorio. A esta señal, le daban de la centralita una comunicación ficticia.

Simulaba entonces contestar a alguna alta personalidad de la República que reclamaba urgentemente su presencia. Era un medio del que se servía para desembarazarse de los importunos. Por otra parte, nada tenía ya que comunicarle Bourdillat, a quien, desde que sabía que Focart le había ganado la mano, los escándalos de Clochemerle habían dejado de interesarle. Así que, con menos calor que al principio, instigó por última vez al ministro a que diera órdenes severísimas para que se hiciera sentir en el Beaujolais el peso del poder central.

—Cuenta conmigo, mi querido amigo —dijo Luvelat estrechándole la mano—.

También yo soy un viejo republicano, fiel a los grandes principios del partido, y considero que por encima de todo está esa libertad del pensamiento que usted ha defendido siempre tan acendradamente.

Los dos conocían sobradamente la vacuidad de tales afirmaciones que uno y otro habían prodigado en innumerables ocasiones. Sin embargo, en aquel momento no se les ocurrió decir otra cosa. No se tenían la menor simpatía y no podían ni sabían disimularlo.

Al referirse a la visita de Focart, Luvelat no había mentido. La visita de aquel hombre joven, ambicioso y decidido, lo inquietaba por las amenazas que encubrían sus palabras. Pero una tercera visita celebrada en secreto le dio a entender que se cernía una amenaza más grave: la que había proferido el reverendo canónigo Trude, el emisario habitual del arzobispado de París. Aquel ducho y taimado eclesiástico, que sobresalía en el arte de la insinuación y de las medias palabras, muy adiestrado además en las corrientes subterráneas de la política, había venido especialmente para indicar a Luvelat que la Iglesia, agraviada en Clochemerle, se colocaba bajo la protección del ministro a quien, una vez resuelto favorablemente el caso y en otro terreno más elevado, otorgaría su valiosa protección.

—La voz de la Iglesia, y a veces sus votos, acaba siempre por hacerse oír, señor ministro —había dicho aquel negociador acostumbrado a las componendas que se debaten con media palabra y se mantienen siempre alejadas de un cinismo enojoso.

Cuando estuvo solo, Alexis Luvelat reflexionó en las tres visitas y conjeturó los peligros que entrañaban. Obligado a escoger entre dos enemistades, lo que solía ocurrirle a menudo en una carrera como la suya, decidió sumarse al clan del más fuerte, dando a los demás unas garantías aparentes. No cabía duda de que, en aquel momento, y pensando sobre todo en sus ambiciones económicas, el apoyo más útil que pudiera recibir era incontestablemente el de la Iglesia. Bastaría con maniobrar hábilmente para que ni Bourdillat ni Focart consiguieran pruebas

formales contra él. De todos modos, los dos estaban disgustados, pues ni el uno ni el otro le consideraban con méritos suficientes para vestir la casaca de ministro. De los dos, Bourdillat era un hombre en plena decadencia, de escaso predicamento en el partido y sin ningún porvenir. En cambio, Focart podía ser un enemigo más peligroso, pues además de poseer ciertas cualidades, era mucho más joven y tal vez de brillante porvenir. Su influencia iba en aumento, pero carecía aún de esa sutil experiencia que permite a los hombres acrecentar el número de los agradecidos y aparentar someterse al predominio del número. "Ese Focart es todavía un poco joven en el oficio para poder conmigo. Por otra parte, lo más sencillo..." Por las informaciones que le suministraba su policía, Luvelat estaba enterado que Focart pasaba económicamente por un momento difícil a causa de su amante, una mujer costosa, y ello le indujo a contraer deudas y a atender necesidades superiores a los recursos de que disponía. A un hombre en esta situación no es difícil hacerlo entrar en un asunto de dinero... Y una vez comprometido, se halla a merced de uno. Luvelat contaba, entre su personal semipolicíaco, con algunos agentes discretos, muy duchos en servicios de esta clase y de probada competencia para crear ocasiones de convertir un hombre honrado en un hombre menos estrictamente honrado y, en consecuencia, menos intratable. A este respecto, se propuso entrevistarse lo más pronto posible con el jefe de su policía. Y no tranquilizado aún, mandó recado a su jefe de gabinete rogándole que fuera a verle en seguida a su despacho.

Al salir del despacho del ministro, el jefe de gabinete entró directamente en el del jefe de la secretaría particular.

—No sé —dijo— lo que el imbécil de Bourdillat acaba de contarle al patrón. Cuando se ha marchado echaba chispas.

—¿Se ha ido?

—Sí. Ha de presidir la inauguración de no sé qué y cenar después con un gran financiero. Yo también tengo que irme. Tengo una cita con el director de un gran periódico. Aquí le dejo estos papeles, mi querido amigo. Desenmarañe ese asunto de Clochemerle y haga lo necesario. Se trata, al parecer, de un litigio entre el cura y el Ayuntamiento, en un lugarejo del Ródano. A mi juicio, no es más que una estupidez, pero Luvelat le da cierta importancia. Encontrará dos o tres informes y unos recortes de periódicos. No será difícil, supongo, hallar una solución. Consigna formal del patrón: nada de complicaciones con el arzobispo de Lyon. Sobre todo esto. ¿Ha comprendido usted?

—Perfectamente —contestó el jefe de secretaría, dejando a su lado el "dossier".

Al quedarse solo, dirigió una ojeada al océano de papeles que cubría su mesa.

Pensó en el ministro y en el jefe de gabinete y rezongó:

"¡Vaya gente aprovechada! ¡Hacen sus negocios frecuentando financieros y directores de grandes periódicos! En cambio, yo no soy más que una máquina para resolver los asuntos delicados. Y si hacemos alguna plancha, me la endosan a mí. En fin..."

Encogióse de hombros, señal evidente de que estaba resignado a aquel estado de cosas y mandó llamar al primer secretario, al que transmitió el "dossier" y las consignas.

El primer secretario, Marcel Choy, acababa de escribir dos números para la próxima revista de las "Folies Parisiennes". Le habían pedido que hiciera algunos retoques destinados a favorecer la exhibición de una tal Baby Mamour, joven *vedette*, que pasaba por ser la protegida de Lucien Varambon, ex presidente del Consejo, llamado a ocupar nuevamente la jefatura del Gobierno. Complacer a la muchacha, era granjearse al mismo tiempo el favor de Varambon, engancharse al carro de su fortuna política. El porvenir de Choy podía, pues, depender de estos dos *sketches*. Así, pues, por el momento, no veía nada en los asuntos del Estado que tuviera la importancia de algunos cuplés atrevidos que satisfacerían a una hermosa muchacha porque le servirían de pretexto para mostrar las piernas, que dicho sea de paso, eran perfectas. Baby Mamour cantaba sobre todo con las piernas, por este motivo

todo el mundo decía que tenía una voz exquisita. Choy debía verse aquel día con ella, en casa del director del teatro, a la salida del ensayo. Tenía el tiempo justo para cojer un taxi. Y con el sombrero y los guantes en la mano, entregó el "dossier" a su segundo secretario.

Este se hallaba ocupado haciéndose cuidadosamente las uñas. Y sin levantar la cabeza, murmuró para sus adentros:

"Me importan un comino Clochemerle y todos los clochemerlinos. Tengo que ir a recoger a la hermosa Régine Liochet, la mujer del prefecto, y acompañarla al baile. ¡No voy a romperme la cabeza con las municipalidades de Francia! Brindaremos esta distracción a nuestro amigo Raymond Bergue.

Raymond Bergue, con la cabeza inclinada sobre unas hojas plagadas de tachaduras, escribía con una aplicación y una prisa extremas. Las contracciones de su mano izquierda oprimiéndose la frente daban a entender los arduos esfuerzos de su mente.

—¿Le estorbo, amigo? —preguntó el segundo secretario.

—Sí, en efecto —respondió sin ambages, Raymond Bergue—. Si se trata de papelotes, no tengo tiempo. Estoy terminando un artículo para la revista *Epoque*, que debe estar mañana en la imprenta. A mi juicio, el comienzo es realmente brillante. ¿Quiere que se lo lea? Ya me dará usted su opinión.

—Espere un momento. En seguida estaré con usted. Tengo primero que resolver este asunto. El segundo secretario se apresuró a desaparecer. Entró en el despacho contiguo, donde se hallaba el cuarto secretario. Le tendió cortésmente el "dossier".

—Mi querido amigo, se trata de un pequeño asunto...

—¡No! —atajó el cuarto secretario.

—De todos modos, me sorprende... —observó el segundo secretario.

El cuarto secretario le interrumpió por tercera vez:

—¡Yo trabajo! —exclamó, enfurecido.

Y era verdad. Trabajaba, y trabajaba en asuntos del Estado. En aquel ministerio había unos cuantos como él. Muchachos sin ambiciones, que tenían aquel gusto extraño.

—¡Perdone usted, mi querido amigo!

El segundo secretario se alejó al tiempo que murmuraba:

—El trabajo no hace amable a la gente.

En el despacho contiguo, un hombre joven, elegante y de aspecto decidido tenía extendidas sobre la mesa escritorio algunas fotografías de automóviles que comparaba entre ellas.

—¿Quiere usted comprar un coche de ocasión? —preguntó al segundo secretario—. Tengo ahora entre manos dos o tres asuntos espléndidos. Hay que prosperar, amigo mío. Y aprovechar el tiempo. Mire usted ese "Delage" seis cilindros con sólo diez mil kilómetros a cuestas. ¿O prefiere usted el "Ballet", el "Voisin" o el "Chenard"?

—No he venido para eso...

—No es una razón. Créame usted, siempre se compra uno un coche el día menos pensado. ¿No conoce usted a nadie a quien interesara un "Rolls"? Último modelo, carrocería de gran lujo. Pertenece a un americano que regresa a su país. Yo soy el primer intermediario, lo que es muy importante para la comisión. Y a propósito de comisión, por supuesto le reservaría una parte a usted, si se efectuara la venta.

—Lo pensaré. Pero, ¿quiere usted ocuparse de Clochemerle?

—¿Cuántos caballos? —preguntó el joven funcionario.

—No se trata de un coche, sino de un expediente. Aquí está.

El joven se mostró sinceramente apenado.

—Mire usted —dijo—, pídame lo que quiera menos que abra un expediente. Le aseguro que los expedientes no son mi fuerte.

—¿Y su fuerte, cuál es?

—Los negocios, y no me importa decirlo. ¿No conoce usted a nadie que busque piso? Sé de dos que están bien situados. Un traspaso considerable y le aseguro que muy justificado. Puedo ofrecerle, además, tres locales adecuados para comercios,

uno en los bulevares, otro en la calle de la Boétie y otro, asómbrese usted, en la calle de la Paix. Respecto a los locales comerciales, podría darle diez billetes de los grandes en concepto de comisión. ¿No le interesa nada de todo eso?

—Lo que de momento me interesa es encontrar una persona que se haga cargo de este expediente.

—Escuche —dijo el joven—, como de todos modos soy funcionario de este ministerio, puedo intentar servirle. ¿De qué se trata?

—De una querrela política en un pueblo. Hay que preparar unas instrucciones para el prefecto.

—De acuerdo —exclamó el joven—. Tengo la persona que usted necesita. Vaya al departamento número cuatro, en el piso de arriba, y entregue el expediente al subjefe, un tal Petitbidois. Estará encantado si ha de tomar una decisión. Es un tipo al que le apasiona complacer y halagar a sus contemporáneos. Diga usted que va de mi parte. Últimamente le he hecho un seguro y le he cedido la mitad de la primera prima. Además, puedo pedirle lo que sea.

—Voy en seguida —dijo el segundo secretario—, y le agradezco mucho sus indicaciones. Me saca usted de un verdadero apuro.

—Siempre hay modo de salir del paso —afirmó el joven.

Pero había cogido el brazo del segundo secretario y no le dejaba marchar.

—Dígame —insinuó—. Va a formarse una sociedad con un capital importante. Un asunto espléndido. ¿No se siente usted tentado?

—¡No! Pero, ¿por qué no habla usted de ello al patrón?

—¿A Luvelat?

—Pues claro. Es del consejo de administración de no sé cuántas sociedades.

El joven frunció los labios. Y explicó:

—No interesa trabajar con Luvelat. Se queda con todas las ganancias y, en caso de que las cosas vayan mal, le importa poco dejar en la estacada a quien sea. ¡Es un águila ese ministro!

En última instancia, el asunto fue, pues, a parar a manos del subjefe de oficina Séraphin Petitbidois, hombre particularmente lúgubre. Este humor negro se debía a una humillante deficiencia orgánica que había ejercido deplorables efectos sobre su carácter y, por tanto, sobre su carrera. Podía decirse de Petitbidois lo que ciertos historiadores han dicho de Napoleón: *insignis sicut pueri*, pero el desventurado subjefe no tenía como contrapartida el genio, que puede por lo menos procurar a las amantes defraudadas satisfacciones de orden cerebral, las cuales, embocando la senda de los complejos que nos descubre el psicoanálisis, pueden, a veces, alcanzar el placer físico, aunque esto no sea muy seguro. Digamos, para hacernos entender mejor, que la desnudez de Petitbidois hubiera hecho sonreír a las señoras, siempre inclinadas a asegurarse, a la primera ojeada, de la suerte que les espera. Y al enfrentarse con Petitbidois, en seguida se hubieran dado cuenta de que se trataba de un veleidoso insuficiente. Por estas razones, el subjefe solía llevar a cabo sus empresas al amparo de la oscuridad, pero a pesar de que las tinieblas estimulaban la imaginación, no conseguía que ninguna mujer lo tomara en serio. Para colmo de desdichas, Petitbidois sólo se exaltaba en presencia de esas mujeres potentes que se llaman comúnmente "dragones". En fin, que le excitaban las mujeres gigantescas. En sus brazos pasaba, huelga decirlo, inadvertido, y nunca había sido para ellas más que un ligero entremés que no aplaca el hambre. Los abrazos terminaban en asombros de ensueño en los que participaban la ironía o la conmiseración.

Cuando se procede al estudio de un carácter que no suele tenerse en cuenta la influencia que sobre él ejercen detalles considerados vulgares, el alma es deudora, a veces, del cuerpo que habita, y ciertas disparidades entre el cuerpo y el alma son de un género tal que bordean lo trágico cuando, y éste es el caso, el motivo de la falta de acuerdo consiste en un detalle que se presta a las chanzas y que a la larga resulta difícil de mantener en secreto. Hay que reconocer que el hado es a veces cruel. Tacaño en un sitio y pródigo en otro, lo que no deja de ser un inconveniente,

unas onzas de carne mal distribuidas pueden echar a perder el destino de un hombre. Pero Petitbidois hubiera preferido cien veces esta desgracia a la suya. Zaherir, golpear, gritar, aterrorizar, cualquier cosa antes que los silenciosos indiferentes que subrayaban sus desmayadas intervenciones.

En estas condiciones, Séraphin Petitbidois consideró prudente apelar a la ignorancia y al sentido del deber. Se casó con una muchacha que acababa de salir del convento. Desgraciadamente, madame Petitbidois no tardó en enterarse, por lo menos de oídas, pues todo se repite y a las mujeres les gusta vanagloriarse, de que había sido perjudicada en lo referente a los justos goces que la legitimidad había de procurarles. La insatisfacción le desquició los nervios, y poco a poco la vida hogareña le resultó insoportable a Petitbidois, que no ignorando que tenía sobrados motivos para mostrarse humilde, no se atrevió a levantar la voz. Hubiera podido hechar mano de un remedio sencillo, y a Petitbidois no le faltaban amigos abnegados, pero el desgraciado era celoso. Y esto, que no torció el curso de los acontecimientos, fue su perdición. Madame Petitbidois recurrió a un colaborador, y su elección dio que pensar en los poderosos motivos que la impulsaban a tomarse un cumplido desquite. Sin embargo, para no despertar las sospechas de su marido, siguió abrumándolo como antes, con violentas escenas. Así, pues, Petitbidois ni siquiera se benefició de esa igualdad de humor y esas atenciones que mitigan a veces los infortunios conyugales.

No es de extrañar, pues, que a fuerza de sufrir humillaciones que llegaban a ser obsesivas, y que constituían el hazmerreír de los amigos del matrimonio, a Petitbidois se le agriara rápidamente el carácter, hasta el punto que trataba las cosas más serias subrayando sus palabras con una risa tan lúgubre que parecía el chirrido de una carraca. Víctima de su destino, Petitbidois se vengaba de su desdicha cebándose en los extranjeros que, obligados a acudir al ministerio, caían en sus manos. Se daba cuenta de que había entre ellos hombres injustamente privilegiados, que sabían reducir a las mujeres a un estado de esclavitud sentimental que él no se sentía con ánimos de imponerles. Esta victoria física era, a su juicio, la única que contaba. No pensaba en otra cosa. Complacíase en imaginar arrobadores suspiros y conquistas fabulosas que alrededor de un Petitbidois hercúleo, llenaban alfombras y divanes de cuerpos magníficos y extenuados, completamente saciados, y de hermosas mujeres que, con lágrimas en los ojos, se disputaban el turno.

Nadie sospechaba que Petitbidois, con los párpados semicerrados, evolucionaba por harenes superpoblados. Todo el mundo tenía la impresión de que aquel funcionario no era más que un empleado más bien mediocre, lunático y que el puesto de subjefe era lo más a que podía aspirar en su carrera profesional. También él lo sabía, y de no mediar circunstancias especiales, no solía extremar su celo. Pero si se daba aquel caso, su celo tomaba el carácter de venganza contra la raza humana que constituía su segunda ocupación favorita. A Petitbidois le hubiera gustado ser un hombre poderoso e influyente. No pudiendo serlo, empleaba las partículas de poder de que podía echar mano para ridiculizar las instituciones, haciéndoles desempeñar un papel estúpidamente pasivo y a ser posible nocivo. "Puesto que la idiotez es general —decíase—, ¿por qué molestarse? La vida es una lotería. Dejemos que el azar decida libremente."

Aplicando esta doctrina a la resolución de los asuntos del Estado, había imaginado un sistema que "daba al absurdo la ocasión de hacer el bien". En un café que solía frecuentar en compañía de un tal Couzinet, amanuense a su servicio, se jugaba a las cartas las decisiones que tenía que tomar en nombre del ministro. Esto imprimía un atractivo jocoso a unas partidas que no hubieran ofrecido ningún interés toda vez que los dos contrincantes eran pobres.

Y esto fue lo que ocurrió en el asunto de Clochemerle. En el café, Petitbidois y el amanuense examinaron juntos la situación. Petitbidois, después de estudiar el expediente, había tomado algunas notas.

—¿Qué haría usted, Couzinet? —preguntó.

—Muy sencillo. Enviaría una nota al prefecto ordenándole que publicara en los periódicos de la región un comunicado situando las cosas en su lugar. Y si esto no fuera suficiente, le ordenaría que se trasladara al pueblo y se entrevistara con el alcalde y el cura.

—Pues yo haré otra cosa —dijo Petitbidois—. A esa gente de Clochemerle le enviaré un buen número de gendarmes. ¿Jugamos al piqué, a mil tantos?

—Mil son demasiados. Es muy tarde.

—Pongamos ochocientos. Me toca dar a mí. Corte.

Petitbidois ganó. La suerte de Clochemerle estaba echada. Veinticuatro horas más tarde salían unas instrucciones dirigidas al prefecto del Ródano.

El prefecto del Ródano, llamado Isidore Liochet, era un maestro en el arte de doblar el espinazo. Sin embargo, esa notable flexibilidad de su columna vertebral no le salvaguardaba siempre de las fantasías del destino, que se complace en guiar a su modo a los mortales. El temor de ser destituido de su cargo por las divinidades tutelares le impedía tomar cualquier decisión. Sudaba sangre cada vez que tenía que estampar su firma al pie de un documento.

Cuando aún gozaba de la plenitud de su vigor físico, su mujer lo engañó, y no se dignó hacer de ello un misterio. Un instinto certero le advirtió que no por cambiar de compañera se exponía menos a ser engañado y tal vez menos provechosamente. Porque si era verdad que lo habían engañado, se debía a un motivo plausible, la ambición, y el deshonor, que estaba decidido a no reconocer, le era de gran utilidad. Era, en suma, la "prefecta" la que hacía carrera y llevaba el agua a su molino gracias a sus maneras de bella molinera, siempre dispuesta a hacer lo que la mujer del molinero en la canción. Ante aquella mujer activa y emprendedora, el prefecto parecía un pingajo. Y ante su marido, que no era más que un harapo administrativo, la "prefecta", dándose golpes en el pecho, un pecho de una opulencia indecente, uno de los florones de la tercera República, exclamaba en tono de incontenible superación:

—¡Ah, si yo hubiera sido hombre!

Con estas palabras cometía una evidente injusticia respecto a su destino, pues siendo mujer, y mujer hermosa, le iba a las mil maravillas. Es muy dudoso que dotada de un genio preclaro hubiese conseguido, de haber sido hombre, la cuarta parte de lo que había alcanzado siendo mujer, con su talento para las cosas que requieren un ambiente de intimidación y, sobre todo, convertir en prefecto al monstruo de incuria que era Liochet. Esta era en realidad su obra, llevada a cabo con una generosidad tal en lo referente a su naturaleza, con un sentido tan oportuno de la gestión a emprender y un conocimiento tan perfecto de las más secretas costumbres de los todopoderosos del régimen, que situaban a madame Liochet para ser clasificada entre las primeras maniobreras de estos tiempos. En las altas esferas políticas, la "prefecta" pasaba por ser una mujer fácil. No obstante, debe hacerse justicia a una mujer que podía perderlo todo, excepto la cabeza. Si pagaba lealmente con su cuerpo, debe entenderse que era realmente pagar lo que hacía, pues no concedía nada de antemano, es decir, si no era en pago de lo ya obtenido, y sabía dejar las primicias sin llegar a un desenlace tranquilizador. No confundía el placer con las necesidades de su cargo, y llevaba rigurosamente al día la contabilidad de sus efusiones oficiales.

Entrometida y caprichosa, esta mujer insaciable que no quería privarse de nada se complacía en efectuar una selección entre el elegante personal de los ministerios en busca de apoyo para su Liochet, pues la desvergonzada pretendía convertir al mentecato de su marido nada menos que en un embajador o un gobernador colonial. Tenía una manera de mirar a los jóvenes secretarios que le caían en gracia que los pobres muchachos enrojecían hasta las cejas. Únicamente su boca hacía bajar los ojos, pues, sin decir palabra, sus labios eran una promesa. Un hombre mirado fijamente por esta mujer se encontraba de golpe desnudo, públicamente desnudo. Pero ella, inclinada, con el pretexto de pedir un informe, sobre el que gozaba en aquel momento de su predilección, lo aturdí con los cálidos sortilegios que desprendía su célebre pecho, magnífico cepo para los hombres. Y con una sonrisa irresistiblemente enloquecedora, le decía:

"¡Oh, qué ganas tengo de devorarlo!"

Devorar es la expresión que conviene para expresar de algún modo los amores de madame Liochet, la bella Régine. En los lugares donde atraía a la juventud, obtenía de los muchachos de veinticinco años un rendimiento que a ellos mismos los dejaba

asombrados, orgullosos, muy pálidos y con el cerebro completamente vacío. Pocos de ellos resistían mucho tiempo a aquella mujer agotadora. Era, en suma, una mujer exuberante, bien se ve, que a los cuarenta años estaba en el cénit del ardor y del *savoir-faire*.

Sin la colaboración de su mujer, a la que sometía los casos difíciles, el prefecto no sabía resolver nada. Y fue precisamente durante una ausencia de madame Liochet cuando recibió las instrucciones de Petitbidois, que el ministro había firmado sin leerlas. Liochet se sintió preocupado. Presumió que en una historia de aquella índole podía salir malparado y que cualquier paso en falso podía hacer fracasar las intrigas de la "prefecta". Enviar a Clochemerle un destacamento de gendarmes sería llamar la atención sobre aquel rincón del Beaujolais y suscitar los comentarios de la Prensa. Sería necesario tomar partido, y esto le inspiraba un verdadero horror. Pensaba en las elecciones que se avecinaban y no quería malquistarse con nadie.

"¡Si por lo menos supiera uno a qué atenerse! —gemía aquel irresoluto—. Es cosa sabida que un partido en el poder decepciona siempre a los electores. No cabe duda de que la próxima vez habrá un cambio."

En consecuencia, no quería comprometerse a fondo con ninguno de los dos bandos. Y se afanaba en granjearse la confianza de sus adversarios políticos, lo que equivalía a enemistarse con todo el mundo. Después de profundas reflexiones, el prefecto creyó haber dado con una de las soluciones neutras que solía adoptar. En vez de enviar a Clochemerle un contingente de gendarmería, ¿no sería mejor mandar un destacamento de soldados cuya presencia podría justificarse con el pretexto de unas maniobras militares? Se mantendría el orden sin alarmar a la opinión pública.

Volvió a reflexionar y la solución le pareció muy hábil. Mandó llamar a su chófer y fue a entrevistarse con el gobernador militar.

El gobernador, general De Laflanel, era de una estirpe famosa. En el siglo XVII, un De Laflanel había sostenido el algodón a Luis XIV, en un tiempo en que este rey sufría de una excepcional actividad intestinal que repercutió en su carácter y en los asuntos del Estado. Sin embargo, el gentilhomme encargado de la augusta limpieza llevaba a cabo su cometido con tal delicadeza que el monarca, con la suprema dignidad que le ha hecho pasar a la historia con el sobrenombre de Grande, no pudo abstenerse de decirle una vez:

—¡Ah, mi buen amigo, qué bien me limpia usted!

—Sire —respondió el otro con una admirable presencia de ánimo—. Mejor que el algodón, es Laflanel³.

Esa ocurrencia fue ruidosamente celebrada por madame de Montespan que se encontraba allí, con los pechos al aire, para solaz y entretenimiento de su dueño, y este rasgo de ingenio, que circuló por todo Versalles, confirió un gran prestigio a los De Laflanel, prestigio que había de perpetuarse hasta la caída del antiguo régimen. La Revolución, que hizo tabla rasa de las tradiciones más respetables, no se olvidó tampoco de ésta. Pero los De Laflanel se transmitieron de padres a hijos el culto de una lealtad cuyo origen provenía de la propia base de la realeza. Y un poco de ese orgullo llegó hasta el gobernador.

El general De Laflanel era un hombre de principios religiosos, lo que es corriente entre los generales que han tenido mando en la guerra y han conducido a la muerte a muchos hombres, los cuales, sin enterarse, han muerto así cristianamente gracias a las virtuosas convicciones del jefe de su división. *Non nobis, sed tibi gloria, Domine*. Esta grandiosa estupidez, inconmensurable por la aplicación que se le dio, y que celebra nada menos que el fracaso de nuestra ofensiva, fue imprudentemente añadida, hasta el punto de ser blasfematoria, al comunicado del 28 de setiembre de 1915 por un jefe que se batía desde el extremo inferior de un telémetro, y que sólo pensaba en la posible retirada necesaria para conservar la

³ Juego de palabras intraducible. «La flanelle» (la franela) se pronuncia igual que Laflanel. (Nota del traductor.)

lucidez de su mente elaborada por un espeso grosor de cemento armado. Esta grandiosa estupidez, repetimos, explicaba bastante bien la presencia de ánimo del general De Laflanel ante los cementerios del frente que tan copiosamente había abastecido. Se consideraba, simplemente, un ilustre instrumento divino, y felicitaba a Dios por tan acertada elección. El general pensaba que la guerra es, en suma, una buena cosa que enseña, a los que no son soldados, que el Ejército es la más bella institución del mundo y que las facultades intelectuales alcanzan su máxima aplicación en el ejercicio del generalato. Pensando esto, no tenía necesidad de pensar en otra cosa y se abstenía cuidadosamente de hacerlo. En una palabra, era un general aceptable, salvo que sus principios no le permitían expansionarse a menudo con un taco ni con una de esas expresiones contundentes que hoy ya no se usan.

Después de haber escuchado al prefecto, el gobernador expuso su opinión que era todo un programa:

—¡Les haré poner alabardas a todos!

Es decir, a todos los clochemerlinos por insubordinados y pendencieros. Siendo De Laflanel un general muy cristiano y deseoso de servir la buena causa, se trasladó al arzobispado con el objeto de obtener una información lo más completa posible.

Monseñor de Giaccone le puso al corriente de los asuntos de Clochemerle con gran sutileza, tal vez con una sutileza excesiva, lo que fue un error, pues el general lo entendió todo al revés. Pero no podía exigirse a Emmanuel de Giaccone que dejara de mostrarse sutil, ni tampoco a un De Laflanel que hiciera súbitamente gala de ingenio. Los hombres son como son, y nada puede hacerlos cambiar. Con su sutileza, al arzobispo no le cabía la menor duda de que se hacía comprender y, por su parte, el general, que carecía de toda sutileza, estaba seguro de comprender perfectamente todo lo que le decían y de tomar siempre decisiones admirables por lo atinadas o conducentes a un mal menor. Observamos de paso esta contradicción. Inclinado al escepticismo, monseñor de Giaccone concedía siempre un crédito excesivo a los individuos, mientras que el general, siempre optimista —hasta el punto de que sin pestañear ni poner en duda su valor, había llevado inútilmente a la muerte a diez mil hombres de una sola vez—, desconfiaba siempre de ellos. De ahí que aquellos dos hombres evaluaban subjetivamente el grado de inteligencia de los demás.

Después de esta entrevista, el gobernador mandó llamar a su segundo, el general de Caballería De Harnois d'Aridel.

Lo informó a su modo del asunto y resumió así sus instrucciones:

—¡Que los albarden a todos, mil millones! Y sobre todo, que se siga la vía jerárquica. Esto es lo único que cuenta.

Vamos a ver por segunda vez el funcionamiento de ese mecanismo de alta precisión: la vía jerárquica. Abundando en las opiniones de su superior, el general De Harnois d'Aridel estaba a favor de la Iglesia. Se dijo que había que actuar con rapidez y energía y mandó llamar al coronel Touff, que mandaba el regimiento de tropas coloniales. Le habló de Clochemerle y acabó con estas palabras:

—Mano fuerte. Actúe rápidamente.

En el regimiento del coronel Touff, un jefe de batallón se distinguía por su decisión y energía, el comandante Biscorne. El coronel le expuso la situación y le dijo:

—Necesitamos un hombre expeditivo. ¿Lo es alguno de sus oficiales?

—Sí. Tardivaux —contestó el comandante sin vacilar.

—Vaya por Tardivaux. Haga inmediatamente lo necesario.

Como todos los hombres enérgicos y decididos, el comandante Biscorne no se andaba con chiquitas. E hizo este claro resumen al capitán Tardivaux:

—Tiene usted que habérselas con un hatajo de imbéciles, en plena agitación, en Clochemerle. Búsquelo en el mapa. Se trata de una querella acerca de un urinario, de un cura, una baronesa, unos cristales rotos, una pandilla de idiotas, y no sé qué más. No he podido entender lo que ocurre. Usted verá sobre el terreno de qué se

trata. Restablezca el orden a rajatabla. Y le encomiendo una cosa, tome antes que nada el partido de los curas. Estas son las órdenes. ¿Se chunguea usted? ¡Yo también! ¿Ha comprendido?

—Perfectamente, mi comandante —afirmó Tardivaux.

—Esos patanes de Clochemerle nos están amoscando.

—Sí, mi comandante —dijo Tardivaux.

—Por lo tanto, libertad de maniobra. Resuelva este asunto *manu militari*.

—Bien, mi comandante.

El capitán saludó y se dispuso a salir. El comandante sintió un remordimiento y volvió a llamar al capitán para completar sus instrucciones:

—De todos modos, procure que sus subordinados no se desmanden.

Es así como el capitán Tardivaux se encargó de esta misión.

El capitán Tardivaux, capitán de "cuchara", tenía una recia personalidad militar. No deja de tener interés trazar a grandes rasgos la carrera de este oficial.

En 1914, a los treinta y dos años, se encontraba en Blidah, en calidad de suboficial reenganchado, ambicionando, si todo iba bien, acabar su carrera con el grado de oficial ayudante, jubilarse y encontrar un modesto empleo civil, una portería, por ejemplo, donde pudiera llevar una vida descansada. Una ociosidad decorativa se le antojaba la vejez más adecuada para un bizarro militar. Cuando pensaba en el brillante epílogo que se merecía su hoja de servicios, se imaginaba sentado a horcajadas en una silla, en la penumbra de un pórtico majestuoso, enfundado en una túnica oscura en la que relucían sus medallas coloniales, liando cigarrillos de la mañana a la noche, examinando severamente a la gente con el seguro golpe de guardia y no abandonando el puesto más que para ir de vez en cuando a empinar el codo en un cafetucho vecino donde fácilmente deslumbraría a los contertulios con el pintoresco relato de sus proezas bélicas. Este cúmulo de hazañas despertaría sin duda la admiración de algunas sirvientas de corazón sensible. Además, un hombre que había tenido amores en todos los climas, sabía guiñar el ojo a las mujeres. Tal vez lo hiciera de una manera vulgar, pero lo cierto es que les daba claramente a entender los propósitos que lo animaban y, al fin y al cabo, lo esencial es que a uno le comprendan. Era muy versado en el arte de clasificar las categorías humanas y especialmente en seleccionar mujeres a su medida. Las llamaba "mukeres", en recuerdo de sus tiempos de soldado colonial y las trataba sin ninguna clase de miramientos. De vez en cuando no desdeñaba aceptar algunos regalos, homenaje tributado a un vigor, que se afirmaba igualmente con los puños cuando el *gentleman* había abusado del ajenjo. Los grados del valor social varían hasta el infinito y no tienen la misma equivalencia en todas partes. En la vida civil, se hubiera clasificado a Tardivaux como un perfecto granuja. En cambio, en el ejército de África era un excelente suboficial.

Con objeto, sin duda, de ascender al grado de oficial ayudante en el que cifraba su ambición, el sargento Tardivaux no daba paz a la lengua en el patio del cuartel. En realidad, si se comportaba así no era por gusto ni por maldad. Sabía que en la carrera de las armas es a veces necesario proferir imprecaciones y rugidos si uno desea llamar la atención de los jefes y granjearse su estima. En un cuartel donde todo el mundo vociferaba de la mañana a la noche y de arriba abajo, precisaba, para que se fijaran en uno, alzar la voz más que los demás. Así lo comprendió Tardivaux que, buen observador además, comprendió también que un militar con mando que no castiga es como un gendarme que no aplica ninguna contravención y es acusado de debilidad y de negligencia profesional. Los cuadros de la gendarmería y los del ejército toman sus decisiones con la tranquila certidumbre de que todas las personas civiles son presuntos delincuentes y todos los soldados unos cobardes de tomo y lomo. Cosa paradójica: esta convicción de que el ejército por un lado y la sociedad civil por otro se compone casi exclusivamente de crápulas constituye precisamente la fuerza del ejército y la solidez de la sociedad civil, los cuales, para sentar su disciplina y sus sanas jerarquías, precisan de un gran principio fundamental, fácilmente comprensible. En nombre de este principio

voluntariamente aceptado, al sargento Tardivau no le molestaba lo más mínimo que el teniente le tratara de bruto, porque sabía que a su vez podía impunemente tratar de brutos a todos cuantos no eran suboficiales.

Cifraba, por tanto, su ambición en que disminuyera el número de personas que podían tratarle de bruto y aumentara el de los que podían ser objeto de aquel trato. Una ambición tan concreta y que de tal modo afectaba a su dignidad personal, no le dejaba un momento de reposo. El sargento Tardivau vociferaba, pues, a sus anchas en Blidah, y sin tomarse la molestia de enjuiciar las faltas, imponía arrestos o penas de cárcel, del mismo modo que los poderes supremos distribuyen las calamidades entre los hombres, en nombre de una sabiduría metafísica poco confortadora cuyo misterio debemos renunciar a descifrar en esta vida.

La movilización sorprendió a nuestro suboficial entregado a estas ocupaciones y lo condujo al paso de la Chipotte, donde tuvo que enfrentarse inopinadamente con otras tropas imbuidas, como las suyas, de un complejo de superioridad y con otros suboficiales no menos chillones y fanfarrones que los nuestros y que tenían asimismo la pretensión de tratar de brutos y cobardes a los soldados. Esto se notaba a la legua en sus muecas de pelirrojos, de insípidos boquirrubios nórdicos, realmente embrutecidos a fuerza de docilidad y de atiborrarse el cerebro.

El primer contacto entre aquellos hombres resueltos fue detestable, por la razón imperiosa de abandonar lo más pronto posible aquellos parajes. Pero el general, cuidadosamente parapetado en la retaguardia, ordenaba lo contrario. Se resguardaba lo mejor que podía de una posible insolación, el mayor peligro a que se exponía dada la fuerza de aquel sol de agosto. El general, fortificado debajo de un umbroso arbolado, no abandonaba un momento sus catalejos y el espectáculo de una densa humareda que se elevaba de un bosquecillo le producía un marcial regocijo.

—¡Vale la pena haber mandado una avanzadilla! —afirmaba a los oficiales de su Estado Mayor que le escuchaban.

Y la prueba de ello es que del bosquecillo llegaba a sus oídos el estruendo del combate y unos lejanos toques de clarín precursores de un ataque a la bayoneta.

—¡Qué van a tomar esos cochinos! —decía el general refiriéndose a los alemanes. A su juicio, no cabía ninguna duda de que los alemanes habían de ser rechazados, despedazados, puestos en fuga, aplastados, despanzurrados y todos verdosos a causa de una diarrea incontenible. En cambio los franceses, en el fragor de la pelea, se mantenían lozanos e impertérritos, con un sano color rosado en el rostro, obsequiando a los *boches* con sus inagotables rasgos de humor, y pertrechados, además, de dos centenares de cartuchos, con sus relucientes y mordaces bayonetas que se desvanecían de placer al ponerse en contacto con las tripas de los teutones.

Tan convencido estaba el general de que todo se iba desarrollando de acuerdo con sus previsiones que a las cinco de la tarde, no temiendo ya un porrazo de Febo, no titubeó de tomar una decisión heroica.

—Creo, señores, que podríamos avanzar un centenar de metros. Eso facilitará nuestros trabajos de observación.

El general habló con tanta energía y con un desprecio tal del peligro que todo el mundo se estremeció.

—Mi general, no sea usted imprudente —suplicó el primer coronel de su escolta.

Pero el general le replicó con una sonrisa:

—Hay temeridades indispensables, coronel. No lo olvide.

Palabras lapidarias que no decidieron el resultado de la batalla, bastante confuso sea dicho de paso, pero que hicieron mucho en favor del ascenso del que las había pronunciado.

El general avanzó con denuedo y se detuvo a tres kilómetros escasos de la línea de fuego, en una zona expuesta donde, a decir verdad, no caían los obuses, aunque poco faltaba. Allí permaneció hasta el crepúsculo, hierático e impassible, sin enterarse de lo que ocurría, pero sin la menor vacilación en la transmisión de

órdenes. Cabe decir, sin embargo, que el general alemán con quien se enfrentaba se comportaba con la misma intrepidez y daba sus órdenes con parecido conocimiento de causa.

La batalla se entabló, pues, en pleno bosque por dos contingentes de locos furiosos, atontados por el miedo, que no sabían lo que habían ido a hacer allí y que se batían como salvajes, aullando, disparando, corriendo, golpeando y asesinando a su antojo, aunque con el deseo de huir a escape de aquella sarracina.

Experimentaban todos un ansia indignante de vivir, y comenzaba a iluminar sus mentes la convicción de que los grandes capitanes de todos los ejércitos del mundo son la más auténtica basura de la creación, por lo que a ellos, combatientes, no les cabría mayor goce que retorcer el pescuezo a los grandes capitanes y enviarlos al otro mundo, aunque fuera con los mayores refinamientos, como, por ejemplo, cortarles los testículos y metérselos en la boca. Esto sería mejor que tener que cortar el cuello a esos pobres imbéciles de enemigos que ejercían como ellos esa inverosímil profesión que consistía en exterminarse mutuamente, en destriparse los intestinos, en sembrar el campo con el hígado, el bazo, el corazón, la mollera y hasta los testículos, y decirse, con un último gorgoteo del alma, que unos desvergonzados asquerosos cuya única ocupación consistía en andar todo el día con prostitutas de postín y hartarse de guisos succulentos, de honores, de cumplidos y homenajes, que esos bribones, que ni siquiera oían silbar las balas, esos sádicos, esos "patriotas" profesionales habían organizado este condenado apocalipsis de mierda en provecho propio sin importarles un ardite que bajo el sol, lleno todavía de peces en los ríos, de pájaros en los árboles, de liebres en los surcos, de semillas en los campos y de frutos en las ramas, lleno de pueblos casi vacíos mientras por doquier abundaban las mujeres estremecidas de deseos solitarios a falta de un hombre, de uno de aquellos hombres que enviaban al matadero como si fueran cerdos.

Esto es lo que habrían pensado los del bosque si no hubieran estado locos hasta los últimos límites de lo inconcebible, o muertos. Estos últimos no tenían ya necesidad de nada más que un poco de tierra sobre el vientre, no tanto por ellos, que se reían total y eternamente de ser sepultados o no. Pero los vivos, aunque no reflexionaran, no querían dejarse allí el pellejo.

Entretanto, el general, tranquilo, satisfecho e incluso sonriente, de pie en una pequeña elevación del terreno rodeada de copudos árboles, repetía cada cuarto de hora:

—¡Esto marcha! ¡Esto marcha!

Y el general de enfrente decía lo mismo en su idioma:

—*Es geht! Schön, sehr schön!*

Aquello marchó hasta que el general tuvo sed. Entonces un estúpido e idiota comandante, jefe de intendencia, presentó al general una caña de cerveza que no había sido puesta a refrescar, diciendo con una jerárquica sonrisa de cretino:

—¡En la guerra como en la guerra, mi general!

Al primer sorbo, el general comprendió la impertinencia.

—¿Qué ha dicho usted? —tronó—. En primer lugar, cuádrese usted delante de un superior. ¿Para qué sirve usted, comandante...? ¡Presentarme una meada de asno semejante! Mañana mismo lo enviaré al bosque. ¡A usted y a todos los demás imbéciles!

El general había perdido los estribos. Debíase probablemente a los efectos del calor o tal vez a que no había digerido bien el pisco de la mediodía. Al comandante se le trabó la lengua y no supo qué decir. Era un comandante de escasas luces, de no muy claras dotes militares, tal vez porque no pasó por la Escuela de Guerra.

Empezaba a comprender, aunque demasiado tarde, que la bebida del general, el yantar del general, el pipí del general, la cama del general, el uniforme del general, la amiga del general, el capellán del general, el cabo del general, los cascajones del caballo del general, todo lo que podía influir, en suma, en el humor del general, tenía en la guerra su importancia, mucha más importancia, sin duda, que los soldados del general...

Pero era ya demasiado tarde para hacerse cargo de aquellas cosas, porque al día siguiente marchó efectivamente hacia el bosque donde lo despanzurraron como a los demás camaradas. Y mientras eructaba su alma sencilla, que se resistía a abandonar el cuerpo, aquel buenazo de comandante, saludando marcialmente a los moribundos, repetía dulce y respetuosamente:

—¡Qué fría es la muerte, mi general...!

Y murió como un pobre idiota más, como tantos otros...

El general no se ocupó más de él. Y decía:

—Esta vida al aire libre me quita veinte años de encima. Si esta guerra pudiera durar un año o dos más llegaría a centenario.

"Y quizás a mariscal..." Pero esto lo decía para sus adentros, temeroso de que aquellas palabras llegaran a oídos de los demás generales, que tanto como colegas, eran unos taimados bribones dispuestos a ser mariscales antes que sus compañeros, aunque para ello tuvieran que sabotear las operaciones bélicas de su vecino.

A Tardivaux no le gustó mucho su bautismo de fuego. Por supuesto que una vez salido de apuros, se mostró, como los demás, bravucón y fachendoso, pero, en su fuero interno, la sola idea de tener que volver a empuñar un arma lo ponía de mal humor. Afortunadamente, en un lugarejo del valle donde la compañía de Tardivaux se había replegado, las bodegas estaban atestadas de cubas de vino y de botellas de aguardiente de ciruelas. Todos los soldados volvieron borrachos al bosque donde la compañía emprendió un ataque a la bayoneta en un terreno batido por las ametralladoras. Sin embargo, logró franquearlo a costa de la pérdida de las tres cuartas partes de sus efectivos. Al atardecer, los gloriosos supervivientes de la compañía desfilaron en la retaguardia.

El coronel detuvo a los treinta y dos hombres y les dijo:

—¡Sois unos bravos, amigos míos! ¡Unos héroes!

—Estábamos todos borrachos, mi coronel —dijo sencillamente Tardivaux, queriendo expresar con aquellas palabras que si aquel puñado de hombres había llevado a cabo de una manera sobrehumana una tarea inhumana, se debía a que no estaban en sus cabales.

El teniente coronel frunció el ceño. Esta libre interpretación del heroísmo no le convencía de ningún modo.

—¡Tendré que vigilarlo! —dijo a Tardivaux.

Afortunadamente, momentos después, el teniente coronel resultó víctima de un *schrappnell* perdido (uno de los pocos proyectiles que aquel día hicieron un trabajo útil), y aquella muerte salvó la reputación de Tardivaux, que comprendió que no debía hablar jamás a tontas y a locas.

No obstante, aquellos primeros incidentes de la guerra le sumieron en hondas reflexiones, y no tardó en hacer este importante descubrimiento: *En la guerra, un hombre borracho avanza sin miedo.*

Los alemanes debían, más tarde, bañar a sus soldados en alcohol e incluso, según se ha dicho, en éter. Como tantos otros que no supimos explotar, este magnífico invento es francés y el mérito del mismo se debe a un simple suboficial de nuestras tropas coloniales.

Tardivaux no volvió a aventurarse en la línea de fuego sin ir provisto de un buen acopio de alcohol. Bebía hasta perder por completo la noción de las cosas, hasta que se apoderaba de él una furiosa e imbécil exaltación que hacía maravillas en los combates.

Este método le valió varias citaciones por su conducta ejemplar en el campo de batalla. Y como los cuadros se iban diezmando, ascendió rápidamente a brigada y después a subteniente.

Al llegar a Verdún lucía ya dos galones, y en el transcurso de aquella terrible batalla alcanzó definitivamente un sólido renombre. En medio de un horrisono bombardeo, comprendió que le era necesario aumentar su dosis de reconstituyente moral. Pero tomó una cantidad tan grande que cuando su compañía se lanzó fuera de la

trinchera para emprender el ataque, cayó completamente ebrio en un hoyo profundo causado por la explosión de un obús, en la tierra de nadie. Allí, en medio de la más formidable empresa de destrucción que haya sacudido al mundo, roncó a sus anchas, rodeado de cadáveres, unas treinta horas. Volvió en sí en un momento de calma preñado de amenazas. Sólo se oía el alegre trino de una alondra que surcaba un cielo sin mácula. Tardivaux no tenía la menor idea de lo que había podido ocurrir, pero la presencia de dos cadáveres y el hedor que despedían le permitieron sacar las deducciones propias del caso. Y antes de tomar sus medidas para ponerse a salvo se dijo:

"Bueno, ¿y cómo se lo tomará el viejo?"

El viejo era el comandante, un condenado que se ponía a chillar por un quítame allá esas pajas. De todos modos, permanecer allí, entre las líneas, no resolvía nada.

Así, pues, arrastrándose, llegó hasta su trinchera donde se dejó caer, aturdido aún por los vapores del alcohol. Sus hombres no daban crédito a sus ojos.

—¿Ha escapado usted de los *boches*, mi teniente?

Le contaron que después de haber tomado la trinchera alemana, un contraataque los había desalojado de ella y se habían visto obligados a volver a sus primitivas posiciones, operación que se efectuó a costa de algunas bajas.

El teniente se trasladó al puesto de mando del comandante, que, informado ya de aquel milagroso retorno, esperaba a su subordinado en la puerta de su tienda de campaña.

—Tardivaux —exclamó—, esta vez se ha ganado usted la Legión de Honor. ¿Cómo se ha librado de sus garras?

Tardivaux sabía que no hay que llevar nunca la contraria a un superior, e improvisó, lo mejor que supo, un brillante hecho de armas.

—He matado a los centinelas —dijo.

—¿Había muchos?

—Dos, mi comandante, dos gigantes que no me quitaban el ojo.

—¿Y cómo ha podido salir de sus líneas?

—Difícilmente, mi comandante. He tenido que matar dos o tres más de esos marranos que me habían visto.

—¡Demonio de Tardivaux! —exclamó el comandante—. No cabe duda de que los tiene usted en su sitio. Después de una hazaña así querrá refrescarse el gizonte, ¿verdad?

—No lo rechazo, mi comandante. Ni tampoco me negaré a hincar el diente en un buen bocado.

La hazaña fue pronto divulgada y se le confirió un valor de patriótica ejemplaridad. A través de los puestos de mando y explicada por los ciclistas de enlace y las columnas de intendencia, la nueva versión llegó a conocimiento de los periodistas, y en París, entre caña y caña de cerveza, esos diestros manipuladores de la leyenda, otorgaron al hecho de armas de Tardivaux un alcance definitivo. Uno de los mejores portavoces de la opinión pública se apoderó del tema y publicó en un importante periódico un artículo editorial que comenzaba así:

"Lo que la raza francesa tiene de admirable es que improvisa continuamente la grandeza con un aire de tranquila simplicidad, de una manera que puede calificarse de clásica y que constituye el atributo de su genio inalterable."

Durante la semana que siguió las entregas de oro al Banco de Francia aumentaron en un treinta por ciento. Así quedaba sobradamente justificado lo que el sargento Tardivaux, aquel autodidacto en lo concerniente a talento militar, había presentado desde el primer día: la importancia del alcohol en la guerra. Desgraciadamente, a pesar de sus galones de teniente, su situación seguía siendo aún demasiado oscura para que tuviera conocimiento de tan vastas repercusiones. Sin embargo, fue citado en la orden del ejército y al cabo de poco tiempo se le concedió el tercer galón.

Este último ascenso le inspiró saludables reflexiones conducentes, bien entendido; a la conservación de su estado de salud.

"Heme aquí convertido en todo un capitán, que no es poca cosa", se dijo. Consideró entonces que exponer, aunque fuera ligeramente, una vida tan valiosa sería una gran tontería, una tontería nefasta. Al fin y al cabo él era un hombre aguerrido y, como tal, de un inapreciable valor para el ejército del mañana. En cualquier momento se encontrarían oficiales de complemento, pero los militares de carrera, guardianes de las más puras tradiciones castrenses, no se remplazan fácilmente. Era importante, pues, relacionarse con ellos y ganar su confianza. Serían los militares de carrera quienes se encargarían de encuadrar sólidamente a las futuras generaciones. Sin embargo, Tardivaux no tardó en darse cuenta de que estos razonamientos se los habían hecho ya muchos de sus compañeros, que se habían anticipado a sus propósitos. Numerosos oficiales de carrera que escaparon a la carnicería de los primeros meses hicieron rápidos progresos en los Estados Mayores, donde se habían atrincherado fuertemente con vistas al bienestar del país, al que con denodado esfuerzo daban un ejemplo de perseverancia en el cumplimiento de los necesarios sacrificios. Tardivaux llegó a la conclusión de que aquélla era la misión que en lo sucesivo tenía que cumplir. El provocó la ocasión para que se procediera a su evacuación, pues no en balde había pertenecido a las tropas coloniales, duchos en prácticas clandestinas que ni siquiera los comandantes aciertan a ver. Permaneció mucho tiempo en la retaguardia donde cosechó numerosos éxitos entre las mujeres, pertenecientes, hay que decirlo, a una sociedad muy mezclada. Volvió a la zona de guerra con una misión de confianza: la de oficial observador de cuerpo de ejército. Observó sobre todo las reglas de la más estricta prudencia, lo que le permitió terminar la guerra con la piel intacta y hecho un bizarro capitán cuyo pecho constelado de condecoraciones evidenciaba su heroísmo. Este era el hombre de guerra que marchaba sobre Clochemerle para establecer allí el orden.

Nada es verdaderamente risible en los asuntos humanos, pues en todos ellos acecha el implacable, y el dolor y el exterminio suelen constituir su desenlace. Bajo la comedia, fermenta la tragedia; bajo el ridículo, se agitan las aspiraciones; bajo la bufonada, se prepara el drama. Llega siempre un momento en que, más que horror, los hombres inspiran compasión.

El historiador podría encargarse por sí mismo del relato de los acontecimientos. No vacilaría en hacerlo si contara con un medio mejor para informar al lector. Pero he aquí a un hombre que en razón del cargo que ejerce en el municipio está enterado con todo detalle de los acontecimientos y no sólo los ha vivido de cerca sino que se ha visto mezclado en ellos. Nos referimos al guardabosques Beausoleil, ciudadano de Clochemerle, donde ejercía, a veces de buena gana y siempre de buen humor, funciones pacificadoras. Hemos juzgado preferible recurrir a su relación, ciertamente superior a la que nosotros podríamos escribir, puesto que nos encontramos en presencia de un verdadero testigo, que tiene naturalmente el tono local. He aquí, pues, el relato de Cyprien Beausoleil. Escuchen ustedes a ese hombre hablar del pasado, con el desapasionamiento que da el tiempo, que restituye las cosas a su verdadero lugar y a la gente su exigua importancia.

"Pues he aquí que Adèle Torbayon volvió súbitamente a las andadas. Siempre suspirando, los ojos como tumefactos a fuerza de puñetazos, y con ese aire de pensar en cosas fáciles de adivinar que adoptan todas las mujeres cuando el amor las hace andar de coronilla. Adèle, que se había mantenido tranquila mucho tiempo, dedicada honestamente a sacar adelante su negocio, ¿creerá usted que se volvió loca por Hippolyte Foncimagne? Que un pasmado como Arthur (se trata del marido y al motejarlo de pasmado aún me quedo corto) no se diera cuenta de nada, no quiere decir que tal cosa pasara inadvertida a un hombre como yo, que conozco a todas las mujeres del pueblo y de los alrededores. Un guardabosque, con el uniforme y la autoridad del proceso verbal, nada torpe en el hablar ni el trastear, dispuesto siempre a bromear, que simulando estar en las nubes lo ve todo, tiene sobradas ocasiones de enterarse de la vida y milagros de las mujeres, pero cierra el pico, porque no sería decoroso que un hombre que sabe ver a través de las apariencias, se fuera de la lengua un buen día.

"Puedo asegurarle, señor, que he pasado mucho tiempo al acecho de las fáciles y que sabía mostrarme en el momento oportuno. Para esas estúpidas tan condescendientes, cualquier momento es bueno. Y para el que le apetecen estas cosas y conoce a las hembras, no es difícil darse cuenta del momento en que, como si mediara el azar, debe hacer su aparición.

"He aquí, pues, a la Adèle. Parece haber enloquecido de repente. Siempre distraída, se equivoca al contar el dinero y cualquiera podría marcharse de la posada sin pagar. Una mujer que anda de este modo por las nubes, cosa rara entre la gente del campo que sólo piensa en amontonar moneda, pues... no hay que buscarle tres pies al gato, señor. El motivo está en el sitio preciso, con un ardor poco común. Me refiero, claro está, a las mujeres como Adèle y la Judith, mujeres de un temperamento apasionado que, dotadas de un celo como tiene que ser, sólo ven el lado bueno de las cosas, al revés de esas plañideras, de esos témpanos de hielo, como sé de algunas, que no le abren a uno el apetito. Se comprende. Las mujeres que no sienten la menor vibración, no hacen más que amargarnos la vida a los hombres. En resumen, y usted se hará cargo, mujeres a las que no se puede contentar en eso, no se las puede contentar con nada. Así, pues, figúrese usted. Se las llama mujeres con cabeza. ¡Bah! Las mujeres no han sido hechas para trabajar con la cabeza, y por lo tanto, y permítame expresar mi opinión, si trabajan con la cabeza no rinden como es debido cuando se dedican a otras faenas. Y como me

llamo Beausoleil, permítame decirle que se trata de una inteligencia mal empleada. He tenido muchos tratos con mujeres e incluso, óigame bien, las tuve por docenas. Y no le extrañe. Uno es guardabosque y no escasean las ocasiones. ¡Imagínese usted! Muchas veces están solas en casa cuando esas condenadas borrascas azotan todo el Beaujolais, y entonces el miedo las trastorna de tal modo que todas, por decirlo así, se ponen boca arriba...

"Escuche mi consejo. Para que la paz reine en su hogar, tome una mujer ya un poco metida en carnes, una de esas regordetas que casi pierden el sentido cuando uno las toca, y a veces con sólo dirigirles una mirada prometedora. Con esta clase de mujeres, por poco que usted se empeñe, las tendrá siempre al alcance de la mano. Alboroto por alboroto, es mejor que las mujeres chillen de noche que de día, y aún más que sea el placer y no la maldad lo que las mueva a chillar. Regla general: se conoce a una mujer en la cama. La que se porta bien, raro es que revele malos instintos. Cuando se siente enardecida, cuando sus nervios se desquician, demuéstrole usted de lo que es capaz y de este modo le auventará los demonios del cuerpo con mayor eficacia de lo que pueda hacerlo el hisopo de Ponosse. Después ella es siempre dulce y no discute nunca lo que usted dice.

¿Acaso no lo cree usted así?

"La Adèle, en los tiempos de que le hablo, era una real hembra, que hacía ir de coronilla a más de uno, y nada más que para gozar de ella con la vista, los ciudadanos de Clochemerle frecuentaban la posada, lo que en resumidas cuentas hizo la fortuna de Arthur. Sólo con hacer la vista gorda, no dándose por enterado de que los parroquianos se daban por satisfechos con guiñar el ojo a su mujer, el establecimiento estaba siempre lleno a rebosar y todas las noches retiraba del mostrador un cajón repleto de monedas. A Arthur no le mordían los celos, porque la Adèle apenas salía de casa y esto hacía casi imposible que la mujer rebasara los límites de lo decoroso. Cabe decir que Arthur era un hombretón alto, fuerte, que se echaba a la espalda una cuba llena sin perder el aliento. Ni que decir tiene, pues, que con un solo brazo hubiera levantado del suelo a uno de aquellos alfeñiques. Así, pues, se le guardaba un prudente respeto.

"Cuando me di cuenta del cambio experimentado por la Adèle, que no solamente dejó de bromear con los clientes, sino que se equivocaba, en perjuicio suyo, al dar la vuelta cuando le pagaban con un billete de los grandes, di con el motivo. Hacía tiempo que tenía el convencimiento de que aquella mujer, a pesar de su aire apacible, no era más que una zorra. Pero nadie decía que hubiera adornado la cabeza de Arthur. Sin embargo, parece que en cierta ocasión tuvo un desliz. Estuvo a punto de ser sorprendida, pues apenas tuvo tiempo de bajarse las faldas. Esas condenadas mujeres, cuando les da por ahí, encuentran siempre la oportunidad y el tiempo necesarios.

"Pues, señor, cuando vi a la Adèle de tal modo cambiada, me dije para mi coleteo: «¡Arthur, esta vez hay algo!» Y en cierto sentido, si bien se miran las cosas, no me desagradaba lo que yo presumía que iba a ocurrir. No es justo, reconózcalo usted, que si en un pueblo sólo hay dos o tres hembras de esas que valen la pena, sean siempre para los mismos, mientras los demás tienen que apechugar con mujeres escuchimizadas y desabridas. Me dispuse, pues, a averiguar quién era el marrano que había podido adueñarse de Adèle, antes de que ella pasara por mi tambor. Y no tardé mucho tiempo en ver claro. Bastaba darse cuenta de cómo, con sus lánguidas miradas, iba la Adèle minando la resistencia de Foncimagne, cómo se inclinaba sobre él para servirle, acariciándole la cabeza con sus pechos opulentos y cómo se olvidaba de todo el mundo cuando él estaba allí. En este estado las mujeres lo confiesan todo sin decir nada veinte veces al día; el amor les brota de todo el cuerpo como la transpiración de los sobacos. Y esto es tan cierto que, sin que ellos se den cuenta, saca a veces de sus casillas a los hombres más templados. «¡Bueno, si sigo viendo esos manejos, el día menos pensado la cosa terminará mal!» Y no me refiero a Arthur, ni por pienso, sino por Judith, que no estaba dispuesta a ceder una migaja de su adorado Hippolyte.

"Las cosas ocurrieron sin tardar, como yo había previsto. Judith, que tiene el olfato muy fino, se pasaba horas apoyada, de pie, en el quicio de la puerta de su casa, dirigiendo feroces miradas en dirección a la posada y dando a entender que el hervor de la sangre la induciría en cualquier momento a arrancar los ojos de la otra. En uno de sus raptos mandaba a su cornudo Toumignon a preguntar si no había visto a su idolatrado Foncimagne. Después, en la tienda, decía en voz alta, para que todo el mundo pudiera oírla, que la Adèle era una cualquiera y que al día siguiente, aunque Arthur estuviera presente, ella iría a su casa y le echaría en cara su desvergüenza.

"Su cháchara y su cotilleo se divulgaron por todo el pueblo y llegaron a oídos de la Adèle y hasta a los de Arthur. Este iba siempre con el ceño fruncido. Se jactaba de que quienes le hacían una mala pasada recibían siempre su merecido y rara vez salían con vida de sus manos, y en apoyo de sus argumentos contaba el caso de un hombre a quien derribó de un puñetazo una noche en que volvía a pie de Villefranche. Las cosas llegaron a un punto en que Hippolyte, amenazado por Judith y por Arthur, cogió miedo, abandonó la posada y se fue a vivir en una casa del barrio bajo, dejando a Adèle sumida en el desconsuelo de la viudez. Y Judith, en plan de triunfadora, iba a la ciudad dos veces por semana en vez de una y salía más que nunca en bicicleta. Hippolyte desfilaba disimuladamente. Y Adèle tenía siempre los ojos enrojecidos de tanto llorar. Y todo el pueblo seguía de cerca el asunto y observaba las innumerables idas y venidas de los tres.

"Más tarde se supo la verdad, que era como yo había adivinado, por culpa de Hippolyte, que, un día que había bebido, no cesó de proclamar a voz en grito que había gozado hasta la saciedad de los favores de la Adèle. Habría hecho mejor callándose, pero los hombres acaban casi siempre por soltar la lengua, un día u otro, y dar detalles de todas esas cosas. Y después, cuando todo ha terminado, aún disfrutan en jactarse de ello y provocar la envidia de sus semejantes, cuando la mujer vale la pena, como era el caso de la Adèle, que no hubiera encontrado ningún José si se le hubiera ocurrido hacerse la Putifar con los hombres de Clochemerle. Ahora bien, por lo que a mí concierne, no me lo hubiera hecho decir dos veces. Estaba más que dispuesto a mostrarme obsequioso con ella. Pero por lo visto, yo no le interesaba. Era una mujer muy caprichosa.

"Todo esto había pasado tres semanas antes de la llegada de la tropa a Clochemerle. En tres semanas, Adèle se había consolado un poco, pero no dejaba de sentirse herida en su amor propio. Sin embargo, como había contraído malos hábitos con Foncimagne, no dejaba de calmar sus ansias en un cuartucho de la buhardilla de su casa. En el cercado que rodeaba la casa por la parte posterior había una puertecita y por ella entraba Foncimagne a cualquier hora del día. Quizá sean los malos hábitos lo que constituye el principal incentivo de la vida, y aún puede añadirse que la desazón que suele inquietar en el umbral de la madurez sea la más terrible y más difícil de apaciguar.

"Tratándose de la Adèle, ya se da usted cuenta de adonde voy a parar. Probablemente, Arthur se mostró de día en día más indolente, como suele ocurrir cuando a uno le guisan siempre los mismos platos. Si a uno le sirven pavo trufado, un día y otro día, acaba por hacer de este manjar el mismo caso que si se tratara de un vulgar cocido. Y es lo que yo digo. Cuando se tiene que apechugar todos los días con la misma mujer, cuesta horrores ponerse en situación. Nada más que la idea de encontrar algo nuevo, y no es necesario que sea una gran cosa, pues en el fondo todo es lo mismo, nos hace perder el seso, y al decir esto me refiero a nosotros, los hombres, porque para las mujeres es distinto. Mientras se les dé plena satisfacción, no son demasiado curiosas a ese respecto. De todos modos, a la larga, rara vez se sienten complacidas, y por esto no hacen más que pensar en ello porque, si bien se examina, no tienen otra cosa en que pensar. Y esto, claro está, es lo que le ocurría a la Adèle. Era como una hermosa yegua que nunca había comido avena y que, después de saciarse de avena, se la aparta de pronto del pesebre. De la noche a la mañana se le privaba de su manjar. Y a los treinta y

cinco años, que es la edad que ella debe de tener, imagínese usted la conmoción. Se comprende muy bien que perdiera el juicio.

"En esto, como le decía, llegan los soldados a Clochemerle. Un centenar de muchachos con todo el vigor de la juventud y la fogosidad propia de sus años, que sólo pensaban en las faldas y en lo que había debajo. Todas las mujeres se consideraban objetivo militar y pensaban en ese refuerzo de sana lozanía que permanecía desocupado en los cuarteles, y en lo mucho que debían de sufrir los mozos, lo que despertaba su compasión. Nuestras buenas mujeres tienen un gran corazón y están siempre dispuestas a prodigar sus consuelos.

"Voy a hacerle una observación sobre el modo como yo comprendo ciertas cosas. La llegada de los soldados transtorna siempre a las mujeres. Hay quien dice que el efecto que les produce se debe a los uniformes, pero, a mi juicio, obedece a la contemplación de un numeroso conjunto de hombres, jóvenes y fuertes, en plena actividad, cuyas miradas les queman la piel, y por otra parte, a la idea que por sí mismas se han forjado de los soldados. Se los imaginan siempre prontos a levantar faldas y a ir directamente al grano sin tomar consejo ni pedir permiso. Esto les da la sensación de una violación posible que les inflama la sangre. Esto sin duda les viene de sus tatarabuelas que debieron de encajar lo suyo cuando la soldadesca desmandada asolaba el país. Por lo tanto, resulta fácil comprender que la idea que se han forjado de los soldados las encandila de tal modo que se agita en ellas el poso dormido de sinnúmero de enfebrecidas sensaciones. Las mujeres, me refiero a las verdaderas hembras, la que más la que menos han soñado todas en proferir un grito de terror ante un apuesto muchacho que las hiciera suyas en un abrir y cerrar de ojos, porque, dicho sea de paso, el mismo espanto las hace ponerse en posición adecuada. Y abundan ciertamente las mujeres que preferirían que no se les pidiera su opinión a fin de no sentir después pesar ni remordimientos y poder decir: «¡Oh, no fue culpa mía!» Lo que las agita y las hace soñar, al ver soldados, es pensar que uno de ellos podría echarse sobre ellas, y este solo pensamiento las hace arder. Cuando los hombres y las mujeres se miran fijamente, como ocurre al paso de un regimiento, se hacen muchos cornudos con la imaginación. Si lo que a las mujeres les pasa por la cabeza ocurriera de verdad, se vería una cochina feria de nalgas, ¿no lo cree usted así?

"Pues como le decía, señor, cuando vi aquel centenar de mozos acampados en Clochemerle, en seguida pensé que no tardaría en armarse un escándalo. En efecto, todas las mujeres salieron de sus casas, y con el pretexto de sacar agua con la bomba se agachaban bastante más de lo debido. Con el corpino desabrochado que dejaba ver muy adentro y las amplias faldas que no eran precisamente un modelo de recato, ya puede usted imaginarse las miradas de los muchachos. Las condenadas debían de darse cuenta de ello, y creo que éste era el motivo de sus constantes viajes a la bomba, a la que no suelen ir a menudo, pues en nuestros campos no suele faltar el agua. En fin, hombres y mujeres, francamente o con disimulo, se miraban y bromeaban. Las mujeres se guardaban muy mucho de traslucir sus pensamientos, pero los soldados hacían lo contrario, aunque ello molestara a los maridos, a los que tienen sin cuidado sus mujeres, pero que, como es sabido, vuelven a interesarse por ellas cuando alguien las mira. Las mujeres, cuando se dieron cuenta de que eran deseadas, perdieron la cabeza. Las de un natural triste y retraído se ponían a cantar a voz en grito, lo que hacía que el lavadero se convirtiera en un lugar de jolgorio, donde las más bravías veían con agrado la ocasión que se les presentaba de echar una cana al aire.

"Esta agitación no podía dejar de tener consecuencias. Surgieron los chismorreos y se afirmó que Fulana, que Zutana... Sin duda se exageraba un tanto.

"Cuando una moza se veía asediada por los muchachos o éstos la requebraban con más frecuencia que a sus vecinas, las envidiosas atacaban en seguida su reputación y contaban con toda clase de detalles las obscenidades que cometía en un desván o en el rincón oscuro de una bodega. Desde luego, estas cosas ocurrían, pero no tanto como se decía. De todos modos, las mujeres anduvieron bastante baqueteadas y las que más se distinguieron fueron, sin duda, las que no decían

esta boca es mía. Ya sabe usted que las más parlanchinas son las que, a fin de cuentas, hacen menos. Todo se les va en palabras, mientras que las que lo pasan bien no tienen necesidad de hablar. Eran, sobre todo, objeto de la mayor atención las mujeres que hospedaban a los oficiales, pues es cosa sabida que los galones facilitan mucho las cosas. Ya se da usted cuenta de que la vanidad encuentra siempre acomodo. Así, pues, los compadres y las comadres de Clochemerle no se recataban en decir que la Marcelle Baronet no debía de perder el tiempo con el joven teniente que tenía encerrado siempre en su casa. De todos modos, no había motivos para censurarla, pues era viuda de guerra y en cierto sentido tenía bien merecida aquella compensación que no perjudicaba a nadie y satisfacía a dos personas. Sin embargo, el centro de operaciones militares lo constituía la tienda de la Judith, que tanto efecto ha hecho siempre en los hombres. Pero allí no había nada que hacer. Ella no encontraba ningún hombre más guapo que su Hippolyte.

"La que me interesaba más que las otras era la Adèle, en cuya casa se albergaba el capitán Tardivau, el primer personaje del pueblo desde el punto de vista de la autoridad y la novedad. Después de haber pasado por la vergüenza de haber sido abandonada por Foncimagne, de manera que todo el burgo lo sabía, la Adèle no era ya la misma de antes, por lo que la llegada de un capitán a la posada había de alegrarla. Porque, además, tener hospedado a un capitán confiere cierto rango, es algo más que tener a un Foncimagne cualquiera, al fin y al cabo, un escribano de tres al cuarto. Pero el capitán a mí no me la dio con queso... A las primeras de cambio se dirigió a las «Galleries Beaujolaises», como hacen todos los que llegan al pueblo. Al darse cuenta de que en aquel lado de la calle no obtenía rendimiento alguno, se trasladó al otro lado instalando junto a la ventana una especie de despacho, con el propósito, claro está, de no perder de vista a la Adèle y de ir adelantando en su propósito, que no es necesario decir cuál era. El cerdo forastero no perdía de vista a la Adèle, lo que significaba una afrenta para nosotros porque, al fin y al cabo, la Adèle era del pueblo. Si una de nuestras mujeres engaña a su marido con un clochemerlino, no hay nada que decir porque hace al mismo tiempo un cornudo y un hombre feliz. Dése usted cuenta, si a este respecto los hombres se mostrasen demasiado severos, ¿cómo querría usted que se encontraran ocasiones en nuestros pueblos, donde todo el mundo se conoce? Por esto, el espectáculo de una de nuestras mujeres engañando a su marido con un forastero nos viene muy cuesta arriba. Serían unos calzonazos los clochemerlinos si se cruzan de brazos mientras la zorra se despacha a su gusto.

"Sin embargo, aunque la cosa se veía venir, nadie se atrevía a quejarse, porque la gente no apreciaba mucho a Arthur, que se cree más astuto que Fulano y que Zutano y toma a los demás por tontos, al tiempo que va llenando el cajón del mostrador de buenas monedas. En una palabra, el Arthur no es santo de mi devoción. Y por añadidura debo decirle que el año anterior, con el café atestado, Arthur hizo una apuesta.

"—Es cornudo el que quiere serlo —dijo—. Yo no quiero serlo y no lo seré.

"—¿Cuánto apuesta?—preguntó Laroudelle.

"—Vamos a concretar —repuso Arthur—. El día en que se demuestre que soy un cornudo, pongo una cuba llena de vino en medio de esta sala, y que beba quien quiera, sin pagar, durante una semana.

"Convendría usted en que es una apuesta de un hombre imbécil y vanidoso. De sobra sabía todo el mundo que había perdido la apuesta por lo de Foncimagne, pero nadie quería encargarse de decírselo. Entre las ganas de beber sin pagar y el temor de comprometer a la Adèle, todo el mundo prefería callar.

"Desde el momento que no nos aprovechábamos de la apuesta, nos regocijaba la idea de que Arthur fuera cornudo por segunda vez. Seis meses antes no se hubiera concedido ninguna posibilidad de éxito al cerdo de Tardivau, pero pasado Foncimagne a la reserva, la cosa cambiaba de aspecto. Eramos, pues, dos o tres los que teníamos la misión de vigilar de cerca el desarrollo de los acontecimientos. No era tarea fácil, ciertamente, puesto que la Adèle no hacía sonar las campanas para

ponernos al corriente y no podíamos, por otra parte, atisbar por el ojo de la cerradura. De ahí que nadie se atreviera a afirmar de una manera rotunda que los cuernos de Arthur se iban alargando paulatinamente.

"Una tarde me fui solo a tomar un vaso de vino y en seguida me di cuenta de que se había producido un gran cambio. Tardivaux, que no dejaba de ojo a la Adèle, ni siquiera la miraba. Y entonces me dije: «Si apartas la vista de ella, señal que la conoces.» En cambio, la Adèle, que apenas le miraba, no le quitaba ojo. Y entonces me dije: «Hija mía, estás bien atrapada.» No dije nada más, pero ya había visto cómo andaban las cosas. Y es lo que yo digo, y usted había observado ya, los hombres miran siempre a las mujeres antes, y las mujeres miran a los hombres después.

"Dos días más tarde le entra a la Adèle un fuerte dolor de cabeza, y para tomar un poco el aire coge una bicicleta, lo mismo que hacía Judith, y vuelve a hacerlo el día siguiente y el otro... Por su parte, Tardivaux, a quien apenas se le ve en el café, ensilla su caballo y dice que va a dar un paseo por los alrededores. Y yo entonces me digo: "¡Arthur, ya te han puesto los cuernos otra vez!" Y para estar seguro, y procurando, claro está, que nadie me viera, sigo el camino que había tomado la Adèle. Como soy guardabosque, conozco muy bien todos los senderos de estos contornos y todos los rincones resguardados por brezos y maleza, donde al abrigo de miradas indiscretas mujeres y mocitas calman sus apetencias. Cuando vi brillar en una espesura el níquel de una bicicleta, y advertí un poco más lejos el caballo de Tardivaux atado a un árbol, comprendí que a este paso, y si aún mantenía la apuesta, Arthur tendría que dar de beber gratis un año entero. Pero lo que de veras me sorprendió fue ver rondar por allí a nuestra amarillenta Putet que, a pesar de la negrura de la noche, no corría el menor peligro de que atentasen contra su pudor. Pensé que aquella incursión nocturna la hacía por encargo de alguien. Procuré abrir más los ojos y estar alerta. "Es casi seguro —me dije— que esa carroña ha visto, como yo, la bicicleta y el caballo sin nadie encima." En fin, prosigamos.

"¡Bueno! Todo lo que usted ya sabe: las visiones de la Putet, el altercado en plena iglesia entre Toumignon y Nicolás, el san Roque de bruces en el suelo, Coiffenave tocando a rebato como si hubiera estallado la revolución, y la Rose Bivaque que perdió la cinta azul de la Virgen por solazarse en demasía con Claudius Brodequin, y los montejourinos que emporcaron el monumento, y la Courtebiche que estaba descontenta, y el Saint-Choul ahuyentando a tomatazos, y Foncimagne que no bastaba para satisfacer a aquel par de insaciables, y la Hortense Girodot que se escapó con su amante, y la María Fouillavet, manoseada por los guarros Girodot padre e hijo, y Poilphard que acabó loco, y Tafardel cargado de bilis, y la tía Fouache atacada de una constante diarrea de charlería, y la Babette Manopoux cuya lengua hacía más ruido que su pala de lavar, todo eso nos hacía un Clochemerle nada vulgar, como no se había visto ni siquiera hurgando en los recuerdos del más viejo del lugar, el tío Panemol, que a pesar de haber cumplido ya ciento tres años, conservaba toda su lucidez, no dejaba una gota en el vaso y se regodeaba viendo a las mocitas levantarse las faldas unas a otras como hacen en nuestro pueblo esas inocentonas que sueñan ya con extraños deliquios.

"En este condenado Clochemerle los hombres se desgañitaban hablando de política, y las mujeres del trasero de la vecina y de las manos por las cuales había pasado, chillando más que los hombres, y, claro está, con más acritud. Y por si esto fuera poco, sólo faltaba aquel centenar de soldados más salidos que los conejos, todos con resorte de repetición, como su fusil, y que sólo pensaban en echar una o dos canas al aire. Y nuestras mujeres soliviantadas de tanto pensar en ellos, presas de una gran excitación, como si se hubiera declarado una epidemia, y los hombres enflaqueciendo de debilidad como si fueran todos recién casados. Y por añadidura un sol que derretía las piedras. Clochemerle era una verdadera caldera y no había medio de parar la presión. De una manera o de otra tenía que estallar, es lo que yo me decía: «O esto estalla de una vez o, por lo menos, que llegue la vendimia.»

Faltaban quince días para la vendimia, y si se adelantaba un poco todo se arreglaría, pues hay que tener en cuenta que por la vendimia todo el mundo está atareado desde que apunta la aurora, y el sudor y el cansancio, la preocupación de que el vino sea excelente es lo principal. La vendimia habría significado paz y tranquilidad para todos los clochemerlinos. Cuando han dormido la borrachera en seguida llegan a un acuerdo, como una familia bien unida, para vender caro el vino a los que llegan de Lyon, de Villefranche y de Belleville. Pero los clochemerlinos no pudieron esperar quince días. La caldera estalló antes.

"Voy a contarle esa estúpida historia, que se presentó de un solo golpe, como esos truenos que, a mediados de junio, se oyen en el Beaujolais, después de los cuales cae el pedrisco. A veces, en una hora se ha perdido toda la cosecha. Y cuando esto ocurre, la más sombría tristeza se cierne sobre nuestros pueblos.

"Estoy llegando al gran asunto. En primer lugar, imagínese usted Clochemerle, con las tropas de ocupación, como en estado de sitio. En la posada Torbayon, donde Tardivau había instalado su cuartel general, se hallaba el puesto de mando de una sección completa, cuyos componentes se alojaban en los hórreos donde antaño, en los tiempos en que todo el transporte se efectuaba por medio de caballerías, se almacenaba el heno. Delante de la posada había un centinela y otro enfrente, delante del callejón de los Frailes, al lado del urinario. Claro está que había otros centinelas apostados en diferentes sitios, pero sólo aquéllos son importantes para nuestra historia. Añada usted ahora soldados y más soldados entreteniéndose en el patio de la posada y requebrando a las muchachas en el umbral de sus casas. ¿Se hace usted cargo?

"Bueno. Era el 19 de setiembre de 1923, un mes después de la fiesta de san Roque, cuando se desencadenó la hecatombe de la cual ya está usted enterado. Eso es, el 19 de setiembre. Era un día soleado y que le hacía a uno sudar a mares, uno de esos días que incitan a uno a beber, con un amago de tormenta en alguna parte invisible del cielo, pero que de un momento a otro puede descargar sobre vuestras cabezas y que os desata los nervios. Antes de hacer mi recorrido, suelo dar una vueltecita, sólo para echar alguna que otra ojeada, y también porque uno tiene apego a su profesión y procura hacer las cosas bien. Y además, no tengo por qué ocultarlo, por si veo a la Louise, la llamo así para no perjudicarla, una mujer todavía de muy bien ver y con la que se pueden pasar buenos ratos si está de buenas, y que no se mostraba arisca conmigo cuando se me ocurría pasar por su casa, precisamente en esta época del año... En fin, antes de irme al trabajo, como el tiempo caluroso invitaba a beber, me iba a echar un trago en casa de Torbayon. En la posición de guardabosques, siempre se encuentra alguien que invita a beber; cuando no es uno es otro, pues todo el mundo tiene interés en estar a buenas conmigo, y a mí me ocurre lo mismo, porque es mi natural llevarme bien con todo el mundo. Se saca más provecho y la vida es más agradable.

"Entré en la posada Torbayon. Debía de ser la una y media de la tarde. Al fin y al cabo, poco más de mediodía, si se tiene en cuenta el horario de verano. El calor era insoportable. ¡Válgame Dios, qué setiembre más caluroso! Nunca habíamos tenido unos días tan bochornosos. Bueno, pues, como le digo, entré en la posada. Se hallaban presentes los eternos parroquianos de la Adèle, Ploquin, Poipanel, Mâchavoine, Laroudelle y algunos otros. Y todos me saludaron diciendo alegremente:

"—¡Eh, Beausoleil, tienes el gaznate en dirección a Montéjour!

"Se referían a la empinada carretera que asciende hacia Clochemerle.

"—Si queréis, os puedo echar una mano para distraeros del trabajo —les respondí.

"Todos estallaron en risotadas.

"—Traiga un vaso, Adèle —dijeron—. Y después dos jarras.

"Brindamos y nos quedamos allí sin abrir boca, ladeando continuamente los sombreros, aunque yo iba tocado, como siempre, con el quepis, y contentos todos de beber algo fresco y sabroso y de ver cómo el sol se abatía contra la puerta,

mientras nosotros gozábamos de una sombra bienhechora, lo que me quitaba las ganas de salir.

"Entonces, me fijé en Adèle. No tenía ninguna esperanza, pero verla ir de un lado a otro atiborraba mi mente con las más agradables visiones, sobre todo cuando ella se inclinaba y mis ojos estaban situados en la posición más estratégicamente favorable. La Adèle, mariposeando con un aire inocente, se situaba siempre cerca de la mesa de Tardivaux y le murmuraba palabras ininteligibles, salpicadas de chanzas que todo el mundo podía oír. Pero lo más importante lo decía con un susurro, y lo cierto es que solían hablar en voz queda y que la conversación iba acompañada de ademanes elocuentes, como si se tratara de dos personas que se conocen a fondo y que resuelven en armonía sus asuntos. Después, la Adèle se las ingeniaba para propinar un leve codazo a Tardivaux, y entonces consultaba el reloj y dedicaba al capitán una sonrisa distinta a la que prodigaba a sus clientes. Y nosotros rabiábamos, porque a pesar de haber dejado tanto dinero en la posada, nunca nos había obsequiado con una sonrisa semejante. Y todo eran guiños y miradas de soslayo y confidencias entre ellos dos, como si no hubiera nadie en el establecimiento, lo que no dejaba de sorprender en una mujer como la Adèle, que era muy poco habladora.

"Se hacía evidente por momentos, como para nosotros los del Beaujolais cuando hemos trasegado más de la cuenta, que ellos estaban de acuerdo y que no lo ocultaban. Nos sentíamos embarazados y charlábamos sin ton ni son para fingir que no nos dábamos cuenta de su juego. Al fin y al cabo, a nosotros no nos importaba. Pero había Arthur. «El orgullo y la estupidez deben de haber cegado a este hombre...», me decía a mí mismo. Y no sé por qué, ese pensamiento me impulsó a volver la cabeza hacia la puerta del corredor que llevaba al patio. Estaba entreabierta y hubiera jurado que había alguien apostado para ver la sala. Se distinguía algo claro a la altura de una cabeza. Pero no tuve tiempo de pensar en nada, porque en aquel momento se levantó Tardivaux, dispuesto a salir. Estaba de pie, junto a la Adèle, que lo devoraba con los ojos. Entonces el capitán, creyendo que nadie se daba cuenta de sus manejos, deslizó suavemente su mano sobre Adèle, no como un cliente que teme un chasco. La Adèle no se apartó de él. Si se hubiera tratado de un parroquiano, le hubiera dicho: «¿Qué se ha creído usted, viejo asqueroso?» Como yo tenía la visera del quepis sobre los ojos, lo vi todo sin que ellos se enteraran. Luego Tardivaux salió del establecimiento, y la Adèle se apoyó en el quicio de la puerta para verlo partir.

"En el mismo momento he aquí que se abre la puerta del corredor, y Arthur, pálido y lleno de coraje, con el aspecto de un hombre que no puede contenerse más, atraviesa la sala y sale también, empujando a la Adèle. «¿Qué mosca le ha picado a Arthur?», nos preguntamos. Nadie contesta y pocos segundos después llega a nuestros oídos un ruido de disputa y de lucha, y la voz de Tardivaux que grita: «¡A mí, soldados!» Entonces convinimos: «Bueno, vamos a ver qué pasa.» Nos dispusimos todos a salir, y ¡pam!, sonó un disparo de fusil muy cerca y vimos a la Adèle desplomarse lanzando sordos gemidos y agitando el pecho y el vientre más rápidamente que de costumbre. ¡La cosa era grave, dése usted cuenta! La Adèle resultó herida por la bala que un imbécil soldado había disparado sin saber cómo ni por qué, en medio de la confusión. Pero yo le explicaré...

"Mientras los otros se ocupaban de Adèle, me lancé a la calle para cumplir con mi deber. ¡Qué espectáculo, Dios mío! Era una abigarrada mezcolanza de paisanos y soldados, todos congestionados y con los ojos encendidos, pegándose y emitiendo unos sonidos guturales como los aztecas, mientras iban aumentando los efectivos de uno y otro bando con la llegada de combatientes armados de garrotes, barras de hierro y bayonetas. En esto comenzaron a llover piedras de todos los tamaños y a volar por los aires todo lo que estaba al alcance de los clochemerlins. ¡En fin, todo un espectáculo! Entonces me abrí paso a través de la multitud y grité a todo pulmón: «¡En nombre de la Ley...!» La ley les tenía sin cuidado, y a mí también, ¿por qué no decirlo?, y me puse a luchar como los demás.

"¡Ah, qué momentos aquéllos! No es posible olvidarlos. Era la verdadera revolución. Todo el mundo había perdido la cabeza. La gente se pregunta cómo estallan las algaradas. Pues así, sin gritos, sin que nadie comprenda nada de nada, a pesar de estar dentro. ¿Y creerá usted que dos o tres cochinos soldados dispararon aún sus fusiles? De todos modos, aquellos disparos acabaron con el tumulto por pánico, porque la cosa iba tomando mal cariz. También la falta de aliento contribuyó a restablecer la paz. Se había hecho un verdadero derroche de fuerzas, y ninguno de los beligerantes se sentía con arrestos para una acometida final.

"No sé el tiempo que duró la batalla, ni creo que ningún clochemerlino pueda decirlo. Cuatro, cinco minutos tal vez. Lo bastante para causar desgracias con lo estúpidamente encolerizados que estábamos todos. Primero, la Adèle herida en el pecho. Luego Arthur con un bayonetazo en la espalda. Después Tardivaux, molido a puñetazos por Arthur. Tafardel con la cabeza que a consecuencia de un culatazo parecía una calabaza. El hijo Manigant con un brazo roto. Un soldado descalabrado a consecuencia de un golpe de pico, y dos más con golpes en el vientre. Y muchos más, tanto clochemerlinos como soldados, que gemían y cojeaban. Y por último, lo peor y lo más terrible, un muerto, que se desplomó como un saco de resultas de una bala perdida, a unos sesenta metros del campo de batalla: el Tatave Saumat, a quien llamaban el Tatave-Bêlant, el idiota de Clochemerle, un pobre irresponsable sin pizca de malicia. ¡Siempre los inocentes cargan con el mochuelo!

"¡Por Cristo, que todo el mundo se quedó estupefacto! En el estupor reinante, los clochemerlinos no hacían más que mirarse los unos a los otros y preguntarse cómo en tan poco tiempo habían podido ocurrir aquellas atrocidades imbéciles sin mala voluntad de nadie. ¡De qué modo tan estúpido suceden a veces las cosas! Los hechos sucedieron como se lo estoy contando, sin que pudieran arreglarlos las lamentaciones de los que sólo acudieron en plan de espectadores y que luego se deshacían en sollozos y muestras de compasión. Todo el mundo se hacía cruces de que aquellos sucesos hubieran podido ocurrir en un pueblo donde la gente no es mala en el fondo, lo que puedo atestiguar por mi condición de guardabosque. No, los clochemerlinos no son malos. Pero los sucesos habían ocurrido, sí, habían ocurrido. Era preciso rendirse a la desconsoladora evidencia al ver las víctimas, y sobre todo al Tatave, que estaba ya pálido, como asombrado de haber muerto de un modo tan idiota, él que lo había sido toda su vida, y que ahora no comprendía nada, lo mismo que antes. ¡Como si le fastidiara verse en el cielo cuando probablemente hubiera podido gozar de él en la Tierra!

"Lo que siguió después no es difícil imaginarlo. La posada Torbayon se convirtió en un hospital, atestada de gente que quería ver a los heridos. Mouraille y Basèphe iban y venían, sudorosos y jadeantes, abriéndose paso a codazos, atareados con las drogas y los vendajes. Y allá dentro, Arthur chillaba, quejándose de ser al mismo tiempo herido y cornudo y de que hubieran herido a su mujer, además de habérsela birlado antes, dicho sea con todo respeto. Y hay que reconocer que no había para menos. Y Tardivaux, que soltaba unos tacos tremendos, con todo el furor del honor militar, había recibido una buena sacudida, pues los puños de Torbayon le habían partido el labio y roto dos dientes, lo que no dice mucho, ciertamente, en favor de un capitán. ¡Pero sobre todo la Adèle! Tendida sobre el billar, daba lástima con sus quejidos y sus lamentos que brotaban de sus labios exangües. Todas nuestras buenas mujeres hacían corro a su alrededor y no cesaban de decir: «Pero, ¿es posible, Dios mío?», pálidas y conmovidas como si se hallaran ante el confesonario.

"En primera fila estaba la Judith, que llegó corriendo de la acera de enfrente al enterarse de la noticia, lo que demuestra que la Judith no tiene mal fondo siempre que no le quiten sus hombres. Desabrochó el corpiño y la camisa de la Adèle con grandes precauciones y se conmovió de tal modo al ver la sangre de la otra que no cesaba de decir: «¡Oh, bien sabe Dios que se lo perdono todo a la Adèle!» Es lo que yo digo. Ante la desgracia, la gente se muestra mejor dispuesta hacia sus semejantes.

"Inclinada sobre su vecina herida y tal vez a las puertas de la muerte, la Judith, dejando escapar profundos sollozos, sentíase desamparada, hasta el punto de que, apretujada entre la apenada multitud, no sentía nada y apenas se daba cuenta de lo que acababa de ocurrir, al tiempo que los granujas exclamaban una y otra vez: «¡Qué gran desgracia, Dios mío! ¡Qué gran desgracia!» Y es lo que yo digo, señor. ¡La marranería del hombre no deja escapar ninguna ocasión!

"Y aún había otro que berreaba de lo lindo: Tafardel, con la cabeza abollada y un halo violáceo en torno al ojo izquierdo. Por lo visto, el culatazo que le arrearon en la cabeza puso en ebullición su ideas. No solía escribir mucho. Tal vez echó mano de su cuaderno de notas una sola vez, pero no por ello dejó de arremeter furiosamente contra los curas y los ex nobles que se habían propuesto dejarlo seco, según él, para ahogar la voz de la verdad. Era la nota cómica en medio de la tristeza general. Tafardel es un hombre instruido, nadie lo pone en duda, pero aunque siempre me ha parecido un poco flojo de mollera, al fin y al cabo no es una mala persona. De todos modos, no creo que aquel culatazo haya puesto un poco de orden en su cabezota.

"En fin, ya puede usted imaginarse lo ocurrido en el lugar más céntrico del pueblo. Todos los clochemerlinos, asustados y temblorosos, daban muestras de una tardía tolerancia. Cuando ha sucedido lo irreparable, las gentes dicen que hubiera sido mejor ponerse antes de acuerdo. Imagine usted a la tía Fouache, la Babette Manopoux, la Caroline Laliche, la Clémentine Chavaigne, la Honorine del cura, la Tine Fadet, la Toinette Nunant, la Adrienne Brodequin, la tía Bivaque y las del lavadero, y sobre todo las del barrio bajo, sin dejar de chismorrear por la calle, como si entonaran cánticos o vocearan la bondad de sus mercancías en un día de mercado, dando pormenores de las obscenidades en que habían incurrido las zorras del lugar, y entonces vino aquello de «Yo la compadezco» y «Ya le dije que anduviera con cuidado» y «Ya puede usted suponer, madame, que habíamos de presenciar horrores con las cosas abominables que han sucedido y que nos avergüenzan a todos.»

"Todas las comadres decían que era indecoroso, lo más indecente y canallesco en el género de la más descocada sinvergüencería, ver a tantas hembras perder la cabeza con sólo oír un par de idioteces, y hacer caso omiso de los consejos que se les daba. Y aun eso no era todo, que sólo Dios sabe dónde hubiéramos llegado si aquellas desvergonzadas no hubiesen puesto punto y raya a su descaro. Y que si esto y lo de más allá, diciendo cada vez mayores insanidades sin saber a ciencia cierta lo que contaban, como suelen hacer en general esas mujeres. Ni que decir tiene que las más parlanchinas eran comadres poco satisfechas, pues sólo de vez en cuando, y aun por pura necesidad, se fijaban los hombres en ellas en aquellos tiempos en que el hambre se dejaba sentir atrocemente. Aquellas inconsolables mal podían juzgar, claro está, a las de sano apetito, a las que no les faltaba nunca un buen bocado para satisfacerlo y aun podían dejar las migajas para otras. Todo esto son historias de mujeres, y las historias de mujeres, para comprenderlas, hay que estar enterado de lo que sucede debajo de las faldas de las que las cuentan. En fin, toda la calle era una verdadera algarabía. Ellas hablaban como si hicieran punto de media, sin ningún esfuerzo y sin poner más sentido en una palabra que en un punto. Como gallinas después de poner el huevo, y valga la comparación.

"Y en esto comparece Ponosse, fastidiado de ver a la gente preocupada y doliente. Y no hacía más que decir:

"—Amigos míos, deberíais ir más a menudo a la iglesia. Dios estaría más contento de Clochemerle.

"Y Piéchut preguntaba:

"—¿Cómo ha sido esto? ¡Vamos, que yo me entere!

"Y escuchaba, socarrón, a uno y a otro, sin decir nada.

"Y el animal de Cudoine, que siempre llegaba tarde cuando se trataba de restablecer el orden. Y Lamolire, Maniguant, Poipanel, Mâchavoine, Bivaque, Brodequin, Toumignon, Foncimagne, Blazot, en fin, todos, hasta el cerdo de Girodot discutiendo cómo arreglar las cosas. No era fácil, en primer lugar por el Tatave, a

quien no era posible resucitar, y después por la Adèle, Arthur y los demás. De todos modos, éstos, debido a las curas y al tiempo pasado en la cama, podían considerarse ya restablecidos. Por último, siguiendo el consejo del doctor Mouraille, se decidió no complicar las cosas, enviar todos los heridos a Villefranche, no sin antes telefonar al hospital para anunciar la expedición proyectada, y cargar a todos los lisiados en automóviles, procurando, eso sí, que los conductores se esmeraran en sortear los baches de la carretera.

"Mouraille, personalmente, se hizo cargo de la Adèle llevándola en su auto, porque había motivos para temer por ella y precisaba no quitarle el ojo de encima por temor a la pérdida de sangre, según él.

"Así pues, a eso de las cuatro de la tarde, habían salido ya todos los heridos, excepto Tafardel, cuyas abolladuras se iban haciendo negras, pero que, a pesar de ello, iba atiborrando su carnet, con el propósito de enviar luego a los periódicos artículos que prenderían fuego al polvorín y harían volar al Gobierno. Según Tafardel, habían asesinado al Tatave, herido a la Adèle y descalabrado al maestro de Clochemerle cumpliendo órdenes de los curas, y esto ha conmovido a toda Francia y ha impresionado hondamente a los diputados. Esto demuestra que la enseñanza, incluso en manos de un necio, puede llegar muy lejos. "Cuando se hubo marchado aquella gente, los clochemerlinos no salían de su asombro ante lo ocurrido, cosas verdaderamente inexplicables a no ser por la profunda estupidez del hombre, que si bien se mira, es su peor enfermedad. Matar al Tatave y herir a diez personas sólo porque Arthur era cornudo es algo que, incluso bajo el aspecto del honor, revela un gran porcentaje de estulticia. No es lógico, como comprenderá usted, poner el honor en un lugar semejante. Si cada vez que se hace un nuevo cornudo, ha de haber un derramamiento de sangre, será mejor liar los bártulos y cerrar la tienda. Y esto haría la vida insoportable. El placer que uno experimenta con las posteriores es tal vez el primer placer sobre la Tierra, y Dios misericordioso tendría que arreglárselas de modo que el goce supremo no dependiera precisamente de esa contemplación, ¿no le parece? Este es mi modo de pensar.

"Para terminar, voy a contarle cómo se había enmarañado el asunto del 19 de setiembre. Por una carta anónima recibida por la mañana, Arthur había sabido que la Adèle y Tardivau se entendían. En este orden de cosas, la memoria retrocede en seguida a tiempos pasados. Y así le ocurrió a Arthur al reflexionar sobre el singular comportamiento de la Adèle a partir de la llegada de la tropa. Súbitamente, los celos le iluminaron las entendederas. Tardivau y Adèle, que no se dieron cuenta de nada, continuaron como si tal cosa mientras Arthur, para estar más seguro, los observaba sigilosamente por los intersticios de la puerta del corredor de atrás. Al ver los arrumacos que la Adèle le hacía a Tardivau y cómo le hablaba en voz baja, se le desvanecieron todas las dudas. Esa fue la causa de que se echara, en la calle, sobre Tardivau, golpeándole fuertemente la cabeza y ensañándose con él. Entonces, el centinela de enfrente, ofuscado, disparó el arma e hirió a la Adèle. El otro centinela, no pudiendo habérselas con Arthur, que era fuerte como un roble, le arreó un bayonetazo. Los clochemerlinos que presenciaron lo ocurrido, enfurecidos al ver herida a la Adèle y a Arthur, a quien por añadidura había hecho cornudo un cochino forastero, quisieron vengar tales afrentas y arremetieron contra los soldados. Este fue el origen de la batalla. Después se ha puesto todo en claro.

"También se supo la procedencia de la carta anónima, pues la persona que la envió se ausentó la víspera para ir a Villefranche, y en la estampilla del sobre figuraba el nombre de la ciudad. Era la Putet, a la que yo había visto en Fond Moussu dedicarse al espionaje. Ella ha sido la causa de todas las desgracias, y fue ella también la que urdió todas las historias en torno al urinario. Aquella mujer no podía vivir sin hacer daño a alguien. Puede decirse que la religión en manos de zorras no hace más que malas zorras. La Putet era una verdadera carroña, una condenada filoxera para el pueblo.

—Una cosa me extraña, señor Beausoleil. ¿Cómo es que los soldados tenían cartuchos?

—¡Oh, es difícil contestar a esa pregunta! Tal vez se debiera al estado de sitio, como dicen en el ejército, que Tardivauz había hecho proclamar con la intervención de mi tambor, probablemente para darse importancia. Tal vez ocurriera que entre aquella compañía de coloniales, hubiera algunos rufianes sin más ley que su antojo o su bravuconería. Y quizá se debiera a los granujas que en los años siguientes a la guerra han brotado de todas partes, como hongos. En fin, algo debió de haber en todo eso. Lo cierto es que se dispararon algunas balas, las suficientes para que se alojara una en el cuerpo de la Adèle y otra en la piel de Tatave.

"Y otra cosa. Los soldados bebían demasiado vino del Beaujolais. En esta comarca, el vino es traidor. Y quien no está acostumbrado a beberlo, pierde en seguida el equilibrio. Hablando francamente, esos soldados bebían mucho entre las comidas.

"Esta es la mejor explicación que se puede dar a un asunto tan dramático y que no tenía, en el fondo, ni pies ni cabeza. Regla general: en las catástrofes no hay que contar con encontrar ni pizca de inteligencia humana.

Capítulo diecinueve

A pequeñas causas, grandes efectos

Los heridos acababan de salir de Clochemerle. Tafardel, loco de rabia, se dirigió a Correos donde se puso directamente en relación con los corresponsales regionales de la Prensa parisiense. Estos, a su vez, telefonearon urgentemente a París los espeluznantes comunicados del maestro. Ligeramente suavizados, aquellos comunicados se publicaron en los periódicos de la noche de la capital. Los dramáticos incidentes de Clochemerle, abultados por el resentimiento, dejaron estupefactos a los ministros y, sobre todo, a Alexis Luvelat, que además de haberse hecho cargo de este asunto, corría con las responsabilidades de una interinidad gubernamental.

El jefe del Gobierno, acompañado del ministro de Asuntos Extranjeros y de un nutrido séquito de técnicos, se hallaba a la sazón en Ginebra representando a Francia en la Conferencia del Desarme. La Conferencia comenzaba bajo los más prometedores auspicios. Todas las naciones, grandes y pequeñas, estaban de acuerdo en desarmarse y coincidían en que el desarme aliviaría en grado sumo los males de la Humanidad. No se trataba más que de conciliar los diferentes puntos de vista para proceder luego al articulado de un plan mundial.

Inglaterra decía:

"Desde hace muchos siglos somos el primer pueblo marítimo del mundo. Además, nosotros solos, los ingleses, poseemos la mitad de las colonias disponibles en el mundo, lo que equivale a decir que ejercemos una acción de policía sobre la mitad del Globo. Este es el punto de arranque de toda política de desarme. Los ingleses nos comprometemos a que el tonelaje de nuestra marina no exceda en ningún caso del doble del tonelaje de la segunda marina del mundo. Comencemos, pues, por reducir las marinas secundarias, y seguirá, a no tardar, la reducción de nuestra propia marina."

América decía:

"Nos hallamos en la necesidad de intervenir en los asuntos de Europa, donde todo está desquiciado por el exceso de armamento. Sin embargo, es evidente que Europa no puede mezclarse en los asuntos de América, donde todo marcha bien. El desarme, pues, concierne ante todo a Europa, que no está calificada para fiscalizar lo que ocurre en el otro continente. («Y dicho sea de paso, los japoneses son unos redomados y temibles canallas.» Pero esto sólo se susurraba en los pasillos de la Conferencia.) Nosotros os presentamos un programa americano. Los programas americanos son todos excelentes, puesto que somos el país más próspero de la Tierra. En fin, si no queréis aceptar nuestro programa, preparaos a recibir nuestros extractos de cuentas..."

El Japón decía:

"Estamos dispuestos a desarmar, pero sería conveniente aplicar a nuestro pueblo un «coeficiente de extensión» que en estricta justicia no debería rehusársele, si se le compara con los pueblos en trance de regresión. Tenemos actualmente la más alta natalidad del mundo. Y si no ponemos un poco de orden en la China, ese desgraciado país se sumirá en la anarquía, lo que sería un inmenso desastre para la comunidad humana. («Y dicho sea de paso, los americanos son unos brutos orgullosos y unos crápulas perturbadores.» Pero esto sólo se susurraba en los pasillos de la Conferencia.)"

Italia decía:

Cuando hayamos igualado en potencia los armamentos de Francia, a la que igualamos en población, comenzaremos a desarmarnos. («Y dicho sea de paso, los franceses son unos ladrones. Antes nos robaron a Napoleón. Y ahora nos están robando el norte de África. ¿Acaso no fue Roma la que sometió a Cartago?») Pero esto sólo se susurraba en los pasillos de la Conferencia.)"

Suiza decía:

"Como somos un país neutral, destinado a no batirse nunca, podemos armarnos como queramos. Esto no tiene ninguna importancia. («Y dicho sea de paso, si se llegara de veras a un desarme completo, no habría nunca más conferencias del desarme, cosa que no sería del agrado de nuestras organizaciones turísticas. Y ustedes, señores, no tendrían ocasión de ir a Suiza a costa de los demás.» Pero esto sólo se susurraba en los pasillos de la Conferencia.)"

Y Bélgica:

"Como somos un país neutral cuya neutralidad no es respetada nunca, pedimos permiso para armarnos hasta los dientes."

Y los pequeños países recién constituidos, que eran los más turbulentos, los que más lo enmarañaban todo, los más vocingleros, decían:

"Somos vivamente partidarios del desarme de las grandes naciones que nos amenazan por todos lados. Pero, en lo que nos atañe a nosotros, hemos de pensar primero en armarnos de una manera decorosa. («Y dicho sea de paso, los armamentos son muy necesarios para nuestros empréstitos, pues garantizan a los prestatarios la devolución de su dinero gracias a las prestidigitaciones de los fabricantes de cañones.» Pero esto sólo se susurraba en los pasillos de la Conferencia.)"

En resumen, todos los países aceptaban una fórmula que se resume en una sola palabra: "¡Desarmaos!"

Y como todas las naciones habían enviado a Ginebra sus técnicos militares, las casas Krupp y Schneider convinieron en mandar sus mejores agentes de venta, que tendrían seguramente ocasiones en los hoteles de hablar de nuevos modelos y anotar cuantiosos pedidos. Estos agentes eran duchos en su oficio, poseían informaciones muy completas sobre los hombres de Estado y sus auxiliares y disponían de un presupuesto de corrupción que permitía convencer las conciencias más reacias. Por otra parte, poniéndose a tono con el ambiente pacifista reinante, los dos agentes juzgaron oportuno desarmarse ellos mismos en el terreno comercial.

—Hay sitio para los dos, mi querido colega —dijo el agente de Krupp—. ¿Qué opina usted?

—*Ja wohl, ja wohl!* —repuso cortésmente en su idioma el agente de Schneider—. *Ich denke so.* ¡No volvamos a pelearnos precisamente en Ginebra!

—En este caso, vamos a repartirnos el mercado —concluyó el agente de Krupp—. ¿Qué artículos prefiere usted colocar?

—El sesenta y cinco, el setenta y cinco, el ciento cincuenta y cinco de tiro rápido, el doscientos setenta y trescientos ochenta no admiten competencia —repuso el francés—. ¿Y usted?

—Para los ochenta y ocho, los ciento cinco, los ciento treinta, los doscientos diez y los doscientos cuarenta, creo que usted no puede desbancarme —contestó el alemán.

—Entonces, ¡venga esa mano, compadre!

—¡Venga! Y para probarle mi lealtad, le ruego tome nota de que Bulgaria y Rumania se proponen mejorar su artillería ligera. Con esa gente puede hacer un buen negocio. De todos modos, tome precauciones con Bulgaria. No tiene mucho crédito...

—Anotado. Y usted oriéntese hacia Turquía y hacia Italia. Estoy informado de que necesitan piezas de gran calibre para sus plazas fuertes.

Desde hacía cuarenta y ocho horas, los dos agentes estaban sosteniendo provechosas entrevistas y habían expedido algunos cheques alentadores. En cambio, los regateos de la Conferencia tropezaban con muchos obstáculos. Pero se habían pronunciado ya dos discursos de primer orden, de elevados pensamientos, superiormente calculados con miras a las repercusiones internacionales. El discurso del delegado francés figuraba en primer lugar.

La noche del 19 de setiembre llegó a Ginebra un mensaje cifrado que daba cuenta de los graves incidentes de Clochemerle. Una vez descifrado, el secretario se dirigió

a toda prisa a las habitaciones del jefe del Gobierno para darle cuenta del contenido del mensaje. El jefe del Gobierno lo leyó dos veces, y una tercera vez en voz alta. Luego se dirigió hacia los colaboradores suyos que se encontraban en la estancia. —¡Vaya por Dios! —exclamó—. Con un asunto como éste mi Gobierno puede irse al diablo. Tengo que regresar inmediatamente a París.

—¿Y la conferencia, señor presidente?

—Muy sencillo. Usted va a torpedearla, y pronto. El desarme puede esperar; hace cincuenta mil años que espera. Pero Clochemerle no esperará, y esos cretinos, que conozco demasiado bien, me espetarán una interpelación antes de cuarenta y ocho horas.

—Señor presidente —propuso el primer consejero—, creo que todo puede arreglarse. Confíe su plan al ministro de Asuntos Exteriores. Defenderá el punto de vista de Francia y nosotros lo apoyaremos en lo que podamos.

—¿Está usted borracho? —dijo fríamente el presidente del Consejo—. ¿Acaso piensa usted que después de sudar un mes con mi plan lo cederé ahora a Rancourt para que se atribuya, a espaldas mías, un éxito personal? Será usted un consejero, pero permítame que le diga, amigo mío, que no ve usted más allá de sus narices.

—Yo creía —balbució el otro— que estaba en juego el interés de Francia...

—¡Francia soy yo! Hasta nueva orden. Y ahora ocúpense, señores, de despachar cortésmente a todos esos macacos a sus respectivos países. Ya les organizaremos otra conferencia dentro de unos meses. Mientras tanto, que se vayan a paseo. Que no me fastidien más con esa historia que ya se ha acabado. Ande, pídamme comunicación con París. Que llamen a Luvelat.

Un individuo que aún no había despegado los labios formuló una última objeción:

—¿No teme usted, señor presidente, que la opinión pública francesa interprete mal ese repentino abandono?

Antes de contestarle, el jefe del Gobierno preguntó a su secretario particular:

—¿Cuáles son las disponibilidades de la caja de fondos secretos?

—Cinco millones, señor presidente.

—¡Ya lo ha oído usted, señor! —dijo el presidente del Consejo—. ¡Cinco millones! Con esto, no hay opinión pública. Y entérese, la Prensa francesa no es cara; los que trabajan en ella se ganan la vida muy modestamente. Tengo motivos para saberlo, pues comencé mi carrera periodística en la sección de información extranjera... De modo que, señores, podemos marcharnos. Ya desarmaremos en otra ocasión. Ocupémonos ahora de Clochemerle, que es lo más urgente.

Así fracasó en 1923 la Conferencia del Desarme. El destino de las naciones está sujeto a los más triviales incidentes. Este es un nuevo ejemplo. Si Adèle Torbayon hubiera sido menos voluptuosa, Tardivaux menos impetuoso, Arthur Torbayon menos susceptible, Foncimagne menos versátil y la Putet menos rencorosa, tal vez la suerte del mundo hubiera cambiado...

Antes de abandonar el Clochemerle de 1923, hay que contar cómo terminó aquella jornada del 19 de setiembre, que fue intensamente dramática.

Eran las seis de la tarde. El calor era tan sofocante y opresivo que los amedrentados clochemerlinos no daban pie con bola. De pronto, se abatió sobre el burgo un viento huracanado y cortante como un cierzo invernal. Tres enormes nubarrones, como panzudas carabelas impulsadas por un ciclón, avanzaron a través del océano celeste. Poco después, surgió del Oeste, como una invasión de hordas bárbaras, la masa de un siniestro ejército de ennegrecidos cúmulos que llevaban en sus flancos saturados de electricidad la más horrible desolación, vastas inundaciones y una mortífera artillería de pedrisco. Los escuadrones de esos innumerables invasores cubrieron la tierra con la sombra y el silencio de las ancestrales consternaciones, siempre dispuestas a abatirse sobre los hombres, eternamente sojuzgados por los dioses. Las montañas de Azergues, cuyos contornos iban difuminándose, rápidamente, parecieron resquebrajarse con el estruendo, heridas por los relámpagos, desgajadas a consecuencia de gigantescas explosiones. Después, todo el firmamento no fue más que una extensión lívida,

árida, trastornada, asolada, y en su fúnebre inmensidad estallaron los incendios y se oyó el prodigioso bombardeo de las furias sobrehumanas. En un instante se colmaron los valles, parecieron encogerse las colinas, la línea del horizonte perdió su estabilidad y aparecieron las negras avanzadillas del más tremendo vacío. Los cortocircuitos abarcaron toda la esfera terrestre, el planeta vaciló sobre su eje hasta lo más hondo de sus entrañas milenarias y todo lo que no era espantoso desapareció de la vista. Inmensas y sobrecogedoras cortinas de agua sepultaron y aislaron a Clochemerle como un pueblo maldito, dejándolo solo con sus contradictorios problemas de conciencia. Y descargaron sobre la población piedras del tamaño de un huevo, con una furia diagonal que alcanzaban los cristales debajo de los cobertizos, irrumpiendo en las habitaciones cuyas ventanas estaban abiertas, los hórreos y las bodegas, arrancando postigos y veletas y zarandeando como hojas secas las gallinas que todavía remoloneaban y estrellándolas contra las paredes de las casas.

Los techos de dos cobertizos volaron por los aires un centenar de metros, soltando tejas como si fueran bombas. Una chimenea fue arrancada de cuajo, como un anciano muerto súbitamente. Dos torrenteras paralelas que confluían en varios sitios, se precipitaron por la calle Mayor, arrastrando en sus aguas cenagosas piedras azules y brillantes. Un ciprés del cementerio llameó un instante como un cirio que se extinguiera. Un rayo estalló como una descarga de aviones, en la cúpula del campanario, amenazando con desmoronar aquel venerable amasijo de vigas, de leyendas y de siglos. Luego, cambiando de altura, el rayo dirigió sus objetivos hacia el Ayuntamiento, retorció el pararrayos, como si fuera una aguja, arrancó las enseñas republicanas, chamuscó la bandera, resquebrajó la piedra del frontispicio donde estaba grabada la palabra *Fraternité* y dejó una huella de fuego, en la puerta, en la tablilla donde se fijaban los ridículos decretos firmados por Barthélemy Piéchut. Dando mayor alcance a su potencia destructora, pulverizó de un papirotazo la muestra de Girodot e hizo estallar frente a su despacho unas cuantas cajas de cerillas de azufre, las suficientes para provocar un fuerte cólico en el notario, que solía guarecerse detrás del blindaje de su caja fuerte, refugio habitual de su alma de cobarde.

Agrupados en el más oscuro rincón de sus casas, sobrecogidos por la angustia, el arrepentimiento y el temor, los clochemerlinos oían el fragor de la terrible tempestad. Se percataban de que las descargas de la mortífera metralla que rompía los cristales y las tejas iban cobrando una intensidad cada vez mayor. Al fin y al cabo, esto no tendría gran importancia si no fuera porque se abatía sobre los viñedos, desgajaba las hojas, reventaba los jugosos racimos y, aplastándolos contra el suelo, los destruía y los vaciaba de su contenido, de su sangre alcohólica, de su preciosa y perfumada sangre. Era toda la sangre de Clochemerle el zumo que chorreaba por los ribazos, que abrevaba la tierra y que se mezclaba a la sangre del Tatave y de la Adèle, inocentes víctimas de las sandeces, de los odios y de las secreta envidias. Terriblemente asolado por la agresión celeste, el pueblo se veía ya arruinado, agostado, exangüe, ante la perspectiva de un largo año de expiación, un año de vacas flacas, que había que pasar con las bodegas vacías, en una atroz desesperación de amor.

—¡Este es nuestro castigo!

—Ha sido san Roque, no cabe duda. Esperaba la ocasión...

—Todo el mundo parecía haber perdido el seso y, claro, las cosas no podían continuar así...

—Las malas acciones se pagan, y ahora ha llegado el momento...

—¡En un solo día ha salido a relucir la maldad que se cobijaba en Clochemerle!

—No se respetaba nada.

—¡Este es nuestro justo castigo! ¡Este es nuestro justo castigo!

Las intenciones egoístas fueron remplazadas, de pronto, por las lastimeras letanías. Estremecidas por infaustos presentimientos, las pecadoras se arrepentían de sus detestables proezas. Los niños lloraban en el regazo de las madres. Los perros se ocultaban temerosos, y con las orejas gachas buscaban la oscuridad; las ocas se

arrastraban sobre sus vientres de gruesas matronas como si se sintieran aplastadas contra el suelo y las gallinas se ensuciaban en las cocinas sin que nadie les prestara atención. Cargados de electricidad, los gatos daban a veces súbitos brincos para desplomarse luego rígidamente, con el cuerpo hecho un ovillo, el pelo erizado y la cola erguida, intentando desentrañar la consternación que se había apoderado de los hombres con unos ojos en los que se veía apagarse y encenderse extrañamente las pupilas diabólicas.

Cerca de las ventanas, los viñadores abrumados observaban el cielo en busca de un claro esperanzador. Pensaban en las cosas destruidas y los esfuerzos perdidos y sentían pesar sobre sus espaldas las viejas penas de sus antepasados que habían luchado en aquellas cuestas contra los elementos. Y repetían una y otra vez: —¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Es demasiada miseria! ¡Es demasiada miseria!

Llovió toda la noche, el día siguiente y una parte de la noche siguiente, con una abundancia calma, pero inexorable, que arrastraba a la deriva todas las almas del burgo. Ni un solo arco iris apareció, ni un haz de luz atravesó la sombría cerrazón de aquella lluvia que tenía muchos kilómetros de profundidad y contaba con ríos en reserva. Clochemerle permaneció sumido en las lobregueces de la mazmorra más humilde del mundo, en el insondable olvido de las más tétricas eternidades.

Por fin, al tercer día, como tenores con la garganta fresca, los gallos, con el buche lleno y el cuello estirado, como si lucieran en su cresta una recién impuesta Legión de Honor, y con una descocada chulería, se desgañitaron temprano para anunciar el alborear de un espléndido día. La aurora llenaba el cielo de palomas. El horizonte era una acuarela todavía húmeda en la que, mezcladas con las indeterminadas rosas de la emoción, se confundían maravillosamente todas las gamas del azul. Las pequeñas lomas se ofrecían a la vista como senos de doncella y las colinas como ampulosas caderas. La tierra parecía una muchacha de dieciocho años sorprendida al salir del baño, que, convencida de que nadie la mira, presta dócil oído al estribillo de su corazón y sincroniza su ritmo con los gráciles movimientos de su cuerpo. Era, una vez más, el armisticio. Para festejarlo, estallaron las trompetas luminosas, y el sol, asomando por el último escalón de Levante, tomó posesión de su trono celeste. Con un golpe de su cetro, surgieron todas las maravillas, las más alentadoras esperanzas. Luego dio orden de asomarse a su delfín Amor haciéndose eco de su festiva canción. Y Clochemerle se dio cuenta de que estaba perdonada.

Pero el burgo había sido castigado, severamente castigado. Aquel tibio renacimiento hacía resaltar aún más los desoladores estragos de los últimos días. Los viñedos, hasta lo que alcanzaba la vista, no eran más que despojos. Cuando poco tiempo después, se procedió a la vendimia, los clochemerlinos sólo pudieron llenar sus cuévanos con contados y secos racimos, medio podridos, sin una gota de zumo, y no se obtuvieron más que unas tinas raquílicas, bien poco satisfactorias. Y esto dio un vinillo acuoso, un vinillo de no importa dónde, una triste, una sosa bebida, deshonorosa para el Beaujolais.

¡Invendible, Dios mío!

¡Y apenas aprovechable para un hombre honrado, buen Dios!

¡Nunca se había visto un vino de Clochemerle con un sabor semejante! Aquella porquería únicamente podían beberla paladares forasteros! ¡1923, el año más desgraciado que se haya conocido!

Un verdadero año de perros.

El 16 de octubre, un domingo por la mañana, los escándalos de Clochemerle llegaron a su postrer desenlace. El otoño era tibio y dorado. Sin embargo, al atardecer, ráfagas de aire frío anunciaban, a partir de las seis, la llegada inminente del invierno. Se habían ya localizado sus primeras avanzadillas, aparecidas en las cimas de los montes de Azergues donde, al amparo de la alborada, esparcieron sus emboscadas de escarcha. El sol dispersaba, sin lucha, aquellos insolentes húsares nórdicos. Tan pronto y tan lejos se aventuraban que durante el día habían de ocultarse en los bosques en espera de los refuerzos del equinoccio: el grueso de las

tropas nubosas que se agrupaban en alguna parte del Atlántico. Pero todo el mundo se había percatado de la existencia de aquellas gélidas avanzadillas cuya amenaza prestaba a los últimos hermosos días un mayor encanto, tal vez un poco nostálgico porque las brumas crepusculares suscitaban arrepentimientos y pesares. A no tardar, la tierra trocaría el verde ropaje del estío por la parda tela. Las vertientes de las montañas iban moteándose con los sombríos calveros del despojo. En los valles, los campos agostados, a través de los restos de su esquilmada vegetación, dejaban transparentar el humus que las lluvias transformaban en abono. Aquella decoración otoñal fue el marco adecuado de un incidente definitivo. Pero, por última vez, cedamos la palabra a Cyprien Beausoleil.

—Era el domingo por la mañana, al comenzar el oficio, pocos minutos después de las diez para ser exactos. Como de costumbre, mientras las mujeres se hallaban en la iglesia, los hombres estaban en el café, y todos los clochemerlinos de pro en casa de Torbayon. Arthur había vuelto del hospital. Le agradaba más estar en su casa con el brazo en cabestrillo que tendido en una cama pensando continuamente en su establecimiento cerrado, lo que le sacaba de quicio, pues se imaginaba a su clientela empujando el codo en "L'Alouette" o en casa de la tía Bocca, un fétido tugurio de los barrios bajos. Volvió, pues, sin estar curado del todo, dejando a la Adèle, que se iba restableciendo lentamente. Aquel domingo, el café se hallaba atestado como antes y los parroquianos charlaban de los temas del día, pero principalmente de la abortada vendimia y los descalabros de la batalla. A Arthur, la circunstancia de haber sido herido y haber mostrado al mismo tiempo en público sus cuernos, le habían bajado los humos y hecho el carácter más agradable, lo que había hecho que se le tuviera en más estima. Y es que los hombres necesitan que les ocurra algo malo de vez en cuando para entrar en razón.

"Estábamos, pues, en el café, bebiendo y charlando, aunque sin malicia, y echando frecuentes ojeadas a la calle porque pasaban mujeres, y generalmente son las mejor ataviadas y las más incitantes las que llegan tarde a misa. Aparte de esas retrasadas no pasaba un alma por la calle. Después de lo que había sucedido aquel año, nada peor podía ocurrir, si exceptuamos a Tafardel, no repuesto todavía del batacazo que recibió en la mollera. Tafardel expresaba por todas partes terribles deseos de venganza, y su bilis lo incitaba a beber hasta que su nariz adquiría un acusado color cárdeno. En cuanto tenía un vaso de más, se volvía insoportable. Para defender su punto de vista, hubiera entregado al suplicio a su padre o a su madre. Nunca he visto, como en el caso de Tafardel, pasar de la mansedumbre a la ferocidad por el solo efecto de un vaso de vino del Beaujolais. Es lo que yo digo, cuando las ideas se albergan en una mente débil, pueden provocar un desastre.

"En fin, estábamos allí tranquilos, un poco embotados de ese bienestar que le entra a uno cuando bebe vino en ayunas, sin pensar en nada, a decir verdad, y sin esperar otra cosa que la salida de la iglesia, para ver una vez más nuestras mujeres de Clochemerle y examinarlas detenidamente, lo que constituye nuestra gran diversión dominguera. De pronto, alguien alzó la voz y todos nos levantamos y nos precipitamos hacia la puerta o hacia la ventana. Lo que pudimos ver era lo más insensato que pueda usted imaginarse y, por añadidura, tristemente espantoso. Intentaré describirle la escena:

"Figúrese que vimos avanzar por el callejón de los Frailes una horripilante chiva completamente en cueros, con un rosario alrededor del vientre y un sombrerito ladeado sobre la cabeza. ¿Adivina quién era? Era la Putet, señor mío.

Completamente desnuda, presa de un frenesí rabioso y gesticulando como una posesa a la vez que cantaba unas indecencias como para hacer retroceder un regimiento de zuavos. ¡Parecía una loca! Le agitaba una especie de locura particular..., algo que termina en *ica*...

—¿Erótica, señor Beausoleil?

"Eso debe de ser. Una loca erótica era la Putet aquel domingo de octubre, a la hora del oficio solemne. Parece que esto le vino de su famosa virtud que nunca había podido inculcar a nadie. Y claro está, a la larga tanta virtud le hizo perder el juicio. Es lo que yo digo, la virtud, mal empleada, puede acarrear grandes estragos. «Una

virtud tan prolongada es antihigiénica», dijo luego el doctor Mouraille, que en estos asuntos debe de ser más entendido que Ponosse. Pero, en fin, eso es otro cantar.

"Imagínese, pues, a la Putet por la calle con el atuendo que le he dicho, y nosotros contemplándola estupefactos, más por curiosidad que por placer, porque, ¡Dios nos asista!, lo que exhibía no valía, ciertamente, la pena de verse. Una Judith, una Adèle y muchas otras nos hubieran regocijado con aquella rara indumentaria y nos hubiéramos precipitado a socorrerlas metiéndoles mano. Pero la Putet no hacía más que pena, compasión y asco. Al verla tan desmedrada y tan repelente, se comprendía la maldad que anidaba en su alma. Aquella estúpida gazmoña era de una delgadez horrible, como un fantasma que os diera una mala noche. No había más que huesos, cubiertos con una piel amarillenta sobre la cual, sembrados de cualquier manera, había unos asquerosos pelos erizados y rígidos, como de un animal salvaje. En cuanto al color, uno hubiera dicho que aquel cuerpo acababa de revolcarse en un montón de estiércol. Las costillas eran como aros de tonel, los senos como unos calcetines viejos, vacíos y colgantes, y el vientre, puntiagudo y raspado, pues no había servido más que para hacer digestiones. Pero lo peor eran las piernas. Un espacio de tres dedos, por lo menos, separaba los dos muslos. No conozco nada más horrible que unas piernas de mujer que no se rocen una con la otra al andar. Me hacen pensar en los esqueletos. ¡Y las nalgas, señor! Parecían dos nueces de costilla bien justo, apetitosas como un membrillo pocho, y arrugadas... ¡Para qué voy a contarle! La cara más repulsiva que nunca y aquella voz chillona como el chirrido de una vieja puerta húmeda. No había por dónde mirar, se lo digo de veras. Era un espectáculo abominable.

"Apenas tuvimos tiempo de recobrarnos de nuestra estupefacción. En cueros, como iba, entró a la iglesia por la puerta principal, vociferando sus soeces injurias. Y, claro, nos precipitamos en pos de ella ante la perspectiva de la jocunda algazara que iba a producir aquella aparición en plena misa.

"¡Y qué algazara! No puede usted imaginárselo. Sin dejar de chillar avanzó por entre las dos hileras de bancos. Todas las feligresas empezaron a gritar horrorizadas como si se hallaran en presencia del diablo en forma de mujer, lo que lo hacía aún más temible. En esto, Ponosse se volvió para un *dominus vobiscum* y se quedó estupefacto, sin acertar a decir más que esto:

"—Pero, mi querida señorita... Pero, mi querida señorita, esto no se hace...

"Al oír estas palabras, aquella extraña católica, presa de furor, se puso a decirle al cura toda una sarta de obscenidades, acusándolo de la más grandes indecencias que un hombre puede cometer abusando de las personas débiles. En esto, la zorra, aprovechándose del asombro general, subió al pulpito y empezó una plática tan desatinada como nunca se había oído en una iglesia.

"Entonces, Nicolás, que ya había reaccionado después de tan insólita aparición, cogió la pica y se dirigió hacia el pulpito para desalojar de allí a la Putet. Apenas se asomó al pie de la escalerilla, recibió en la cabeza, lanzados con una fuerza verdaderamente demoníaca, los devocionarios de Ponosse y, como remate, el taburete. Sin la protección del bicornio con plumas, Nicolás se quedó hecho una calamidad. Aquella rociada lo dejó aturdido, fuera de combate, sobre todo teniendo en cuenta la debilidad de piernas que sufría desde aquella alevosa patada de Toumignon que lo cogió de lleno y no precisamente en las encías.

"Así, pues, la Putet, en cueros en el pulpito, y con el sombrerito más ladeado que nunca, dominaba la situación. Fue necesario que se lanzaran todos al asalto y escalaran el pulpito por diferentes sitios a la vez. Después, Toumignon, que se la tenía jurada a la Putet, la agarró con una mano por detrás y con la otra por los cabellos y la tiró abajo.

"¡Vaya ceremonia la que presenciamos aquel domingo! Finalmente, entre muchos se llevaron a aquella diablesa a su casa. El doctor Mouraille fue a verla y aquella misma tarde la trasladaron en auto a Villefranche, vestida y maniatada para que no pudiera moverse. La recluyeron en Bourg, en una casa de locos, sin ninguna esperanza de curación. Nadie se preocupó más de ella. Pero la verdad es que ha descalabrado el pueblo, porque a no ser por ella muchas cosas no hubieran

ocurrido, y el Tatave todavía estaría vivo, cosa que tal vez hubiese preferido a pesar de lo idiota que era.

"Le estoy contando todo esto para que se dé cuenta de que la Putet era la zorra más dañina que ha habido en el pueblo. Y por otra parte, justo es decirlo, una desgraciada. ¿No opina usted que raras veces la gente mala es feliz? Se hacen daño a sí mismos. La Putet debía de hacerse la vida imposible. Sin embargo, no era culpa suya si vino a este mundo tan desgachada y fea, hasta el punto de no llamar la atención de un hombre en toda su vida. Si la Putet hubiera tenido su parte, como las demás, no habría envidiado a las vecinas. Y es lo que yo digo, la virtud no es siempre el remedio más adecuado para sacar el vientre de pena. Sí, en cierto modo, era una pobre desgraciada, víctima de la condenada bellaquería del mundo. "Ahora ya le he contado a usted cómo acabó la Putet. A partir de entonces, la vida pueblerina se deslizó placenteramente y no ocurrieron más sucesos en los que hubiera que lamentar muertos y heridos entre los clochemerlinos. Todo el mundo vivió feliz, porque verdaderamente es un fastidio pelearse, fastidio zurrarse y matarse. Sobre todo en una comarca de buen vino, como ocurre en Clochemerle. Lo que está usted bebiendo es Clochemerle 1928. ¡Ah, qué año tan bueno! Llegó a los trece grados. ¡Un vino para la mesa del Santo Padre, señor!

Noviembre fue glacial y nevoso. A últimos de mes el barómetro señaló dieciocho grados bajo cero. Ventiscas heladas barrían la calle Mayor atravesando la recia indumentaria de lana de los imprudentes que se arriesgaban a salir de sus casas. Todo era triste y sombrío bajo un cielo plomizo a través del cual discurrían, como aeronaves desamparadas, gruesos nubarrones, tan bajos, que chocaban contra las montañas de Azergues. Obligados a beber prudentemente, los clochemerlinos se cobijaban en sus casas al calor del hogar. Dedicaban sus horas de ocio a pasar revista a los acontecimientos de aquel año nefasto. Sin embargo, las aguas volvían lentamente a su cauce. La tropa, reclamada urgentemente después de su triste acción, había liado el petate. Las heridas se cicatrizaban, las pasiones se aplacaban y las vecinas reanudaban sus relaciones sin la menor acritud, olvidando sus agravios. Arthur Torbayon estaba ya curado. Adèle Torbayon, todavía débil, no tardaría en sanar. Había recuperado su puesto en la posada, y a todo el mundo le parecía bien, comprendiendo que una asociación comercial de tan prósperos resultados no podía romperse por un leve extravío doméstico, que, por otra parte, había sido expiado con sangre.

Tafardel iba recobrándose rápidamente, aunque se mostraba más exaltado que antes. Seguía gustándole el vino y hacía uso y abuso de él, hasta el punto que ponía su dignidad personal en graves aprietos.

Sin que lo pareciera, el más perjudicado era Nicolás. No había recobrado su arrogante prestancia ni el vigor y la flexibilidad de sus piernas. Tal vez esto pudiera achacarse a las consecuencias orgánicas del mal golpe que le había dado Toumignon durante el escandaloso incidente del 16 de agosto. Esto es, al menos, lo que daría a entender una confidencia hecha por madame Nicolás a madame Fouache. Un día que las dos damas charlaban extensamente, la estanquera le preguntó a la mujer del pertiguero:

—¿Está ya curado del todo su Nicolás?

—Curado es un modo de decir —suspiró madame Nicolás—. Si bien han recobrado su color natural, el tamaño sigue sin ser el mismo de antes. Uno es más grande que el otro.

—¿De veras? —comentó, en tono compungido madame Fouache—. Tal vez es imaginación suya. Mi Adrien no los tuvo en su vida del mismo tamaño. Uno, el izquierdo, colgaba más que el otro. Se lo digo, mi querida amiga, porque tal vez está usted confundida...

Pero madame Nicolás descartó esta hipótesis que, en efecto, no resistía la prueba que proporcionaba.

—No son como antes, estoy segura. Piense, madame Fouache, que llevamos dieciocho años casados, y sé muy bien lo que me he traído entre manos.

Capítulo veinte

El tiempo ha hecho su obra

El turista que pasa por Clochemerle se asombraría si supiera que unos escándalos, cuyo desenlace fue sangriento y tuvo una repercusión mundial, agitaron en otros tiempos este burgo tranquilo. Incluso en Clochemerle, el recuerdo de aquellos sucesos se va desvaneciendo en la memoria de la gente. Han pasado los años, y cada día ha traído pequeños trabajos, pequeñas alegrías, sinsabores, preocupaciones, y su acción repetida ha entumecido las memorias, frágiles de por sí, de escasa capacidad y previstas para un lapso de tiempo ridículo.

La muerte ha suprimido algunos de los figurantes de 1923. Otros, atacados por la vejez, se mantienen prácticamente alejados de los seres vivientes. El plus de vida que se les ha concedido, el breve plazo de que disfrutaban no cuenta ya en la suma de los quehaceres humanos de alguna importancia. Otros, en busca de nuevos horizontes, han abandonado el pueblo. A otros las cosas les han ido viento en popa y han podido dar cima a sus ambiciones. Y otros, en cambio, han sufrido pérdidas lamentables. Al cabo de algunos años, los hombres difícilmente conservan las mismas relaciones. Nuevas ambiciones o nuevos intereses los unen o los alejan, acercando a los enemigos y separando a los amigos. El clan de los triunfadores, el de los envidiosos, el de los resignados y el de los contentos con su suerte ha visto cambiar sus efectivos y algunos de sus adheridos pasarse al enemigo.

Pero el pueblo ha seguido siendo el mismo, sin nuevas construcciones que valga la pena destacar: una larga hilera de casas amarillas y achaparradas, imperfectamente aplomadas casi todas, con enormes escaleras, profundas bodegas, salientes con balcones, emparrados encima de las puertas, los crepis verdes por el sulfatado, todo ello pintorescamente revuelto. Sin embargo, se puede admirar alguna que otra vieja fachada de un gusto perfecto, que ennoblece la graciosa sencillez de aquella comarca. Todavía puede verse la misma iglesia, conjunto de disparatadas innovaciones obra de sucesivas generaciones, que han sido aplicadas al cuerpo del edificio con un sentido de la economía que prohibía reconstruir lo que no fuera necesario y un vago sentido de la belleza que les aconsejaba lo que era admirable y digno de ser conservado. Esta moderación ha hecho posible, un poco por todas partes, el encanto del campo francés.

Detrás de la iglesia, el cementerio, soleado, recibe su habitual contingente de clochemerlinos, que varía poco de un año al otro. Por un lado, el barrio de las tumbas recién excavadas va ganando terreno, y del otro va extendiéndose el barbecho donde se descomponen los viejos cadáveres caídos en el olvido y que sólo son visitados por los insectos y los pájaros. Sin embargo, estos abandonados cuyos epitafios son apenas visibles entre la maleza y los hierbajos, reciben, al llegar la primavera, los más bellos manojos de florecillas, que brotan allí espontáneamente, lo que no puede verse en las tumbas celosamente cuidadas, condenadas a las flores cortadas y a los jarros de cristal muchas veces de un gusto ofensivo. En la plaza Mayor, los hermosos castaños siguen regalándonos con una sombra impenetrable. Cuando se permanece bajo sus naves un poco sombrías, la inmensa perspectiva expuesta a los ardores solares casi dañaría nuestros ojos si no atenuara el caliginoso brillo la vibración del aire montañoso que orea Clochemerle. El grueso tilo parece más indestructible que nunca. Ahondando sus raíces a través de muchos siglos del pasado, constituye de por sí una de las más profundas raíces del pueblo. Para el que ha seguido la evolución de Clochemerle una sola cosa le indica las modificaciones que han sobrevenido. En la parte alta, adosado al Ayuntamiento, se encuentra un urinario, y otro en la parte baja, cerca del lavadero, lo que eleva a tres, con el del callejón de los Frailes, el número de esos cómodos edificios. Su existencia atestigua la completa victoria de Barthélemy Piéchut, del senador Piéchut, cuyo paciente programa ha sido llevado a cabo punto por punto, gracias a la muerte oportuna del viejo senador Prosper Louèche.

El honorable Prosper Louèche murió a los setenta y tres años, en un establecimiento discreto, entregado a ejercicios que, además de no ser adecuados a su edad, son muy perjudiciales para el corazón. Su último suspiro fue un suspiro de placer, exhalado en una tal postura que la persona que colaboraba a aquel goce tardó casi un minuto en darse cuenta de lo que ocurría. Notando lo poco activo que se mostraba Louèche, redobló su celo profesional y lo incitó murmurando:

—¡Acaba pronto, cariño! A la patrona no le gusta que estemos demasiado rato.

Luego se dio cuenta, aterrorizada, de que se esforzaba en vano debajo de un despojo cuyos ojos no permanecían fijos por la voluptuosidad, sino por el éxtasis eterno. Profirió unos agudos chillidos que interrumpieron el trabajo en las habitaciones vecinas. Con el atuendo de náyades sorprendidas aparecieron unas cuantas muchachas cuyos cuerpos, de variados estilos, eran perfectos, pues la casa, una de las más renombradas de París, se jactaba de satisfacer a los clientes más difíciles. Allí acudían hasta monarcas destronados. Bien dirigidas por su patrona, una mujer de ideas claras, aquellas mujeres procuraron inmediatamente restituir al difunto Prosper Louèche a una actitud decente, compatible con la dignidad senatorial. Advertida por teléfono, la prefectura de policía tomó todas las disposiciones necesarias. A las dos de la madrugada fue transportado el cadáver al domicilio particular del senador, desde donde se pudo por fin anunciar el fallecimiento. Unas horas más tarde, se leía en los periódicos :

"Este hombre, cuya vida estuvo dedicada al trabajo, murió en la brecha, mientras examinaba, a avanzadas horas de la noche, un proyecto de mejoras sociales. Es sabido que Prosper Louèche se apasionaba por estos problemas respecto a los cuales había adquirido una competencia que nadie le regateaba. Su último pensamiento habrá sido para la valerosa población de nuestros suburbios industriales en donde había nacido. Ha desaparecido un hombre íntegro y noble." Estos artículos necrológicos fueron comentados el mismo día, en los pasillos del Senado y de la Cámara.

—¡Las mejoras sociales! —exclamó un indiscreto—. ¡La bella Riri!

—¿La de la casa de madame Yolande?

—¡Pues claro! Era la favorita de Louèche. "¡Tiene unos dedos de hada, esa chiquilla!", solía decir.

Cuando se divulgó la noticia, nutridos contingentes del cuerpo legislativo comenzaron a visitar la casa de madame Yolande, que conoció, durante algunos meses, una prosperidad fabulosa. Allí se formó la unión nacional de todos los partidos cuyos representantes se abrochaban el chaleco por los pasillos. En cuanto a la muchacha llamada Riri fue lanzada de la noche a la mañana y rápidamente confiscada a la comunidad en provecho de un solo individuo, un viejo inmensamente rico, para el cual la evocación de los últimos instantes de Prosper Louèche constituían el único afrodisíaco que actuaba sobre su organismo.

El senador señor de Vilepouille quedó muy abatido al enterarse de la muerte de su viejo camarada. Pero supo dominar su pena cuando pronunció, en un círculo de amigos, unas palabras en elogio del difunto:

—A pesar de todo, tuvo una hermosa muerte. Murió en el fuego, en un alarde de juventud. Lo único que siento es que no recibiera los últimos sacramentos. Pero Dios será misericordioso, pues el bribón tenía buen gusto. Esa Riri es una chica estupenda.

—Parece que abusaba un poco... —insinuó uno de los contertulios.

El senador replicó con acritud:

—¿A qué llama usted abusar? ¡Diga usted que era un hombre con muchos arrestos!

—concluyó con lágrimas en los ojos.

Sin embargo, reaccionó contra su dolor y los lúgubres presentimientos que habían despertado en su alma. "De todos modos —pensó—, Louèche tenía tres años más que yo." La perspectiva de este plazo le hizo sentirse aún seguro y consideró entonces que le convenía reaccionar vigorosamente, después de un choque tan funesto para su tranquilidad. Y se preparó un programa de placeres sedantes que podía iniciar aquella misma noche en los salones de madame Rose, otra casa

especializada cuyo personal extremadamente joven constituía un incentivo para un hombre de su edad. Con el apoyo de Alexandre Bourdillat y de Aristide Focart, y gracias a su habilidad para desenvolverse, Barthélemy Piéchut ocupó el escaño de Prosper Louèche. Una vez senador, mantuvo asiduas relaciones con los Gonfalon de Bec, de Blacé, y no le costó mucho trabajo de casar a su hija Francine con el descendiente de esta linajuda familia, que tenía una gran necesidad de dar nuevo lustre a sus blasones y cuyos vástagos se unían en matrimonio a mujeres plebeyas, pero dotadas de buenas fortunas. La dote de Francine sirvió para enjugar algunas deudas enojosas, reparar el ala izquierda del castillo donde se instalaron los jóvenes esposos en espera de que Piéchut encontrara un destino para su yerno. El pensaba hacerlo subprefecto o meterlo en las oficinas de algún Ministerio. Esta unión resultaba bastante onerosa, pues Gaëtan Gonfalon de Bec era olímpicamente incapaz de subvenir a sus propias necesidades, pero halagaba a Piéchut porque le permitía extender a todos los medios sus relaciones y sus alianzas. La importancia así adquirida lo convirtió en árbitro de todos los pequeños conflictos que surgían entre el Saona y los montes de Azergues. Granjeóse una reputación de imparcialidad y de sensatez. En consecuencia, Clochemerle salió ganando con ello; se multiplicaron los comicios y las visitas de personalidades políticas, lo que atraía al burgo, donde dejaban su dinero, buen número de forasteros. En todos los banquetes a que le invitaban, Piéchut pedía siempre vino de Clochemerle, sirviendo así los intereses de su pueblo. No era de extrañar, pues, que comerciantes y viñadores se sintieran encantados y orgullosos de su Piéchut, redomado bribón.

Había un vago parentesco entre los Gonfalon de Bec y los Saint-Choul. Por los Saint-Choul podría llegarse a la baronesa, y por ésta sería posible mantenerse oficiosamente en buenos términos con el arzobispado, factor que no podía echarse en saco roto. Piéchut llegó a la conclusión de que gracias a esos nuevos puntos de apoyo, se convertiría en uno de los hombres más considerados del Beaujolais, en dueño y señor, por lo menos, de diez valles. Una casualidad, hábilmente preparada por ambas partes, puso al senador en presencia de la baronesa de Courtebiche. La conversación giró sobre Oscar de Saint-Choul y su porvenir político.

—¿Puede ocuparse de ese imbécil? —inquirió la baronesa sin el menor titubeo.

—¿Qué sabe hacer? —preguntó Piéchut.

—Hijos a su mujer. Y aun tomándose mucho tiempo. Aparte de esto, nada que valga la pena. ¿No basta para hacerle diputado?

—Sí, es suficiente —repuso Piéchut—. Pero no es ésta la cuestión. Yo podría facilitar bajo mano la elección de su yerno, con la condición de que a todo el mundo le salieran las cuentas, de manera que nadie pudiera después reprochármelo, ¿comprende usted?

—Lo comprendo muy bien —contestó la baronesa, siempre tajante—. En suma, ¿qué pide usted?

—Yo no pido nada, yo negocio —repuso fríamente Piéchut, cuya dialéctica se había enriquecido con matices desde que frecuentaba el Parlamento—. Es muy distinto. A la baronesa no le agradaban esos distingos, que parecían lecciones administradas por aldeanos. Y no ocultó su despecho.

—Entre usted y yo, mi querido amigo, las sutilezas políticas están de más.

Reconozco que es usted el más fuerte. Lo encuentro francamente deplorable, y nada me hará cambiar de opinión. Pero mis abuelos discutieron más tratados que los de usted, y más importantes. Porque yo tengo unos antepasados, querido senador, que no eran unos cualesquiera.

—También yo tengo antepasados, señora baronesa —observó Piéchut en tono melifluo—. De lo contrario, no estaría aquí.

—¿Gente vulgar, señor senador?

—Sí, gente vulgar, señora baronesa. Criados, en muchos casos. Lo que demuestra, en suma, que mis antepasados han maniobrado mejor que los suyos... Decíamos, pues...

—Estaba usted en el uso de la palabra, señor senador. Espero sus condiciones atada de pies y manos, mi querido amigo. Vamos a ver si abusa usted de la situación.

—Abusaré tan poco que la liberaré en el acto —dijo galantemente Piéchut—. Envíeme a su yerno, será más sencillo. Cuando se trata de ciertas cuestiones, los hombres nos entendemos mejor.

—Está bien —asintió la baronesa—. Lo avisaré. Se levantó dispuesta a salir, pero se detuvo un momento.

—Piéchut —dijo en tono amistoso—, en este mundo deberían nacer hombres como usted... en vez de esos pisaverdes con sesos de pajarillos, como ese pobre Oscar. A los treinta años, debió de ser usted un hombre. Y se le olvidó ser necio. Venga a comer al castillo, uno de estos días, y traiga a su hija, esa joven Gonfalon de Bec. ¡Esa pequeña ya es de los nuestros!

—Es muy reciente todavía, señora baronesa. Temo que sus modales dejen algo que desear.

—De eso se trata, mi querido amigo. Yo me ocuparé de ella. La he visto ya. Es una muchacha hermosa.

—Y no es tonta, señora baronesa.

—Su marido lo es por dos, pobre muchacha. En fin, trataremos de hacer de ella una imitación de gran señora hasta lograr que sea presentable. Porque no olvide usted, mi querido amigo, que siempre le faltarán algunos siglos de educación. Dicho sea sin ánimo de ofenderle...

—Bien sabe usted que no me ofende fácilmente, señora baronesa —dijo Piéchut socarronamente—. De todos modos, creo que Francine se acostumbrará pronto a sus visajes. Sólo lleva once meses de casada y muestra ya el empaque de sus orgullosas personas. ¡Hay que ver cómo habla a su padre!

—Es un buen síntoma, mi querido senador. Así, pues, estamos de acuerdo. Traígamela y yo le enseñaré la arrogancia del buen tono. Si ella presta atención, sus hijos, dentro de veinte años, estarán completamente desangrados.

Antes de salir, la baronesa no pudo reprimir algunas lamentaciones.

—¡Qué pena que las personas de nuestro mundo tengan necesidad del dinero de ustedes para mantener su rango!

A esto, Piéchut repuso con la mayor campechanería:

—Tal vez nuestro dinero les preste algún servicio, pero la sangre también, ¡qué diablo! Tengo la impresión de que una aportación de sangre de Piéchut no le irá del todo mal a ese desmedrado linaje de los Gonfalon.

—¡Lo peor es que es verdad! —exclamó la baronesa—. Hasta la vista, republicano farsante.

—¡Hasta pronto, señora baronesa! Muy honrado...

Se llegó a un acuerdo político entre el Ayuntamiento y el castillo de Clochemerle. Oscar de Saint-Choul fue elegido diputado, lo que, a pesar de todo, le valió a Piéchut algunos reproches de sus familiares. Pero cuando le hablaban del yerno de la baronesa les contestaba tranquilamente:

—¡Qué importa un tonto más en la Cámara! Cuanto más imbéciles hay, mejor van las cosas. Porque los maliciosos son tan envidiosos que no hacen más que desgañitarse y embrollarlo todo.

Esta filosofía desarmaba a los descontentos y, en cuanto a los irreductibles, Piéchut se las componía para hacerles de vez en cuando algún favor. Para celebrar el triunfo electoral, la baronesa dio una gran fiesta. Todo Clochemerle bebió y bailó en su hermoso parque, cuyas iluminaciones se veían desde gran distancia. Esta recepción halagó mucho a los clochemerlinos, quienes convinieron en que nunca un Bourdillat o un Focart los había tratado con aquella magnificencia.

En 1924, tras una ardua competición, Francoise Toumignon consiguió el título de "Primer Biberón". Pero tres años después, la cirrosis, que había dado buena cuenta de varios de sus predecesores, acabó con él. Entretanto, Judith trajo al mundo un magnífico niño. Hippolyte Foncimagne fue el padrino. Sin embargo, todo el mundo

decía que el delicioso bebé se parecía mucho al apuesto escribano. Después de la muerte de su marido, Judith abrevió el tiempo de luto y vendió las "Galeries Beaujolaises". Después se marchó de Clochemerle para instalarse en Mâcon, donde se casó con Foncimagne, adquirió un café que su atractiva presencia llenó rápidamente de clientes y dio a luz dos gemelos, igualmente espléndidos, que se parecían mucho a su hermano mayor. Luego, feliz, engordó y no abandonó un solo momento la caja de su establecimiento, donde las turbadoras morbideces de su espalda y de su pecho hicieron durante largo tiempo verdaderas maravillas. Reconciliados por el interés común, Arthur y Adèle Torbayon reanudaron la vida juntos. Si Adèle se entregaba de vez en cuando a una de esas fantasías a las que la inclinaba una madurez turbulenta, su marido cerraba los ojos. Sabía por experiencia que en este orden de cosas es mejor hacer la vista gorda y sobre todo no armar barullo. Las ganancias de cada día, que conducían de un modo regular a la fortuna, hacían olvidar algunas irregularidades que apenas hacían mella en el honor del posadero. Durante la juventud se concede demasiada importancia a ciertos pequeños delitos que con el transcurso de los años se consideran solamente fútiles vanidades.

"No siempre se les ocurre acudir a ella, y eso la pone de buen humor, lo que resulta conveniente para el comercio", se decía Arthur.

Por otra parte, su mujer tomaba muy a mal las observaciones que se le hacían, y Arthur sabía que no encontraría otra como ella para llevar bien una sala de café. Babette Manopoux, que era una moza esbelta y rubicunda, se ha convertido en pocos años en una enorme comadre, desmesuradamente nalguda y tetuda, con los brazos agrietados por las coladas y la tez enrojecida por el vino del Beaujolais, del cual hacía cada vez más un uso verdaderamente viril.

("Cuando uno trabaja mucho, hay que beber en proporción.")

Aunque un poco embrutecida, se la cita todavía como la voz más valiente y autorizada de Clochemerle, la reina indiscutible del lavadero, donde todo cuanto ocurre en el pueblo es comentado de una forma exhaustiva.

En cambio, madame Fouache, agostada por la edad, abatida por el reuma, se ha vuelto más afectuosa, más compasiva y más murmuradora que nunca. Lleva al día la crónica local, con una perseverancia cada vez más acusada, pues la pobre comienza ya a chochear. Gracias a sus piadosas evocaciones, la gran figura del difunto Adrien Fouache domina desde lo alto toda una época en franco declive. Eugène Fadet ha instalado un garaje. Es representante de una marca importante, que fabrica los coches en serie. Este nuevo comercio del cual se enorgullece le facilita frecuentes escapadas a la ciudad con el pretexto de efectuar unas pruebas o de gestionar unas ventas. Pero Léontide Fadet controla minuciosamente la expedición de gasolina, los créditos, las reparaciones y las horas de trabajo. Ha sabido hacerse respetar, tanto por los clientes como por los dos aprendices, y ese respeto asegura al establecimiento Fadet unas sanas finanzas.

Toda la desgracia de los seres humanos proviene del trabajo que se desarrolla en su cerebro. Ahora bien, el cerebro de Rose Bivaque, convertida en Rose Brodequin, es uno de los más perezosos que existen. En consecuencia, es feliz, completamente al margen de los problemas, las comparaciones y las aspiraciones que atormentan a ciertos espíritus. Para Rose sólo existe una regla de vida: su Claudius, que sigue siendo para ella el apuesto militar que se le apareció en otros tiempos como un mensajero de la primavera. Ella le ha dado hijos y ha cuidado de la comida y la colada: unos hijos hermosos, una comida succulenta y una ropa bien lavada. Siempre de buen humor, modesta y con la sonrisa en los labios, siempre sumisa, no refunfuña por nada, ni de día ni de noche. Desde que, gracias a la decisiva intervención de la baronesa, se decidió su boda de la noche a la mañana, se ha reconciliado con Dios y también con la Virgen (que ha debido de comprender que las inmaculadas concepciones no se prodigan). En suma, Rose Brodequin es una de nuestras mujeres ejemplares por lo que se refiere a buena conducta y a los deberes conyugales. "¡Buena maña te has dado, Claudius!", repite aún, de vez en cuando, Adrienne Brodequin, mirando a su nuera, torpe y con las mejillas encendidas como

en los primeros días, que contempla a Claudius y suspira: "¡No sé lo que me pasa con Claudius!" Lo que significa que el universo entero no vale para ella un Claudius Brodequin, aquel monstruo de Claudius por conducto del cual, bajo el centelleo estelar de un cielo abrilero que fue su palio nupcial, conoció en 1923 todas las dulzuras de este mundo.

Una familia de Clochemerle conoció el infortunio, la de los Girodot, que acabó dispersándose, sumida en la vergüenza.

Retrocedamos al año 1923. Ante la evidencia del rapto, comunicado desde París a sus padres por la joven Hortense, Hyacinthe Girodot tuvo que capitular y conceder una pensión a su hija que le permitiera casarse con aquel pelagatos, si es que conseguía que él quisiera hacerla su esposa, lo que ya sería algo después de un escándalo semejante. Pero el notario, cogido por el cuello, no dio a su hija más que una pensión de hambre, diciendo que no quería mantener al granuja que sólo por un abuso de confianza iba a convertirse en su yerno. Así, pues, Denis Pommier se vio obligado a buscarse la vida.

El muchacho era poeta, pero no tardó en comprobar de una manera amarga que, en un mundo dirigido por la alta finanza y sacudido por las máquinas, la poesía no da lo suficiente para ir todas las mañanas a la panadería. Decidió, ya dispuesto a sufrir toda clase de humillaciones, lanzarse a la trivialidad de la prosa, reservándose el derecho de incrustar en ella neologismos de su invención y buen acopio de imágenes. Consiguió finalmente entrar en un periódico. Lo destinaron a la sección de sucesos, que tal es el comienzo de muchos, dándole a entender que ocuparía más elevados puestos si lograba destacar en aquel cometido un poco oscuro. Distinguióse, en efecto, aunque de una manera inesperada, sobre todo por el redactor jefe, pues convertía la lectura del periódico en el cual escribía en un motivo de fastidio o de franco regocijo. Sobrecargado de lirismo, Denis Pommier lo aplicaba a manos llenas, en las reseñas de accidentes, de agresiones, de pequeños robos y de suicidios. Hay que convenir que el lirismo le sentaba a aquellos relatos como los pelos en la sopa. Redactó en términos poéticos la información de un asesinato en provincias y envió un sorprendente despacho, muy parecido a un mensaje cifrado. Pero nadie en el periódico estaba en posesión de la clave. Cuando el joven reportero regresó, se le notificó que su estilo, maravilloso para el cultivo de la literatura, era inadecuado para la labor informativa y se le aconsejó, finalmente, que tentara su suerte en otro periódico. Denis Pommier probó fortuna un par de veces, pero el demonio de la poesía le hizo fracasar rápida y rotundamente.

La época era de los talentos precoces. La proximidad de sus treinta años preocupaba mucho al poeta. Decíase que precisamente al alcanzar la treintena, Balzac se puso a trabajar para la posteridad, pero Balzac, en nuestro siglo, se hubiera retrasado. Resolvió anticiparse tres años al autor de *La comedia humana* y sentó los cimientos de una gran cíclica con este título general: "El siglo xx". El primer tomo se titularía *El amanecer del siglo*. Se empeñó en llevar a cabo esta empresa y escribió en ocho meses un mamotreto de quinientas doce páginas a máquina y sin márgenes. La cariñosa Hortense hizo siete copias de *El amanecer del siglo*. Y siete editores parisienses recibieron al mismo tiempo aquella tupida obra maestra.

Uno de los editores contestó que el manuscrito era interesante, pero que el estilo era poco literario para su casa. Otro, que el manuscrito tenía interés, pero que el estilo era excesivamente literario para su casa. Otro, que la trama era casi inexistente. Otro, que la trama tenía demasiada importancia. Otro preguntó "si el autor se burlaba de la gente". Otro aconsejaba que "el autor recabara los servicios de un traductor, pues no es costumbre en Francia publicar directamente en iraqués". Y por último, el séptimo no contestó ni devolvió el original.

Con esto pasaron seis meses, tiempo que empleó Denis Pommier en escribir una novelita: *Bazares de ensueños*, que reproducida asimismo en varias copias, no tuvo más suerte entre los editores.

Desesperado, Denis Pommier se orientó hacia la novela folletín. Su primer intento alcanzó cierto éxito. Había, pues, que perseverar en el camino emprendido, lo que hizo metódicamente. Todas las mañanas, fumando su pipa, escribía sus veinte páginas, echando mano a los rápidos diálogos cuando le fallaba la inspiración. "El mayor talento del folletinista consiste en trabajar a tanto la línea", le había dicho un veterano del género. Más tarde, Hortense pasaba a máquina los borradores. Hortense era feliz. Estaba ciegamente enamorada y no dudaba un solo instante de que Denis era un gran hombre. Además, era un gran hombre muy alegre. Después de destinar la mañana a enmarañar la vida de sus personajes alternando las corrupciones con las estafas y los asesinatos, se disponía, por la tarde, a divertirse como un chiquillo. Todos sus malos instintos se quedaban en los papeles. Esto le dejaba un excedente de encantadoras jocosidades que hacían las delicias de la joven esposa, la cual, por la gracia de un amor ferviente, llegaba a confundir su destino con los destinos novelescos de las ideales heroínas que tanto abundaban en la mente de Denis Pommier. Esta regla de vida permitió al matrimonio, enriquecido con dos hermosos hijos, vivir modestamente hasta el año 1928, en que murió Hyacinthe Girodot.

Pudo abrirse por fin la caja fuerte del notario y distribuir el contenido, que pasaba del doble de las previsiones más optimistas. Así se rehabilitan los avaros al morir, y en cambio se maldice a menudo el recuerdo de los seres generosos. Los herederos juzgaron que el notario, que había tenido suficientes ánimos para morir sin hacerles esperar demasiado, si no dejaba a la gente inconsolable, era merecedor no obstante, de sentidas manifestaciones de agradecimiento. Por otra parte, ¿no es una perfecta forma de altruismo convertir la muerte en una grata fiesta familiar? En este sentido, pues, la muerte de Girodot fue una obra maestra.

Pero no hay obra maestra que no haya costado a su autor grandes sufrimientos. Este fue el caso de Girodot, que murió desgarrado por el dolor de tener que dejar su dinero, y este dolor aceleró sin duda su muerte. Si tuvo un fin prematuro, el mérito o el honor de ello le corresponde a su hijo, Raoul Girodot, un muchacho execrable que, como decía su padre, "tenía el vicio en el cuerpo". A los dieciocho años, este joven, resueltamente refractario al estudio, se instaló en Lyon para hacer las prácticas que debían conducirlo al notariado. Raoul Girodot, ya lo hemos dicho, tenía ideas muy claras sobre la manera de entender la vida. No se desvió un milímetro del programa que se había trazado, cuyo primer artículo prescribía no poner los pies en casa de un notario. Para la aplicación de ese programa contó siempre con el apoyo secreto de su madre, que, por una desviación del sentido femenino combinado con el amor materno, sentía por el muchacho una increíble debilidad, verdaderamente sorprendente en una mujer tan taciturna. Esto impele a preguntarse si no existe en esa propensión una inclinación vagamente incestuosa, por otra parte ignorada por la propia "notaría", pues su naturaleza se vengaba tardíamente de ciertas ineptitudes que habían arrojado a Girodot en brazos de las meretrices. Sea lo que fuere, Raoul Girodot le sacaba a su madre todo el dinero que ella guardaba celosamente en escondrijos secretos. En efecto, era costumbre entre las mujeres Tapoque-Dondelle ir apartando pequeñas cantidades, sin que lo supiera el marido, en previsión de que pudieran sobrevenir días malos, pues aquellas mujeres consideraban que los hombres, con su repugnante inclinación a correr tras las mozuelas, son capaces de todo, incluso de dejarse desplumar como un palomino atontado. Por otra parte, esta afición al ahorro alienta a las esposas a velar por la marcha de la casa, y, en consecuencia, todo el mundo sale beneficiado.

Pero llegó un momento en que ni los ahorros de la "notaría" ni las sustracciones efectuadas sobre el presupuesto casero bastaron para atender a las necesidades de Raoul Girodot. Para desgracia de sus familiares, el muchacho acababa de encontrar la hermosa y codiciada rubia con la que siempre había soñado. Fue algo irresistible, como la llamada de una vocación. La mujer, a la que sus íntimos llamaban Dady, tenía veintiséis años cuando Raoul la conoció y era la amante oficial de un sedero de Lyon, personaje rico e importante. Raoul Girodot se sintió trastornado por la

elegancia de la dama, y las demostraciones de su ciencia amorosa acabaron de sorberle el seso. Por su parte, Dady no era insensible a tanta adoración, a tanta buena voluntad juvenil. Además, le era indispensable, como si se tratara de unos cuidados solícitos, distraerse un poco aparte de las dos o tres noches por semana que le concedía un hombre de cincuenta y siete años, el sedero Achille Muchecoin. El adiestramiento de un adolescente ocupaba muy agradablemente las tardes de Dady, y a veces sus noches, pues, confiando en las metódicas costumbres del poderoso industrial, no tomaba ninguna precaución.

Pero no hay buenas costumbres que no se alteren. Una noche se presentó inopinadamente el señor Muchecoin. Abrió la puerta del pisito con su llave particular y encontró en la habitación de su amante a un jovencito con tan sumario indumento, que resultaba verdaderamente difícil presentarlo como un primo que estaba de paso. Hubo un silencio embarazoso, pero el señor Muchecoin se mostró muy digno. Cubriendo de nuevo su calva con el sombrero en señal de desprecio y con las mejillas encendidas, dijo a Raoul Girodot:

—Ya que usted, joven, pretende, al parecer, gozar de los placeres de los hombres de mi edad, debe asimismo asumir las cargas. Así, pues, le dejo a usted al cuidado de atender a los pagos de madame, a quien presento por última vez mis respetos. Dicho esto se marchó, dejando a la pareja en un embarazoso silencio y sin ánimos para solazarse de nuevo con sus entretenimientos.

—¡Pues que se vaya al cuerno! —exclamó la turbadora Dady una vez repuesta de su emoción—. ¡Ya encontraré otro!

Quería hablar del suceso que, por razones financieras, tendría que dar al señor Muchecoin. Raoul Girodot afirmó que no habría otro suceso que él y, cogiendo entre sus brazos a su bella amante, le explicó que su padre, un avariento notario, contaba con recursos inmensos, que constituían una sólida garantía para obtener algunos préstamos.

—¡Qué cosa más graciosa! —exclamó Dady riendo. Lo que Dady consideraba gracioso era que el trabajo y el placer fueran la misma cosa. En su azarosa carrera, nunca había tenido ocasión de llegar a este sincronismo ideal. Pero esta vez sí lo logró, pues Raoul Girodot, que sólo tenía diecinueve años, se convirtió en el *entreteneur* de aquella hermosa mujer que brillaba de una manera deslumbradora en la galantería lionesa. Seis meses después, un usurero despiadado se trasladó a Clochemerle para reclamar a Hyacinthe Girodot la cantidad de cincuenta mil francos que había adelantado a su hijo, como lo atestiguaban los recibos firmados por Raoul. De buenas a primeras, el notario quiso echar al usurero con cajas destempladas, pero éste le insinuó que "el muchacho podía dar con sus huesos en la cárcel". La "notaría", al oír esto, se desplomó desvanecida. El notario pagó, repitiendo los lamentos de Harpagon. Y el día siguiente se marchó a Lyon con el propósito de sorprender al culpable en compañía de su coima.

Los buscó y, naturalmente, los encontró juntos, pues no se separaban un momento. Sentados en el diván de un gran café, formaban una de esas envidiadas parejas, ensimismadas en su mutua adoración, cuyos cuerpos lavados, perfumados y siempre entrelazados, constituyen un magnífico pasatiempo. Se sonreían como cómplices que nada tienen que temer, se embromaban, se enzarzaban en pueriles disputas, se enfadaban, se reconciliaban y se besaban con un desembarazo absoluto, en presencia de un centenar de personas. Como ellos se sentían felices y encantados el uno del otro, cuanto ocurría a su alrededor les importaba un comino. No parecían aburrirse, pues disponían del inagotable caudal de las triviales necedades que constituyen el tema de los coloquios de los jóvenes enamorados para quienes las palabras y la acción en público no son más que un alto en el placer, y sólo el placer es lo importante.

Raoul Girodot había adquirido una tal desenvoltura en sus modales que su padre hubiera tenido motivos para enorgullecerse de él, si alevosamente herido por cincuenta mil francos, no sintiera por el hijo el vivo resentimiento que experimenta hacia su agresor un hombre apuñalado. Examinó de pies a cabeza a aquella mujer

y tuvo que llegar a la conclusión de que, a pesar de haber engatusado a su hijo, era encantadora. Raoul había hecho su elección con el gusto de su padre. "¡Y pensar que yo me estoy privando de estas cosas! —pensó Girodot—. Pero esto va a terminar..." Sin embargo, aquella mujer le recordaba algo. Súbitamente la reconoció, se acordó de todo... Palideció. Y entonces se libró un doloroso combate entre su justa cólera y su hipocresía, escudo de una respetabilidad que consideraba el primero de los bienes, moralmente, se entiende.

Incluso para una bonita muchacha no tonta, que tal era el caso, carreras como la de Dady son siempre difíciles y están sujetas a grandes casualidades. Antes de elevarse a esa aristocracia de las cortesanas que constituyen las mujeres entretenidas, Dady, principiante, conoció días muy negros. Se la vio callejear de noche por los lugares céntricos de Lyon, buscona tímida y hambrienta que no encontraba siempre la ocasión de vender su cuerpo, a pesar de ser un hermoso cuerpo, sin ninguna imperfección. Sin embargo, la reputación de un cuerpo, como la del talento, sólo se obtiene después de un largo tiempo de divulgación. En aquellos tiempos, podía uno acostarse con Dady por cincuenta francos. Centenares de hombres se acostaron con ella a aquel precio, como se hubieran acostado con otra cualquiera, y a ninguno le pasó por la cabeza jactarse de ello. Más adelante, alguien descubrió los méritos de Dady. Entonces fue muy difícil acostarse con ella. Fueron muchos los que lo intentaron, costara lo que costara. En aquel momento, Dady fue lo bastante inteligente para comprender que era preciso conceder sus favores con una extrema parsimonia, medida de precaución que ella denominaba, no se sabe por qué, "el engaño de las daifas de postín". Desde entonces, una caudalosa corriente de esnobismo se orientó hacia Dady. La gran industria se la disputó, y se le entregaron íntegramente algunos balances de casas comerciales. La fama de mujer peligrosa la encumbró definitivamente al cénit de las más altas tarifas.

Parecerá, pues, extraño que hubiera aceptado los servicios de Raoul Girodot, cuyos recursos eran módicos y poco seguros. Pero en el caso de Raoul, Dady se ofrecía una fantasía. Además, en sus proyectos desempeñaba también un papel la idea del matrimonio, que siempre impresiona a la mujer, sea cual sea su situación. El apasionamiento de Raoul daba motivo a suponer que aquella idea no era totalmente desatinada. Pero había un impedimento que Dady ni siquiera sospechaba, un impedimento que hacía palidecer a Girodot padre en un rincón del café, desde donde observaba, sin ser visto, a su hijo y a su amante.

En sus tiempos oscuros, Dady había sido, en varias ocasiones, objeto de las "caridades secretas" del notario, y ésta era la espantosa realidad que acababa de serle revelada. Como es sabido, la contrapartida de aquellas caridades secretas consistía en unos servicios de una estricta intimidad. En este aspecto, el notario manifestaba unas exigencias tan especiales que era de todo punto inadmisibles que su hijo llegara a enterarse. Ya puede imaginarse, pues, la terrible turbación de ese padre al que la amenaza de unas revelaciones vergonzosas impedía el estallido de una justa indignación. Oculto detrás de una columna del establecimiento, reflexionaba sobre las diferentes maneras de apartar a su hijo de aquella mujer, cuyos métodos de acción eran no solamente poderosos, sino corrosivos. Por haber experimentado antaño sus efectos soberanos sobre sus ya aplacados sentidos, estaba en condiciones de conjeturar lo que podía ocurrir tratándose de los inflamables sentidos de un hombre joven. En todo ello intervenía también un vago sentimiento de celos, que, sumado a la pérdida de cincuenta mil francos, atormentaba terriblemente al pobre hombre. Se daba cuenta de que, en aquel asunto, su dignidad se iba al garete.

Raoul y Dady se levantaron bruscamente y echaron una ojeada a las personas que había en el café. Raoul se dio cuenta de la presencia de su padre, mientras que Dady reconoció en aquel hombre desmedrado y envejecido a un antiguo cliente. —¡Ahí está el viejo! —dijo Raoul a Dady indicándole a Girodot—. Tengo que hablar con él. ¡Márchate!

Se comprende, pues, cómo el notario de Clochemerle se vio atado de pies y manos por los secretos inconfesables que poseía Dady, cómo el temor a que ella hablara le impidió actuar y cómo Dady, cuando se dio cuenta de este temor, lo que no tardó en ocurrir, se sintió dueña de la situación y empujó a Raoul por el camino de los gastos locos, de los empréstitos sin medida y de las rebeliones arrogantes.

Para Girodot esto fue un calvario atroz. En dos años tuvo que enjugar deudas de Raoul por un total de doscientos cincuenta mil francos, aparte de las cantidades que el miserable le sacaba a su madre. En una ocasión el notario se cruzó con Dady en una calle de Lyon y aquella zorra inmunda que le roía el corazón, aquella asalariada confidente de sus vicios se atrevió a sonreírle. La vergüenza y la pena consumieron a Girodot. Por la puerta entreabierta de la caja de caudales de donde salía el dinero que le arrancaba la Mesalina de Lyon se le iba escurriendo la vida. Durante los últimos meses, su tez adquirió el tono de los viejos bronce expuestos a la intemperie hasta el punto que parecía que su sangre estuviera llena de cardenillo. Girodot murió a los cincuenta y seis años, roído por la amargura. Ya en el umbral de la eternidad, se despidió de la tierra murmurando:

—¡Esa sinvergüenza me ha chupado hasta la sangre!

Esta fórmula, manifiestamente oscura, fue atribuida al delirio. En seguida cayó en coma.

Una vez repartidos los bienes del notario, se vendió el despacho y la familia Girodot abandonó Clochemerle. Ya millonario, Denis Pommier tomó un gran piso en París, organizó recepciones, escribió cada vez menos y se hizo una envidiable reputación literaria.

Después de algunos años de una vida amorosa desordenada, Dady, doblada ya la treintena, pensó en cosas más serias y se casó con Raoul. Una vez esposa legítima, se notó en ella un cambio enorme, hasta que pasó finalmente al campo de las damas respetables donde brilló en primera fila por su intransigencia, censurando severamente los vestidos, los modales y las costumbres. Acabará por ser una buena ama de casa y ya controla los gastos del marido. En consecuencia, Raoul Girodot se ha visto obligado a buscar distracciones fuera de casa. Acaba de tomar una amante, también rubia, lozana y algo metidita en carnes, como era Dady a los diecinueve años. Esta, aburguesada y rolliza, le hace ahora escenas violentas. En el curso de sus disputas, ella suele decirle:

—¡Tú serás un viejo guarro como tu padre!

—¿Y cómo sabes —pregunta Raoul— que mi padre era un viejo guarro?

—¡No había más que verle! Y tú acabarás por parecerle a él.

Y es verdad. El joven Girodot, a medida que va envejeciendo, va pareciéndose más al difunto Girodot. Y por otra parte, aquel hijo indigno está ahora dispuesto a defender a su padre y a encontrarle cualidades que antes no había sabido verle en vida. Es la señal de que ha entrado en la madurez, que no está muy lejos de su propia conversión, de acomodarse en el tibio regazo de esa burguesía a la que está ligado por todas sus fibras. Estos sentimientos se manifestarán cuando, llegado su hijo a la mocedad, podrá inculcarle los rígidos principios de una moral directamente heredada del notario Girodot.

La viuda de éste, Philippine Girodot, buscó refugio en Dijon, cuna de los Tapoque-Dondelle, donde abundan las solteronas y las abuelas de la familia. En su compañía, la ex notaria se extiende en comentarios sobre las desgracias de la vida, las dolencias que la aquejan y los disgustos que le ocasionaron las sirvientas, lo que constituye la principal ocupación de esas personas medio retiradas del mundo. De todos modos, amenizan sus últimos años ingiriendo respetables cantidades de vino, el renombrado vino de Dijon, excelente con pastas secas.

En los días estivales, el cura Ponosse, ya de edad avanzada, pasa algunas horas en la umbría de su jardín, en compañía de su pipa, su breviario, una taza de café y una botellita de aguardiente. Pero la pipa se apaga porque el viejo sacerdote apenas tiene aliento, los dos dedos de aguardiente quedan en el vaso y el breviario permanece cerrado. Gozando de la paz friolera de los ancianos, el cura Ponosse

medita sobre su vida, que llega a su término, y en esta retrospectiva se inspiran sus improvisadas pláticas, mejor adaptadas a su caso personal que las fórmulas litúrgicas. En posesión de una dilatada experiencia apostólica que le ha ido descubriendo, poco a poco, las reconditeces del alma, siente a su manera una gran compasión por la condición humana, que no es de índole malvada, según él, pues el hombre experimenta a menudo un sincero deseo de justicia y de apacible felicidad. Sin embargo, en esa búsqueda el hombre se extravía, como los ciegos cuyo bastón tropieza, al tantear el camino, con obstáculos o asperezas. Así pues, si bien es cierto que en su marcha vacilante para alcanzar el bien los hombres se comportan con una ciega ferocidad, esa ferocidad tal vez sea debida al exceso de sufrimientos y caídas. Solo, en voz baja, el cura de Clochemerle eleva sus preces al Señor, intercediendo por todas sus ovejas:

—No, Señor, los clochemerlinos no son malos. Y yo tampoco soy malo, Señor, y Vos lo sabéis. Y, sin embargo...

Piensa entonces en los castigos que esperan a los pecadores impenitentes o sorprendidos por la muerte. Y dirige una pregunta al apacible cielo de Clochemerle, azul como el ropaje de la Virgen:

—¡Oh, Dios justo y bondadoso! ¿Acaso el infierno no está, en la Tierra?

Suspira, y, en un estado de recogimiento, examina sus propias culpas:

—En otros tiempos, ¡ay!, fornicué, ¡oh!, moderadamente y sin goce alguno, porque, ¿cómo gozar con Honorine? Pero, de todos modos, aún era demasiado, y me arrepiento. Con vuestra indulgencia infinita, Señor, sabréis discriminar las cosas. Sabéis que me concedisteis una complexión sanguínea exigente y, a pesar de ello, sólo pequé en último extremo. Me arrepiento con toda mi alma, Señor, de esos pecados de mi juventud, y os agradezco por haberme retirado hace mucho tiempo la peligrosa y detestable facultad viril, que a veces introdujo subrepticamente la concupiscencia en las conversaciones que, para la salvación de su alma, mantenía con mis feligresas...

"Apiadaos, Señor, de la vieja Honorine cuando comparezca a vuestra presencia, lo que será en breve plazo. Atribuid, Señor, su conducta a la más admirable abnegación. El comportamiento de Honorine obedecía, más que a otra cosa, a impulsos caritativos, sobre todo si se tiene en cuenta que mis tratos con ella eran de una brevedad, que la pobre muchacha se sentía desilusionada, pues no era cuestión de esos goces preparatorios en que, al parecer, incurren los seglares y que hubieran sido, para un eclesiástico, el último grado de la caída. La conducta de Honorine ha impedido, por lo menos, que la vergüenza de mis vicisitudes haya causado daño a la Iglesia, y por ese motivo estoy cierto de que mucho le será perdonado a la fiel sirvienta... "Asimismo, Señor, os agradezco que hayáis escogido a Clochemerle por cuna de la señora baronesa, que tan bondadosa se muestra conmigo, enviándome a buscar por su chófer una vez por semana para ir a cenar al castillo. A pesar de que en el castillo de la señora baronesa la cocina es suculenta, hago caso omiso de ello y no caigo en el pecado de la gula. Apenas como y no bebo en absoluto a causa de mi estómago. Pero me distraigo un poco en tan agradable compañía, y tengo la satisfacción de decir que en mi humilde persona se rinde homenaje a la Iglesia...

"¡Derramad, Señor, los bienes de la paz sobre vuestro viejo e imperfecto servidor! Que mi muerte sea dulce y tranquila. Vuestra hora, Señor, será mi hora. Pero os digo sinceramente que me apenará mucho abandonar a mis clochemerlinos, y esa buena gente llorará la muerte de su viejo Ponosse, que los conoce a todos, uno por uno. Después de tanto tiempo...

"Así, pues, Señor, no os deis prisa en llamarme. Dejadme todo el tiempo que os plazca en este valle de lágrimas. Aún puedo hacer muy buenas obras. Esta misma mañana he llevado la extremaunción a la vieja Mémé Boffet, la Mémé Boffet de los Cuatro Caminos, a más de tres kilómetros del pueblo, y he hecho el trayecto a pie, al ir y al volver. Es un decir, Señor...

"Así piensa y murmura el viejo Ponosse, enflaquecido, con los cabellos blancos, moviendo lentamente la cabeza y temblándole las mandíbulas, en las que faltan

casi todos los dientes. La mirada de sus ojos cansados vaga a lo lejos, más allá de la llanura de Saona, sobre la meseta de Dombes, en dirección a Ars, cuna del bienaventurado Vianney. Y eleva a aquel virtuoso modelo de los curas rurales una última invocación:

—Mi buen Jean-Baptiste, sed un hermano para mí y concededme la gracia de acabar mis días sin grandes sufrimientos, como un buen sacerdote. No pretendo, claro está, ser un santo como vos. Sería demasiado hermoso. Pero sí al menos un buen hombre, esperadme allá arriba en la puerta. Me conozco muy bien y sé que no me atrevería a entrar solo. Nadie se molestará en salir a recibir al pobre viejo Ponosse de Clochemerle, y en medio de una tal multitud no encontraría nunca el rincón donde están agrupados los clochemerlinos que, provistos de la absolución, he acompañado al cementerio. ¿Y qué haría yo en el cielo, bienaventurado Vianney, sin mis clochemerlinos? No conozco a nadie, a excepción de mis viñadores y de sus buenas mujeres...

Y hecha esta invocación, Ponosse, inclinando la cabeza sobre su pecho, se sume en un tibio sopor que le proporciona un goce anticipado de beatitudes sin fin.

En el mes de octubre de 1932, diez años después de la época en que comienza nuestro relato, dos hombres, una noche, se paseaban despacio, uno al lado del otro, por la plaza Mayor de Clochemerle-en-Beaujolais. Estos dos hombres eran los mismos que, diez años antes, se paseaban por la misma plaza y a la misma hora: Barthélemy Piéchut y Tafardel.

Pero los dos hombres habían cambiado, no tanto sin duda por los años transcurridos como por la evolución distinta de sus carreras. Entre ellos las diferencias sociales, que se deducen del aplomo en los modales, el tono, los ademanes y los detalles de la indumentaria, se acusaban más hondamente que antes. Por muchas señales indefinibles, el alcalde, llegado a senador, inspiraba un sentimiento de respeto. Esto no obedecía al modo de vestir, ni a una afectación de maneras o de lenguaje, sino al conjunto de su persona, a la sensación de fortaleza, de poder y de dominio de sí mismo que emanaba de ella. Un halo de seguridad y de salud aureolaba a Piéchut. Al verlo, se tenía la rara y satisfactoria impresión de encontrarse ante un hombre que ha triunfado completamente y que, convencido de que nada que proceda de él será discutido, puede gozar de su triunfo sin alzar el tono de voz, sin forzar la nota, en una especie de templanza amable y de efectos sedantes.

Al lado de su sencillez, la dignidad grandilocuente de Tafardel parecía en principio ridícula, pero se acababa por encontrarla conmovedora. Al fin y el cabo, los excesos de aquella dignidad no cumplían otra misión que la de suplir la falta de éxitos materiales del hombre, cuyos méritos no se traducían ciertamente en bienes ostensibles y sólidos, en funciones bien retribuidas ni en amistades brillantes. A tres años de su jubilación, Tafardel seguía siendo el intelectual puro, solitario, el probo republicano cuyos emolumentos no sobrepasaban los diecinueve mil francos anuales, lo que en Clochemerle constituía, no obstante, un ingreso más que suficiente, sobre todo teniendo en cuenta los gustos del maestro. Pero Tafardel no sabía sacar partido de sus honorarios. El sentido de la elegancia, especialmente, era para él una ciencia impenetrable. Un perfecto pedagogo tenía que llevar, a su juicio, un cuello de celuloide, una chaqueta de alpaca, un pantalón de cutí y un sombrero panamá. Estas prendas, adquiridas en un almacén de confección, se ajustaban a su cuerpo enjuto de una manera muy relativa. El brillo de la chaqueta y el encogimiento del pantalón frecuentemente lavado atestiguaban el inmoderado uso de la ropa. No es que Tafardel fuera avaro, pero en su juventud se formó en la dura escuela de la miseria y, más tarde, en la de los funcionarios mal retribuidos. Así, pues, contrajo para toda la vida unos hábitos de prudente economía y un desdén por las apariencias. Y, finalmente, su inclinación por el vino del Beaujolais, a consecuencia de la indignación que provocaron en él los acontecimientos de 1923, se unía al desorden de su indumentaria. De todos modos, su afición a los ricos caldos clochemerlinos conservó en él una encendida elocuencia y una agresiva

fuerza de convicción que le salvaban de la apatía mental que, al llegar a los sesenta años, se apodera de muchos cerebros.

Aquella tarde, Piéchut, colmado de satisfacciones y de honores, contemplaba desde la terraza el bello panorama del Beaujolais, donde su nombre era ahora pronunciado con respeto. Evocaba el camino que únicamente con su ingenio emprendedor había recorrido desde hacía algunos años. Tafardel, enquistado en su modesto empleo, le servía de término de comparación para medir el alto grado de su encumbramiento. Y por esto se complacía siempre en departir con el maestro, ingenuo confidente con el cual no tenía necesidad de disimular. Tafardel, orgulloso de la confianza que le demostraba el senador, satisfecho de haber servido una causa que había obtenido tan brillantes victorias, como lo atestiguaban los éxitos del otro, seguía manifestándole una adhesión inquebrantable.

—Yo creo, señor Piéchut —dijo Tafardel—, que nuestros conciudadanos se van anquilosando. Habría que hacer algo para animar a esa gente.

—¿Qué podríamos hacer, mi buen Tafardel?

—No lo sé exactamente. Pero he pensado en dos o tres reformas...

Con un amistoso gesto de benevolencia, pero con firmeza, Piéchut lo interrumpió.

—Mi querido Tafardel, se han terminado las reformas. Al menos, para nosotros. Luchamos cuando teníamos que luchar, y otros lucharán después de nosotros. Hay que dar a los hombres el tiempo suficiente para digerir el progreso. En el orden existente, que está lejos de ser perfecto, hay, sin embargo, cosas buenas. Antes de destruir, hay que reflexionar...

Con un gesto circular, el senador designó las colinas que los rodeaban, a las cuales el sol enviaba sus últimos rayos.

—Vea el ejemplo que nos brinda la naturaleza —dijo gravemente—. ¡Qué apacibles son esos atardeceres después de los ardores del día! Hemos llegado al atardecer de nuestra vida, mi querido amigo. Mantengámonos en paz, no echemos a perder el crepúsculo de una existencia que no ha sido ociosa.

—Sin embargo, señor Piéchut... —intentó aún objetar Tafardel.

Piéchut no lo dejó terminar.

—¿Una reforma? Pues, sí, veo una...

Cogió a su confidente por la solapa de la chaqueta, donde las palmas académicas ponían una mancha violeta de una apreciable anchura.

—Esta cinta —dijo maliciosamente— vamos a convertirla en una roseta. ¿Qué le parece a usted mi reforma?

—¡Oh, señor Piéchut! —murmuró Tafardel, casi temblando.

Después la mirada del maestro se posó maquinalmente en la cinta roja que adornaba el ojal de la chaqueta del senador. Este sorprendió aquella mirada.

—¡Ah! ¿Quién sabe? —dijo Piéchut.